

ROMÁNTICA

*El abismo  
que nos separa*

CLAUDIA CARDOZO

# **El abismo que nos separa**

**Claudia Cardozo**

# Índice

[EL ABISMO QUE NOS SEPARA](#)

[SINOPSIS](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[PRÓLOGO](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)

# Sinopsis

¿Puede el abandono de una mujer afectar de tal forma a un hombre? ¿Es excusa suficiente la destrucción de sus ilusiones de joven enamorado para convertirse en un hombre dañado?

Victoria Sterling ha vivido siempre inconforme con su destino. De carácter inquieto y deseosa de conocer nuevas aventuras, no duda en meterse en toda clase de problemas para desespere de sus padres y de una hermana a quien ama pero que no puede ser más distinta a ella. Nada cambia nunca en la serena región de Inglaterra en la que ve sus días pasar hasta que la llegada de un atractivo joven de pasado trágico trastoca su mundo hasta sus cimientos. Pero ella no es la única que alberga sentimientos por el recién llegado. Emma, su hermana, también lo ama.

Adam Talbot se considera un hombre herido y no ha hecho más que alimentar un profundo rencor por la mujer a la que alguna vez amó más que a nada. El odio que tanto se ha esforzado por acrecentar, sin embargo, corre el riesgo de desintegrarse frente a sus ojos cuando se vea en la necesidad de convivir con ella cada día.

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, enero 2020

© 2020 Claudia Cardozo

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*A mis padres. Siempre. Su corazón continúa latiendo en el mío.  
A Carlos.*

Ya te lo decía yo.  
Era imposible el olvido.  
Fuimos verdad. Y quedó.

**Jorge Guillén**



# **PRIMERA PARTE**

# PRÓLOGO

Devon, Inglaterra. 1885

—¡Victoria Jane Sterling! Más te vale venir aquí ahora mismo o no respondo de lo que te haga cuando te encuentre.

Victoria, como siempre que la buena de Harriett pronunciaba su nombre completo a gritos, decidió que lo mejor era ignorarla y continuar con lo suyo porque ya que tenía un castigo seguro en el horizonte, más valía aprovechar para hacer lo que deseara. Harriett se encargaría de que no pudiera hacerlo luego, durante un buen tiempo, en cuanto le pusiera las manos encima, lo que le parecía un intercambio bastante justo.

Seguro que Emma estaría pegada a la ventana, detrás de Harriett, en tanto esta sacaba medio cuerpo hacia fuera para buscarla y amenazarla a gusto. Con el pasar de los años, Victoria había llegado a pensar que su niñera se divertía con esa suerte de rutina establecida entre ambas desde que tenía memoria.

Victoria se escapaba a la menor oportunidad para recorrer los campos alrededor de la casita que ocupaba junto a sus padres, a veces en compañía de su hermana Emma, cuando conseguía convencerla de arriesgarse con ella, y a veces en soledad, que era como secretamente más disfrutaba de hacer esos paseos. Cuando Harriett se daba cuenta de que una o ambas niñas bajo su cuidado habían desaparecido, empezaba por llamarlas desde la ventana que daba al bosquecillo, y si no le prestaban mayor atención, lo que era lo más acostumbrado, entonces bufaba como un toro y sacaba su voluminoso cuerpo de la casa para ocupar un banco de madera en el jardín que la señora Sterling cuidaba con esmero para esperar su regreso y encargarse de que recibieran el castigo adecuado. En su defensa, Victoria podía decir que Harriett jamás se mostraba demasiado severa, en especial con Emma, algo que ella agradecía de corazón porque su hermana no era la clase de chica que llevara bien los castigos. De haber estado en su mano, ella se habría llevado con gusto cualquier reprimenda por ambas.

Pero Emma la acompañaba cada vez menos, de cualquier forma, se dijo al acelerar el paso para llegar al claro cercano a Blackmore Park sin atreverse del todo a internarse demasiado en la propiedad, o recibiría un segundo castigo, y con seguridad el barón Talbot no sería tan benevolente como Harriett si la veía merodeando por sus tierras.

Era lo que tenía crecer y hacerse mayor, consideró de mala gana una vez que se dejó caer con poca delicadeza sobre la hierba bajo la gran fuente con forma de ninfa que a ella le gustaba tanto admirar cuando se encontraba allí. Harriett decía que tanto ella como Emma habían dejado ya de ser niñas y que debían de empezar a comportarse como las jóvenes damas en que se habían convertido. La discrepancia era que, a diferencia de su hermana, Victoria no estaba del todo de acuerdo con esa sentencia. A su parecer, con solo dieciséis años recién cumplidos no podía considerársele precisamente mayor, y aún menos a Emma, que tenía dos años menos. Pero convencer a Harriett de que estaba equivocada hubiera sido lo mismo que intentar mover la pesada mole de mármol bajo cuya sombra Victoria se cobijaba, reconoció de mala gana. Y sus padres estaban de acuerdo con ella, así que más le valía empezar a despedirse de esas escapadas, tal y como le habían advertido más de una vez.

El ambiente allí era tan agradable que no importaba cuán enojada se encontrara Victoria, su genio siempre se aplacaba una vez que se permitía disfrutar de la vista y de la brisa en aquella parte del bosque. Desde esa zona, además, tenía una vista estupenda de Blackmore Park y, como le ocurría con frecuencia al detenerse para admirarla, no pudo menos que reconocer que era de una belleza sobrecogedora.

La mansión destellaba a lo lejos más allá de la colina rodeada por una gran extensión de jardines, tan grandes y bien cuidados que el suyo palidecía a su lado; apenas una centésima parte de toda esa enorme profusión de árboles, flores y arbustos.

El actual barón Talbot, *sir* Richard, sostenía buenas relaciones con el padre de Victoria, que era no solo su vecino sino también el clérigo encargado de la parroquia adosada a su heredad, de modo que no era del todo extraño que tanto él como su familia fueran invitados a la mansión para ocasiones especiales. La última vez que Victoria visitó Blackmore Park fue hacía un par de años, cuando su padre consintió en que las niñas los acompañaran a él y a la señora Sterling para participar de las celebraciones de Pascua. Entonces ella se había sentido tan intimidada por esa profusión de magnificencia que apenas había atinado a contemplar todo con los ojos muy abiertos y las manos bien sujetas tras la espalda, como le había indicado que hiciera su madre; la conocía lo suficiente para saber que su hija mayor era demasiado traviesa como para no tener un ojo puesto en ella.

Luego de aquella visita, sin embargo, *sir* Richard recibió la noticia de que su hijo, que residía en Londres, había muerto en un penoso accidente, lo mismo que su esposa, y debió viajar a la ciudad para ocuparse de los arreglos y encargarse del hijo que habían dejado en la orfandad. Nadie había visto al muchacho nunca en Blackmore Park y Victoria sabía, por charlas entre sus padres oídas a hurtadillas, que el barón y su único hijo no tenían muy buenas relaciones porque él nunca aprobó su matrimonio. Según escuchó que decía su padre, *sir* Richard y su heredero apenas se escribían de cuando en cuando para mantenerse informados de cómo iban sus respectivas vidas, pero eso era todo. Sin duda, su muerte debió de pesar mucho al viejo barón, en especial al pensar en todo el tiempo desperdiciado en viejas rencillas. Tras esa desgracia, *sir* Richard desapareció por meses y todos supusieron que debía de encontrarse ultimando los detalles concernientes a la crianza de aquel nieto que ahora estaba a su cargo. Sin embargo, cuando regresó a Devon no había rastro del muchacho y, nuevamente gracias a su mala costumbre de oír cuando no debía, Victoria supo que *sir* Richard había enviado a su nieto a una escuela para que continuara con su educación.

A ella, algo como eso le pareció de una crueldad escandalosa. Alejar sin ambages a un muchacho que acababa de perder a sus padres de un forma tan imprevista en lugar de acogerlo para consolarlo por su desgracia era inimaginable para una chiquilla que había crecido arropada por el amor de unos padres severos, pero afectuosos, y una hermana siempre dispuesta a compartir sus juegos. Según sabía, el nieto de *sir* Richard solo tenía dos o tres años más que ella, de modo que le resultaba sencillo ponerse en su lugar e imaginar cuán triste debía de ser todo para él.

Había pasado poco más de un año de eso y las cosas en Blackmore Park no habían cambiado mucho salvo por el hecho de que *sir* Richard se mostraba cada vez más huraño y no había vuelto a celebrarse una sola reunión allí para festejar absolutamente nada. A Victoria eso no le preocupaba demasiado; dudaba de que la hubieran invitado de cualquier forma; lo que era una lástima porque se moría por ver el interior de Blackmore Park de nuevo.

Ese día había empezado como cualquier otro. Se levantó con el alba, como le gustaba hacer,

fue a despertar a Emma, algo que su hermana odiaba y que ella disfrutaba hacer precisamente por eso, para acusarla de perezosa y meterle prisa para que la acompañara a dar un paseo tan pronto como compartieran el desayuno con sus padres. Desde luego, como ocurría también cada mañana, Harriett zanjaba sus intenciones al recordarle que primero tenían que tomar las lecciones del día con el señor Sterling y luego dedicarse a sus labores. En lo que a lo primero se refería, Victoria no tenía ningún problema para obedecer; le encantaban las lecciones que les impartía su padre. En realidad, muchas veces debía tomarlas sola porque Emma se las arreglaba para inventar alguna excusa para evitarlas, y como su hermana siempre había sido de constitución frágil bastaba la mención a un inminente dolor de cabeza o el menor mareo para que la enviaran a su habitación a descansar. Entonces Victoria se sentaba muy firme en la mesa frente a su padre en el pequeño despacho parroquial y lo oía con el mismo interés que habría mostrado alguien mucho mayor, algo que al señor Sterling le enorgullecía y complacía.

Terminadas las lecciones del día, Victoria dejaba el despacho de su padre sintiéndose mayor y más sabia. Eso, desde luego, hasta que recordaba las lecciones de Harriett.

Como por arte de magia, cualquier malestar abandonaba siempre a su hermana para entonces y la encontraba en el saloncito de la casa acompañada por su niñera, lista para empezar con las labores del día, por lo general consistentes en hacer un nuevo bordado o coser pilas de ropa que luego su madre se encargaba de repartir entre los más necesitados de la región. Y todo ello a Victoria le parecía muy bien, claro, pero le provocaba un aburrimiento de muerte.

Entonces venían las huidas y los posteriores castigos.

Como ocurría con mayor frecuencia últimamente, esa mañana Emma no quiso acompañarla, a lo sumo consintió en servirle de vigía en tanto Harriett se ausentaba del salón para supervisar las labores de la cocinera, otra de sus tareas ya que las chicas crecían cada vez más y ella empezaba a ocupar un sitial similar al de ama de llaves en la pequeña casa parroquial. Tan pronto como la figura de Harriett desapareció por el umbral de la puerta, Victoria dejó la labor en la cesta y, tras una última mirada a su hermana, se escabulló por la ventana que daba al prado y se lanzó a correr como si la persiguiera el mismísimo diablo. Sabía que nadie la seguiría, ni siquiera cuando Harriett advirtiera su partida, pero correr era parte de la diversión y un espíritu tan dramático como el suyo no habría soportado perderse la emoción que le confería alejarse a toda velocidad por los bosques.

Y allí estaba, tumbada cuan larga era sobre la hierba sin mostrar mucho interés en lo que algo como aquello haría a su bonito vestido de mañana y con la sombra que le confería la estatua de la ninfa para protegerla en parte de los embates del sol. Nunca se preocupaba por esas cosas, aunque su madre decía con frecuencia que ese descuido empezaba a hacerla parecer una rapazuela, con el cutis levemente bronceado y la nariz salpicada de pequeñas pecas que le conferían un aire travieso. En realidad, y eso no lo decía su madre porque lo último que su hija necesitaba era que la alentaran, la verdad era que con esos rasgos delicados, su cabello castaño ondulado y abundante y su constitución pequeña pero atlética, simulaba la imagen de la salud y era dueña de una poco habitual belleza juvenil que hubiera podido rivalizar sin problemas con la de esa ninfa que tanto disfrutaba admirar.

Victoria, ignorante de todo aquello, dio una mordida al panecillo que había escondido en el bolsillo de su delantal aquella mañana durante el desayuno y se estiró con un gemido satisfecho. Emma era una tonta por no haber aceptado acompañarla, se dijo; habría estado encantada de

compartir su refrigerio con ella.

El sonido de un traqueteo y unos gritos la obligaron a abandonar su letargo, alertada por algo tan poco habitual en la zona. Por allí casi nunca transitaban vehículos, generalmente tomaban el camino principal alejado de Blackmore Park, y en cuanto a los gritos, eso era aún menos común.

Intrigada, se levantó de un salto, guardó lo que le quedaba del panecillo y se apresuró a buscar el origen de todo ese alboroto con buen cuidado de no llamar la atención de nadie que anduviera por allí. Caminó hasta unos arbustos que le servirían de parapeto para no ser descubierta y miró ocultándose desde la pequeña colina bajo la que Blackmore Park destellaba como una joya.

Una hilera de vehículos transitaba a paso lento por el camino serpenteante que discurría una vez franqueadas las altas rejas que custodiaban la propiedad. Identificó un par de carruajes, una carreta y, al final, un hermoso caballo, tan niveo y de un andar tan elegante que le quitó el aliento. Este iba conducido de las riendas por una figura vestida de gris y Victoria tuvo que acercarse más, afirmando las manos entre los arbustos para intentar ver mejor sin atender a las ramas que se clavaron en las manos.

Era un muchacho no mucho mayor que ella quien caminaba al lado del caballo y entonces advirtió que el animal afirmaba las patas sobre el camino de piedra con cierta dificultad; era evidente que se encontraba lastimado. El joven le daba unos cuantos golpecitos en los flancos de cuando en cuando, como alentándolo a continuar, ajeno a todo el ajeteo que ocurría a su alrededor. Llevaba un traje de montar que incluso a lo lejos le pareció muy elegante, con altas botas oscuras y una chaqueta de terciopelo gris ribeteada de blanco en el cuello y los puños. No llevaba sombrero, de modo que pudo admirar su cabello castaño claro pegado a sus sienes debido al sudor que le provocaba el esfuerzo de tirar del caballo cuando este empezó a mostrarse esquivo de continuar.

No pudo distinguir muy bien sus rasgos, pero la sorprendió cuán alto parecía, incluso en la distancia, así como sus facciones distinguidas, lo que resaltaba más por su postura firme y la forma en que mantenía el mentón elevado.

Entonces, Victoria advirtió que las puertas de la mansión se abrían para recibir a la comitiva y que era *sir* Richard quien se apresuraba a salir el primero. No alcanzó a ver la reacción del barón o la del muchacho al encuentro, sin embargo, porque un nuevo grito llegó a ella, esta vez uno proveniente a su espalda y que sin duda no tenía nada que ver con los recién llegados.

—¡Victoria Jane Sterling! ¡Sé que me has oído! ¡O te das prisa o no te molestes en volver!

Victoria cerró los ojos un instante, demasiado abochornada para atinar a hacer nada que no fuera permanecer con la cabeza gacha; pero cuando consiguió superar la vergüenza dio una mirada sobre los arbustos y no le extrañó que varias de las personas que se habían detenido a las puertas de la mansión miraran en su dirección. Entonces, rogando que nadie la hubiera visto, volvió a agacharse, pero hubiera jurado que el muchacho vestido de gris había mirado exactamente donde ella se encontraba y de no ser porque sabía que era imposible asegurarlo a esa distancia, habría apostado a que vio el destello de una sonrisa en su rostro.

Sin detenerse a pensar y mascullando todos los males del infierno para Harriett, empezó a reptar como una serpiente para alejarse de la colina y no se animó a incorporarse hasta que estuvo lo bastante lejos para que nadie pudiera verla. Solo entonces empezó a correr de regreso a la casa parroquial, preparada para el castigo que sin duda debía de esperar por ella.

—¿Cómo piensas que será? ¿Crees que se parece a *sir* Richard o a su hijo? He oído que él era muy atractivo de joven. *Sir* Richard, quiero decir, pero supongo que su hijo también debe de serlo, claro. No entiendo por qué nadie dice nada.

Victoria sonrió al oír las preguntas de Emma, demasiado divertida por algo que ella sabía y su hermana no como para molestarse en disimular su satisfacción.

—¿Por qué sonríes de esa forma? De estar en tu lugar no me sentiría tan contenta; al paso que vas te tomará semanas terminar con todo eso.

Su hermana sacudió los mechones de su hermoso cabello rubio que se le escapaban de la trenza en que se lo había recogido aquella mañana y le dirigió una mirada cargada de burla y una buena cuota de sospecha.

Era posible que estuviera en lo cierto, se dijo Victoria al mirar con desagrado la gran cesta que había recibido de manos de Harriett, con la venia de su madre, para que se encargara de remendar pilas y pilas de prendas que luego serían entregadas para caridad. Era parte de su castigo por su última escapada y aunque de eso habían pasado unos cuantos días, dudaba de que fuera a terminar pronto por mucho que se esmerara. El problema era que en realidad no lo hacía tanto como debería.

—No tengo prisa —respondió al fin procurando no sonar tan desalentada como se sentía—. De cualquier forma, Harriett dijo que me tomara mi tiempo.

—Claro que sí, y lo dijo con el fin de que estuvieras demasiado ocupada para intentar escapar de nuevo —replicó su hermana de inmediato con otra mirada recelosa—. Pero no me has dicho por qué luces tan satisfecha contigo misma. ¿No vas a...?

Emma no terminó de decir lo que tenía en mente porque dio un respingo al ver cómo su hermana se ponía de pie con un movimiento brusco para luego empezar a hacer todo tipo de gestos, en tanto estiraba los brazos y piernas pateando al aire tanto como le permitían las pesadas faldas del vestido de mañana a rayas blanco y azul que se había puesto aquel día.

—¿Qué haces? —preguntó Emma, para luego responderse a sí misma al verla dirigirse a la ventana— ¡Ay no, Victoria! ¡Otra vez no!

Victoria la ignoró y dio una mirada tras ella en dirección a la puerta entornada del salón.

—Por favor, da una mirada y ya sabes, pega un grito si viene Harriett —pidió, ignorando su expresión de desespero.

—Yo no grito.

Victoria hizo de nuevo como si no la hubiera oído y abrió las ventanas que daban al prado de par en par, pasando una pierna sobre el alfeizar.

—Estás muy grande para esto —rezongó Emma.

A pesar de su enojo, su hermana fue lo bastante leal para hacer a un lado de mala gana su propia labor y ponerse de pie para ocupar su lugar como vigía junto a la puerta.

—El día que sea demasiado mayor para hacer algo como esto será un día muy triste, te lo aseguro.

Victoria masculló entre dientes una palabra mal sonante que había oído al pretendiente de la cocinera cuando su enagua se enganchó con el borde de un arbusto que su madre había plantado bajo la ventana, pero su enojo dio paso al triunfo cuando consiguió asentar el pie en el pasto y pasar luego la otra pierna hasta encontrarse al otro lado de la ventana.

—Si Harriett pregunta...

Emma la interrumpió con un bufido que contradecía sus siempre buenas maneras.

—Ella nunca pregunta, Victoria; sabrá perfectamente lo que has hecho y te aseguro que cuando regreses esa pila de prendas para remendar estará mucho más alta —advirtió ella.

Su hermana se encogió de hombros.

—Bueno, recuerda lo que dijo. No hay prisa —replicó con descaro.

Estaba a punto de marcharse tras dar una ojeada tras su hombro cuando su hermana la detuvo con un pequeño grito.

—Ya que estás afuera, ¿por qué no das una mirada a Blackmore Park y averiguas si es verdad lo que dicen de la llegada del nieto de *sir* Richard? —sugirió, esperanzada.

—¿Por qué no vienes conmigo y lo averiguamos juntas?

Emma sacudió la cabeza ante la réplica de su hermana y se cruzó de brazos.

—Tengo mucho por hacer, necesito practicar con el piano...

Victoria ahogó un resoplido sin disimular su molestia. Sería mucho más divertido si Emma aceptara acompañarla, pero como se consideraba demasiado mayor para algo como eso, sin duda debía de encontrar mucho más interesante remendar calcetas y pasar interminables horas frente al piano para tocar ante un auditorio invisible. Quizá ese enojo fuera una de las razones que la habían llevado a ocultar sus sospechas respecto al misterioso visitante de Blackmore Park.

—Como gustes —replicó ella entonces al comprender que debía decir algo.

Sin duda su hermana habría apreciado que hiciera la promesa de hacer esas indagaciones que tanto ansiaba, pero no quiso decir nada al respecto porque no estaba segura de que fuera a ir hasta la propiedad de *sir* Richard; después de la vergüenza que había pasado gracias a Harriett y sus sospechas de que posiblemente hubiera sido pillada husmeando, lo último que la tentaba era asomar la nariz por allí. De modo que se despidió con un gesto de la mano y echó a correr en dirección al bosque.

El claro estaría bien, decidió según atravesaba el sendero y reía al sentir el viento que golpeaba su rostro y agitaba la delgada tela de su vestido. Podía comer algo y leer el libro que había llevado con ella, una opción mucho más seductora que pasar las horas de esa deliciosa mañana pinchándose los dedos con agujas en el opresivo salón de la casa.

Sus planes se vieron frustrados, sin embargo, tan pronto como llegó a lo alto de la colina y dio una mirada en dirección a la escultura bajo la que se hallaba reclinada una figura que se le antojó aterradoramente familiar. ¡Ese era su lugar!, se dijo de forma un tanto tonta en cuanto sus pies de detuvieron bruscamente a solo unos pasos del intruso. Este, en su defensa, pareció un tanto avergonzado de verse descubierto y se apresuró a incorporarse lo suficiente para apoyar la espalda en el borde de la escultura con el rostro vuelto hacia ella.

Ninguno de los dos atinó a decir nada de inmediato, demasiado sorprendidos por la presencia del otro para hacerlo, lo que a Victoria le dio tiempo para observarlo sin ocultar su curiosidad. Era sin duda el joven que había visto llegar a la mansión hacía unos días. Ahora, de cerca, comprobó buena parte de las conjeturas que hizo entonces. Era alto, sin duda, mucho más que ella; pudo comprobarlo tan solo con verlo sentado con las largas piernas cruzadas y los brazos apoyados sobre las rodillas. Tenía el cabello de un tono que le recordó a la miel oscura que Harriett ponía cada mañana en la mesa del comedor para el desayuno y su rostro se veía levemente bronceado. Sus cejas pobladas enmarcaban unos ojos de un tono bastante curioso y que no había visto antes: entre azules y grises, una mezcla que le llevó a pensar en el acero templado,

aunque en ese momento le parecieron demasiado amables para relacionarlos con algo tan inflexible. Sus facciones estaban bien delineadas y tuvo que admitir que era, como sin duda diría Emma de haber podido opinar, un muchacho sorprendentemente apuesto.

Él pareció entretenido con un análisis similar, pero terminó con él mucho más rápido que ella porque Victoria aún se esmeraba en intentar retener sus rasgos en la memoria cuando la señaló con una cabezada sin atinar aún a ponerse de pie.

—Lo siento —dijo él—. Creo que he irrumpido donde no me corresponde.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro y abrió la boca un par de veces antes de encontrar la voz con la cual responder, no sin admirar la bonita cadencia de su voz bien modulada y levemente grave.

—No, claro que no; este lugar no me pertenece... no es que no me gustara que así fuera, claro, pero...

Al comprender que estaba balbuceando como una tonta, echó mano de los modales que su madre y Harriett tanto se habían esforzado por inculcar en ella y dio un paso con la mano firmemente extendida en su dirección.

—Creo que deberíamos presentarnos —dijo ella, elevando un poco el mentón—. Mi nombre es...

—Victoria Jane Sterling.

Victoria empezó a parpadear como un búho y sus despiertos ojos castaños se vieron aún más grandes de lo habitual.

—¿Cómo lo sabe?

Él rio y apoyó una rodilla sobre la hierba para incorporarse un poco más al tiempo que tomaba su mano y se ponía al fin de pie ubicándose cerca de ella, con lo que su altura resultó aún más evidente.

—Tengo un buen oído —declaró él sin parecer que se estuviera ufanando—. Y la dama que la llamaba el otro día unos excelentes pulmones.

Victoria sabía que lo más correcto hubiera sido que se mostrara avergonzada; incluso que se ruborizada e hiciera gala del decoro al saberse atrapada. Sin embargo, no era del tipo decoroso y ya sospechaba que alguien debía de haber descubierto que había sido ella quien husmeaba el día que aquel joven llegó a Blackmore Park, de modo que hizo a un lado su sorpresa y exhibió una gran sonrisa con un levísimo asomo de culpabilidad.

—Le alegrará saberlo —sentenció con una nueva mirada de curiosidad—. Pero me temo que estoy en desventaja. Usted conoce mi nombre completo y yo no tengo idea del suyo...

Él hizo algo muy gracioso entonces, un gesto que habría de marcar la pauta en la que Victoria habría de considerar la relación más entrañable e importante de toda su vida. Sin soltar su mano, que sostenía aún con la suya, se inclinó en una profunda reverencia y la obsequió con una amplia sonrisa que hizo destellar sus dientes blancos contra su piel bronceada y que acentuó la belleza de sus rasgos, deslumbrándola por un segundo antes de comprender que la veía con el mismo interés que sin duda debía de mostrar ella.

—Adam Bradford Talbot, señorita —se presentó él en tono exageradamente formal sin dejar de sonreír—. A su servicio.

—No estoy seguro de entender. Si dices que tus padres no se encuentran en casa y esta Harriett de la que tanto hablas no se molestaría en salir a buscarte incluso si quisiera hacerlo, ¿por



qué usas la ventana? ¿Por qué no solo sales por la puerta?

Victoria ahogó un bostezo y sacudió sus pies enfundados en los botines frente a sí. Estaba sentada al borde de la fuente y sus piernas se balanceaban al no llegar hasta la hierba apisonada bajo ella.

—Supongo que podría, claro; pero eso no sería ni la mitad de divertido.

Su traviesa respuesta le granjeó una mirada aturdida de parte de Adam, lo que le arrancó una sonrisa. Llevaban un par de horas charlando sin parar y Victoria había llegado a la conclusión de que era algo que ocurría con frecuencia según se iban conociendo: A él ella lo desconcertaba, mientras que a ella él la hacía sonreír. A su parecer, una base estupenda para una buena amistad.

Ante su silencio, Victoria lo miró de reojo. Adam tenía las palmas de las manos apoyadas sobre el borde de la fuente y sentado a su lado no tenía mayores dificultades para descansar las largas piernas sobre la hierba en tanto la miraba con interés.

—¿Nunca has tenido ganas de salir de casa lanzándote por la ventana y dejar todo atrás al menos por un rato? —preguntó ella, curiosa.

Adam no contestó de inmediato. En lugar de ello, fijó la mirada en dirección a donde se alzaba la mansión de los Talbot y al cabo de un momento se encogió de hombros para luego girar levemente el rostro y posar sus sorprendentes ojos en su rostro.

—No estoy seguro, la verdad es que nunca lo había pensado —reconoció él, para luego agregar en un tono un tanto amargo—. De cualquier forma, dudo que alguien saliera a buscarme si lo hiciera. O que esperara mi regreso...

La última frase surgió con una leve entonación pesarosa y Victoria le dirigió una mirada de compasión que se apresuró a enmascarar para no ofenderlo. Entre las muchas cosas acerca de las que habían hablado, él la había puesto en antecedentes respecto al motivo de su presencia en Blackmore Park: Luego de la muerte de sus padres, hacía un par de años, su abuelo había decidido que el joven no solo no viajaría a Devon para vivir con él en la mansión familiar, sino que optó porque siguiera su educación en un internado de Londres para así formalizar una formación que, a su parecer, había sido hasta entonces demasiado blanda en manos de su hijo y su nuera. A Adam, según confesó, eso no le había importado demasiado. Se encontraba demasiado afectado por la intempestiva muerte de sus padres en un accidente como para sentir interés por trabar relación con un abuelo al que solo había visto un par de veces en su vida y quien, era evidente, lo veía a él como a una carga.

Ahora, sin embargo, *sir* Richard había decidido que ya que Adam estaba, como acostumbraba a decir, mejor encaminado y a solo un par de años de empezar su formación en Oxford, de pronto lo quería cerca al menos por el par de meses que duraban sus vacaciones para que se familiarizara con su herencia. Por lo que el joven le había dicho, Victoria estaba convencida de que esas decisiones tan ambivalentes lo ponían de un humor de mil demonios; odiaba que alguien dispusiera de su vida con tan poca consideración.

—Tal vez no sea como lo piensas...

Ella habló al cabo de un momento al sentir que el silencio entre ambos empezaba a volverse un tanto incómodo. Le apenaba que él tuviera una opinión tan pobre de su abuelo aun cuando era evidente que este se había esforzado mucho para que así fuera.

—No le agrado al abuelo y estoy bastante seguro de que él tampoco me agrada a mí; no hay nada de malo en ello y no veo por qué tendría que ser distinto. Apenas nos conocemos —

respondió Adam al cabo de un momento.

Victoria no se mostró convencida por la ligereza con la que él habló; aunque apenas lo había tratado unas horas, estaba segura de haber aprendido ya a captar los matices en su voz y supo que aquello le afectaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Bueno, considerando que tal y como has dicho él es el único pariente vivo con el que cuentas, creo que sería más inteligente de tu parte intentar mejorar la relación, ¿no? —sugirió ella en tono práctico.

Adam la observó con las cejas elevadas y la sombra de una sonrisa en los labios.

—Eso suena muy sensato —comentó él.

—¿Por qué parece sorprendido?

El ceño de Victoria se acentuó al ver que la sonrisa de Adam se ensanchaba y le dirigía una nueva mirada de interés, como si a cada momento que pasara se sintiera más intrigado por ella.

—Porque hasta hace un minuto jamás hubiera imaginado que podías serlo.

Tal vez fue una suerte que Victoria estuviera demasiado asombrada para buscar una réplica apropiada a semejante afirmación, porque sin duda no estaba segura de haber podido dar con una.

Desde aquel primer encuentro, Adam y Victoria se encontraron en el claro con cierta frecuencia. Al menos un par de veces por semana, ella escapaba de casa usando los mismos métodos de los que él se burlaba sin piedad y se encaminaba al bosque, donde él esperaba por ella sin que se hubieran puesto de acuerdo con anterioridad respecto a la hora. Era curioso, pero Victoria empezaba a creer que él siempre se encontraba allí, esperando por ella. Luego descartaba la idea por considerarla ridícula; con seguridad Adam tendría cosas más importantes que hacer con su tiempo y esos encuentros no dejaban de ser una feliz coincidencia.

Una vez que ella llegaba, sin embargo, dejaba de lado cualquier pensamiento que no fuera aprovechar el tiempo para iniciar esas largas conversaciones a las que ya se encontraba acostumbrada. Adam era un narrador extraordinario y siempre conseguía mantenerla como hechizada según le hablaba acerca de su infancia en Manchester en compañía de sus padres. El hijo de *sir* Richard había sido un joven idealista que decidió dedicarse a las leyes pese a la reprobación y las amenazas de su padre y se marchó de casa pronto para aplicar sus conocimientos, haciéndose de un buen nombre con rapidez en esa ciudad industrial. Allí conoció a la hija de un próspero comerciante y cayó prendado por ella de inmediato; se casaron a los pocos meses de conocerse y esa fue una nueva muestra de locura, según *sir* Richard, con lo que sus relaciones se convirtieron en casi inexistentes. Según Adam, ni él ni sus padres se vieron afectados por ello; su padre era bien considerado, por lo que jamás sufrieron penurias, sino todo lo contrario. La fortuna de sus abuelos maternos, aunque obtenida de forma poco decorosa según su abuelo Talbot, por provenir del comercio, era bastante cuantiosa, y jamás le faltó absolutamente nada. Su vida habría seguido el mismo derrotero de no ser por la muerte de sus padres y la llegada de *sir* Richard para ponerlo todo de cabeza.

Con el tiempo se había acostumbrado a los cambios, aseguró no obstante Adam, confesando que le había tomado el gusto a la escuela, donde había empezado a destacar, pese a su naturaleza reservada, y hecho excelentes amistades; pero aún se le hacía difícil conciliar su nueva vida con la presencia de su abuelo. Este nunca parecía encontrarse satisfecho por nada y Adam se resentía por la que fue su injusta actitud para con sus padres. Sus diferencias parecían irreconciliables y ni siquiera los consejos de Victoria parecían capaces de hacerlo cambiar de opinión.

Por lo demás, ella debía reconocer que era un joven encantador y que jamás en su vida se había sentido tan a gusto con otra persona como le ocurría con él.

También Victoria superó pronto cualquier rastro de timidez, que de cualquier forma era poco habitual en ella, para hablarle acerca de su vida en Devon, de los años transcurridos al lado de sus padres y su hermana y cómo esa existencia, aunque feliz, con frecuencia no dejaba de parecerle rutinaria e incluso aburrida. Le confió sus sueños de niña respecto a hacerse a la mar en la primera embarcación con la que se topara para ir a recorrer el mundo y Adam rio al imaginar a esa niña menuda, que debió de haber sido, en medio de un abordaje, atacados ella y su tripulación por piratas y bandidos. Victoria no pudo menos que estar de acuerdo en que sin duda era una imagen poco amenazadora y bastante ridícula, de modo que pronto empezó a reír con él.

Esa era otra de las cosas que le agradaban de Adam, reflexionaba Victoria con frecuencia al pensar en ello cuando se encontraba en casa luego de haber pasado un par de horas a su lado. Adam jamás se reía de ella, tal y como estaba acostumbrada a que hicieran otros en su lugar; aunque sin malicia, era habitual que Emma se mofara de lo que llamaba una mente demasiado imaginativa, e incluso Harriett, con lo mucho que sabía que la amaba, la veía con la misma indulgencia con que la trataban la mayor parte del tiempo sus padres.

De alguna forma, por extraño que pudiera ser, considerando el poco tiempo que llevaban conociéndose, él la entendía, y eso era algo a lo que estaba tan poco habituada que en un inicio, quizá de forma inconsciente, decidió que guardaría su amistad como el más valioso secreto. Algo que solo les perteneciera a ambos.

Sus intenciones, sin embargo, se vieron frustradas pronto, tal y como pensó que ocurriría.

Una de aquellas mañanas en las que acababa de dejar atrás las amenazas de Harriett, ella y Adam discutían acerca de qué tan factible era la posibilidad de que pudieran salir a dar un paseo en el recién recuperado caballo de Adam, Odín, ese hermoso ejemplar con el que Victoria lo viera llegar hacía unas semanas. Ella adoraba montar, pero en casa solo disponían del caballo de su padre y de uno mucho mayor que tiraba del calesín que usaban para ir a la iglesia y recorrer distancias largas en casos de necesidad. Tal y como Victoria dijera, apenas podía recordar lo que era cabalgar propiamente dicho porque solo había tenido oportunidad de hacerlo un par de veces en su vida. Adam se mostró encantado de ayudarle a cumplir su deseo, pero estaba el problema de que, en teoría al menos, ellos no se conocían y el hecho de que pasaran tanto tiempo a solas scandalizaría a sus padres y a su abuelo.

De modo que se encontraban en un punto muerto y en extremo incómodo, como mencionó Victoria más de una vez, frustrada ante la imposibilidad de aceptar la oferta de Adam.

En aquella ocasión le pareció extraño que él no hiciera algún comentario respecto a ignorarlo todo y hacer lo que deseaban, algo que ella siempre se veía tentada a aceptar; lo único que la contenía era la seguridad de que cualquier castigo de Harriett palidecería frente a lo que haría su padre si la descubriera en semejante falta. Pero, en realidad, Victoria no tuvo que luchar con su conciencia en ese momento porque Adam no dijo una palabra frente a sus lamentos; parecía demasiado interesado en contemplar la hilera de setos frente a ellos.

—¿Qué ocurre?

Victoria hizo la pregunta en voz muy baja, como si presintiera que algo serio acababa de pasar. Sin embargo, vio con sorpresa que Adam sonreía y que daba una cabezada en dirección a un seto particularmente grande y que en ese momento había empezado a sacudirse de una forma

muy curiosa.

—Es posible que hayamos sido descubiertos —dijo él sin dejar de sonreír.

Con el ceño fruncido, Victoria estuvo a punto de decir que no había nada que pudiera ser descubierto a lo que ellos se refería; al fin y al cabo no es que hicieran algo malo, pero entonces miró mejor en dirección a donde Adam señalaba y distinguió el revoloteo de unas faldas que la obligaron a incorporarse y abandonar la postura descuidada en que se encontrara hasta entonces.

—¿Será posible...? —masculló entre dientes, para luego continuar en voz alta y enojada—. Emma, sal de allí. ¿Qué crees que estás haciendo?

Jamás se le había dado bien interpretar el papel de hermana mayor, en especial porque tan solo había una diferencia de poco más de un año entre ellas, pero en ese momento Victoria tuvo que contener el deseo de dar un gran sermón a su hermana pequeña en tanto esta abandonaba su escondite y se dirigía hacia ellos, con toda la dignidad que le permitían sus catorce años.

Fue Adam quien quebró el silencio instaurado entre ellos al mirarla con una ceja arqueada.

—¿Por qué siento que debería ponerme de pie? —inquirió en tono divertido.

Victoria le dirigió una mirada cargada de aspereza y se encogió de hombros.

—Es posible que así sea —respondió, señalando a su hermana con una cabezada—; ella siempre ha sido demasiado formal para su bien.

Adam le sonrió e hizo un casi imperceptible gesto como si así pretendiera aconsejarle que reprimiera su enfado. Luego, se puso de pie y se dirigió a una temblorosa Emma para obsequiarla con una reverencia que estuvo a punto de conseguir que Victoria rompiera a reír. Su hermana, en cambio, se vio como si acabara de caer bajo un potente hechizo y casi tropezó al intentar corresponder al saludo. Su amigo, muy serio y del todo inmerso en su papel, tomó su mano y la ayudó a caminar hasta donde se encontraba su hermana, que la miraba con las cejas fruncidas y los labios muy apretados.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Emma levantó el mentón y la observó sin disimular un enojo muy similar al que ella mostraba tras dar un rápido vistazo sobre su hombro en dirección a Adam, que miraba de una a otra con poca discreción.

—Sabía que ocultabas algo —la acusó.

Victoria se encogió de hombros en un ademán desenfadado.

—Si hubieras aceptado acompañarme lo habrías visto también antes —dijo ella—. No es como si lo hubiera mantenido oculto en mi bolsillo. En realidad, no habría podido ni siquiera de haberlo querido. ¿Has visto lo alto que es?

Adam rompió a reír sin poder contenerse más y tanto Victoria como Emma se le unieron al cabo de un momento. Sus risas resonaron en el claro y ello bastó para que todo rastro de incomodidad desapareciera entre ellos. Al menos por el momento.

—¡Es tan injusto! ¿Por qué debemos esperar a que nuestro padre haga una visita a *sir* Richard y este le presente a Adam para que luego él pueda hacer otro tanto con nosotras? Nunca vamos a la mansión, así que es casi improbable que podamos ser presentados de forma apropiada. Podrían pasar meses para eso...

Victoria intercambió una mirada entendida con Adam, quien oía las quejas de Emma con semblante pensativo. Ella no decía nada que ellos no hubieran discutido antes con frecuencia, y aunque no lo dijo, Victoria no podía estar más de acuerdo con su hermana.

Ciertamente era muy injusto, por no decir arcaico y ridículo a su parecer, el que tuvieran que vivir aferrados a normas sociales tan rígidas, en especial en el campo. Si se tratara de Londres, quizá...

Nada le habría gustado más que invitar a Adam a tomar el té a su casa para que conociera a su madre y a Harriett, por quien él sentía verdadero interés gracias a todas las cosas que había oído de ella a Victoria; pero si hiciera algo como aquello su niñera la despellejaría viva. Eso siempre y cuando su padre dejara algo de ella para despellejar en cuanto se enterara, claro.

—He sugerido al abuelo que deberíamos organizar un almuerzo para las familias de la zona ya que me gustaría conocerlas —intervino Adam al cabo de un momento—. No mencioné ningún nombre en particular, desde luego, pero él no pareció muy entusiasmado con la idea.

Victoria exhaló un hondo suspiro y se llevó ambas manos a los ojos, apretando los párpados cerrados con las palmas al tiempo que empezaba a dar suaves golpecitos a la hierba con el tacón de sus botines. Adam la vio sin disimular su sorpresa por una actitud tan extraña y miró a Emma como si esperara que ella lo ayudara a comprender lo que ocurría. La joven, que miraba a su hermana como si su proceder fuera de lo más común, se encogió de hombros e hizo un gesto resignado.

—Está pensando —explicó ella—. Es así como consigue concentrarse cuando tiene un problema particularmente difícil.

Adam miró a su amiga, que en ese momento pateaba con mayor ímpetu, como si pensara que en realidad no estuviera del todo cuerda después de todo.

—Ya. Entiendo —dijo él sin parecer muy seguro—. Ha debido de ser de lo más entretenido crecer a su lado.

Emma asintió sin vacilar en una muestra de lealtad poco habitual, y Adam estuvo a punto de abrir la boca para hacerle algunas preguntas respecto a su relación con su hermana para aprovechar la distracción de Victoria, pero esta abrió los ojos de golpe y apoyó las plantas de los pies sobre el césped exhalando un rugido de triunfo que les provocó un sobresalto.

—¡Lo tengo! —dijo ella, ignorando su mirada de sorpresa—. Es arriesgado, pero brillante, y todos saben que los planes brillantes son los únicos que valen la pena.

—¿Qué...?

Adam no alcanzó a decir lo que sin duda él y Emma tenían en mente porque Victoria se incorporó con rapidez y empezó a reptar hacia su hermana. Una vez que estuvo al lado de la sorprendida joven, aumentó su extrañeza al coger un trozo de tierra con la mano desnuda y refregarlo sobre su falda al tiempo que daba un pequeño tirón al ruedo para que este se rompiera con un crujido que reverberó en el claro.

Nadie dijo nada por un par de segundos hasta que Emma se echó hacia atrás, llevando la mirada de su vestido arruinado a la expresión triunfal en el rostro de su hermana.

—¿Qué estás haciendo?! ¡Has perdido el juicio! —exclamó, horrorizada.

Para su enorme pesar, pareció como si Adam hubiera estado a punto de hacer un comentario similar, pero se contuvo a tiempo y Victoria debió de agradecer esa consideración porque fue a él a quien se dirigió al responder a las acusaciones de su hermana.

—No estoy loca —dijo ella sin abandonar su semblante complacido—. Soy brillante.

—Desde luego.

La réplica de Adam no sonó muy convencida, pero Victoria prefirió ignorarlo y se puso de

pie apoyando sus manos enlodadas sobre su propia falda sin darle demasiada importancia.

—Ahora necesito que cargues a mi hermana y la lleves a casa —dijo ella, como si tal cosa.

—¿Qué?

—¿Qué?

Victoria ignoró sus exclamaciones de asombro y se llevó las manos a las caderas alternando la mirada de uno a otro como si pretendiera cargarse de paciencia.

—Diremos que Emma vino en mi busca cuando se dio cuenta de que escapé. Otra vez. Entonces, como la hermana responsable y diligente que es, intentó convencerme de regresar, lo que desde luego consiguió, pero al iniciar el descenso a la casa la pobre tuvo una caída y se torció el tobillo, además de arruinarse su precioso vestido —empezó ella con voz que iba ascendiendo en entusiasmo según explicaba su plan—. Imaginen nuestra desesperación. ¿Cómo volver a casa en esas condiciones? ¿Debía dejar a mi hermana abandonada para ir a por ayuda? Pero eso no fue necesario porque un ángel vino a nuestro rescate encarnado en nuestro, hasta ahora, desconocido nuevo vecino, quien se ofreció amablemente a llevarla en brazos hasta casa. Desde luego, cualquier presentación formal resultaría absolutamente innecesaria en circunstancias como esta, ¿no lo creen?

Adam empezó a asentir mucho antes de que ella terminara de hablar y al final le dirigió una sonrisa cargada de admiración que destelló en sus ojos acerados.

—Brillante, sin duda —aprobó cabeceando.

—Yo pienso que es una locura.

La crítica de Emma no pareció sentar muy bien a su hermana, que se dirigió a ella con el ceño fruncido y gesto de reproche.

—Puedes considerarla una locura brillante, si lo prefieres —espetó ella frente a su rostro refunfuñado—. Pero tú decides si nos ayudas o no. Si todo sale bien, tendremos a Adam quedándose a tomar el té esta tarde.

La jovencita permaneció un momento en silencio como si se encontrara dividida entre mantener su actitud de enojo, que se incrementaba cada vez que daba una mirada a su vestido arruinado, o aceptar la astucia en el plan de su hermana. Al final, no le quedó más alternativa que asentir de mala gana luego de observar a Adam por el rabillo del ojo; fue evidente que encontraba demasiado seductora la idea de poder relacionarse con su nuevo vecino sin tener que ocultarse como para mantener demasiado tiempo su negativa.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Pero no entiendo por qué no eres tú quien tuvo que ser rescatada.

Victoria oyó la réplica de su hermana con una sonrisa.

—¿Qué idea! Nadie creería que iba a ser tan tonta como para tropezar en el bosque —respondió ella de inmediato.

Adam contuvo una sonrisa y se apresuró a dirigirse hacia Emma para atajar cualquier réplica mordaz que, estaba seguro, la jovencita debía de estar tramando. Sin mayor esfuerzo, elevó a la chica entre sus brazos y le sonrió al verla tambalearse con los ojos muy abiertos debido a la sorpresa.

—Prometo que no te dejaré caer —dijo él con una sonrisa a fin de tranquilizarla, y miró luego sobre su hombro en dirección a Victoria, que los veía con expresión satisfecha—. Me vendrá bien una guía, marinero.

Ella rio, encantada por esa alusión a sus charlas y se apresuró a ponerse a su lado.

—A toda vela, capitán; mantenga la vista en el horizonte y tenga cuidado con los peñascos, no queremos que la embarcación naufrague —indicó ella en un tono similar.

—Tendrás que mantenerte cerca para asegurarte de que no descuide el rumbo.

—Puedes contar con eso.

Emma miraba de uno a otro con el ceño fruncido, como si se sintiera ajena a ese divertido intercambio que revelaba el grado de complicidad al que ellos habían llegado.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día? —intervino ella sin disimular su incomodidad.

Victoria resopló, enojada porque hubiera interrumpido lo que consideraba un juego en tanto Adam desviaba la vista para fijarla en el horizonte; él, más que enojado parecía un poco avergonzado, como si lo hubieran pillado en un momento privado en que hubiera dicho más de lo que debía.

—Está bien. Pongámonos en camino —dijo Victoria, sin parecer que hubiera advertido su turbación—. La verdad es que estoy tentada a sugerir que la lancemos por la borda...

La última frase surgió de sus labios en un rezongo a media voz, pero tanto Adam como Emma la oyeron y las risas de su amigo las acompañaron durante todo el camino hasta llegar a la casa.

Tal y como Victoria planeó que ocurriera, el arribo de Adam como un alegre caballero de brillante armadura causó todo un revuelo en su casa. Tan pronto como llegaron, con Emma cuidadosamente adiestrada de cómo debía cojear y quejarse cuando salieran a recibirlos, la señora Sterling se apresuró a deshacerse en agradecimientos y a ofrecer todo tipo de bebidas en tanto Adam dejaba su carga sobre el sillón que la señora indicó.

Harriett, que tenía debilidad por Emma y que no podía creer que su preciosa niña hubiera pasado por una aventura como aquella, se apresuró a atenderla y a sugerir toda clase de remedios, pero pronto lograron convencerla de que no era nada de cuidado y que bastaría con un par de días para que ella estuviera como nueva. Si la niñera encontró algo sospechoso en el comportamiento de cualquier de las jóvenes a su cargo, se cuidó bastante de decirlo, aunque Victoria hubiera podido apostar todo lo que tenía a que la corpulenta mujer le dirigía unas cuantas miradas recelosas en tanto ayudaba a su madre a servir el té para su visitante.

Esa irrupción marcó el inicio de una estupenda amistad entre los Sterling y Adam. Tan pronto como su padre estuvo enterado de lo ocurrido, insistió en ir a Blackmore Park para agradecer al joven en persona y también para poner en antecedentes a *sir* Richard de lo que consideraba casi una acción heroica de parte de su nieto. Aunque Adam se mostró un poco avergonzado por ello y así se lo hizo saber a Victoria en uno de sus encuentros, esta vez en el jardín de su casa y con la venia de su madre, ella sugirió que lo más inteligente sería usar ese hecho para procurar un acercamiento con su abuelo. Después de todo, como sentenció con sabiduría, ¿a quién no le gustaría ufanarse un poco de un nieto héroe?

Gracias a todo aquello, además, *sir* Richard consintió en organizar la reunión sugerida por Adam y un par de semanas después Victoria, una *recuperada* Emma y sus padres se dirigieron a la mansión para disfrutar de una tarde encantadora.

Adam estaba a punto de regresar a la escuela, por lo que la reunión sirvió también como una pequeña fiesta de despedida. Él aseguró que había hablado con su abuelo y expuesto su interés de regresar para pasar allí las fiestas de Navidad, lo que sin duda debió de desconcertar un poco al anciano, pero ya que era evidente, al menos para un ojo avizor, y sin duda Victoria lo tenía, que

este no era tan indiferente a su nieto como le gustaba aparentar, todos recibieron la noticia con mucho agrado.

Fue muy duro para Victoria despedirse del que se había convertido en alguien tan importante en su vida en tan poco tiempo, pero se dijo que los meses pasarían pronto y que, en tanto, sin duda disfrutarían de una muy interesante comunicación escrita porque ambos habían prometido que se enviarían cartas con frecuencia para ponerse al tanto de sus novedades, si bien, como ella apuntó, era poco probable que pasaran muchas cosas interesantes en Devon.

El día que Adam se marchó, tras pasar un momento a decir adiós tanto a Victoria como a Emma y sus padres, ella permaneció mucho tiempo asomada a la ventana desde la que tenía una buena vista del camino que el carruaje acababa de dejar atrás. Sin embargo, no era de naturaleza melancólica y pronto se vio impelida a hacer algo que la distrajera, de modo que un par de días después se encontraba ya de vuelta a las andadas, escapando de Harriett y burlándose de Emma. Sin duda, todo dentro de la normalidad.

Como prometió, Adam estuvo de vuelta para las vacaciones de Navidad y a Victoria le pareció que había crecido al menos diez centímetros desde su marcha, lo que consideró muy injusto porque ella permaneció tan pequeña como siempre. Para su profunda decepción, sin embargo, no regresó solo sino que lo hizo acompañado por uno de sus compañeros de escuela, el joven hijo de un diplomático que se encontraba destacado en la India, por lo que no tenía con quién pasar aquellas fechas y Adam, siempre generoso, lo había invitado a hacerlo en Blackmore Park.

El señor Oliver Woodbridge se ganó pronto las simpatías de los Sterling e incluso del siempre poco efusivo barón. Era un joven de natural alegre, entusiasta y con la palabra justa para arrancar una sonrisa a quien fuera con quien se encontrara hablando. A Victoria le agradó de inmediato y fue evidente que era bien correspondida por él, de modo que pasaban mucho tiempo charlando, con lo que ella dejó atrás pronto el disgusto inicial de tener que compartir la atención de Adam. Contrario a lo que podía parecer, sin embargo, el interés de Victoria por el joven Woodbridge nacía más bien de la curiosidad que le provocaba tratar con este joven que había crecido en Londres, pero que, debido a las ocupaciones de su padre, había visto tantos lugares del mundo que a ella le parecían sencillamente extraordinarios. Bebía de sus palabras con avidez y con frecuencia le pedía que le contara tantas historias como recordara de todas las ciudades que había visitado.

A Emma el interés de su hermana en el joven pareció complacerla mucho porque ello le permitía acaparar la atención de Adam, quien asistía a la naciente amistad de Victoria y su invitado con cierta molestia, que procuraba esconder bajo un semblante imperturbable que había aprendido a dominar desde la muerte de sus padres y la necesidad de mantener sus emociones ocultas de su siempre punzante abuelo.

Sin embargo, una tarde en la que su amigo había decidido quedarse en la mansión para hacer compañía a *sir* Richard y Emma se encontraba recluida debido a un fuerte resfriado, él y Victoria pudieron disfrutar de un momento a solas después de mucho tiempo. Tal y como habían hecho en los pasados meses y como si el tiempo no hubiera transcurrido para ellos, se reunieron casi sin ponerse de acuerdo en el claro en la colina, ese lugar al que habían empezado a considerar ambos un espacio que tan solo les pertenecía a ellos.

El sol estaba en lo alto cuando Victoria llegó tras haber pasado parte de la mañana con



Emma para hacer su confinamiento algo más agradable; pero su hermana estaba tan disgustada y de tan mal humor por lo que le parecía una injusticia, haber tenido que permanecer en cama bebiendo los horribles remedios de Harriett, que fue un alivio para ella poder dejar la posta a su madre y salir a tomar un poco de aire, en especial porque, de alguna forma que no habría sabido explicar, estaba convencida de que Adam esperaba por ella.

Él se encontraba apoyado contra un árbol, apenas alejado de la escultura que Victoria acostumbraba a admirar, y cuando lo vio en esa pose indolente y relajada corrió hacia él sonriendo como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron. En cierta medida, le pareció como si así hubiese sido.

Para su sorpresa, él no se mostró tan entusiasmado como ella. Aunque sonriente y tan atento como siempre, Victoria era lo bastante perceptiva como para adivinar que algo había ocurrido que lo mantenía levemente distante, un cambio casi imperceptible del que resintió, y así se lo hizo saber a la primera oportunidad. Ella no era de la clase de personas que se guardaban aquello que les incomodaba, así que no dudó en ponerlo en palabras. Lo que jamás habría podido imaginar, desde luego, fue la respuesta que obtendría frente a esa curiosidad.

—Te equivocas. No sé por qué piensas que me comporto de forma extraña; te aseguro que no hay nada que me moleste.

Esa era la segunda negativa de Adam a reconocer que algo iba mal y Victoria lo miró con el entrecejo fruncido y una buena cuota de impaciencia.

—No deberías de intentar mentir, se te da muy mal —sentenció ella sin delicadeza—. A mí, al menos, nunca podrías engañarme.

Adam arqueó una de sus pobladas cejas y Victoria cayó en la cuenta de que no solo había crecido desde la última vez que se vieron, sino que la dureza de sus facciones se había acentuado y de pronto le pareció incluso más varonil que antes. Él estaba pronto a cumplir diecinueve años y le faltaba tan solo un año para dejar la escuela y entrar a Oxford, el sueño de su abuelo.

—Yo no estaría tan seguro acerca de eso; tal vez sea mejor mentiroso de lo que piensas. Es más, puede que sea tan bueno que haya permitido que llegaras a esa conclusión a propósito —replicó él, pero la sonrisa que esbozó entonces restó seriedad a unas palabras tan inquietantes.

—Estás presumiendo —dijo Victoria, encogiéndose de hombros y pareciendo muy convencida de lo que decía, pero al continuar con aquello que en verdad le molestaba, su tono varió a otro algo más serio—. Por favor, Adam, dime qué es lo que te molesta. No podré volver a hablar contigo con naturalidad si siento que me ocultas algo.

Él suspiró entonces y apoyó la cabeza contra el tronco del árbol. Tenías las palmas de las manos apoyadas a la espalda y veía por el rabillo del ojo a la joven que se había dejado caer a su lado para sentarse sobre un tocón con las manos suavemente posadas en su regazo.

—No hay nada que me moleste —insistió él, para luego agregar con una voz más suave—: Pero es posible que esté un poco preocupado.

Victoria elevó el rostro para mirar a lo alto y posar su mirada en su rostro que en ese momento se encontraba vuelto en dirección al horizonte, donde el sol se encontraba en lo alto.

—Muy bien. En ese caso, ¿qué es lo que te preocupa?

Adam vaciló antes de responder, y cuando lo hizo su voz surgió como si le costara poner en palabras lo que pensaba.

—Creo... pienso que deberías ser más cuidadosa en tu trato con Oliver —dijo él.

Victoria elevó mucho los ojos al oírlo y estuvo a punto de emitir un gemido de dolor por la forma tan brusca en que elevó aún más el cuello para observarlo.

—¿Qué estás diciendo?

—No pretendo dar a entender que haya nada inapropiado en tu conducta. —La aplacó él de inmediato—. Eres tan correcta como cabría esperar. Pero aunque Oliver es un buen amigo y un muchacho excelente, puede ser también demasiado vehemente para su bien...

—No veo qué hay de malo con la vehemencia.

Adam acusó la interrupción con una sonrisa y suspiró nuevamente antes de dejarse caer a su lado con las rodillas flexionadas contra su pecho. En esa posición, él y Victoria se encontraban muy cerca; sus hombros se tocaban y pudo admirar su perfil iluminado por la luz del sol que se colaba entre las ramas del árbol.

—Desde luego que no —asintió él en tono suave—. No tiene nada de malo.

—¿Entonces por qué lo criticas?

—No es en ti en quien lo hago; admiro tu vehemencia, pero esta no siempre está encaminada de la forma correcta —matizó Adam—. Tú jamás actuarías con malicia, y quiero pensar que Oliver tampoco lo haría, pero estoy consciente de que sus circunstancias son distintas y no quisiera que te vieras en una posición... incómoda.

—Incómoda —repitió Victoria con una sonrisa burlona—. Mira, si lo que pretendes implicar es un posible interés del señor Woodbridge en mí, debo decirte, como ya le dije a Emma cuando hizo un comentario similar, que no podrían estar más equivocados. Tu amigo me parece un joven encantador, pero no hay nada en él que pueda encontrar interesante en el sentido que parece creer. Y no es que haya dedicado demasiado tiempo a pensarlo, por cierto; en realidad, de no ser por ti y Emma jamás se me habría pasado por la cabeza algo como aquello. ¡A quién se le iba a ocurrir!

Victoria se mostró tan azorada y ofendida al hacer esa declaración que Adam no pudo menos que ensanchar su sonrisa al oírla y fijó en su rostro sonrosado una mirada cargada de ternura.

—No dudo de que sea así, pero como dije antes, nunca se me ocurrió implicar un interés de tu parte —aclaró él—. Es de él de quien hablo. Oliver ha hecho algunos comentarios respecto a que te considera una joven muy agradable.

—Soy una joven muy agradable —afirmó ella, convencida y con la barbilla elevada.

Adam se encogió de hombros, divertido por ese raptó de orgullo.

—También cree que tienes una conversación de lo más interesante —continuó él.

—Me alegra saberlo, y a mi padre le alegrará también; se ha esforzado mucho por educarme para que así sea. Una no pasa su vida entre libros para no tener una conversación interesante.

Su amigo la ignoró y continuó en un tono algo más serio.

—Mencionó, además, que cree que eres muy bonita.

Ese comentario pareció bastar para que Victoria abandonara su postura un tanto presuntuosa y lo miró con el rostro ladeado y expresión sorprendida.

—¿Eso dijo? ¡Vaya! Supongo que debería estar agradecida, aunque no estoy segura de que sea un gran halago —dijo ella al cabo de un momento en tono reflexivo, como si hablara para sí—. Nunca he pensado que sea bonita, creo que la belleza en la familia recayó sobre Emma; pero no es algo que me moleste, en absoluto. Tu amigo es un joven algo raro, Adam, yo que tú no me fiaría mucho de su criterio.

Aunque ella intentó sonar graciosa, algo que hacía siempre que se encontraba desconcertada,

lo que ocurría con poca frecuencia, la verdad era que acababa de comprender lo extraño que resultaba mantener esa charla con Adam. Tal vez sintiera una gran confianza con él y fuera una de las personas con quienes se sentía más cómoda hablando de sus cosas, pero de pronto comprendió que no dejaba de ser un muchacho algo mayor que ella con mucho más mundo y que, sin duda, debía de encontrar divertida la actitud de su amigo frente a esa joven que había pasado su vida en ese pueblo perdido del sur sin más compañía que su familia, una niñera rezongona y demasiados animales de granja para su gusto.

—Jamás me atrevería a cuestionar los gustos de Oliver; por lo general estoy de acuerdo con él —respondió Adam al cabo de un momento—. En este caso en particular no podría estarlo más.

Victoria tardó un momento en comprender a qué se refería y cuando lo hizo no pudo evitar que un acentuado rubor coloreara sus mejillas, apartando el rostro para posarlo en sus manos. Su azoro no se refería tan solo a las palabras de Adam, sino también a la forma en que la veía; y como si él de pronto comprendiera la intensidad con la que había hablado, desvió el rostro también y carraspeó para aclarar su garganta. Cuando volvió a dirigirse a ella, lo hizo con un tono más desenfadado que sonó poco natural incluso a sus oídos.

—Como dije antes, no me encuentro disgustado en absoluto; si he actuado algo extraño se debe tan solo a la preocupación de la que te acabo de hablar. Si estaba equivocado, como parece ocurrir, te ofrezco disculpas y espero que olvides esta indiscreción; de ser necesario, me disculparé también con Oliver, aunque quiero pensar que él no le dará demasiada importancia. Insisto, sí, en mi consejo respecto a que actúes con prudencia aun cuando no tengas mayor responsabilidad en las conclusiones a las que los demás puedan llegar. Si en algún momento necesitas de mi ayuda no dudes en decirlo; incluso si no vuelvo a hacer mención a este tema, debes saber que siempre podrás contar con que esté cerca para ti.

Adam habló con tal rapidez, casi atropellándose con sus palabras, que Victoria tuvo que parpadear y mirarlo de nuevo para no perderse nada de lo que decía. Al comprender que era evidente que se encontraba tan azorado como ella no pudo menos que dejar su propia vergüenza de lado y lo observó con una suave sonrisa, pero no dijo nada. A su parecer, él había sido bastante claro por ambos y aunque por un momento le resultó complicado volver a asumir esa actitud desenfadada que estaba acostumbrada a compartir con él, bastó con que Adam buscara su mirada también y correspondiera a su sonrisa para saber que, aun cuando algo acababa de ocurrir entre ambos, algo un tanto extraño y muy nuevo, ello no había afectado en absoluto a lo que él le inspiraba. En realidad, aun cuando en ese momento no fuera capaz de verlo, tal vez tan solo lo hubiera asentado.

Victoria no tuvo mucho tiempo para lamentarse después de la nueva partida de Adam una vez que culminaron las vacaciones de Navidad y regresó a la escuela. La salud de Emma pareció estar más afectada de lo que todos habían imaginado y pasaron algunas semanas de inquietud ocupándose de que estuviera bien atendida. Incluso *sir* Richard puso a disposición de la familia los servicios de su médico personal y este anunció que se trataba de algún tipo de fiebre que, si bien no podía diagnosticar con seguridad, no dudaba de que con cuidados apropiados y mucho tiempo de descanso, ella se encontrara pronto del todo repuesta.

El médico pareció estar en lo correcto, porque aunque la evolución fue bastante lenta, pronto las fiebres de Emma desaparecieron y solo necesitó de algunas semanas de reposo para que casi volviera a ser la misma jovencita irritante de siempre, como le gustaba comentar a Victoria entre

risas para animarla. Sin embargo, había días en los que se presentaba un leve retroceso, días en los que Emma apenas salía de su habitación y en los que tanto Victoria como su madre y Harriett se turnaban para hacerle compañía. Estos episodios eran bastante distanciados unos de otros, así que lo tomaban como infortunadas secuelas de su enfermedad que pronto desaparecían del todo, tal y como aseguró el médico. Pero, de vez en cuando, Victoria se sentía agobiada por ese constante estado de incertidumbre, y sabía que tanto sus padres como Harriett experimentaban una sensación muy similar.

Su cumpleaños número diecisiete llegó sin pena ni gloria y ni siquiera esa fecha feliz sirvió para animar el ánimo un tanto lúgubre de la casa. Su madre encargó a la cocinera un pastel, que comieron en silencio ante la ausencia de Emma porque no tuvo ánimo ni fuerzas para acompañarlos en el salón, y poco después, luego de que su padre le entregara una hermosa libreta encuadernada en cuero con sus iniciales, que había encargado a Londres para ella, la dejaron para ir a ver cómo se encontraba su hermana. Victoria pasó el resto del día sentada en el banco del jardín, en espera de cualquier novedad, inmersa en sus recuerdos y sumida en una melancolía tan poco habitual en ella que incluso Harriett salió un par de veces a buscarla para preguntarle si se encontraba bien.

Adam le había escrito para felicitarla; su carta llegó el día anterior en lo que consideró un sentido de la oportunidad estupenda, tal y como mencionó en la respuesta que escribió de inmediato para agradecer su atención. Echaba mucho en falta a su amigo; estaba segura de que las cosas serían mucho más llevaderas de encontrarse él cerca, pero no comentó una sola palabra en su carta; tan solo escribió que todos lo extrañaban y que esperaban tener la oportunidad de verlo pronto en cuanto pudiera dejar la escuela.

Un par de días después, sin embargo, cuando la última de las crisis de Emma parecía haberse alejado al fin y esta podía pasar las mañanas sentada en el salón trabajando en sus labores con mucho mejor semblante del que había tenido hasta entonces, Victoria oyó el sonido de unos cascos que se acercaban por el sendero y sintió que su corazón daba un pequeño brinco en el pecho. Sin saber por qué lo hacía, qué la llevaba a tener la certeza que empezaba a crecer en su interior, ignoró las miradas extrañadas de Emma y Harriett y corrió fuera de la casa con una gran sonrisa en el rostro que se acentuó al ver quién era el recién llegado.

—¿Pero es que nunca dejarás de crecer? Temo que una vez que bajas de ese caballo me dé con la sorpresa de que ha venido un gigante.

La exclamación de Victoria, dicha en tono bromista y un tanto tembloroso, como si así intentara enmascarar la emoción que la embargaba, provocó una carcajada en Adam, que desmontó tan pronto como llegó a su lado.

—No un gigante. Tan solo un visitante hambriento y exhausto —replicó él mirándola desde su altura y con una sonrisa cargada de alegría.

—Bueno, en ese caso será mejor que pases; podemos hacer algo para que descanses, y en cuanto al hambre, estoy segura de que no le dirás que no a unas pastas que Harriett acaba de ayudar a preparar a la cocinera. Por tu expresión, tampoco te vendría mal un poco de té.

—Eso suena muy bien —asintió él, pareciendo encantado por la invitación—. He traído una contribución, además, algo que creo que te gustará.

—¿Y qué podrá ser eso?

—Algo apropiado para una joven cumpleañera.

Aunque ambos hablaban con esa rapidez tan habitual en ellos, que parecían tener siempre la réplica precisa para las palabras del otro, fue evidente que había también cierto reparo en sus formas y en la forma en que se veían. Pese a que lo lógico habría sido que entraran a la casa de inmediato para honrar la invitación de Victoria, la verdad era que ni uno ni otro dio un solo paso para abandonar ese pequeño momento de intimidad a solas.

Un llamado proveniente de la casa, sin embargo, los sacó de su abstracción y los obligó a hacer a un lado esa suerte de hechizo en el que habían caído.

—¡Adam!

Al girar para mirar sobre su hombro, Victoria vio que su hermana se había acercado a la ventana y les hacía unos gestos desde allí para apurarlos a entrar. Tras intercambiar una última mirada, ambos se pusieron en camino y una vez que Adam aseguró las riendas de su caballo cerca de la casa, ya que como anunció tendría que marcharse pronto, se reunieron con los otros y los saludos fueron tan efusivos, en especial de parte de Emma, quien pareció encantada con la visita, que no pudieron volver a intercambiar un momento a solas hasta mucho después.

El enigmático comentario de Adam respecto a lo que había llevado para contribuir a su té y que era, además, apropiado para una cumpleaños, se reveló pronto cuando salió un momento en busca de un paquete que había dejado en las alforjas de su caballo y que contenía uno de los famosos pasteles preparados por la cocinera de Blackmore Park. Victoria solo lo había probado un par de veces, durante sus esporádicas visitas a la mansión, pero siempre hablaba de él como si fuera lo más exquisito que había probado en su vida. Que Adam lo recordara y tuviera esa atención estuvo a punto de arrancarle un suspiro, pero consiguió contenerse porque ni esos raptos de sentimentalismo eran habituales en ella ni estaba dispuesta a hacer el ridículo por algo como aquello. Emma se burlaría de ella sin piedad. Eso siempre y cuando consiguiera desviar su atención de Adam durante más de un minuto, se dijo ella en un raptó de incomodidad al advertir la actitud de su hermana para con su amigo.

Adam había aceptado su invitación de ocupar el asiento junto a ella en el sillón que Harriett había dispuesto bajo la ventana para que le diera la luz del sol y Victoria no pudo menos que admirar el bonito cuadro que presentaban ambos. Emma se veía incluso más frágil de lo habitual y con sus magníficos cabellos rubios que caían a ambos lados de su rostro, pálido pero hermoso, parecía un ángel; en tanto que Adam, quien según pasaba el tiempo iba adquiriendo una apariencia más madura y masculina, con las elegantes facciones bien perfiladas y sus enigmáticos ojos, le pareció más atractivo que nunca.

Una pareja muy conveniente, se repitió con un semblante pensativo que le costó mucho abandonar.

Tan solo cuando Harriett apareció, para dejar ante ellos un nuevo servicio de té recién hecho y se encargó de repartir el pastel traído por Adam, se permitió alejar unos pensamientos tan absurdos y decidió retomar su buen talante habitual. En realidad, no le resultó tan difícil una vez que hubo tomado un primer bocado del pastel. Sabía tan bien como lo recordaba y así se lo hizo saber a Adam una vez que consiguió dejar la cuchara sobre el plato vacío con expresión satisfecha.

—Espero que te quedes durante mucho mucho tiempo porque creo que voy a quererte en mi vida por siempre —dijo ella, señalándolo con una cabezada.

—¡Victoria! ¡No se le dice algo como eso a un caballero!

Adam ocultó una sonrisa ante la exclamación horrorizada de Harriett, quien veía a Victoria como si no pudiera creer lo que había dicho. A decir verdad, era probable que ella tampoco hubiera sido consciente de sus palabras hasta que reparó en el gesto ceñudo de su niñera y en la forma en que la miraba Emma, quien no dijo nada pero desvió la mirada para fijarla en sus manos asentadas sobre su regazo. Incómoda de pronto y un tanto avergonzada por ese comentario hecho sin mala intención, pero que había tenido tan mal recibimiento, procuró mostrarse desenfadada y se encogió de hombros para hablar en un tono burlón que esperaba fuera capaz de disolver esa desagradable tensión.

—¿Por qué no? Este caballero acaba de traernos la mejor tarta que he probado en mi vida. Podría mudarse aquí si lo desea —dijo ella, dirigiéndole una sonrisa y con una falsa entonación calculadora en su voz al continuar—. Siempre y cuando traigas a tu cocinera contigo, claro.

Tal y como esperaba que ocurriera, Adam rio al oírla y el ambiente pareció relajarse lo suficiente para que pudieran retomar su conversación. Victoria habló muy poco desde entonces, sin embargo, como si temiera decir cualquier otra cosa que pudiera ser malinterpretada. Por suerte, Emma se mostró más locuaz de lo usual y apenas dejó respirar a Adam a base de preguntas respecto a cómo iban las cosas en su escuela y le contaba acerca de su reciente enfermedad, también que creía estar del todo recuperada y todo lo que deseaba hacer ahora que se sentía mejor. Se las arregló para arrancarle la promesa de que si algún día conseguía ir a Londres él se encargaría de acompañarla en un paseo por la ciudad. A Victoria no se le escapó que su nombre no fue mencionado en los planes, pero no le importó demasiado, estaba sumida en sus pensamientos y solo reaccionó al advertir que Adam se ponía de pie para despedirse porque debía volver a la mansión para tomar el tren del día siguiente de regreso a Londres.

Victoria no lo dijo, pero estuvo claro para todos que él solo había hecho ese largo y apresurado viaje para felicitarla por su cumpleaños, un gesto que la conmovió, si bien tanto Emma como Harriett hicieron algunas menciones veladas a lo atento que había sido al acercarse para interesarse por la salud de la primera.

Pasaron algunos minutos hasta que Adam pudo despedirse tras dejar sus saludos para los señores Sterling y solo entonces, tras advertir que él le dirigía una rápida mirada, atinó a ofrecerse a acompañarlo hasta el sendero que llevaba a Blackmore Park.

Una vez que estuvieron fuera, caminando uno al lado del otro y con Adam guiando a su caballo de las riendas para que acompasara el paso al suyo, ella se permitió exhalar un hondo suspiro. El sol se encontraba en lo alto, el sonido de las aves en los árboles llegaba a ellos con claridad y el aroma de la tierra se colaba por sus fosas nasales. No recordaba la última vez que se sintió tan dichosa y, tras mirar al joven que caminaba junto a ella, comprendió que gran parte de esa sensación había sido provocada por él. ¡Qué curioso que una persona fuera capaz de ocasionar tal grado de felicidad en otra tan solo con su presencia!

—Me alegra saber que Emma se encuentra mejor —dijo él, atrayendo su atención—. Mi abuelo mencionó que su enfermedad resultó más seria de lo que habían pensado.

Victoria asintió con gesto serio al oírlo.

—Sí, es verdad; pero como has podido ver ya se encuentra casi recuperada. Fueron días difíciles, sin embargo, tu abuelo estaba en lo cierto. Mis padres han estado muy preocupados...

—Lo mismo que tú.

Victoria lo miró de reojo y ahogó un suspiro al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a

otro.

—Desde luego que he estado preocupada; pero supe todo el tiempo que estaría bien...

Adam detuvo bruscamente el paso y a ella no le quedó más alternativa que hacer otro tanto. Se encontraban en lo alto de la colina, muy cerca del claro; no podían ser vistos desde la casa a aquella distancia, ocultos por el terreno ondulante y Victoria se preguntó si eso era lo que él había buscado al avanzar hasta ese lugar. No fue un pensamiento que le molestara en absoluto, consideró ella, pero sin duda le provocó un ligero temblor que no tenía nada que ver con la brisa que había empezado a soplar alrededor de ellos.

—No hay nada de malo en que reconozcas cuán asustada has estado, Victoria; es perfectamente natural. —Las palabras de Adam la obligaron a mirarlo por encima de sus pestañas veladas—. Quieres a tu hermana más de lo que te gusta aparentar.

Ella cabeceó, esbozando una sonrisa irónica.

—Es posible, pero agradecería que no se lo mencionases; se pondría insoportable.

Adam sonrió también y buscó su mirada con una expresión curiosa.

—Te guardaré el secreto —asintió él—. No queremos que todo el mundo sepa que en el fondo tienes un corazón tan tierno.

Victoria desvió la mirada y forzó una risa que resultó un poco falsa incluso para ella.

—Me harás sonrojar. O enojar, no estoy segura —replicó ella en un tono desenfadado, para luego agregar con un poco más de seriedad—: La verdad es que no sé qué haría sin esa pequeña insoportable. Al verla tan enferma no pude evitar pensar en cómo sería mi vida sin ella y te confieso que me sentí aterrada; si la perdiera a ella o a mis padres me sentiría totalmente desvalida. No puedo imaginar cómo sería continuar en una situación como esa, perder a todos a quienes amas...

La voz de Victoria se fue apagando según hablaba hasta callar, de pronto consciente de lo que decía y en presencia de quién. Un poco arrepentida por esa muestra de desconsideración, miró a Adam con expresión cargada de pesar; pero él no pareció encontrar dolorosas sus palabras sino que la observaba a su vez con semblante pensativo. Tenía la barbilla levemente elevada y sus ojos destellaban de una forma que le provocó el casi irreprimible deseo de elevar una mano y posarla sobre su rostro; pero consiguió contenerse a tiempo.

—Lo lamento, Adam, ha sido un comentario muy tonto para hacer frente a ti; no estaba pensando...

Él se encogió de hombros y esbozó una triste sonrisa.

—No te preocupes, no has dicho nada que no haya pensado con frecuencia —indicó él—. Y tienes razón; es difícil imaginar un escenario como ese. Solo cobra sentido cuando te ves en la necesidad de experimentar esa clase de pérdidas, pero estoy seguro de que eso no te ocurrirá a ti en mucho mucho tiempo. Tus padres son fuertes y tu hermana se repondrá pronto del todo; no estarás sola ni perderás a quienes amas.

Victoria se sorprendió al ver cómo sus pies empezaban a moverse como si tuvieran vida propia para acercarse a él con el rostro elevado.

—¿Y a ti? —preguntó ella sin poder contener las palabras que se atropellaban en su garganta—. ¿No te perderé tampoco?

Adam le devolvió la mirada y entreabrió los labios como si su pregunta lo hubiera sorprendido, pero se recompuso con rapidez y sonrió al tiempo que, tras vacilar, extendió una

mano para rozar la suya, que colgaba suavemente a su lado.

—Estaré contigo durante tanto tiempo como así lo desees —replicó él al cabo de un momento—. Y espero que sea... ¿cómo dijiste hace un momento que escandalizó tanto a Harriett?

—Para siempre —respondió Victoria con una suave sonrisa al recordar el episodio.

Adam asintió y bajó la mirada para fijarla en sus manos que se rozaban en el aire.

—Cierto. Pero «para siempre» es mucho tiempo; espero que sepas eso —dijo él.

Victoria asintió y siguió su mirada, de pronto abrumada por el peso de sus palabras y de la imagen que debían de proyectar ambos allí, de pie en lo alto de la colina; tan cerca el uno del otro. El casi imperceptible y errático toque de la mano de Adam en la suya en esa suerte de caricia le provocó un escalofrío que le recorrió la columna de arriba abajo y supo que lo único que podía hacer en una situación como aquella era alejarse o terminaría por hacer alguna locura para la que no se encontraba lista. De modo que dio un paso hacia atrás y se llevó ambas manos tras la espalda, sonriendo y encogiéndose de hombros para romper, de alguna forma, esa extraña tensión que se había instalado entre ambos.

—Estoy consciente de eso; pero como dije antes, siempre y cuando tengas a mano a tu cocinera todo estará bien —bromeó ella.

Tal y como esperaba, Adam rio sin parecer sorprendido o enojado por la distancia que ella había puesto tan bruscamente entre ambos. Por el contrario, se vio como si fuera algo que esperara y, tras exhalar un pequeño suspiro, rebuscó en el bolsillo de su chaleco y sacó un pequeño paquete que tendió hacia ella y que Victoria se apresuró a tomar.

—Es tu regalo de cumpleaños —dijo él al verla inspeccionarlo con semblante concentrado.

Victoria elevó la mirada y sonrió con el paquete fuertemente sujeto contra su pecho.

—Pensé que mi regalo habría sido el pastel.

—Digamos que ese fue solo un aperitivo —comentó él en un tono divertido similar al suyo—. Espero que te guste.

La joven se llevó el paquete a la nariz e inhaló con los ojos entrecerrados; despedía un aroma que le recordó a algo familiar.

Olía a Adam. A Adam de pie en una colina mientras sostenía a un caballo por las riendas con una mano y tenía la otra extendida hacia ella como si deseara tocarla. A Adam sonriendo y observándola como si absorbiera cada una de sus palabras y no tuviera nunca suficiente de ello.

—Lo hará. Estoy segura de que lo hará —asintió ella al cabo de un momento, dando otro paso hacia atrás luego de mirar sobre su hombro—. Debería volver. Emma querrá que le haga compañía en tanto Harriett se ocupa de sus cosas.

—Claro.

—¿Seguro que no puedes quedarte un poco más?

Adam negó con la cabeza y pareció que se sentía tan apenado por no poder hacerlo como le ocurría a ella.

—No, no es posible. Debo volver o me meteré en problemas —declaró él tras señalar la mansión a lo lejos con una cabezada—. El abuelo no está muy feliz.

—¿Lo está alguna vez?

Adam se encogió de hombros y esbozó una sonrisa pesarosa.

—Ahora que lo mencionas, creo que no —sonrió él—. Pero aun así...

—Claro. Tienes que ir.



Él vaciló un momento, como si no quisiera moverse de donde se encontraba, pero al cabo de un minuto no le quedó más alternativa que encogerse de hombros.

—Te escribiré.

—Y yo a ti —Victoria ensanchó su sonrisa al recordar algo—. Por cierto, acabo de enviarte una carta para agradecer la que recibí para saludarme por mi cumpleaños.

—Estupendo. Entonces la encontraré al regresar y al leerte será casi como si aún estuviera aquí.

Ella asintió, encantada con ese comentario.

—Es una buena manera de verlo.

Adam sonrió y subió a su caballo con las manos sujetando firmemente las riendas.

—Cualquier cosa que me ayude a extrañarte tan solo un poco menos —replicó él.

Ella no respondió; no hubiera sabido qué decir de cualquier forma. Se contentó con asentir y hacer un leve gesto de despedida en tanto él se alejaba en dirección a la mansión. Cuando se perdió de vista, exhaló un suspiro y llevó a su pecho la mano con la que sostenía el obsequio que él acababa de entregarle. Lo abriría al volver a casa cuando se encontrara a solas; no deseaba compartirlo con nadie porque algo le decía en el fondo de su corazón que tan solo le pertenecía a ella. A ella y a Adam también, quizá, reflexionó en tanto se apresuraba de regreso a su casa para reunirse con Emma, quien debía de encontrarse impaciente.

Tan solo unas semanas después de esa visita, cuando Emma acababa de celebrar su cumpleaños número dieciséis y parecía que se encontraba al fin del todo recuperada, tuvo una nueva recaída. Esta no pareció ser tan alarmante como las otras; en realidad, tanto Victoria como su madre consideraron que se recuperó con bastante rapidez y que sin duda no debía de haber nada por lo que preocuparse, pero el señor Sterling no se mostró de acuerdo y anunció que gracias a la ayuda de *sir* Richard y a las gestiones de su médico, quien se encontraba un poco desconcertado por no haber dado con el mal de la joven con seguridad, había conseguido arreglar una cita con un especialista. Para ello, debían viajar a Londres, un gasto que confiaba en poder sufragar echando mano de sus ahorros y haciendo algunos sacrificios.

Para inmenso pesar de Victoria, no hubo forma de que le permitieran acompañar a Emma y a sus padres en el viaje. Era lo bastante sincera para reconocer que ese deseo no estaba solo referido a lo mucho que le habría gustado estar al lado de su hermana en aquel trance, porque si bien Emma se esforzaba por lucir muy serena era obvio que se encontraba también un poco asustada, sino también al anhelo de aprovechar ese viaje para ver a Adam.

Él había enviado una carta para ponerse a disposición de la familia tan pronto como supo del viaje, pero fue lo bastante cortés para no hacer ninguna mención a la posibilidad de que Victoria los acompañara. En la carta que le envió a ella aquella semana, sin embargo, sí que se explayó al respecto. Mencionó todo lo que ansiaba mostrarle de la ciudad, cuánto le gustaría cada rincón al que planeaba llevarla, los muchos paseos que darían y todo lo que podrían hablar mientras recorrían las calles que para él eran casi parte de sí mismo. Por ello, Victoria se sintió tan desalentada al tener que enviarle una respuesta en la que le informaba que ello no sería posible, que ya habría una nueva oportunidad, pero en la que le pedía encarecidamente que dedicara aquel tiempo a hacer más llevadera la visita de su familia y sobre todo a entretener a Emma.

La noche anterior a la marcha de la familia, Victoria se encontraba en la habitación que compartía con su hermana, ayudando a guardar algunas cosas en su baúl. Harriett ya se había

encargado de disponer prácticamente todo lo que necesitaría, pero había unas cuantas prendas que habían dejado para el final.

Emma estaba ya acostada, su madre había insistido en que descansara para enfrentar los rigores del viaje hasta Londres; en tanto, Victoria se afanaba en doblar un par de vestidos con el ceño fruncido para no olvidar nada. Había un cepillo en el tocador que tendrían que guardar la mañana siguiente, se recordó repitiéndolo un par de veces para no dejarlo pasar luego. Quizá a Emma le vendría bien también ese espejo que le gustaba tanto y que le había enviado su tía de Francia el año anterior...

—¿Crees que cuando termines con eso podrías leer un poco para mí?

La voz de su hermana la obligó a hacer a un lado sus pensamientos y se incorporó un poco de su dolorosa posición agachada frente al baúl para elevar la mirada y sonreírle con amabilidad. Desde su última recaída, veía a Emma un tanto más frágil de lo habitual; en ese momento, incluso recostada sobre las almohadas envuelta en su camisón blanco, aunque era la imagen de la belleza, esta le pareció casi inmaterial, como un hermoso espíritu diáfano y siempre presto a desaparecer.

—Desde luego que sí —respondió ella, ahuyentando unos pensamientos tan desagradables—. Dame cinco minutos y estaré contigo.

—Gracias. —Su hermana vaciló antes de continuar—. ¿Podrían ser algunos de esos poemas del libro que te obsequió Adam?

Victoria apretó los labios y desvió la mirada solo un instante en dirección a la mesilla ubicada justo al lado de la cama que acostumbraba ocupar. Había olvidado guardarlo. Al abrir el paquete dejado por Adam en su última visita se encontró con una preciosa y, sin duda, valiosa edición de los poemas de Keats, uno de sus autores favoritos. Hasta entonces apenas se lo había mostrado a Emma una vez y ello llevado por su insistencia; el resto del tiempo lo tenía guardado en el cajón de su escritorio y solo lo sacaba para llevarlo con ella en sus paseos por el bosque.

—Si eso quieres —respondió entonces con voz inexpresiva al comprender que su hermana esperaba una respuesta.

Emma asintió en señal de afirmación, pero no dijo nada hasta que su hermana le dio la espalda para retirar otra prenda del armario.

—Fue un regalo encantador, pero no es de extrañar. Adam es un caballero muy atento, ¿no lo crees?

—Sí, es un muchacho muy considerado —respondió ella sin abandonar su labor.

Agachada para alcanzar un par de botines al fondo del armario, oyó el resoplido de su hermana ante su respuesta.

—Adam no es un muchacho; al menos ya no lo es. Ahora es un caballero.

—Estoy segura de que a él le gustará saber que eso piensas; puede ser también un poco presumido.

Victoria sabía que estaba siendo un poco brusca e incluso grosera, pero no se sentía cómoda hablando de Adam con su hermana; no cuando ella se refería a él de una forma que la incomodaba y a la que no sabía cómo reaccionar como no fuera burlándose para restarle importancia.

Emma no dijo nada por un rato y Victoria exhaló un, casi imperceptible, suspiro de alivio en tanto continuaba con lo suyo. Cuando tuvo todo empacado, dio una última mirada a las cosas en la habitación y asintió, satisfecha.

—Creo que no falta nada, pero mañana antes de que te marches daremos un último repaso;

solo por si acaso —comentó ella.

—Gracias. No deberías tomarte tantas molestias.

Victoria sonrió al oír a su hermana y fue a sentarse a los pies de la cama tras estirar los brazos por encima de su cabeza.

—No son molestias —replicó ella—. Me alegra poder ayudar.

Emma sonrió sin responder y su mirada se vio atraída hacia el libro en la mesa de su hermana, de modo que a Victoria no le quedó otra alternativa que ahogar un resoplido y tomarlo para cumplir con su promesa.

Era una hermosa edición revestida en cuero y con el tamaño perfecto para llevarla en el bolsillo de su vestido sin que resultara incómoda. En ese momento, mientras buscaba uno de sus poemas favoritos, se dijo que solo Adam hubiera podido pensar en algo como aquello. Nadie como él para considerar lo presta que era a dejar olvidadas siempre las cosas y cuánto apreciaba la comodidad para llevar esa clase de objetos.

—¿Por qué sonríes? No recuerdo que Keats fuera muy divertido...

Victoria carraspeó tras dirigir una mirada de enojo a su hermana.

—No es divertido —rezongó ella—. Solo pensaba en algo más... bueno, ¿qué poema te gustaría que leyera?

—¿Cuál es el favorito de Adam?

Victoria parpadeó, desviando la vista de Emma para volver su atención al libro.

—No lo sé —mintió, pasando unas cuantas páginas—. Hay uno que creo que podría gustarte; habla de una rosa. Espera un momento a que lo encuentre.

Cuando dio con el poema que buscaba, se aclaró la garganta una vez más y empezó a recitar con voz modulada intentando reflejar de la mejor manera todo lo que Keats había intentado plasmar en su obra. Aunque ese no era su poema favorito del autor, ya que el suyo era el mismo que el de Adam, algo que no estaba dispuesta a reconocer frente a su hermana, había algo conmovedor en los versos que leyó en ese momento, un canto a la amistad y a la belleza.

Cuando terminó, cerró el libro y lo dejó a un lado de la manta que cubría la cama. No dijo nada de inmediato, sino que esperó a que sus últimas palabras resonaran en la habitación y cuando se preparaba para preguntar a Emma si deseaba que leyera algo más, se sorprendió al descubrirla con la mirada puesta en la ventana. La luna estaba en cuarto menguante, de modo que había muy poca luz en las afueras, pero ella parecía encontrar algo fascinante incluso en medio de toda esa oscuridad.

—Victoria, ¿puedo hacerte una pregunta?

La joven dio un pequeño brinco al oírla; su hermana se mostraba tan perdida en sus pensamientos que le sorprendió que se dirigiera a ella de una forma tan directa y con esa voz calmada.

—Claro —dijo ella una vez que se repuso—. ¿De qué se trata?

—¿Crees que soy bonita?

Victoria sonrió al oír la pregunta.

—Emma, estoy segura de que sabes que pienso que no solo eres bonita, sino muy hermosa —respondió ella con sencillez.

—Pero eres mi hermana, desde luego que lo piensas, de la misma forma en que yo pienso que eres muy bonita también.

Victoria contuvo una réplica mordaz para preguntarle lo que deseaba implicar con algo como eso, pero prefirió dejarlo pasar porque era evidente que parecía ser algo de mucha importancia para Emma.

—No solo lo creo yo, sino todo el mundo, Emma. Nuestros padres, Harriett, los vecinos...

—¿También Adam?

La joven apretó los labios al comprender a dónde había querido ir a parar su hermana y no dijo nada hasta que Emma abandonó su observación de lo que fuera que llamara tanto su atención al otro lado de la ventana y la miró con las cejas elevadas.

—No has respondido —insistió, un poco enojada.

—No lo sé, Emma, supongo que sí lo piensa, de la misma forma en que lo hacen todos...

—¿Pero nunca ha dicho nada?

Victoria se vio incapaz de reprimir un bufido que reflejaba su enojo.

—¿Por qué lo haría? No es algo acerca de lo que acostumbremos a hablar —rezongó ella, incómoda—. No entiendo por qué haces este tipo de preguntas, en especial a mí.

—¿A quién más se lo preguntaría? Lo conoces como nadie.

—Eso no es verdad.

Emma se llevó una mano a su cabello cuidadosamente arreglado sobre los hombros y enroscó un rizo dorado en uno de sus dedos.

—Claro que sí. Eres su amiga, confía en ti como no lo hace en nadie más; si hubiera dicho algo...

—Pero no lo hizo —atajó su hermana—. Y ya no quiero hablar más acerca de este asunto.

Irritada, Victoria se puso de pie y sacudió una invisible mota de su falda, cuidándose bien de no mirar directamente a su hermana para que esta no pudiera adivinar lo mucho que la había perturbado con sus preguntas.

—Iré a dejar algunas cosas para que Harriett se encargue de que sean planchadas para mañana. —Victoria volvió a hablar pasado un momento al tiempo que tomaba un par de prendas que había dejado sin guardar para ese fin—. ¿Necesitas algo más? ¿Te gustaría que te trajera un té?

Emma no respondió de inmediato. La veía con una expresión extraña en el rostro y parecía como si estuviera a punto de decir algo más, pero debió de juzgar que una nueva pregunta respecto al tema que su hermana acababa de zanjar no sería bien recibida, de modo que se contentó con asentir suavemente y volvió con su contemplación de las afueras.

Victoria exhaló un hondo suspiro y se encogió de hombros antes de marcharse. Mientras se dirigía a la cocina para ir en busca de Harriett, se lamentó de haber olvidado, una vez más, guardar el libro de poemas en su cajón; algo le decía que Emma no habría resistido la tentación de tomarlo y estudiar sus páginas, una certeza que le provocaba una aversión que la avergonzaba. Por alguna razón, no deseaba que lo tocara, pero no había nada que pudiera hacer al respecto sin actuar como una lunática, de modo que se prometió ser más cuidadosa en el futuro. No se permitió, sin embargo, dedicar un solo pensamiento a las preguntas que su hermana le acababa de hacer. Estaba segura de que la conclusión a la que podría llegar de hacerlo sería sin duda cualquier cosa menos tranquilizadora.

La estadía de los Sterling se extendió por dos semanas más de lo que se había estimado en un inicio porque el especialista recomendado por el médico de *sir* Richard encomendó una serie de

modernas pruebas que creían que podrían ayudarle a dar con el mal que aquejaba a Emma. Victoria se mantuvo informada de los avances gracias a las cartas enviadas por su madre y por su hermana, aun cuando era tan solo la primera quien incluía algún tipo de información referida a ello en sus misivas. Emma prefería dedicar las pocas líneas que le enviaba para contarle acerca de todo lo que estaba haciendo en Londres en tanto duraba su estadía en aquella ciudad y no debía visitar al médico encargado de su evaluación. La mayor parte de las actividades en las que ocupaba su tiempo, para su inmensa alegría, estaban relacionadas con Adam.

Él, tal y como prometió, se puso a disposición de los Sterling tan pronto como llegaron a Londres y desde entonces había procurado mantenerse cerca para serles de ayuda. El señor Sterling estaba familiarizado con la ciudad ya que había pasado algunos años allí en su juventud, pero su esposa y Emma no la habían visitado antes, de modo que pronto descubrieron que la asistencia de Adam era casi indispensable para conducirse por un lugar tan extenso y poblado sin sufrir mayores percances.

Según comentó Emma en sus cartas él las había llevado a pasear con frecuencia, tanto en largos recorridos por el parque cercano al lugar en que se hospedaban, como en emocionantes excursiones a algunos lugares que el joven creyó que serían de interés para ellos y que podrían distraerlos durante su visita. Adam fue un guía extraordinario y su hermana lamentaba no poder pasar más tiempo oyendo las muchas anécdotas que compartía durante sus paseos. Incluso, apostilló en una de sus cartas, en cierta ocasión habían salido tan solo en compañía de una de las jóvenes que los atendía en la casa porque sus padres habían preferido descansar aquella tarde, y había resultado una experiencia maravillosa. Jamás hasta entonces tuvo la oportunidad de pasar tanto tiempo prácticamente a solas con Adam y estaba segura de que él había disfrutado del paseo tanto como ella.

A Victoria todas aquellas novedades la sorprendían más de lo que la inquietaban. Si era sincera consigo misma, lamentaba profundamente no poder encontrarse junto a su familia en un trance como aquel y, sin duda, sentía un poco de celos porque le habría encantado compartir ese tiempo también con Adam, pero en realidad no era algo que la perturbara en demasía. Confiaba en que una vez que sus padres y Emma regresaran, traerían con ellos buenas noticias, y en cuanto a Adam, aunque lo extrañaba más de lo que era capaz de poner en palabras incluso para sí, estaba segura de que lo vería tan pronto como fuera posible. Incluso, albergaba la esperanza de que como estaba a punto de terminar sus clases en la escuela antes de ingresar a la universidad tal vez encontrara la forma de acompañar a su familia durante el regreso. Era la clase de cosas que Victoria estaba segura de que él haría.

Los días pasaban y el silencio se hacía cada vez más opresivo en la casita que ahora Victoria compartía tan solo con Harriett y la cocinera. Las horas transcurrían con lentitud y ni siquiera las cartas de su madre ayudaban a animarla. Estas, además, dejaron simplemente de llegar salvo por una pequeña misiva en la que mencionaba que esperaban estar pronto de regreso. No tuvo más noticias de Emma y sus aventuras en Londres ni uno tan solo de los amables apuntes que su padre solía agregar al final de las cartas de su esposa. Tan solo un mutis que se extendió durante varios días hasta que estuvo tentada a ser ella quien escribiera para pedir noticias. Cuando estaba a punto de hacerlo, sin embargo, desatendiendo los consejos de su niñera, recibió una breve nota de su padre en la que le indicaba la fecha de su retorno, un par de días después.

Había algo en las contadas palabras de su padre, en los términos un tanto fríos en que se

expresó, e incluso en el hecho de que fuera él y no su esposa quien escribiera, que la sumió en un estado de inquietud que no consiguió controlar hasta que los vio llegar en el carruaje que los trasladó de la estación a la casa. Por más que lo intentó, para su desespero, no vio nada en el rostro de sus padres que le indicara qué era exactamente lo que había ocurrido; incluso, Emma se veía rebotante de salud y tan feliz como no la había visto antes cuando descendió del carruaje con ayuda del cochero. Su hermana no dejó de parlotear en tanto entraba en la casa y recibía los mimos de Harriett ni cuando desfiló por el salón para mostrarle uno de los nuevos vestidos que había comprado en la ciudad. Todo parecía ir bien. Quizá demasiado, consideró Victoria al advertir una mirada entre sus padres y el gesto que hizo su madre al reparar en su intriga como si pretendiera pedirle que guardara silencio y no hiciera preguntas hasta que ella lo considerara prudente.

De modo que Victoria calló y se esforzó por prestar atención a las palabras de su hermana procurando que no fuera demasiado evidente el malestar que sintió cada vez que esta hacía mención a Adam y el maravilloso compañero que había sido durante su estancia en Londres.

Solo cuando Emma empezó a dar visos de cansancio y su padre consiguió convencerla de que se recostara con ayuda de Harriett, Victoria pudo quedarse un momento a solas con sus padres y estos la pusieron en conocimiento de lo que les había dicho el médico una vez que concluyeron las pruebas a las que sometió a su hermana.

Según este caballero, el mal de Emma había resultado estar más arraigado de lo que había supuesto por las indicaciones de su colega. Sin duda, debía de tratarse de algún tipo de enfermedad contraída en la niñez que no fue bien diagnosticada y tratada en su momento, pero que era la que ocasionaba esos continuos brotes que se hacían cada vez más frecuentes y notorios por la agudeza de los síntomas. Desgraciadamente, el médico no tuvo más alternativa que sus conocimientos, e incluso los adelantos de los que se sentía tan orgulloso no le permitían dar con un nombre para la enfermedad y mucho menos con un procedimiento que les ayudara a erradicarla del todo; en su opinión, en un caso como aquel un tratamiento propiamente dicho, en realidad, estaba del todo descartado.

A Victoria le costó varios minutos comprender el alcance de las palabras de sus padres, en especial cuando su madre empezó a sacudirse debido a los sollozos ahogados que inútilmente intentaba contener al cubrirse el rostro con un pañuelo. Fue su padre quien intentó aclarar todo en la medida de lo posible. El médico fue tan vago que incluso ellos no tenían los términos precisos para hablar con certeza. Victoria solo alcanzó a entender que la enfermedad de su hermana no tenía cura y que, en opinión del especialista, solo cabía esperar que los episodios se hicieran cada vez más continuos hasta que en determinado momento sencillamente dejara de mejorar. El médico no se atrevió a dar un plazo de tiempo, explicó su padre, fue también muy impreciso al respecto; dijo que considerando los datos con los que contaba y haciendo unos pronósticos un tanto aventurados, podrían estar hablando de años, pero no supo decir cuántos. Tres, cinco, diez...

¿Qué diferencia había entre tres y diez años?, se preguntó Victoria entre dientes y atontada aún, cuando su padre calló. Emma tenía apenas dieciséis años. ¿Viviría hasta los veinte, hasta los veinticinco? ¿Qué consuelo le procuraría la confusión de un médico que parecía tan desvalido como ellos frente a la inmensidad de la muerte? Bastó que esa palabra asomara a su mente para que se abriera paso hasta que pareció como si no fuera capaz de ahuyentarla jamás.

Permaneció en silencio durante lo que le pareció mucho tiempo mascullando entre dientes y

no notó que temblaba hasta que su padre le pasó un brazo sobre los hombros y parpadeó para mirarlo como si pretendiera escapar de un sueño; una horrible pesadilla que parecía tirar de ella con crueldad para impedirle que huyera. Tan solo los sollozos de su madre consiguieron ayudarla a centrarse y a recuperar el sentido de la realidad. No era un sueño, o una pesadilla; aquello estaba ocurriendo y no tenía idea de cómo serían capaces de enfrentarlo.

Cuando su madre se recuperó lo suficiente para volver a hablar con claridad, le hizo prometer que no diría una sola palabra en presencia de Emma ya que habían decidido no hablarle acerca de lo que el médico dijo, lo que a Victoria le pareció un sinsentido. ¿Cómo podían soñar siquiera con mantener algo como aquello oculto de la principal involucrada? Emma tenía todo el derecho a saberlo. Sin embargo, no hubo nada que pudiera decir que consiguiera convencer a su madre de un hecho tan lógico, y su padre le rogó que por el momento aceptara su pedido. En su opinión, estaban todos demasiado consternados para pensar con sensatez e iban a requerir algo más de tiempo para comprender lo que ocurría en toda su dimensión. Con la oración, dijo, y unos cuantos días, podrían decidir lo mejor y en tanto la convencieron de que debía callar hasta que ellos así se lo indicaran.

Solo cuando Victoria pudo dejar a sus padres y dirigirse al jardín, convencida de que no podría ver a Emma en ese momento sin echarse a llorar, pudo dedicar unos pensamientos a lo que acababa de saber. Sentía como si alguien hubiera hecho caer una roca sobre su pecho y corriera el riesgo de ahogarse a cada momento; sus manos sudaban y solo fue consciente de que lloraba cuando vio sus lágrimas caer sobre el césped. Se pasó una mano por las mejillas y contempló la humedad sobre la palma como si pertenecieran a alguien más.

Permaneció allí por horas con la mirada perdida y los labios entreabiertos, sorprendida de que su mundo acabara de dar un vuelco como aquel y el tiempo no se hubiera detenido. De alguna forma, supo que su corazón lo había hecho y no pudo ni quiso echarlo a andar nuevamente. No tenía idea de si podría hacerlo alguna vez.

Cuando consiguió reponerse lo suficiente para mirar a su hermana sin romper a llorar, Victoria aspiró con fuerza y regresó a la casa, casi esperando encontrar a Emma dormida, pero esta, aunque se encontraba agotada y se había metido a la cama atendiendo a los pedidos de Harriett, que revoloteaba a su alrededor como una gallina afanada con sus polluelos, aguardaba despierta porque, según dijo, tenía demasiado que contarle como para esperar hasta el día siguiente.

Su hermana no advirtió el semblante demudado en el rostro de Victoria y empezó a hablar sin parar, por lo que le pareció demasiado tiempo, acerca de todo lo que había hecho en Londres y de cuánto había disfrutado de las semanas pasadas allí. Estaba ansiosa por regresar tan pronto como pudiera, dijo, pero no hizo ni una sola mención a la principal razón por la que fue allí; era como si las visitas al médico jamás hubieran ocurrido y lo único resaltante en aquel tiempo hubiera sido lo que vio, con quién habló y, sobre todo, el tiempo pasado en compañía de Adam, a quien mencionaba en una frase sí y en otra también. Aunque en otras circunstancias a Victoria le habría incomodado todo ese parloteo y las referencias a su amigo en común, no dijo una sola palabra al respecto y se esforzó por parecer muy interesada en todo lo que Emma tenía para decir.

Emma solo calló cuando Harriett regresó de la cocina para obligarla a beber un té en el que roció la dosis recomendada por el médico; un remedio que, al parecer, tendría que tomar a perpetuidad, durante tanto tiempo como...

—Esto es horrible; ni siquiera la miel hace su sabor un poco menos desagradable.

Victoria parpadeó para alejar sus lúgubres pensamientos y se obligó a dirigir a su hermana una sonrisa.

—Seguro que no es tan malo...

Sus palabras sonaron demasiado débiles incluso a sus oídos, por lo que calló y dirigió a Emma una nueva mirada para luego apresurarse a tomar su taza vacía y dejarla sobre la bandeja con pastas que Harriett había llevado también.

—Estoy tan ansiosa por regresar a Londres, Vicky, creo que te encantaría, es un lugar maravilloso.

Hacía mucho que su hermana no se dirigía a ella usando el diminutivo de su nombre, por lo que se quedó mirándola por un momento hasta que comprendió que su actitud podría resultar extraña y se esforzó por actuar con mayor naturalidad. Era eso o marcharse porque al parecer era incapaz de mostrar la entereza que requería una situación como aquella.

—No dudo que lo sea, fuiste muy elocuente en tus cartas —comentó intentando sonar un poco burlona, algo que sin duda Emma encontraría más normal proviniendo de ella—. No dejaste de presumir un segundo.

Como supuso que ocurriría, su hermana le dirigió una mirada en la que pudo percibir una mezcla de arrepentimiento y desafío.

—Bueno, no eras tú quien necesitaba ir; no debes enojarte conmigo por haberlo pasado tan bien —replicó Emma.

—No estoy enojada, solo fue un comentario —dijo Victoria con una media sonrisa—. Me alegra que disfrutaras de la visita.

La muchacha pareció más aplacada al oírla y asintió sin ocultar su satisfacción.

—Tal vez algún día puedas ir —comentó ella en una muestra de altruismo—. Pero estaré encantada de contarte todo acerca de aquello para que te hagas una idea.

—Me gustaría mucho —asintió su hermana.

Entonces Emma empezó a repetir mucho de lo que había dicho hasta entonces, pero a Victoria no se le ocurrió interrumpirla; su hermana parecía tan entusiasmada que no se atrevió a atentar contra un ápice de esa alegría. Solo cuando ahogó un bostezo, abrumada por las emociones del día, notó que Emma la miraba con una expresión indecisa en el rostro.

—¿Puedo preguntarte algo, Victoria?

Su hermana vaciló antes de continuar tomando su silencio como una afirmación.

—Es solo que... espero que no te incomoden todas las menciones a Adam y a lo mucho que disfrutamos el tiempo que compartimos.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Desde luego que no, ¿por qué iba a incomodarme? Estoy muy feliz de que pudieran contar con su ayuda; Adam fue muy amable al ofrecerse a servirlos de guía.

—No solo hizo eso. También nos acompañó cada noche a cenar e incluso puso un carruaje a nuestra disposición para que pudiéramos movilizarnos por Londres —comentó Emma.

No era algo que no supiera ya, se dijo Victoria al oírla, pero prefirió hacer como si fuera una gran novedad.

—Eso ha sido muy considerado de su parte —dijo ella tan solo.

—Seguro que sí. Como mencioné en mis cartas, no habíamos tenido una oportunidad antes de



hablar a solas y creo que ambos lo pasamos muy bien. Él ha descubierto al fin que soy algo más que tu hermana.

Victoria empezó a negar con la cabeza antes de que su hermana terminara de hablar.

—Desde luego que lo eres; mucho más, y te aseguro que Adam siempre lo ha sabido.

Emma desvió la mirada de su rostro y la fijó en sus manos posadas sobre la manta que la cubría. Sus cabellos caían suavemente a ambos lados de su rostro y Victoria advirtió que se mordía el labio inferior como si estuviera indecisa respecto a qué decir a continuación. Cuando creyó que no diría nada y estaba a punto de ponerse de pie para despedirse, tan agotada como si ella misma hubiera vuelto también de un largo viaje, su hermana la sorprendió al levantar bruscamente el rostro y buscar su mirada con una expresión de angustia tal que le provocó un leve sobresalto.

—Él piensa que soy bonita, ¿sabes? Se lo pregunté —confesó Emma en un arranque de ilusión y no dio tiempo a su hermana a decir nada porque continuó en un tono similar—. Creo que lo sorprendí un poco y sé lo que tú o madre dirían, que he pecado de atrevida, pero estoy segura de que fue sincero al responder. Y también dijo que piensa que soy muy agradable, lo reconoció poco antes de marcharnos.

—Emma...

—Si hubieras visto lo atractivo que se ve. Desde luego, siempre lo es; pero allí en Londres parece encontrarse en su elemento; tan elegante y gallardo. Parecía como si lo conociera todo el mundo y no había un solo lugar en que no hubiera estado antes donde no lo trataran con deferencia —la joven habló con voz soñadora—. Fue muy agradable pasar el tiempo a su lado, oírlo hablar y reír con él. Victoria, es un caballero encantador. Ya sé que opinarás que exagero, claro, pero tú no lo ves de la forma en que yo lo hago y por eso no puedes saber en realidad lo importante que es para mí.

Victoria suspiró, confundida porque la conversación hubiera tomado ese rumbo; creyó que la última vez que trataron ese tema había dejado claro cuán poco le gustaba tener que oír las confesiones de su hermana respecto a lo que sentía por Adam. En ese momento, sin embargo, tras las noticias que acababa de conocer, no se atrevió a ser demasiado tajante; tan solo sacudió la cabeza de un lado a otro y musitó una débil queja que su hermana no atendió. Por el contrario, fijó su mirada con mayor fuerza en ella y esta vez Victoria advirtió que había una buena cuota de súplica en el brillo de sus ojos claros.

—Victoria. Lo amo.

—Emma...

La joven hizo un gesto para acallar la protesta que su hermana estaba a punto de formular y extendió una mano delgada para tomar la suya por encima de la manta. La apretó con tanta fuerza que Victoria apenas logró contener un quejido de sorpresa, mirándola con los ojos muy abiertos ante ese raptó de desesperación.

—Sé que ustedes son muy cercanos y que Adam siempre ha dado muestras de preferirte, pero sé también que él no tiene idea de cuán buena podría ser yo en su vida. Apenas ha dedicado tiempo para conocerme, pero luego del viaje a Londres creo que ha empezado a verme con otros ojos; es solo cuestión de tiempo para que lo comprenda —declaró ella en voz muy rápida y angustiada—. Pero mientras tú estés aquí, mientras piense que tiene una oportunidad contigo...

—No sigas, Emma, no digas algo que nos herirá a ambas.

Victoria habló con toda la tranquilidad que consiguió reunir, pero la verdad era que por dentro temblaba como una hoja. Jamás creyó que se vería en una situación como aquella. Cierta que tenía una latente sospecha del tipo de afecto que su hermana creía sentir por Adam, pero siempre pensó que se trataba de un capricho pasajero; ahora, sin embargo, al mirarla a los ojos y advertir su desesperación comprendió que había estado equivocada. Él era mucho más importante para ella de lo que jamás imaginó y le estaba pidiendo que no se convirtiera en un obstáculo para que pudiera cumplir su sueño de ser correspondida. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta de a lo que le estaba pidiendo que renunciara?

—Victoria, no tengo mucho tiempo.

La declaración de Emma resonó entre ellas como una losa caída de la nada a sus pies y Victoria parpadeó, aturdida. Su hermana aprovechó su desconcierto para apretar su mano con mayor ímpetu y acercar el rostro al suyo como si así pretendiera que pudiera ver en él la enorme desesperación que la embargaba.

—Por favor. Sé que nuestros padres te han pedido que no digas nada, pero conozco perfectamente lo que el médico les dijo —explicó, hablando con prisas—. No estuve presente cuando lo hablaron, pero pude verlo en sus rostros, en la forma en que el médico me miró la última vez que estuve en su consultorio y oí a madre llorar cuando pensó que no estaba allí...

—¡Emma!

Victoria no sabía si romper a llorar por el dolor o dar gritos debido a la frustración que le sacudía las entrañas. ¿Por qué estaba ocurriendo algo como aquello? Hasta hacía tan solo unas semanas su mayor preocupación era saber si llovería para que pudiera tomar su paseo matutino sin tener que resignarse a pasar el tiempo enclaustrada en compañía de Harriett o si Adam conseguiría el permiso de su abuelo para volver a casa y verlo al menos un par de veces antes de que debiera marcharse de nuevo. Adam. ¿Qué pensaría él de todo eso? ¿Podría siquiera empezar a imaginarlo?

—Victoria, escucha, no quiero inspirar tu compasión; solo intento que comprendas mi angustia. Mi amor por Adam es sincero y estoy segura de que podría hacerlo feliz durante todo el tiempo que consiga. Tal vez este en realidad sea aún más de lo que el médico supone, puede que se equivoque... —Su hermana esbozó una pequeña sonrisa cargada de esperanza y continuó con un tono más animado—. Por favor, Victoria, tú tendrás muchas otras oportunidades de ser feliz, no te lo pediría de no saber que tus sentimientos por Adam no son tan fuertes como los míos.

¿No lo eran? ¿¡Qué sabía Emma de lo que sentía en verdad!?. Se preguntó Victoria poniéndose de pie con brusquedad luego de soltar la mano de su hermana en un gesto reflejo del que se arrepintió casi de inmediato. Pero se encontraba tan asustada y dolida por verse en esa situación que no sabía cómo reaccionar. ¿Cómo podía Emma hablar con tal ligereza de sus sentimientos cuando ella misma no los tenía del todo claros? Si no había dedicado demasiado tiempo a pensar en lo que sentía por Adam era precisamente porque la evidencia de lo que su hermana sentía por él la contuvo de profundizar en ellos. Creyó que era algo por lo que no tendría que preocuparse; que habría tiempo para ello luego, que imaginaba cosas... Ahora, sin embargo, sabía que había estado en lo cierto al suponer todo aquello y que tiempo era lo último de lo que disponía.

—Victoria, por favor, no te quedes en silencio. Di algo.

Victoria se llevó una mano al pecho al oír la súplica de su hermana y le sorprendió un poco

la firmeza con la que respondió una vez que consiguió calmar su respiración.

—No puedo —respondió con sinceridad—. No sé qué decir.

Emma asintió suavemente, como si no fuera nada que no hubiera esperado oír.

—Entiendo —dijo ella—. Debes de estar sorprendida, son demasiadas cosas... Pero debes prometerme que al menos lo pensarás. ¿Podrías hacer eso?

Victoria se vio asintiendo sin saber muy bien lo que hacía y tragó espeso, controlando el temblor de sus manos al llevárselas a la cintura como si pretendiera así protegerse de un enemigo invisible.

—Gracias.

Asintió una vez más al oír la sencilla palabra en labios de Emma y dio media vuelta para dejar la habitación con los pies arrastrándose. No se detuvo hasta que se encontró en el corredor, alejada de la puerta y solo entonces se permitió apoyar la cabeza contra la pared con los ojos fuertemente cerrados.

Durante un par de semanas, la actividad en casa de los Sterling pareció recuperar la normalidad perdida durante la ausencia de buena parte de la familia, pero fue evidente para todos, aun cuando nadie se atreviera a ponerlo en palabras, que la vida se había visto irremediamente alterada. No había tantas risas como antes; Victoria se ausentaba cada vez menos e incluso Harriett mencionó en un par de ocasiones que echaba en falta sus correrías. Parecía como si hubiera envejecido unos cuantos años de golpe y un aura de madurez, que no se encontraba antes allí, la envolvía ahora. No era nada acerca de lo que lamentarse, opinó su padre, que era solo en parte consciente de las razones que habían llevado a un cambio como aquel en su hija mayor. Él, lo mismo que la señora Sterling, estaba tan preocupado por el destino de Emma que no le prestó mayor atención salvo para alabar algo que daba por descontado que ocurriría tarde o temprano. Victoria no podía pasar toda su vida mostrándose tan despreocupada y reacia a crecer, ¿no?

Ella, en tanto, se refugió en un aislamiento apenas roto por los momentos en que debía ocuparse de sus labores; acompañaba a Emma con frecuencia cuando era necesario, aunque no volvió a tratar el tema que habían discutido el día de su regreso. Era como si ello nunca hubiera ocurrido, pero ambas sabían que así había sido y el pedido de la joven penaba entre ambas como una aparición. Victoria nunca lo dijo, incluso le costaba reconocerlo para sí misma, pero estaba segura de que nunca podría volver a ver a su hermana de la misma forma en que lo había hecho antes de aquello. Sentía un profundo resentimiento que se esmeraba en ahogar bajo el dolor que le provocaba pensar en las circunstancias que la habían llevado a hacer un pedido semejante. ¿Habría hecho ella lo mismo de encontrarse en su lugar? ¿Acaso no merecía Emma una mayor compasión de la que habría mostrado frente a cualquier otra persona? Habría pasado horas y horas sumida en esa clase de reflexiones, pero la sorpresiva llegada de Adam apresuró los acontecimientos y bastó con recibir la noticia en casa de que había sido visto llegando a Blackmore Park para saber que no tenía escapatoria. Quisiera o no, tendría que tomar una de las decisiones más difíciles de su vida y no sabía si estaba preparada para ello y mucho menos para lidiar con sus consecuencias.

La mañana siguiente de recibir la novedad del regreso de Adam, se dirigió al claro segura de que lo hallaría allí esperando por ella.

Tal y como esperaba, él se encontraba tendido sobre la hierba bajo un árbol, respetando como siempre su lugar predilecto al lado de la escultura de la ninfa. Al verla, se puso de pie con

rapidez y se acercó a ella con una de sus amplias sonrisas. Esta desapareció, sin embargo, tan pronto como fijó la mirada en su rostro y advirtió su expresión pensativa.

—Esperaba encontrarte feliz luego de haberte reunido nuevamente con tu familia, pero pareces cualquier cosa menos alegre. ¿Te encuentras bien? ¿Ha ocurrido algo?

Si Victoria tenía alguna duda respecto a lo que Adam sabía acerca de lo que el médico había informado a sus padres, supo entonces sin asomo de duda que él no estaba enterado de nada. De saberlo, no habría hecho esa pregunta. En realidad, cayó en la cuenta entonces, él habría estado allí mucho antes para hacerle compañía.

No se le ocurrió decir nada, sin embargo, no era quién para hacerlo, y de haber cometido esa infidencia también habría traicionado el pedido y los sentimientos de Emma. No podía hacer eso. De modo que forzó una sonrisa y sacudió la cabeza de un lado a otro, rehuendo su mirada.

—Estoy bien. Solo un poco cansada —mintió ella al tiempo que se dejaba caer sobre la hierba cerca de dónde él se había encontrado hacía un momento—. ¿Es verdad lo que oímos? ¿Estoy ante un recién ingresado en la prestigiosa Oxford? Sabrás que tu abuelo no habla de otra cosa.

Adam le dirigió una mirada cargada de curiosidad, como si no terminara de creer del todo en sus palabras, pero debió de llegar a la conclusión de que no tenía sentido insistir en ese momento porque se sentó a su lado y asintió.

—Eso he oído —replicó él con una mueca burlona—. Si continúa así llegaré a pensar que se encuentra orgulloso.

—Lo está. No lo dudes. Es un gran logro; espero que seas consciente de ello.

Adam suspiró y cabeceó, pero no pareció que estuviera del todo de acuerdo. Apoyó las palmas de las manos sobre sus rodillas y le dirigió una mirada de reojo.

—¿Qué pensarías si dijera que no estoy seguro de que deba ir? ¿Si tan solo lo dejara pasar? —preguntó él al fin.

Victoria parpadeó, sorprendida; tanto que por un momento consiguió dejar de lado sus propias preocupaciones.

—¿Por qué harías algo como eso? —Preguntó ella a su vez—. Asistir a esa universidad es un gran privilegio, aprenderás mucho; eres lo bastante listo como para apreciarlo y para destacar allí.

—Agradezco que tengas tan buena opinión de mí, pero es algo a lo que le he dado muchas vueltas últimamente —explicó él, pensativo—. El abuelo es un hombre mayor y me ha dicho con frecuencia que en algún momento heredaré Blackmore Park. Habrás notado ya que la propiedad no se encuentra en su mejor momento; aun cuando hay buenos recursos y nuestros arrendatarios son bastante responsables, creo que podría ser de mejor utilidad aquí. Si me mudara a Devon podría empezar a ocuparme de ello ahora mismo...

—Pero Adam, es algo que tendrás que hacer tarde o temprano, ¿qué sentido tiene adelantarlos? *Sir* Richard es un hombre mayor, sí, pero aún es perfectamente capaz de encargarse de esta propiedad y de cualquier otra —lo interrumpió ella sin vacilar—. Sería muy tonto de tu parte perder la oportunidad que la vida te ha regalado. No serán más que tres o cuatro años y cuando hayas culminado con tus estudios podrás hacer lo que desees; estoy segura de que contarás con el apoyo de tu abuelo. Adam, no sabes cuán afortunado eres, a mí me encantaría poder estudiar en un lugar como ese. ¡Dios! Si fuera posible que asistiera nadie me sacaría de allí.

Adam rio al oír el tono apasionado con el que se expresó, así como la forma en que movía las manos frente a ella para remarcar sus palabras.

—Serías una estudiante modelo —declaró él convencido.

—No sé si tanto, pero intentaría aprender tanto como pudiera —asintió ella, mirándolo—. Es por eso por lo que me permito hablarte de la forma en que lo hago. Odiaría que desaprovecharas algo como esto por una decisión irreflexiva.

Adam le sostuvo la mirada y esbozó una sonrisa de lado que acentuó el brillo de sus ojos.

—Te aseguro que no hay nada de irreflexivo en esto; la verdad es que es algo acerca de lo que he pensado mucho. Si pudiera vivir aquí, Victoria... ¿no sería eso mejor para ambos?

Victoria entreabrió los labios y lo miró con los ojos velados al comprender.

—No. No, Adam, no —negó ella sacudiendo la cabeza de un lado al otro—. No hagas algo como eso por mí. No lo soportaría.

—Pero...

Ella no dejó que continuara, en lugar de ello se arrodilló a su lado y tomó su mano sobre la hierba. No podía permitir que hablara; si decía lo que sin duda debía de estar pensando entonces ella no sería capaz de mantener esa farsa por más tiempo.

—Voy a pedirte que me prometas algo —pidió ella con la mirada puesta en su rostro—. No importa lo que ocurra, ni siquiera sueñes con dejar pasar algo como esto. Ve a la universidad y sé ese estudiante brillante que estoy segura serás. Hazlo por ti, pero también por mí.

Adam ciñó sus dedos entre los suyos y acarició la suave piel de su muñeca.

—Victoria...

—Prométemelo —insistió ella, ignorando lo que su toque le provocaba—. ¿Lo harás?

Sabía que no tenía derecho a pedir algo como aquello, que era injusta e incluso egoísta, pero no podía permitir que él hiciera algo como lo que pensaba. No por ella. Pasados un par de minutos, lo vio asentir de mala gana al tiempo que sonreía, desvalido frente a un pedido tan desesperado.

—Está bien —dijo él—. Lo prometo.

Victoria asintió como si acabaran de sacarle un enorme peso de encima y miró sus manos unidas antes de soltarse con un suave movimiento para luego tenderse cuan larga era sobre la hierba con los ojos cerrados. El sol brillaba en lo alto y sintió el calor de sus rayos posarse sobre su rostro.

—Cuéntame cosas —pidió ella al cabo de un momento.

Sintió más que vio que Adam se dejaba caer muy cerca de ella en una posición similar; pero no se atrevió a abrir los ojos.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó él.

—Todo. Háblame de tu último día en Eton y de tu entrevista en Oxford. Cuéntame acerca de tus compañeros y de tus profesores —indicó ella casi sin respirar y continuó una vez que tomó aire—. Dime cómo fue tu viaje camino aquí, cómo se encuentra tu caballo y qué cenaste anoche. Quiero que me lo cuentes todo.

Oyó a Adam reír, pero al cabo de un momento, cuando creyó que él no diría nada por considerar su pedido demasiado extraño, lo sintió tomar aire a su lado y empezar a hablar.

—Bueno, puedo empezar diciendo que anoche comí una deliciosa tarta de nuestra cocinera; lamento no haber traído un trozo para ti, por cierto, pero reconozco que estaba hambriento —dijo

él con su voz modulada—. Hecha esa confesión, el viaje resultó mucho mejor de lo que esperaba; el tren vino a una velocidad impresionante, ¿te he contado cuán fascinantes me parecen? Son un invento estupendo. Algún día debemos tomar uno en dirección a cualquier lugar para hablar al respecto; puedo imaginarte intentando analizar todo. Sobre Eton, confieso que lamenté tener que dejarlo, ha sido mi hogar durante mucho tiempo. Por cierto, Oliver Woodbridge te envía sus saludos. Creo que no te he hablado de la última broma que le jugamos poco antes de terminar el curso. Resulta que...

Victoria sintió cómo una sonrisa iba formándose en su rostro según oía a Adam contar una anécdota tras otra; muchas de ellas irrelevantes, pero ella las recibió como si intentara retener cada palabra, todos y cada uno de los matices que captó en su voz, para atesorarlos en lo más profundo de su corazón. No se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que lo había echado de menos o de cuán asustada se había sentido al pensar en cómo iba a abordar ese encuentro. En ese momento, sin embargo, le pareció que se encontraba exactamente donde pertenecía y permitió que la voz de Adam la arrullara hasta que empezó a dormitar y, antes de que se diera cuenta siquiera, el cansancio y la angustia de los últimos días terminaron por ganarle la partida y se durmió como no había conseguido hacerlo en mucho tiempo.

Al despertar, luego de lo que le parecieron horas, se sorprendió por el silencio que inundaba el claro. Lo último que recordaba antes de quedarse dormida era la voz de Adam, pero en ese momento no pudo oír nada y abrió suavemente los ojos al sentir un curioso cosquilleo en el rostro, el mismo que se siente al saberse observado.

Adam se encontraba tendido a su lado con la cabeza apoyada sobre su brazo doblado y la miraba de una forma que le provocó un vuelco al corazón; Victoria no pudo hacer nada que no fuera devolverle una mirada adormilada y sonreírle con la misma dulzura con la que él lo hacía antes de caer en la cuenta de que él tenía una mano posada sobre la porción de piel de su brazo que dejaba a la vista la manga de su vestido. Dirigió hacia allí la mirada, pero no pensó en romper el contacto; era demasiado agradable, tan adecuado. Desde luego que sentir su piel contra la suya le pareció lo más lógico del mundo; no podía imaginar a nadie más que le inspirara esa necesidad. Por eso, cuando él acercó el rostro al suyo con mucha lentitud como concediéndole el tiempo para rechazarlo, lo único que hizo fue elevar el rostro y cerrar los ojos, expectante.

Lo primero en lo que pudo pensar fue en lo suaves que eran sus labios y en lo agradable que le pareció el cosquilleo que sintió cuando rozó los suyos, suspirando sobre su piel. Esa sensación no duró demasiado, sin embargo, porque entonces Adam pasó una mano alrededor de su cintura, atrayéndola hacia él y el beso se hizo más demandante, obligándola a hacer a un lado cualquier razonamiento coherente. En lugar de ello, solo pudo pensar en que deseaba sentirlo más cerca, sentir el calor de su aliento hasta lo más profundo de su interior y que le parecía increíble que ese muchacho, siempre tan contenido, fuera capaz de hacerle experimentar tantas cosas.

No supo cómo, pero de pronto se vio entreabriendo los labios para facilitarle el acceso y lo próximo que supo fue que la lengua de Adam recorría el interior de su boca al tiempo que su mano asentada sobre la curva de sus caderas empezaba un lento recorrido por su espalda cubierta por la delgada tela del vestido. Su piel ardía a través del tejido dejando un reguero de fuego sobre su piel y Victoria cobró consciencia de lo grande que era en comparación a ella; parecía un gigante dispuesto a engullirla hasta que no quedara nada que no se convirtiera también en parte de él. Lo curioso fue que la idea no le desagradó en absoluto; todo lo contrario, elevó una mano para

posarla sobre su cabello y arqueó el cuerpo contra el suyo gimiendo bajo sus labios.

Luego, al pensar en ello, llegó a la conclusión de que tal vez fue eso lo que la ayudó a recuperar el buen sentido; no que temiera verse dominada por el deseo de Adam o el poco autocontrol que evidentemente conservaba, algo que supo reconocer en sus manos temblorosas y en las palabras que susurraba sobre sus labios, sino que era de sí misma de quien desconfiaba. De continuar, sabía que iba a ser incapaz de contenerse y tal vez terminaría abandonándose a su propia necesidad. Un poco asustada frente a esa posibilidad que haría aún más difícil lo que tenía que hacer, consiguió reunir las fuerzas suficientes para posar las manos sobre sus hombros y apartarlo con suavidad.

Adam abandonó sus labios al sentir su resistencia y elevó el rostro para mirarla a los ojos. Tenía la respiración agitada, su pecho subía y bajaba en un rápido vaivén, y Victoria se sorprendió por lo mucho que brillaban sus ojos contra su piel; no le hubiera extrañado saber que ella debía de encontrarse en un estado similar y un profundo sonrojo la asaltó al notar que él aún tenía una de sus manos apoyadas sobre su cadera en ademán posesivo.

—¿Comprendes ahora por qué quiero estar aquí siempre? ¿Cuán difícil es para mí saberte lejos? —La voz de Adam surgió ronca y quebrada—. Victoria, no puedes imaginar cuánto he soñado con este momento. Con tocarte y tenerte entre mis brazos...

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y se separó de él como si el hacerlo le costara un gran esfuerzo. Se incorporó con dificultad; sus piernas temblaban y sintió que su corazón había retomado un latido irregular que la obligaba a respirar aspirando grandes bocanadas de aire para tranquilizar sus nervios alterados.

—Tengo que volver —dijo ella.

Estaba a punto de volverse, renuente a mirarlo y desesperada por poner distancia entre ambos, pero sintió más que vio la forma en que Adam se puso también de pie y le obstaculizó el paso al ponerse entre ella y la ladera inclinada de la colina que llevaba a su casa.

—¿Qué es lo que te ocurre? Actúas de una forma muy extraña y sé que no se debe a lo que acaba de ocurrir entre ambos —indicó él, convencido—. No pienso disculparme, por cierto. Tal vez debería, pero...

Victoria negó con la cabeza y se forzó a mirarlo aun cuando todo en su interior le decía que eso era lo último que debía hacer y supo que estaba en lo cierto al encontrarse con su expresión apasionada.

—No. No tienes que hacerlo; no hiciste nada que no deseara también —reconoció ella, y era sincera; no iba a mentir al respecto.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que sucede?

Victoria contuvo un sollozo y se mordió los labios para dominar el deseo de llorar. Allí, frente a Adam y con las manos fuertemente sujetas contra su pecho como si supiera que al liberarlas no podría contenerlas y se extenderían hacia él, comprendió que pese a lo que había dicho a Emma, a lo renuente que se había mostrado a prestar oídos a sus palabras, en el fondo de su corazón ya había tomado una decisión; era lo único que podía hacer.

Tenía que decirle adiós, pero él no podía saberlo o intentaría convencerla de lo contrario y ella jamás podría resistirlo. Se quedaría con él si se lo pedía y no solo haría la vida de su hermana miserable sino también la suya, porque jamás podría ser feliz sabiendo que le arrebatada la que posiblemente fuera su única oportunidad de encontrar algo de dicha antes de...

¡Dios! ¿Por qué se le inundaban los ojos de esa forma? No podía derrumbarse en ese momento. Después. Lloraría después. Primero tenía que sobrevivir a esa despedida. Luego vendrían las lágrimas y entonces no iba a hacer nada para detenerlas. Después.

Carraspeó un par de veces y se llevó una de las temblorosas manos a la frente.

—No es nada —dijo ella, sorprendida por lo serena que surgió su voz—. Como te dije, solo estoy cansada.

—¿Por qué siento que me estás mintiendo?

—No lo hago; digo la verdad —replicó Victoria, odiándose por mentir con ese aplomo—. Necesito volver a casa.

Adam vaciló como si deseara insistir, pero entonces asintió suavemente y se puso de lado para franquearle el paso; sin embargo, antes de que ella pudiera marcharse la llamó por su nombre y a Victoria no le quedó otra alternativa que girar para mirarlo.

—El abuelo ha organizado una cena esta noche antes de que regrese a Londres para ir luego a Oxford —indicó él—. Tus padres ya deben de haber recibido la invitación. ¿Te veré allí?

Victoria sabía que no iría, que esa sin duda sería la última vez que lo vería en mucho tiempo si es que lo hacía de nuevo algún día; pero pese a esa certeza que le cortaba el aliento y que le provocó el deseo de gritar, fue capaz de asentir un par de veces y de forzar la sombra de una sonrisa antes de apurar el paso en dirección a su casa.

Una vez allí, al ver que su madre se encontraba en el salón en compañía de su hermana, rehuyó la mirada de esta última, que la veía como si de alguna forma fuera capaz de adivinar en dónde se había hallado hasta entonces y en compañía de quién, y fingió un dolor de cabeza para encerrarse en su habitación. En lugar de recostarse, como dijo que haría, ocupó la silla frente a su escritorio y tomó unas cuartillas para escribir una carta que debió haber redactado hacía mucho. Lo único que había conseguido con su pasividad fue aumentar su sufrimiento; el suyo y el de todos los demás.

Antes de posar la pluma sobre el papel, se permitió rozar sus labios con la yema de los dedos y cerró los ojos un instante para recordar el momento que ella y Adam acababan de compartir, pero luego hizo a un lado esos pensamientos con un ademán decidido y empezó a escribir con rapidez, rogando por que ese pedido de auxilio desesperado que estaba a punto de enviar tuviera un buen recibimiento. Era su única esperanza.

Como había decidido que haría, Victoria se las arregló para inventar una excusa que la liberara del compromiso de asistir a Blackmore Park aquella noche. Tan solo sus padres y una deslumbrante Emma, que se esmeró en su arreglo más de lo habitual en su ilusión de ver nuevamente a Adam, marcharon aquella noche en dirección a la mansión. Ella se quedó penando por la casa, dando vueltas e ignorando las preguntas de Harriett respecto a lo que le ocurría.

Adam se sentiría tan decepcionado de no verla allí para despedirlo. Le había prometido que iría, pero iba a fallarle y esa solo sería la primera de las muchas promesas que pensaba romper. Cuando todo aquello terminara él la odiaría y no podía creer que su corazón no estallara en pedazos allí mismo frente a esa posibilidad.

Pese a su dolor, se las arregló para meterse en la cama antes de que su familia volviera; sabía que no iba a poder soportar los comentarios de Emma y mucho menos sus preguntas. Fingió dormir y el día siguiente no se levantó hasta pasado el mediodía para asegurarse de que si Adam iba en su búsqueda pudieran decirle que se había quedado en cama por no encontrarse aún del



todo bien.

Él no fue, sin embargo, lo que le provocó una mezcla de alivio y desilusión, odiándose por no ser capaz de mantenerse lo bastante fuerte. ¿Para qué verlo de nuevo? ¿Qué sentido tendría hacerlo?

Pese a que él debió de encontrar extraño su comportamiento y a que estaba segura de que debía de encontrarse un poco disgustado de que hubiera roto su promesa sin una explicación, Victoria lo conocía lo suficiente para saber que el enojo no le duraría demasiado; Adam no era un hombre rencoroso. Ciertamente, un par de semanas después recibió una carta suya en la que anunciaba que se encontraba ya en Oxford; allí, le contaba acerca de su experiencia en aquellos primeros días y, siguiendo el juego del último y extraño pedido que ella le había hecho, enumeraba con todo lujo de detalles lo que había cenado hasta entonces desde que arribó a la universidad, lo que a Victoria le arrancó una carcajada entre las lágrimas que había empezado a derramar tan pronto como se reencontró con su letra. No había mención, sin embargo, a lo ocurrido entre ambos durante su última visita o a las circunstancias en las que se separaron entonces. Tan solo la promesa de que esperaba poder ir de visita pronto, aunque lamentaba reconocer que tal vez eso le llevara un poco más de tiempo del que desearía.

Victoria atesoró esa carta como hacía con todas las otras que Adam le había enviado, pero no hizo mención de ella a su familia, y mucho menos a Emma.

Poco antes de que se cumpliera el primer mes desde la partida de Adam, Victoria recibió otra carta cuyo arribo esperaba tanto como temía. Tan pronto como se la entregaron durante el desayuno, urdió una excusa para ausentarse y salió al jardín para leerla a solas. Sus manos temblaban en tanto la sostenía frente a sí, convencida de que ese pequeño sobre en que sus señas habían sido anotadas con la caligrafía elegante y firme que le era familiar, contenía no solo la respuesta a sus súplicas, sino también su futuro.

Lo abrió con su corazón bombeando al límite y leyó las breves líneas con rapidez, pero regresó a ellas tan pronto como terminó porque quería estar segura de que no cometía un error, de que había recibido la respuesta que esperaba. Una vez que se encontró convencida de su certeza, aspiró con fuerza un par de veces para controlar las náuseas que amenazaban con subir por su garganta y dobló cuidadosamente el papel para guardarlo en su bolsillo. Luego, se dirigió lentamente de vuelta a la casa para hablar con sus padres.

La señora Lucie de Boissieu, conocida antes de su matrimonio con un viejo aristócrata francés como la señorita Lucille Sterling, era todo un personaje por sí misma, pero a su sobrina Victoria siempre le había resultado bastante simpática. Su hermano, el padre de Victoria, por su parte, pensaba que era un tanto excéntrica, en tanto que su cuñada y Emma siempre la habían considerado simple y sencillamente extraña. Esa impresión, latente durante su vida en Inglaterra, se había acentuado desde que se marchó a Francia hacía unos seis o siete años luego de su matrimonio.

La señora de Boissieu no había vuelto a pisar su país de nacimiento, pero escribía a su familia con cierta regularidad y Victoria siempre disfrutaba de conocer sus novedades, así como recibir los presentes que enviaba para todos en fechas especiales. Aunque su esposo murió solo tres años después de su boda, ella había tomado la noticia con bastante entereza e incluso entonces, pese a los consejos de su hermano, se negó a abandonar la que consideraba una posición excelente en la sociedad francesa, amén de la importante suma que había heredado al enviudar.

Como decía ella, de vuelta en Inglaterra sería tan solo la hermana viuda de un clérigo que inspiraría lástima y, considerando su excéntrico carácter, también algunas habladurías; en Francia, en cambio, era una dama respetada y bien considerada que estaba en libertad de hacer lo que deseaba sin tener que rendir cuentas a nadie. Habría tenido que estar loca para abandonar algo como aquello.

Aunque Victoria no lo decía en voz alta porque estaba segura de que su madre se mostraría horrorizada de saberlo, en el fondo admiraba e incluso envidiaba un poco a la tía Lucie y le habría encantado verla con más frecuencia. Habían pasado siete años desde la última vez que estuvieron frente a frente y mucho había ocurrido en la vida de ambas desde entonces. Sin embargo, recordaba su rostro atractivo, sus maneras decididas y, sobre todo, la especial consideración que siempre había mostrado para con ella; parecía que la encontraba tan agradable como le pasaba a ella, y eso siempre la había hecho sentirse especial. Era la única en la familia que parecía preferirla por encima de Emma.

Por eso, cuando pensó en lo que debía hacer luego de las noticias respecto a la salud de su hermana y oyó su desesperado pedido, fue ella la única a la que se le ocurrió pedir consejo. No dijo nada a nadie, pero le envió una carta y esperó durante semanas a recibir una respuesta. Ahora la tenía entre las manos y entre algunas palabras cortantes y sinceras muy propias de la dama, había algunas que se habían clavado en su corazón y que le dijeron todo lo que debía saber:

«Si dudas, ven».

«Si dudas, ven». Susurró Victoria en tanto se plantaba frente a sus padres y se enfrentaba a sus semblantes confundidos por la expresión decidida y un tanto desafiante con la que se dirigió a ellos.

Dudaba, desde luego que sí, y se moría de miedo también; pero sobre todo estaba convencida de que lo que había planeado era lo único que podía hacer. Al contar con la venia de la tía Lucie y el dinero que adjuntó a su carta, no había un solo obstáculo que le impidiera ponerse en marcha.

Los señores Sterling tomaron en un inicio sus noticias con bastante sorpresa; su madre, en realidad, perdió el habla durante un par de minutos, pero en cuanto se recuperaron de la expresión no lucieron mucho más convencidos de lo oportuno y acertado que podría ser llevar a cabo lo que acababa de anunciar.

Victoria acababa de decirles que había recibido una carta de su tía Lucie, omitiendo la que le enviara ella en primer lugar, por supuesto, en que le pedía que aceptara pasar una temporada con ella en su casa de París porque empezaba a afectarla la soledad en que vivía allí y le haría muy feliz contar con un rostro familiar a su lado. No esperaba una visita prolongada, tan solo de unos cuantos meses, los necesarios para que recuperara las fuerzas menguadas por causa de una reciente enfermedad que la había atacado y para que su sobrina se familiarizara con una sociedad tan avanzada e interesante como la francesa. Esto último había sido idea de la tía Lucie, quien recomendó a Victoria en su carta que remarcara la brevedad del viaje porque de ser lo contrario sin duda sus padres no consentirían en dejarla marchar. Luego, una vez que se encontrara en Francia, no sería difícil darles largas para extender su estadía. Ella no iba a ser la primera ni la única muchacha que visitaba un nuevo país y decidía quedarse en él, fascinada por esa nueva cultura.

Mientras Victoria expresaba su idea, mantuvo buen cuidado de no dirigir ni una sola mirada a Emma porque estaba segura de que su resentimiento sería demasiado evidente. Esa era una de las

cosas que más le dolían y que no le permitían encontrar paz: por más que lo intentaba, no lograba desterrar esa sensación de rencor dirigida a su hermana que amenazaba con carcomerla por dentro.

Sus padres se tomaron unos minutos para formular sus reparos, pero en cuanto Victoria vio la forma en que su padre la miraba y el leve gesto que hizo a su esposa cuando esta se afanaba en enumerar todas las razones por las que desconfiaba de una decisión como aquella, supo que tenía ganada la partida. Él permitiría que fuera. Si conocía el verdadero motivo que la orilló a tomar una decisión tan radical como esa, supo sin duda que no se lo diría, pero tenía su apoyo y en ese momento era todo lo que necesitaba.

Luego de obtener su promesa de que le darían una respuesta una vez que hubieran hablado al respecto, lo que a su parecer se trataba tan solo de una formalidad, Victoria se dirigió a su habitación y se dejó caer sobre la cama. Se le habían acabado las fuerzas. Tantas mentiras la destrozaban y no estaba segura de cómo iba a continuar con eso. Hubiera dejado fluir todo el llanto contenido de no ser porque en ese momento oyó el sonido de la puerta al abrirse y se encontró con el rostro demudado de su hermana.

Emma cerró la puerta tras ella y se acercó para dejarse caer a su lado. Luego tomó sus manos y las llevó a su rostro en un gesto cargado de afecto.

—Gracias —dijo ella en voz muy baja—. No puedes imaginar cuánto significa esto para mí.

Victoria quiso decirle que podía hacerse una idea, que era ella quien no era capaz de empezar a concebir siquiera el dolor que le causaba la decisión que había tomado. Y quiso también gritarlo, decirlo en un tono que revelara su rabia y resentimiento, pero al encontrarse con las pálidas mejillas de su hermana, sus hermosos ojos anegados por las lágrimas y su sonrisa temblorosa, no fue capaz de hallar en su interior ni un solo ápice de rencor. Se había esfumado con tanta facilidad que le costó creer que lo hubiera sentido hasta hacía tan solo unos minutos.

Si había albergado la más ínfima duda respecto a lo sensato de su decisión, le bastó con ver el rostro de Emma para saber que no importaba lo que ella pudiera sentir, hacía lo correcto. Tomó sus manos entonces con una fuerza similar a la que ella mostraba y acercó el rostro al suyo para que la oyera con claridad.

—Solo te pediré una cosa, Emma, y necesito que me prometas que lo harás —dijo ella en un tono demandante—. Tienes que decirle a Adam la verdad respecto a tu salud. Él no lo sabe, pero es necesario que se lo digas. En realidad no me importa si se lo dices tú o nuestros padres, pero tiene que saberlo, no puedo permitir que permanezca en la ignorancia en algo como esto. Promételo, Emma, es lo único que te pediré que hagas.

Su hermana asintió sin vacilar incluso antes de que terminara de hablar y Victoria buscó en sus ojos brillantes cualquier atisbo de hipocresía; pero solo encontró en ellos una absoluta honestidad y ello le permitió suspirar con alivio.

—Lo haré feliz, Victoria, te lo prometo —dijo Emma apretando sus manos y sin considerar cuánto la herían sus palabras—. Si él lo permite, te prometo que lo haré muy feliz.

Victoria desvió la mirada y asintió con expresión ausente. ¿Lo permitiría Adam? Tal vez lo hiciera, tal vez no; pero cualquiera que fuera el caso, escapaba por completo a ella. Acababa de hacer el que estaba convencida sería el más grande sacrificio de su vida y lo que pudiera pasar luego ya no estaba en sus manos. Solo tenía una cosa por seguro: Adam nunca la perdonaría.

Con el dinero que la tía Lucie envió y el permiso de sus padres, Victoria se volcó por

completo a hacer los arreglos de su viaje y en tan solo unos cuantos días ya contaba con el pasaje de tren a Dover, desde donde tomaría un vapor que la llevaría a Calais. Como una joven soltera, no podía hacer un viaje como aquel a solas, pero la tía Lucie, que siempre pensaba en todo, había arreglado que un matrimonio amigo que estaba a punto de viajar a Burdeos, y que tendría que hacer el mismo recorrido, la sirvieran de acompañantes. Ella la esperaría en el puerto y una vez allí iniciarían el camino hacia París. El señor Sterling se encargaría de acompañar a su hija hasta Dover y allí la pondría en manos de los Looman.

Con todo ello arreglado, a Victoria tan solo le quedó preparar sus cosas para la que sus padres creían una corta estadía, por lo que decidió no llevar demasiado equipaje; no creía que fuera a necesitar demasiado, de cualquier forma y, de ser lo contrario, su tía le había asegurado que ella la ayudaría con ello.

Victoria fue muy enfática al pedir que su viaje se mantuviera en absoluto secreto. En realidad, no contaban con muchas amistades en Devon salvo por las personas del poblado y sin duda ellos no mostrarían demasiado interés ante la noticia de que la hija del clérigo iría a pasar unos meses a Francia para acompañar a su tía viuda. Pero de cualquier forma temía que la novedad llegara a oídos de *sir* Richard y que este la mencionara al descuido en sus cartas a Adam. Este continuaba escribiéndole una vez por semana, pero Victoria decidió no contestar desde que tomó la decisión de marcharse. Fingir una normalidad que estaba lejos de la verdad superaba todas sus fuerzas. Si leía cualquier mención a sus sentimientos tal vez perdiera el valor; de modo que decidió conservarlas sin abrir y llevarlas con ella para leerlas durante su viaje. Era una decisión un tanto masoquista, pero estaba segura de que la ayudarían a enfrentar esa prueba.

Un par de días antes de su marcha, consiguió reunir la fortaleza para sentarse frente a su escritorio y escribir la carta que pensaba pedir a su padre que le entregara. No confiaba en nadie más para hacerlo y no le importaba lo que él pudiera pensar; algo le decía que sabría comprenderla y la dejaría en manos de Adam pasara lo que pasara.

Escribir esas líneas fue una de las cosas más difíciles que hizo en su vida. Tuvo que descartar unas cuantas planillas, varias de ellas arruinadas por sus lágrimas, pero consiguió al fin encontrar el tono para poner en palabras parte de lo que sentía. No hizo mención a Emma y su pedido, o a su enfermedad, decidió confiar en que su hermana cumpliría su promesa; tan solo intentó ser clara respecto a sus sentimientos y lo que quería hacer con su vida. Para Adam no era un secreto que deseaba conocer el mundo o su buena relación con su tía, así que procuró aproximarse tanto a la verdad como le fue posible sin revelar la verdadera razón de su marcha. No estaba segura de si él la creería, pero no había nada más que pudiera decir sin ponerse en evidencia.

Entregó la carta a su padre poco antes de dejar la que había sido su casa hasta entonces, pidiéndole que la pusiera a buen resguardo, y luego se dirigió al claro una última vez. Necesitaba ver ese lugar aun cuando fuera solo unos minutos, recordar el tiempo pasado con Adam, la primera vez que se vieron, todo lo que compartieron allí. Sin embargo, no se permitió escarbar demasiado en su memoria y lo dejó atrás con rapidez en cuanto el recuerdo del único beso que compartieron empezó a asomar en su corazón.

En tanto el carruaje se alejaba del camino principal, dejando a su vista la pequeña casa de la rectoría con Emma y su madre despidiéndose con las manos en alto desde el jardín, y el vehículo rodeó un recodo, con lo que la gran mole de Blackmore Park destelló en toda su grandiosidad,

Victoria cerró los ojos porque comprendió que no sería capaz de ver el hogar de Adam alejarse de la misma forma en que tendría que hacerlo su recuerdo también. En lugar de ello, se acomodó en el asiento al lado de su padre y apoyó la cabeza sobre el respaldo de cuero, dejándose envolver por el dolor.

El paso ya estaba dado. Ahora lo único que quedaba era enfrentar sus consecuencias y rogar porque el futuro no se lo hiciera pagar con demasiada crueldad.

# **SEGUNDA PARTE**

# CAPÍTULO 1

FRANCIA 1896  
Siete años después

Victoria tenía un sueño recurrente. Se encontraba sentada en una playa de cara al sol, completamente sola y con uno de los sencillos vestidos de batista que su madre cosía para ella y Emma cuando eran pequeñas. Miraba de un lado a otro y no conseguía distinguir a nadie, ni siquiera en la lejanía, y aunque siempre le había gustado la soledad y cuando era una chiquilla atolondrada le encantaba ufanarse de que no necesitaba la compañía de nadie para encontrarse a gusto, en esos momentos habría dado cualquier cosa por atisbar un rostro conocido dirigiéndose a ella. No veía a nadie, sin embargo, y la soledad empezaba a angustiarse, en especial cuando el sol desaparecía bruscamente y se veía asediada por la oscuridad. La temperatura, que había sido agradable y cálida hasta entonces, descendía de golpe y caía en la cuenta de que no tenía nada para abrigarse; de modo que se ponía de pie con dificultad y empezaba a caminar, pero según avanzaba parecía internarse más en lo que pasaba a convertirse en una especie de desierto: el mar desaparecía, la arena se hacía más densa y, mirara donde mirara, solo veía oscuridad y oleadas de arena que se levantaban por el aire.

Pasaba lo que le parecían horas vagando por ese desolado paraje en busca de cualquier atisbo de una vida que no fuera la suya y, cuando estaba a punto de darse por vencida y dejarse caer sobre la arena para que el desierto terminara por tragarla, el sonido de unos cascos se oía en la lejanía y su corazón empezaba a martillar dentro de su pecho. Corría hacia allí tan rápido como podía ignorando el dolor de la arena árida y helada incrustándose en sus pies desnudos, pero se detenía de golpe al ver que un jinete cabalgaba hacia ella con mucha lentitud; su cuerpo oscilaba sobre la silla al tiempo que tiraba de las riendas para mantener acompasado el paso de su caballo. Un camargués pequeño y compacto con un pelaje tan blanco que refulgía en medio de la noche que había caído sobre ellos y que oteaba en el horizonte con la misma serenidad que mostraba su jinete.

Victoria se dirigía hacia él con los brazos en alto para llamar su atención, pero cuando el hombre giraba suavemente el rostro para observarla como si apenas reparara en su presencia, ella daba un involuntario paso hacia atrás al reconocerlo.

No. No podía ir hacia él. Tenía que alejarse.

Entonces echaba a correr en dirección contraria ignorando el llamado del hombre y el sonido de los cascos del caballo contra la arena al ir en su busca. Hubiera deseado dar con algún lugar donde esconderse, pero no veía nada y terminaba por tropezar con sus propios pies cayendo de bruces. Aterrada, cerraba los ojos con fuerza hasta que oía el sonido del caballo llegando hasta ella y adivinaba los movimientos del jinete al desmontar para hincarse a su lado. Él no hacía amago de tocarla, tan solo permanecía a su lado y ella, angustiada por esa espera que se le antojaba eterna, abría lentamente los ojos para encontrarse con el rostro que llevaba tanto tiempo anhelando y temiendo ver.

Y en ese preciso momento, cuando pensaba que estaba a punto de ahogarse en la profundidad de la mirada del hombre que la contemplaba desde su altura con algo muy parecido al odio,

despertaba bruscamente y se echaba a llorar.

Tendría que volver a beber esa infusión que la tía Lucie preparaba para ella por las noches cuando llegó a París, se dijo pasando una mano por su rostro para deshacerse de las lágrimas que empezaban a caer sobre su camión y contemplándolas un segundo al poner la palma casi a la altura de los ojos. Luego, suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro para despejar los rastros del sueño al tiempo que hacía las sábanas a un lado y apoyaba los pies sobre la gruesa alfombra que era uno de los orgullos de su tía.

Cuando llegó a vivir con ella, hacía casi siete años, le sorprendió el amor que mostraba por los objetos con que adornaba su elegante casa; al principio pensó que tal vez había desarrollado un materialismo del que jamás había hecho gala durante su vida en Inglaterra, pero luego comprendió que se debía a que el coleccionar objetos hermosos y extraños fue una actividad que compartió con su difunto esposo y el cuidar y valorar los tesoros que habían conseguido reunir juntos se convirtió en uno de los consuelos que le permitían sobrellevar su pérdida.

Saber que su siempre práctica tía había estado perdidamente enamorada de ese hombre al que apenas nombraba en sus cartas y por quien en la familia siempre pensaron que la unía un cariño más bien interesado había sido también una sorpresa. Pero así había sido la tía Lucie, se recordó Victoria al ponerse de pie y echarse el largo cabello sobre el hombro. Una maravillosa caja de sorpresas.

Ahora ella, lo mismo que su esposo y buena parte de su familia, se había marchado también y Victoria comprendió que empezaba a quedarse más sola que nunca.

Exhaló un hondo suspiro en tanto se aseaba con la palangana de agua que la doncella había dejado la noche anterior, prometiéndose que tomaría un baño en condiciones aquella noche; en ese momento, sin embargo, no podía darse ese lujo. Tenía mucho por hacer.

La reciente muerte de su tía, debido a un estúpido accidente provocado por un carruaje cuando se dirigía a encontrarse con las amigas con quienes acostumbraba a reunirse cada tarde para intercambiar cotilleos y planes para su negocio, había trastocado su vida una vez más, dejándola con una profunda pena por la pérdida de esa mujer a quien había aprendido a apreciar casi como a una segunda madre y con tantos asuntos entre las manos que estaban a punto de desbordarla que apenas contaba con tiempo para vivir su duelo con serenidad.

La doncella dejó también un vestido para que usara aquel día y Victoria batalló con él para vestirse como si aquello la ayudara a despejar su mente de malos recuerdos. Hubiera podido llamar a Jackie para que la ayudara, pero no quería encontrarse con su rostro surcado de lágrimas tan temprano, algo que ocurría desde la muerte de su tía. La tía Lucie había sido una ama muy querida y respetada y la servidumbre aún se mostraba consternada por su muerte. Ella diría, sin duda, que los franceses, pese a su fama de prácticos, eran también en el fondo excesivamente dramáticos y que pasarían semanas antes de que dejaran de lloriquear por las esquinas. Pero la tía Lucie también la había advertido, unas semanas antes del accidente en lo que ahora le parecía un impulso casi premonitorio que, si ella muriera, más le valía dejar de lado cualquier idea de guardarle luto porque consideraba que las penas debían de llevarse de forma privada y, además, porque el negro era un color que le sentaba espantoso.

Al verse en el espejo de cuerpo entero que tenía en su habitación, Victoria se dijo que la tía no había estado muy desencaminada. Aunque decidió seguir su consejo, como había hecho antes con tantos otros, optó por usar un medio luto en un vestido a rayas blanco y negro porque no podía



concebir hacerlo de otra forma; tal vez el duelo fuera un acontecimiento que debía llevarse con discreción, pero jamás habría podido usar nada que no delatara parte de su estado de ánimo. Lo hacía todo el tiempo; no veía por qué iba a hacerlo de forma distinta entonces.

Cuando estuvo satisfecha con su aspecto, con el cabello bien sujeto bajo un sombrero de paja al que prendió un listón de seda negra, se puso en camino sin olvidar tomar el atado de cartas que dejó sobre el gabinete al que acostumbraba sentarse a escribir. Tal vez fuera eso lo que había conseguido que volvieran las pesadillas, se dijo al sopesar su peso en las manos y ver el nombre del remitente. Apartó la idea con rapidez porque si bien era algo en lo que tendría que pensar luego, le gustara o no, en ese momento tenía asuntos más cercanos y urgentes que atender.

Como siempre, la casa parecía relumbrar a su paso por los muchos objetos que su tía y su esposo habían conseguido reunir durante su matrimonio y que la servidumbre se encargaba de mantener en perfecto estado. El hecho de que fueran tantos ayudaba, sin duda, consideró al toparse al menos con dos doncellas y un par de lacayos antes de abandonar la casa.

El sol acarició su rostro al salir a la avenida y suspiró, agradecida; el interior de la casa, aunque hermoso, ahora parecía frío y asfixiante. Allí afuera se sentía más viva y fuerte, dispuesta a enfrentar todo lo que se esperaba de ella.

Primero tomó un carruaje de alquiler para dirigirse a la casa del que fue abogado y administrador de las propiedades de su tía. En realidad, ellos ya se habían reunido un par de veces antes, luego de su muerte, para ultimar los detalles respecto a la heredad. Al principio, le sorprendió saber que tía Lucie decidió dejarle todos sus bienes, a excepción de una pequeña suma para su hermano, pero luego comprendió que era algo que había cabido esperar tratándose de ella. La dama no tuvo hijos propios y siempre mostró debilidad por Victoria; un afecto que se convirtió en un cariño profundo según fueron conociéndose más a fondo durante su vida en común.

El señor Dubois la recibió con grandes muestras de respeto y consideración, que Victoria estaba segura de que no habría mostrado de no ser porque querría asegurarse de que continuara contando con sus servicios. Su entusiasmo decreció, sin embargo, cuando ella le informó de parte de sus planes futuros y aunque no intentó disuadirla porque debió de adivinar en su semblante decidido que no habría tenido sentido hacerlo, fue lo bastante sensato para sugerir algunas cosas que Victoria estaba segura de que le serían de mucha utilidad.

Una vez que dejó al abogado, fue al taller de su tía ubicado muy cerca de donde la hermosa torre Eiffel deslumbraba con su tono rojizo cada vez que los rayos del sol se posaban sobre la superficie recién pulida. Iba a echarla de menos, se dijo con un suspiro resignado al descender del carruaje ayudada por el conductor que se apresuró a bajar del pescante tan pronto como detuvo el vehículo.

François, el muchacho que fungía de recadero, asistente y todo lo que hiciera falta, la recibió con una reverencia una vez que abrió la puerta para ella y se deshizo en sonrisas en tanto la guiaba al interior. Le agradaba mucho ese chiquillo siempre dispuesto a ayudar y que parecía no encontrarse jamás de mal humor; la energía en su interior refulgía incluso a través de sus ojos oscuros y de sus maneras forzosamente contenidas. La tía Lucie, quien lo llevó a trabajar con ella hacía años cuando lo encontró vagando por las calles, decía que era un salvaje apenas domesticado; una expresión un tanto brusca, pero dicha con tanto afecto, el mismo que se unía a los muchos detalles que tenía para con él, que revelaba un cariño sincero. Victoria se prometió entonces que vería la forma de arreglar que François recibiera una renta apropiada una vez que

tuviera todos sus asuntos arreglados; era lo mínimo que podía hacer por él. Y lo mismo pensaba hacer por las mujeres que trabajaban para su tía en el taller, consideró al entrar al establecimiento que servía también de tienda en la parte delantera del local.

La tía Lucie y su esposo no solo fueron amantes de la belleza, sino también seres prácticos y sensatos que buscaron siempre una forma decorosa con la que aumentar su capital. Entonces, fascinados por la belleza de los encajes y los tejidos que podían hacerse en Francia, decidieron montar el que en un inicio fue un pequeño taller para que mujeres habilidosas con las manos y que fueran portadoras de la tradición centenaria del arte de la costura de diversas partes de Francia, se dedicaran a fabricar todo tipo de tejidos a mano que pudieran ser vendidos a buen precio por los comercios más acaudalados de la ciudad. El negocio marchó tan bien que pronto lo agrandaron optando por destinar una pequeña área del local para atender a quienes desearan acercarse a admirar las prendas en exhibición y comprar lo que desearan.

Las mujeres cosían en el espacio destinado al taller cuando Victoria se dirigió allí y, tras saludarlas por sus nombres con un gesto amable, se despidió para luego ir a la que había sido la oficina usada por el señor de Boissieu antes de su muerte y luego por la tía Lucie. Ahora, lo mismo que todo lo demás, le pertenecía a Victoria, pero ella no pensaba ocuparla aún. A su regreso, sin embargo, tendría que acostumbrarse a esa nueva posición y a intentar convivir con la idea de que ya no vería más a su tía afanándose frente a su escritorio durante buena parte del día, como acostumbraba verla cuando pasaba por allí para ofrecerle su ayuda.

Ahora, al cruzar el umbral de la puerta, se topó con una figura muy distinta a la que había poseído su tía, una que se puso de pie con rapidez al verla entrar y que se dirigió a ella para envolverla en un abrazo apretado que intentó corresponder con similar entusiasmo.

—No has debido molestarte, te dije que yo me ocuparía de todo. Pudiste quedarte a descansar...

Victoria dio un paso hacia atrás y sonrió al hombre frente a ella.

—He descansado durante semanas; era hora de que hiciera algo.

—Eso no es del todo cierto; no has dejado de ocuparte de un sinfín de asuntos desde... bueno, desde aquel horrible día.

Victoria hizo una mueca que reveló su desagrado al oír aquella mención al día en que recibió la noticia del accidente de su tía, pero enmascaró su disgusto y se sentó sobre la butaca frente al escritorio. Estaba claro que el asiento principal ya estaba ocupado, advirtió al mirar por encima de sus pestañas veladas al hombre que se apresuró a ocuparlo con una naturalidad que intentó no encontrar ofensiva.

Henri Pascal había sido hijo de un buen amigo del esposo de tía Lucie, de modo que, tal y como ella le contó a su llegada, cuando el señor de Boissieu sugirió que sería una estupenda adición a la empresa familiar que planeaban crear, su esposa no encontró motivo para oponerse. Henri se mostró siempre como un muchacho encantador y su profesión de abogado le granjeaba contactos bastante útiles para el negocio; además, provenía de una familia acomodada muy bien considerada en París, lo que fue un espaldarazo bastante conveniente para todos. Con el paso del tiempo, él había conseguido que la pequeña empresa ganara en renombre y clientes, y los de Boissieu estaban muy agradecidos por su apoyo, al grado que, junto a la tía Lucie luego de la muerte de su esposo, se había convertido en la cabeza visible al mando del negocio.

—Era mi deber —respondió Victoria ahora con voz serena—. Tú, en cambio... lamento que

debieras ocuparte del negocio sin ayuda; no ha sido justo para ti.

Henri se encogió de hombros en un gesto muy francés y se llevó una mano al rubio cabello que llevaba peinado hacia atrás; el anillo con el símbolo de su familia destelló en su dedo al atrapar la luz del sol que se filtraba por la ventanilla que daba al parque frente al que se encontraba ubicado el taller.

—Ha sido un placer; sabes cuánto disfruto de todo esto y, además, necesitabas ayuda —replicó él de inmediato—. ¿Quién sino yo para servirte de apoyo? ¿No es ese acaso también mi deber?

Victoria asintió y desvió la mirada fijándola en la superficie pulida del escritorio, sin responder de inmediato. Cuando lo hizo, sin embargo, procuró imprimir a su voz cierto entusiasmo y desvió el tema a uno menos difícil.

—Acabo de hablar con las costureras, y también con François —dijo ella—. Al parecer todo va muy bien y el negocio no se ha visto alterado por... por lo ocurrido. Te estoy muy agradecida, desde luego, y espero poder aliviar en parte tu carga pronto.

—No hará falta. Lo llevo estupendamente y el chico es de mucha ayuda —dijo él, refiriéndose a François con poco interés—. No hace falta que te des prisa por venir; a decir verdad, querida, no tienes que hacerlo en absoluto. Soy perfectamente capaz de ocuparme de todo, pero puedes venir cuando lo desees si eso es lo que quieres, claro; jamás se me ocurriría impedírtelo.

A Victoria le costó reprimir una réplica mordaz a semejante afirmación y se sorprendió del excelente trabajo que había hecho al aprender a contener su temperamento gracias a los consejos de su tía.

—Y te estoy también muy agradecida por esa consideración —dijo ella entonces sin ocultar del todo un leve tono malicioso en su voz al responder—. Sin embargo, es posible en realidad que deba continuar abusando de tu generosidad por un tiempo.

Henri elevó sus bien perfiladas cejas y la obsequió con una sonrisa que reveló su confusión.

—Desde luego que puedes hacerlo si eso es lo que quieres, acabo de decirlo —se apresuró a aclarar él—; pero preferiría que no usaras esa expresión. Abusar. Ustedes los ingleses siempre tan directos.

Aunque habló con un tono casi alegre, Victoria pudo advertir que en verdad se sentía un tanto herido por sus palabras, de modo que ahogó un suspiro e intentó sonar algo más amable al continuar.

—Lo lamento —dijo ella, arrepentida—. Creo que me he expresado mal. Lo que quise decir es que necesitaré continuar contando con tu ayuda. Aunque creo que deberíamos de buscar a alguien más que se encargue de algunos asuntos para que tú no debas hacerte responsable de todo. Había pensado que tal vez François...

—Victoria, por favor; temo que no te entiendo —la interrumpió él—. Si tan empeñada estás en que no me encargue de todo, ¿por qué no me ayudas tú? Lo hacías con tu tía y este es ahora tu patrimonio, después de todo.

Victoria apretó los labios, lista para confesar lo que había ido a decir en primer lugar; si le dio tantas largas fue porque sabía que no iba a ser bien recibido, pero no tenía sentido continuar dilatando el asunto.

—Yo no podré hacerlo, Henri —dijo ella al fin.

—¿Por qué no?

—Porque no estaré aquí. Tengo que regresar a Inglaterra y debo hacerlo pronto.

Victoria se esmeró por fingir serenidad en tanto lo veía coger aire un par de veces con el semblante demudado antes de encontrar nuevamente la voz.

—¿He oído bien? ¿Acabas de decir que piensas volver a Inglaterra? —preguntó él en lo que sonó casi como un graznido.

—Sí, eso es lo que he dicho —afirmó ella, pero se apresuró a continuar antes de ser interrumpida—. Desde luego, no pienso quedarme; planeo pasar allí un par de meses y luego volver para quedarme aquí y hacerme cargo del negocio, como debe ser.

—¿Pero por qué...? No comprendo por qué harías algo como eso. Marcharte precisamente ahora, cuando está todo arreglado...

Victoria ahogó un suspiro y hurgó en su bolsa antes de responder, sacando de allí las cartas que había guardado antes de dejar su casa aquella mañana.

—He recibido noticias —anunció ella—. No son buenas, Henri.

El hombre emitió un bufido.

—Al parecer nada que provenga de allí puede serlo; solo recibes noticias de tragedias... —Él carraspeó al ver su expresión herida y reemplazó el gesto de fastidio por uno de sincero arrepentimiento—. Lo lamento, no sé en qué pensaba al decir algo tan horrible. Pero debes reconocer, querida, que mal que nos pese no deja de ser cierto. Tu familia se ha visto atacada por tantas desgracias en tan poco tiempo...

—Y yo no he estado allí para ayudarlos —dijo ella en tono cargado de reproche dirigido a sí misma—. Pero ahora debo hacerlo; me necesitan.

—No me digas que algo le ha ocurrido a tu padre.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—No. Él se encuentra bien o tanto como cabe esperar en sus circunstancias —dijo ella, refiriéndose a la edad de su padre y a la profunda melancolía en que parecía haber caído con el paso de los años—. Pero acabo de recibir precisamente una carta suya en la que me pone en antecedentes de cómo está todo en casa y es evidente que requieren de mi ayuda.

—¿Te lo ha dicho él?

—Claro que no. Él nunca lo haría, pero los hechos están claros y no hace falta ser demasiado sensible para darse cuenta de que me necesitan de vuelta; al menos por un tiempo para ayudarlos a encontrar un rumbo.

Henri empezó a tamborilear con los dedos sobre la superficie de madera e hizo un mohín de disgusto.

—Espero que sepas disculparme si soy poco amable o desconsiderado al expresarme, pero creo que necesitas que te hablen con claridad —empezó él—: Tu padre, aunque mayor, es un hombre bastante capaz de velar por sí mismo, según me has contado, y cuenta con la ayuda necesaria para vivir de forma digna tal y como está acostumbrado. Entonces ¿quién más te necesita? Querida mía, sé que es muy doloroso para ti reconocerlo, pero la realidad es que luego de la muerte de nuestra estimada madame de Boissieu, y si exceptuamos a tu padre, no cuentas ya con más familia en el mundo.

Victoria hizo un gesto casi imperceptible al apretar la quijada y aspirar con fuerza al acusar sus palabras. No decía nada que no fuera verdad, desde luego, y no tenía sentido negarlo, pero no

por ello dejaba de herirla o de resultarle menos cruel. Henri, como si no hubiera reparado en su semblante y prefiriera pensar que tomaba sus palabras con la entereza que se esforzaba por mostrar, continuó hablando en el mismo tono amable y afectuoso que habría usado para dirigirse a una niña obcecada.

—Sé que la muerte de tu hermana y luego tan pronto la de tu madre fueron un duro golpe para ti, pero han pasado casi dos años desde entonces y creí que ya te habrías hecho a la idea. Si tu padre ha aprendido a convivir con esas pérdidas, cabe pensar que tú debes hacerlo también —dijo él—. Es posible que lo ocurrido con tu querida tía haya reabierto viejas heridas, es verdad, pero estoy seguro de que en cuanto haya pasado algo más de tiempo...

—Henri, por favor, no digas más —lo interrumpió ella cansada de oírlo—. Esto no tiene nada que ver con tía Lucie. Acabo de decir que he recibido una carta de mi padre en la que me informa de cómo va todo por casa.

—Tu casa es esta ahora.

Victoria hizo como si no lo hubiera oído.

—Los niños necesitan a alguien que cuide de ellos, que les dé el amor que apenas conocen; mi padre no tiene las fuerzas o la voluntad para encargarse de ellos —indicó ella.

Henri emitió un bufido que revelaba su enojo.

—Según tengo entendido, cuentan con un padre, ¿cierto? ¿Quién mejor que él para ocuparse de ellos y prodigarles el amor que tanto parecen necesitar?

Victoria ahogó un suspiro y apretó las manos sobre su regazo.

—Claro que él se ocupa de ellos, pero no es lo mismo que conocer una figura materna, una mujer que los cuide... son niños muy pequeños y su padre, según sé, no les presta esa clase de atención —declaró ella al fin.

—Querrás decir que los ignora —anotó Henri con expresión astuta—. Si es así, sin duda es una lástima, pero insisto en que no es tu responsabilidad.

—Son los hijos de mi hermana.

—Pero no tuyos —anotó él—. ¿Acaso piensas viajar a Inglaterra para convertirte en esa figura materna que dices que necesitan?

Victoria se envaró en el asiento y le dirigió una mirada ceñuda.

—Desde luego que no. Pero he pensado que podría pasar un poco de tiempo con ellos, hallar la forma de contratar a alguien que pueda hacerles compañía. Tal vez pueda poner un aviso para encontrar a una niñera o institutriz que se ocupe de sus necesidades...

—Victoria, creo que estás del todo equivocada. Lo que unos niños tan pequeños necesitan es una madre —sugirió él con sencillez—. Que tu cuñado se case de nuevo y ya. No veo por qué él se muestra tan egoísta al respecto. Nadie le pide que sea un padre modelo si no es lo que quiere, pero una mujer solucionaría sus problemas y así tú no tendrías que ocuparte también de eso.

Victoria carraspeó antes de responder porque su garganta se había secado de golpe al oírlo.

—Tal vez él decida hacerlo en algún momento, pero no creo que pueda obligársele a hacer algo como aquello solo por deber, y en tanto quiero ayudar —insistió ella en un tono algo más demandante del que había usado hasta entonces—. Son mis sobrinos y no los he visto jamás, Henri; eso ha sido una crueldad de mi parte.

—Pudiste ir al entierro de tu hermana y los hubieras conocido entonces; si no fuiste fue porque así lo deseaste —recordó él sin darse cuenta de cuánto la hería con sus palabras.

Victoria cerró los ojos tan solo un instante antes de abrirlos nuevamente con una expresión determinada en el rostro.

—No lo hice, es verdad, como tampoco fui para el funeral de mi madre y son dos ausencias que me penarán por siempre, pero no hay nada que pueda hacer ahora al respecto. Lo que sí puedo hacer es no volver a cometer el mismo error y ayudar a esos niños aunque tenga que volver a Inglaterra a nado.

—Victoria...

Ella se puso de pie sin atender a su mirada conciliadora.

—Debo haberme expresado de forma incorrecta si te hice pensar que vine para solicitar tu permiso —continuó ella poniéndose los guantes que se había quitado al llegar—. Acabo de hablar con el señor Dubois para informarle de mi decisión para que se encargue de hacer los arreglos y se ocupe de lo que haga falta durante mi ausencia.

—Ya veo —replicó él apenas conteniendo su indignación—. Entonces mi opinión no importa.

—No he dicho eso.

—Tus actos hablan por ti —continuó Henri—. Lo que tiene gracia considerando que soy la única persona cuya opinión debería de importarte en primer lugar.

—Henri, no hace falta que exageres.

El hombre dio un golpe sobre el escritorio con la palma de la mano abierta y la miró con mal disimulada furia.

—¡Soy tu prometido! —exclamó él—. No exagero en absoluto al ofenderme por esta muestra de desinterés.

Victoria elevó el mentón al tiempo que arqueaba una ceja.

—Lamento que lo veas de esa forma porque estás siendo del todo irracional —señaló ella con frialdad—. No he dicho que no vaya a casarme contigo; he sido muy clara al decir que solo me ausentaré por unos meses para ocuparme de mi familia que, lo entiendas o no, me necesita. Luego volveré aquí a continuar con mi vida, lo cual incluye asumir mis deberes para con el patrimonio que mi tía me dejó y casarme contigo.

—Lo haces sonar como una serie de obligaciones desagradables que debes enfrentar porque no tienes otra alternativa —observó él con amargura.

Victoria suspiró y se llevó una mano a la frente al comprender que en verdad era así como debía de haberle parecido y se arrepintió de inmediato por su brusquedad. Henri no tenía la culpa de nada, pero él no podía siquiera empezar a imaginar el torbellino en que se había convertido su mente desde que recibió la carta de su padre y decidió obrar como lo hacía. Estaba aterrada y lo único que la mantenía en pie y avanzando para cumplir su fin era una férrea determinación nacida de la culpa que sentía por haber sido tan indiferente a los pesares de su familia.

—Henri, no debes verlo de esa forma, te lo ruego. No considero que el casarme contigo sea en absoluto una obligación; sabes que siento un gran cariño por ti y que creo que una unión entre nosotros es lo mejor que puede pasarnos —dijo ella en un tono más conciliador y esbozando una suave sonrisa que esperaba pudiera aplacar su enojo—. Tú siempre has parecido encontrarte de acuerdo conmigo.

—Claro que sí, aunque me gusta pensar que no se trata tan solo de un asunto de conveniencia —indicó él en un tono algo más calmado—. Yo siento mucho más que solo un gran cariño por ti,

Victoria.

Ella suspiró una vez más y dio vuelta al escritorio para posar una mano enguantada sobre la del hombre.

—Lo sé, y te estoy muy agradecida por ello aunque no creo merecerlo —dijo ella.

—Eres demasiado dura contigo misma; desde luego que lo mereces —indicó él tomando su mano con fuerza y buscando su mirada—. Podemos ser muy felices tú y yo si te permites intentarlo, querida, pero para eso es necesario que permanezcas aquí.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Volveré y nos casaremos, tienes mi palabra —prometió ella—. Respecto a ser felices, sin embargo, creo que no puedo prometerte nada al respecto salvo que lo intentaré con todas mis fuerzas. Pero eso será cuando haya regresado de Inglaterra, ¿estás de acuerdo?

Henri hizo un gesto resignado.

—¿Me dejas otra alternativa?

—Mucho me temo que no —respondió ella—. Pero ya me conoces, no debes de sentirte sorprendido.

El hombre sonrió ante su tono levemente divertido, como si ella pretendiera quitarle seriedad a un asunto tan formal. Sin darle tiempo a reaccionar y antes de que diera media vuelta para marcharse, satisfecha de haber llegado a un acuerdo, buscó sus labios para besarla.

Era sin duda una sensación agradable, se dijo Victoria al sentir un cosquilleo en su pecho al abandonarse a sus caricias. Henri era un seductor nato; sabía cómo besar a una mujer hasta hacerla perder el aliento y qué palabras decir para conquistarla, pero la verdad era que no había conseguido nunca que ella sintiera la pasión de la que hablaba su tía respecto a su vida con su esposo o la que alababan las pocas amigas que había hecho en París y que estaban siempre prestas a hablar de aquellos asuntos con demasiada soltura para su gusto. Era tan solo eso. Agradable. Pero estaba convencida de que eso tendría que bastar para llevar un bien avenido matrimonio. Quizá con el tiempo aprendiera a amarlo, se dijo al separarse con suavidad cuando él intentó acercarla a su cuerpo posando una mano sobre la curva de su cadera.

—Me voy ahora; tengo mucho por hacer —indicó ella, ajustando su sombrero sobre su cabeza—. Te enviaré una nota para que vayas a casa a cenar en cuanto tenga todo arreglado.

El hombre asintió dirigiéndole una mirada muy seria en la que se adivinaba un profundo anhelo. Era obvio que él estaba muy consciente de su falta de respuesta y debía de preguntarse qué más debía hacer para conseguirla del todo.

—Estaré esperando con ansias —respondió él, sin embargo, usando un tono entusiasta.

Victoria no respondió sino que hizo un rápido gesto de despedida con una mano y dejó la oficina cerrando la puerta tras de sí.

Al subir al carruaje que la llevaría a casa, se permitió cerrar los ojos y llevarse una mano a los labios que Henri acababa de besar. Era tan distinto a aquella vez.

Adam.

Le costaba creer que iba a verlo nuevamente después de tanto tiempo. La posibilidad de encontrarse con él le cortaba el aliento y la sumía en un constante estado de nerviosismo; sus manos temblaban y le costaba respirar con normalidad. Tan solo de pensar en lo que ocurriría cuando lo tuviera frente a sí la llevaba a preguntarse si sería capaz de sobrellevar un momento como ese. Tal vez se desmayara; quizá se echara a gritar.

Victoria abrió los ojos bruscamente al pensar en una tontería como aquella y golpeó con fuerza el techo del vehículo para que el cochero se pusiera en camino.

Claro que no iba a desmayarse, gritar o hacer ningún tipo de cursilería. Su viaje tenía por único objetivo ayudar a lo que le quedaba de familia a salir de un pozo que según su padre empezaba a asfixiarlos. Le parecía inaudito que Adam, a quien consideraba el hombre más gentil y considerado, hubiera decidido desentenderse de aquella forma de sus hijos. El señor Sterling no había usado esa expresión en realidad, pero afirmó que apenas mostraba interés en ellos y que salvo por la preocupación por lo elemental, hacía como si ni siquiera existieran. Era inconcebible. Tenía que comprobarlo por sí misma y, de ser así, buscar una forma de solucionar esa situación.

Había sido negligente durante demasiado tiempo, pero ya era hora de que tomara las riendas de la situación y dejara de ocultarse como un ratón asustado.

Pasó los últimos siete años huyendo de su pasado y de sus decisiones y ni siquiera en los momentos más terribles, cuando su familia la necesitó más que nunca, fue capaz de hacer a un lado sus temores e ir en su ayuda. Pensó que su ausencia sería más apreciada por ellos, que mantenerse apartada sería lo mejor, pero las constantes desgracias que habían asolado a su familia se ocuparon de enrostrarle en la cara su error.

El haberse excusado para no asistir a la boda de Emma tuvo sentido en su momento, desde luego; su presencia no habría sido bien recibida por su hermana, estaba convencida de eso, aunque ella jamás hizo mención a ello en sus esporádicas cartas. Después de todo, ¿quién iba a desear que cualquier tipo de sombra cayera sobre el acontecimiento más feliz de su vida? Y la verdad era que ella tampoco deseó asistir, claro, de modo que fue sencillo urdir cualquier excusa, enviar un bonito obsequio de bodas y hacer como si jamás hubiera ocurrido. Su corazón nunca se permitió ser engañado, pero Victoria se esforzó por reprimir cualquier expresión de dolor. Esa era una de las cosas respecto a las que había intentado adiestrarla su tía: el dolor es algo tan privado que el exhibirlo de alguna forma tan solo conseguía pervertir su significado. Victoria no estaba del todo de acuerdo con ella, pero en ese asunto, al menos, decidió aferrarse a sus enseñanzas porque era lo más conveniente para ella.

Luego, sin embargo, vinieron la enfermedad de Emma y su pronta muerte. De haberlo sabido no habría dudado un instante en separar un billete en el primer barco que pudiera llevarla a Inglaterra, pero nadie le dijo nada hasta que fue muy tarde. Apenas una breve carta de su madre para confiarle la situación de su hermana y que hacía ya mucho que habían perdido las esperanzas de que se recuperara; según el médico que la atendía era posible que esa fuera la última de sus recaídas. Su madre estaba convencida de que esa última crisis estaba relacionada con su reciente alumbramiento; había quedado tan débil por el trabajo de parto que nunca consiguió recuperar las fuerzas del todo.

Para cuando Victoria logró reponerse de la impresión y hacer los arreglos de su viaje, recibió un telegrama solo unos cuantos días después para anunciar que no hacía falta que se diera prisa porque ya no había nada que se pudiera hacer; Emma acababa de morir y aunque a todos les supondría un gran consuelo verla, no hacía falta que hiciera un viaje como aquel en un estado de dolor cuando nada de lo que hiciera les sería de utilidad. A Victoria le dolieron terriblemente las prácticas palabras de su madre y ese tono distante que adivinó en la carta, pero no se atrevió a refutar nada y optó por escribirle de vuelta una vez que decidió cancelar su viaje. También



escribió una breve carta a Adam en la que le hacía llegar sus condolencias, pero él nunca respondió. Posiblemente la hubiera tirado sin abrirla. Y ella no podía culparlo. Ese silencio tan solo reafirmó lo que ya tenía por seguro: él la odiaba y habría preferido no volver a oír siquiera su nombre nunca más. Aunque Victoria podía entender sus sentimientos, en el fondo resentía un poco que él no fuera capaz de suponer lo mucho que todo aquello le dolía.

Adam no podía imaginar cuán difícil había sido para ella no hablar de él todo el tiempo luego de su marcha de Inglaterra y su llegada a París. Durante las primeras semanas, tenía que morderse los labios y apretar sus manos hasta lastimarse para obligarse a no decir su nombre porque temía que el nombrarlo, de alguna forma, tendría el poder de conjurarlo a su lado y entonces no habría manera de alejarlo una vez más, de deshacerse de ese recuerdo que la apenaba día y noche. Y fue a fuerza de voluntad que consiguió convertirlo en una ausencia siempre latente, que le hacía sentir como si hubiese dejado parte de ella al otro lado del océano, algo que nunca podría recuperar.

La muerte de Emma supuso un golpe terrible para ella, no solo por el dolor y la injusticia de que alguien tan hermosa y ansiosa por vivir, como había sido su hermana, desapareciera de la faz de la tierra tan pronto, sino porque no le costó imaginar lo que debió de sentir Adam. Jamás se atrevió a preguntarle a Emma en sus cartas si sentía que su esposo la amaba, pero sin duda él debía de albergar importantes sentimientos por ella; de otra forma jamás se habría casado. Ahora, viudo tras poco tiempo de matrimonio, con dos bebés que acababan de perder a su madre...

Y aun así, pese a conocer su situación, no movió un dedo para ayudarlo.

Supuso que su madre era la persona adecuada para ello; después de todo, amó a Emma más que nadie y sin duda sabría cómo velar también por sus nietos. Por un tiempo, pareció que en verdad así había sido; por poco más de un año, en la correspondencia que mantuvo con su madre, solo recibió noticias alentadoras. Pese al dolor de la pérdida de Emma, la señora Sterling había conseguido volcar su amor y experiencia para, junto a la devota Harriett, cuidar de los mellizos. Poco después, sin embargo, recibió noticias preocupantes respecto a su salud. Ella no hizo una sola mención en sus cartas, pero su padre adjuntó una nota discreta en la última que intercambió con ella para señalar que la salud de su esposa no era la de antes. Al parecer, en su opinión, desde la muerte de su hija menor había empezado a apagarse como una vela expuesta al viento.

Victoria se dijo entonces que no debía temer que nada malo ocurriera; que el destino no podía ser tan cruel de ensañarse de aquella forma con su familia. ¿Perder a Emma y luego tan pronto a su madre? Eso no podía ser; lo de la señora Sterling era un estado de pena natural, pero siendo una mujer fuerte y decidida como había sido siempre, sin duda se repondría más temprano que tarde. El tiempo y las experiencias le enseñaron, sin embargo, que el destino nunca podía ser lo bastante cruel y que incluso la negación nacida de la más desesperada esperanza podía golpearle en la cara.

No recibió otra carta de su madre por semanas y cuando empezaba a pensar que tal vez las cosas habrían mejorado ante la ausencia de noticias, recibió un nuevo telegrama de su padre en el que le hablaba de que una mañana hacía un par de semanas su esposa simplemente había decidido no levantarse de la cama y al cabo de unos días dio muestras de que nunca más volvería a hacerlo. La habían sepultado hacía un par de días y se disculpaba por no haberle puesto en conocimiento de ello antes, pero todo había sido tan rápido y se vio tan desbordado por los acontecimientos que se le fue de las manos. Adam había sido de gran ayuda, indicó, y en realidad fue él quien señaló la

importancia de hacerle llegar la noticia con rapidez, pero el señor Sterling, quien de pronto se sentía más viejo y cansado que nunca, tardó demasiado en ponerse con esa carta porque no encontraba las palabras con las cuales notificarle lo ocurrido. De cualquier forma, como señaló él en un arrebato de desaliento y desespero, a quién le importaba ya el tiempo.

Victoria cayó presa de una enorme nostalgia luego de recibir esa carta y ni siquiera los esfuerzos de su tía por animarla sirvieron para que abandonara esa desidia. Pasó semanas encerrada en su habitación, apenas alimentándose y sumida en la pena, atormentándose por la culpa, reprochándose una y otra vez por todo lo que hizo o dejó de hacer que hubiera podido llevar a su familia a esa continua sucesión de desgracias.

Tan solo el tiempo, al que tanto había despreciado su padre, consiguió sacarla lentamente de ese estado de abandono. La compañía de su tía y de Henri la ayudaron mucho también; fue poco después de que consiguiera poner un pie fuera de casa y mostrar nuevamente algún interés en el negocio de costura, que él se atrevió a hacer su primera propuesta de matrimonio. Ella lo rechazó, pero él no cejó en su empeño y para la tercera vez, cuando Henri expuso lo conveniente que sería una unión entre ambos y que no esperaba que naciera forjada de un interés romántico sino en la practicidad, Victoria decidió que tenía razón y que no tenía sentido continuar prolongando algo que, sin duda, era lo mejor para todos. Tal y como esperó, su tía se mostró feliz con la noticia y ese era uno de los pocos consuelos que le quedaban luego de su muerte. Ella partió convencida de que dejaba a su querida sobrina en buenas manos y que todo iría bien en su vida.

Durante un tiempo, pese a todo, pareció que así sería. Su padre retomó la correspondencia y, a diferencia de su última carta, se mostró algo más animado en las siguientes. Hombre sensato y presto a la resignación, decidió que debía continuar con sus actividades al frente de la iglesia. Comentó que también le tranquilizaba la seguridad de que Harriett, que se había arrogado el cuidado de los niños al mudarse definitivamente a Blackmore Park para permanecer todo el tiempo a su lado, le había dicho que todo iba bien con los pequeños.

El tenor de las cartas había variado levemente en las últimas entregas, sin embargo, y fue ello lo que llevó a Victoria a tomar la decisión de hacer el viaje de regreso al que había sido su hogar. Su padre fue muy cauto al expresarse, pero ella no estaba dispuesta a no profundizar una vez más en sus palabras o a no leer entre líneas. Los niños, aunque bien cuidados y sin duda muy consentidos, no recibían la atención necesaria en esa etapa de su vida y ni siquiera los esfuerzos de la fiel pero ya mayor Harriett bastarían para asegurarles una buena niñez.

Cuando abordó el barco que la llevaría a Inglaterra, noticia que se guardó bien de compartir con su padre en tanto no estuvo del todo segura de que hacía lo correcto, Victoria mantuvo una apariencia calmada y alegre incluso cuando Henri se despidió de ella agitando su sombrero desde el puerto. Logró mantener una sonrisa durante todo el tiempo que duró la partida, pero bastó con que el barco empezara a alejarse del atracadero para que todos sus miedos cobraran fuerza y borrarán cualquier rastro de serenidad de su rostro.

Hacía ya varios años una mujer atormentada y sumida en el dolor había hecho ese viaje en sentido inverso. Ahora, una, mayor en edad y experiencia, lo hacía una vez más, pero esas eran todas las diferencias. Por dentro, Victoria se sintió como la misma chiquilla asustada que fue alguna vez. Lo peor era que, ahora, no había nada que le confiriera ni siquiera un ápice de esperanza de lo que encontraría al llegar a casa.

## CAPÍTULO 2

Si Victoria hubiera sido una persona supersticiosa, habría podido pensar que el viaje a Inglaterra no fue precisamente un buen augurio de lo que iba a encontrar una vez que llegara a su destino. Una tormenta la mantuvo confinada durante varios días en su camarote y el resto del tiempo lo pasó en cubierta mirando al horizonte con la sensación de nerviosismo que la acompañaba desde el momento en que tomó la decisión de iniciar ese viaje.

Su padre no la esperaba en el puerto, lo que no le sorprendió ya que lo avisó de su llegada con poca antelación; pidiéndole, además, que no fuera a buscarla. A su edad y con sus problemas de salud habría sido una temeridad; prefirió contratar un carruaje de alquiler que la llevó hasta la estación y de allí tomó un tren que la dejó en Devon para coger luego un nuevo vehículo que la condujo a la pequeña vicaría del poblado en la que pasó toda su infancia y parte de su juventud. Llegó agotada y adolorida por todo el tiempo de viaje, pero cualquier atisbo de fastidio desapareció en cuanto se encontró frente al que fuera su hogar.

El señor Sterling salió a recibirla tan pronto como el vehículo inició el recorrido del camino que llevaba a la entrada y apenas bajó de él la envolvió en un fuerte abrazo que ella correspondió con la misma efusividad. No se había dado cuenta de lo mucho que lo echó de menos hasta que lo tuvo nuevamente ante ella y se encontró con ese rostro familiar, la pequeña sonrisa que esbozaba cuando se encontraba emocionado, e incluso el tenue aroma a tabaco que desprendía. Su padre estaba tan emocionado como ella, lo supo por la humedad que advirtió en sus ojos, pero intentó ocultarlo y Victoria no hizo ninguna referencia a ello. A él nunca le habían gustado las muestras de afecto, lo mismo que su madre, al menos no con ella, algo de lo que jamás se resintió; tampoco era particularmente efusiva, pero fue evidente que ambos habían cambiado un poco en ese aspecto porque ella también dejó escapar algunas lágrimas en tanto enlazaba un brazo al suyo para entrar a la casa.

—Está tal y como la recordaba.

Su padre la miró con una sonrisa mientras ella permanecía un momento de pie en medio del salón familiar.

—No. Está demasiado silenciosa —señaló él, suspirando al tiempo que se dejaba caer sobre un sillón.

Victoria asintió lentamente, dándole la razón muy a su pesar y dejándose caer a su lado.

—Es verdad. Debe de haber sido muy difícil para ti permanecer a solas aquí con todo este silencio.

El señor Sterling se encogió de hombros.

—No ha sido agradable —dijo él—. Pero es parte de la vida.

—Las extrañas.

El hombre cabeceó al oír sus palabras dichas en un tono suave pero no por ello menos sentido; estaba claro que entendía a quiénes se refería Victoria, así como que a ella le afectaba hablar de ello tanto como a él.

—Claro que sí, cada día —afirmó su padre para mirarla luego con una pequeña sonrisa—. De la misma forma en que te he extrañado a ti.

Victoria le devolvió la sonrisa y posó una mano sobre la suya, parpadeando para intentar hacer a un lado los malos recuerdos e intentar enfocarse en algo que sí tuviera solución.

—Me gustaría ver a los niños —comentó ella—. He traído algunos regalos para ellos.

El señor Sterling cabeceó, pensativo.

—Podrás verlos, supongo. Hablé a Adam de tu llegada en cuanto recibí la carta que enviaste.

Victoria contuvo el aliento un instante para luego asentir en un gesto que reveló su tensión.

—Gracias por hacerlo; he debido avisarlo por mí misma, pero quería llegar primero, no sabía cuánto tiempo duraría el viaje con exactitud...

Su padre ladeó el rostro para mirarla como si fuera capaz de ver lo que realmente sentía más allá de esas balbuceantes excusas y el rostro serio que se esforzaba en mantener.

—Descuida, él viene a verme con frecuencia; aproveché una de sus visitas para comentárselo —dijo él—. No creí que fuera justo que tu presencia lo tomara por sorpresa. Ha tenido demasiados sobresaltos ya como para sumar ahora uno más.

—Claro. ¿Crees que vendrá o debería ser yo quien se presentara en la mansión...?

—Puedes hacer lo que gustes, no dudo que él te recibirá con agrado.

Victoria reprimió el deseo de decir que eso último lo dudaba mucho; a decir verdad, no le extrañaría que Adam le cerrara la puerta de Blackmore Park en la cara. Pero no lo mencionó en presencia de su padre; él siempre lo había apreciado y estaba claro que el trato compartido y las muchas penas que habían tenido que enfrentar a lo largo del tiempo habían fortalecido su amistad.

—En ese caso, iré esta tarde; no tiene sentido dilatar esa visita —afirmó ella, decidida—. Una vez que haya deshecho el equipaje iré a la mansión.

—Muy bien. Pero primero debes compartir un almuerzo conmigo; la cocinera se ha esmerado en preparar algunos de tus platillos favoritos. Está muy nerviosa porque piensa que después de pasar tanto tiempo en Francia los encontrarás demasiado sencillos.

Victoria rio.

—Por supuesto que no. Es una de las cosas que más he extrañado; estaré encantada de compartir ese almuerzo contigo, podremos charlar también acerca de nosotros.

—Temo que no tengo mucho que contar que no sepas ya —comentó su padre, indeciso—. Aunque he estado trabajando en una monografía que creo que podrías encontrar interesante.

Victoria palmeó su mano con cariño.

—Me encantará oír cada palabra al respecto.

Una vez que terminaron de disfrutar de un almuerzo tan opíparo y variado como no recordaba haber visto en mucho tiempo y de charlar durante lo que le parecieron horas, Victoria dejó a su padre tomando una siesta y se preparó para dirigirse a Blackmore Park. Cambió el vestido que había usado durante el viaje por uno en un tono de azul tan oscuro que en un espacio cerrado hubiera podido pasar por negro, lo que en un arranque de cinismo se dijo que resultaba de lo más conveniente considerando su estado de ánimo. El traje tenía una hilera de botones de madreperla en todo el frente y las mangas largas y abullonadas.

Al dejar la casa y elevar el rostro al cielo, sintiendo el brillo solar en lo alto, consideró que tal vez había escogido mal; ese vestido era demasiado pesado para una tarde en la campiña inglesa, pero no tenía tiempo para cambiarse, de modo que se puso en camino luego de ajustarse un bonito sombrero a juego que la protegiera de los rayos del sol. Nunca se esforzó demasiado por esa clase de cosas hasta que empezó a vivir con su tía; ella daba mucha importancia al vestir y

a los cuidados que una dama debía de tener en su aspecto. Tal vez Victoria no hubiera llegado a desarrollar el grado de interés que a su tía le habría gustado, pero era mucho más consciente de ese tipo de cosas de lo que había sido antes.

Cuando llegó a lo alto de la colina desde la que se divisaba Blackmore Park, sin embargo, se sintió una vez más como la chiquilla que fue alguna vez y no pudo contener el impulso de recogerse las faldas luego de asegurarse que no había nadie cerca y echó a correr colina abajo por un sendero que siempre le había gustado usar para acortar el camino a la mansión. Gracias a su paso apurado, estuvo ante las verjas de la mansión en pocos minutos, pero se detuvo para recuperar el aliento, o daría una impresión terrible a los habitantes del lugar. Según sabía, en ese momento la mansión se encontraba ocupada tan solo por Adam y los niños, además de la servidumbre. *Sir* Richard, que había demostrado una fortaleza impresionante en un hombre de su edad, había decidido abandonar Devon para residir la mayor parte del año en Bath, donde se sentía mucho más a gusto. Según comentó su padre, sospechaba que lo ocurrido tras la muerte de Emma y la orfandad de los niños lo había llevado a tomar esa decisión; quizá pensó que ya estaba demasiado mayor para vivir en un ambiente en el que el dolor había golpeado de una forma tan cruel. Al marchar, dejó también definitivamente las riendas de la propiedad en manos de su nieto, de modo que Victoria no dudaba de que Adam debía de encontrarse sobrepasado por las responsabilidades. Tal vez eso lo ayudara a hacer que comprendiera las conveniencias de lo que ella pensaba sugerir.

La verja no se encontraba asegurada, así que no tuvo problemas para abrirla, y en tanto recorría el largo camino principal que llevaba a la mansión no pudo dejar de apreciar las muchas diferencias que encontró a la vista respecto a la imagen que tenía de la propiedad. Aunque jamás se hubiera podido decir que Blackmore Park fue desatendida alguna vez, era justo reconocer que en los últimos tiempos se hizo evidente que *sir* Richard se mostraba cada vez menos diligente con sus labores. Ahora, sin embargo, se dio de bruces con tantos cambios en los jardines circundantes y en los campos que llegaba a ver en las lejanías, así como en la mansión que destellaba al final del camino y que jamás vio tan espléndida, que se dijo que su padre había estado en lo cierto cuando mencionó durante el almuerzo que Adam se había tomado muy en serio su trabajo como cabeza a cargo de la propiedad.

Un trío de mozos de cuadra que se encargaban de llevar unos caballos a los establos se descubrieron al verla llegar y le lanzaron algunas miradas de curiosidad, pero ella siguió adelante tras dirigirles un leve asentimiento en señal de saludo. Sus rostros no le parecieron conocidos, así que supuso que Adam debía de haber contratado a nuevo personal para hacer todas esas mejoras que veía.

El mayordomo que la atendió al golpear la puerta principal, no obstante, sí que le resultó familiar; era el mismo hombre que llevaba en el cargo desde que ella tenía memoria. Su apellido era Morris y, si la memoria no la traicionaba, estaba casado con el ama de llaves, una señora de semblante bastante más alegre que el de su marido.

Una vez que se presentó y el mayordomo le franqueó el paso, Victoria se preguntó si debía solicitar una entrevista con el señor Talbot o si sería más inteligente de su parte indicar que venía a visitar a los niños. Aunque sabía que lo más apropiado y respetuoso era hacer lo primero, todo en su interior se echaba a temblar tan solo de pensar en dar ese paso. No importaba cuánto tiempo transcurriera o cuánto se había repetido una y otra vez que era algo de lo que no podía huir, la idea

de ver nuevamente a Adam le aceleraba el pulso y le provocaba unas enormes ganas de echar a correr.

No tuvo tiempo para decir nada, sin embargo, porque en ese momento un pequeño grito llegó a ella y antes de que atinara a reaccionar se vio envuelta en un apretado abrazo que la dejó un momento sin respiración.

—¡Victoria! Me alegra tanto verte; el señor Sterling dijo que vendrías, pero me costaba creerlo. No puedo creer que al fin estás aquí, qué bonita te ves, se nota que el aire de París te ha sentado bien.

En cuanto Victoria consiguió recuperar el aliento, se echó hacia atrás y miró a la que había sido su niñera casi desde que podía recordar. Harriett se veía tal y como la vio por última vez; pequeña, rolliza y con las mejillas sonrosadas en un rostro surcado de arrugas que a lo sumo se habían pronunciado con el paso de los años. Por lo demás, la sorprendió un poco su efusividad. Ella fue siempre mucho más afectuosa con Emma, algo de lo que nunca se resintió, porque ninguna acostumbraba a demostrar sus afectos con demasiado entusiasmo; pero en ese momento se dijo que aquel abrazo le había sentado estupendamente bien. Echaba de menos el calor que desprendía un cuerpo que la envolviera con un cariño tan evidente.

—Qué amable de tu parte decirlo, Harriett, pero el espejo me dice cada mañana que, salvo por el largo de mi cabello, me veo igual que siempre —comentó ella, sonriendo, y acariciando su brazo en un gesto afectuoso—. Y tú tampoco has cambiado. ¡Me alegra tanto verte!

La niñera asintió, dirigiendo una mirada ceñuda al mayordomo, quien permanecía de pie ante ambas con evidentes muestras de reprobación. Debía de encontrar del todo inapropiado todo ese ajetreo, lo que a ninguna pudo importarle menos.

—¿Qué hace allí de pie, Morris? —espetó la niñera con el ceño fruncido—. Vuelva a lo suyo; yo me encargo de la señorita Sterling. Ella ha venido a ver a los niños, ¿cierto?

Victoria asintió de inmediato, aferrándose a ese salvavidas como a un clavo ardiendo. El mayordomo, sin embargo, no pareció muy complacido de recibir órdenes de una empleada que debía considerar inferior porque la vio con una mueca de desagrado.

—Creo que el señor Talbot debería ser notificado...

—El señor Talbot no se encuentra en casa, lo vi dirigirse al campo hace horas —atajó la niñera con rapidez, tomando del brazo a Victoria y tirando de ella hacia la escalinata por la que acababa de aparecer—. No hay necesidad de molestarlo, yo la acompañaré.

Harriett no esperó respuesta y Victoria miró sobre su hombro para dirigir una sonrisa de disculpa al mayordomo, que miraba de una a otra con el ceño fruncido en tanto las veía desaparecer escaleras arriba. Una vez en lo alto, Victoria estalló en una risa nerviosa y palmeó el hombro de la vieja niñera.

—Siempre haciendo amistades, Harriett; veo que los años no te han suavizado el carácter —comentó ella sin dejar de reír.

—¿Por qué iba a hacerme amiga de ese hombre tan estirado? Actúa como si la mansión fuera suya —comentó la niñera sin disminuir el paso—. Su mujer, la señora Morris, en cambio, es un encanto. ¡No sé qué le habrá visto a ese hombre! Ni el señor Talbot se muestra presumido; pero nunca lo fue, eso ya lo sabes.

Victoria desvió la mirada ante la mención a Adam y cabeceó suavemente para mostrar su conformidad. No. Adam siempre había sido un hombre sorprendentemente humilde.

Ninguna dijo nada hasta que se encontraron a unos pasos del ala que Victoria supuso que debía de ser la que pertenecía a los niños. Nunca había visitado esa zona de la casa, pero lo supuso por los colores más alegres en las paredes y las pinturas colgadas en el corredor. Estas, aunque tan antiguas y valiosas como las que siempre había admirado en el resto de la casa que conocía, tenían motivos de querubines y campos luminosos.

Harriett abrió una puerta a su derecha y le cedió el paso; tras vacilar un instante, Victoria inhaló un par de veces y fijó una gran sonrisa en su rostro al tiempo que daba unos pasos al interior.

En realidad, juzgó una vez que se encontró dentro de la habitación amplia y bien ventilada con las ventanas abiertas, las alegres cortinas y las pilas de juguetes que se veían por todos lados, no tenía por qué sentirse tan nerviosa. Seguro que un par de niños de apenas un par de años; bebés, a decir verdad, y que jamás la habían visto en sus cortas vidas, no tendrían que ser demasiado intimidantes.

Cualquier conclusión a la que hubiera llegado con antelación, sin embargo, se desmoronó como un castillo de naipes en cuanto cobró valor para buscar a los niños con la mirada y se encontró con dos rostros idénticos que se veían, estaba segura, muy enojados. Dudaba de que ella fuera la causa de ello, pero eso no la amedrentó menos. Jamás se le había dado muy bien el tratar con niños y al ver a esas pequeñas personas tan rubias y de facciones tan bellas como las que había poseído su hermana, sintió un tirón en el corazón. Su padre ya le había dicho que los pequeños se parecían mucho a su madre, pero el verlo por sí misma la dejó estática durante varios minutos hasta que consiguió recuperar el movimientos de sus miembros y se apresuró a acercarse a ellos para mirarlos con mayor detenimiento en tanto Harriett, asistida por una joven en la que no había reparado hasta entonces, procuraba calmarlos.

—¿Les ocurre algo? ¿Han tenido algún tipo de accidente? ¿Será posible que se encuentren enfermos...?

Harriett ignoró sus preguntas hechas en un tono asustado e hizo un gesto para descartarlas al tiempo que mecía al que comprendió debía de ser el niño, Nicholas, que se sujetó al frente de su vestido almidonado, ya algo más calmado y con la sombra de una sonrisa en los labios.

—De enfermos nada, y nunca están desatendidos como para que les ocurra un accidente ni mucho menos, ¿no te has dado cuenta? —La señora cabeceó en señal a la joven que intentaba convencer a la niña de sostener una preciosa muñeca de porcelana, lo que a esta no parecía seducirla en absoluto—. Pero están aburridos y en una edad difícil; echarían la casa abajo si se lo permitieran. Ella, en especial, que tiene un genio terrible. Se lo sacó al padre, claro.

Victoria frunció el ceño y se acercó a la niña, haciendo un leve ademán de saludo con la mano para llamar su atención. Al verla de cerca, advirtió que el parecido con su madre no era en realidad tan pronunciado como le había parecido; encontró mucho de su padre en ella, como los brillantes ojos azul grisáceo que le provocaron un retortijón en el estómago. Hacía tanto que no veía unos ojos como aquellos.

—¿De qué hablas? Adam nunca ha tenido mal genio.

La niñera recibió su comentario, hecho de forma casi automática, con un sonoro bufido, pero no dijo nada sino que continuó haciendo unas cuantas carantoñas al niño, que ahora parecía encantado en tanto tiraba de los botones de su delantal y de un mechón de pelo cano que se le había escapado de la cofia.

—Es bueno que hayas venido; estos niños necesitan estar cerca de su familia, en especial si se trata de una mujer. El señor Sterling los visita cuando puede y yo intento llevárselos cuando los saco de paseo, pero es mucho trabajo para mí; y ya sabrás que *sir* Richard salió corriendo de aquí en cuanto comprendió lo que se venía. He oído que está muy feliz en Bath y que hace toda la vida social que siempre evitó por aquí. ¡El viejo gruñón! —la niñera refunfuñaba al dejarse caer sobre una mecedora llevando al niño con ella—. Tú serás buena con ellos. Que no te extrañe que se pongan un poco ariscos al comienzo, eso sí, tendrás que darles un poco de tiempo para que se acostumbren a ti; pero según te vean más seguido te reconocerán y te querrán. Son niños cariñosos la mayor parte del tiempo.

Victoria apretó los labios y vaciló antes de responder. La niña había desviado la mirada, por lo que ya no tenía una vista precisa de sus estupendos ojos, pero se sentía fascinada por ella y por la forma en que giraba el rostro de un lado para otro y elevaba las manitas como si quisiera abarcar todo lo que la rodeaba. Un espíritu tan curioso e impaciente no podía menos que resultarle simpático, supuso; le recordaba un poco a sí misma.

Al cabo de un momento, se acuclilló ante la mecedora en la que Harriett se balanceaba en un suave vaivén y la miró con una sombra de incomodidad en el rostro.

—No creo que me quede durante mucho tiempo, Harriett —dijo ella en tono suave—. Planeaba permanecer aquí unas semanas...

La niñera elevó una ceja y le dirigió una mirada cargada de confusión.

—¿Unas semanas? —repitió ella— ¿Y qué harás en unas semanas?

—Bueno, me gustaría pasar tiempo con ellos; conocerlos y que ellos me conozcan también, ayudarlos de cualquier forma que necesiten —se apresuró a decir Victoria.

—¿Estás diciendo que te irás una vez más? —insistió la niñera, elevando un poco el tono de voz, lo que pareció alterar al niño que empezó a revolverse entre sus brazos—. ¿Qué sentido tendrá entonces que te conozcan y se acostumbren a ti si luego piensas abandonarlos?

Victoria suspiró y apoyó la frente sobre el dorso de su mano con los ojos cerrados, impotente. Sabía que algo así ocurriría, pero no pensó que tendría ese primer intercambio de palabras con Harriett tan pronto.

—No voy a abandonarlos. Regresaré cuando me sea posible, los veré con mayor frecuencia...

—Pero te irás —repitió la mujer como si fuera eso en lo único que podía pensar.

—No puedo quedarme, Harriett.

—¿Por qué no?

—Sí, Victoria, ¿por qué no?

Victoria sintió como si le acabaran de echar un jarro con agua fría y abrió los ojos de golpe, pero no atinó a levantar el rostro o mirar sobre su hombro para ver de dónde provenía aquella voz que durante mucho tiempo pensó que no oiría nunca más. Se permitió un instante para analizar los matices que halló en ella, cualquier cambio que pudiera advertir, pero no encontró mayor diferencia de aquella que aún permanecía en sus recuerdos. Lo único que le pareció extraño, en un primer momento, fue la sequedad y el leve tono mordaz que destilaron las palabras. Hasta entonces, él jamás se había dirigido a ella de esa forma.

Al comprender que no podía permanecer estática por siempre, se incorporó lentamente al tiempo que aspiraba una y otra vez para controlar sus nervios. Dio la vuelta para ponerse de cara



a la puerta y contuvo el leve sobresalto que le produjo encontrarse nuevamente con ese rostro que la había acompañado y torturado durante tantos años.

En un primer momento no fue capaz de ver claramente el rostro de Adam y mucho menos de advertir todos los cambios que se habían producido en él; su figura, su cara, todo se presentó ante ella como un gran manchón borroso debido al nerviosismo que parecía haber hecho presa de ella, pero consiguió recuperarse con rapidez parpadeando varias veces y enterrándose las uñas en las palmas de las manos para que el dolor la ayudara a centrarse. Solo entonces consiguió verlo en verdad y tuvo que reconocer que, si bien había algunos cambios evidentes en él, en esencia parecía tratarse del mismo hombre al que había conocido.

Los años le habían otorgado una mayor madurez, claro, se advertía en su postura más segura, en la elevación de su rostro, un gesto un tanto arrogante que estaba segura que no poseía antes. Tan alto como siempre, con los hombros más anchos de lo que recordaba y los brazos musculosos cruzados sobre el pecho, le pareció incluso un tanto intimidante. Estuvo a punto de reírse de sí misma al pensar en que había entrado a esa casa preocupada por lo que encontraría respecto a los niños y qué tan poco amistosos se portarían con ella al verla por primera vez, cuando su mayor inquietud debió estar dirigida siempre a su padre.

Adam, que la miraba con el mismo interés como si pretendiera someterla a un análisis similar al que ella acababa de hacer respecto a él, asintió suavemente luego de recorrerla de pies a cabeza con una mirada bastante desenfadada que le provocó un leve sonrojo. Sus ojos eran tal y como los recordaba, pero su mirada le pareció totalmente ajena y tan solo entonces, algo más calmada, advirtió que se había dejado crecer la barba. Aunque un tanto extrañada aún por aquello, tuvo que reconocer que le sentaba bastante bien, le hacía parecer más decidido y apasionado, algo que no estaba segura de que fuera bueno para ella.

Tras comprender que debía de llevar varios minutos observándolo como una tonta, sin atinar a reaccionar, se aclaró la garganta con suavidad reuniendo todo el valor que había supuesto que le haría falta cuando llegara ese momento, y dio un paso hacia él con el mentón elevado.

—Adam —dijo ella.

Él asintió en señal de saludo, pero en lugar de dirigirse a ella al responder, lo hizo mirando a Harriett, quien a su vez miraba de uno a otro con expresión tensa, como si fuera capaz de adivinar la importancia de aquel encuentro pero sin atreverse a decir una palabra al respecto.

—La señora Morris acaba de decirme que tendrá el baño de los niños listo para la hora que indiques; solo debes avisarla con una doncella para que se ocupen de lo que haga falta —dijo él.

A Victoria le sorprendió un poco la amabilidad con la que Adam se dirigió a la vieja niñera, pero luego comprendió que en realidad no era tan asombroso; él siempre se había comportado con ella con cierta deferencia que tal vez estuviera relacionada con el hecho de que en casa de los Sterling siempre se la había tratado como si fuera otro miembro de la familia. Era lógico que él actuara de forma similar ahora que ella había decidido permanecer en Blackmore Park para ocuparse de sus hijos.

La mujer musitó un agradecimiento al oírlo e hizo un gesto en dirección a la muchacha, que se había mantenido inmóvil y con la niña en brazos cuando su señor apareció. Espabilada por la silenciosa orden, sin embargo, se apresuró a dejar a la niña sobre una pequeña cama que Victoria no había advertido hasta entonces y, tras hacer una rápida reverencia a Adam, corrió fuera de la habitación.

—Tal vez puedas ayudarnos con eso, Victoria, me vendrán bien un par de manos más.

A Victoria no le pasó inadvertido el cambio en el tono de la que había sido su niñera. Si se había mostrado entusiasmada hasta entonces al verla, bastó con que supiera que su estancia en Inglaterra sería más breve de lo que había supuesto para que empezara a recuperar la actitud reprobadora con la que estaba más familiarizada. Además, no había respondido a su pregunta respecto a los motivos que le impedían quedarse durante más tiempo. De no ser por la irrupción de Adam habría tenido que hacerlo, claro, y estaba dispuesta a ello, pero habría sido una mentira de su parte no reconocer que no sentía ningún deseo de tener que dar explicaciones de sus actos. No a Harriett y definitivamente tampoco a Adam, se dijo al advertir que él había vuelto su atención a ella y le dirigía una sonrisa burlona, como si hubiera sido capaz de adivinar lo que pensaba.

—Me gustaría mucho, claro —dijo ella, desviando la mirada del hombre con rapidez cuando se dio cuenta de que la niñera esperaba por su respuesta—. No es que tenga experiencia...

—No es gran cosa, ya te diré qué hacer —atajó la mujer con menor brusquedad de la que indicaban sus palabras—. En cuanto suban todo te daré un delantal para que no arruines tu vestido.

Victoria asintió con timidez, no muy segura de qué era exactamente en lo que se estaba metiendo, pero al advertir que Adam daba media vuelta para marcharse sin dirigirle una nueva mirada o una palabra de despedida, hizo un gesto a Harriett para darle a entender que volvería de inmediato y fue tras él.

Lo alcanzó cuando estaba a punto de iniciar el descenso de la gran escalinata al final del corredor; supuso que se dirigiría al piso inferior, donde según recordaba *sir* Richard tenía su despacho, el mismo que ahora debía de ocupar él. O tal vez tan solo prefiriera abandonar la casa frente a la imposibilidad de permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar que ella. Esa última era una suposición un tanto dramática, pero por la forma en que la miró al advertir que iba a hacia él y lo llamaba con voz queda para que se detuviera, supuso que tal vez fuera la más acertada.

—Adam —repitió ella una vez que llegó a su lado—. ¿Podría hablar contigo un segundo?

Él la observó desde su altura y por un momento Victoria pensó que daría media vuelta y la dejaría con la palabra en la boca, pero fue evidente que sus buenos modales estaban demasiado arraigados porque asintió en un gesto hosco y guardó silencio en espera de que hablara.

—Yo... en primer lugar quería disculparte por haber irrumpido en tu casa sin haber avisado antes. Debí informarte de mi llegada y pedirte permiso para ver a los niños. Creí que no te encontrabas en casa, pero eso no es excusa —empezó ella con gesto resuelto.

Él no contestó de inmediato, pero cuando lo hizo le devolvió una mirada poco interesada que la hirió más que de haber mostrado cualquier indicio de indignación.

—No tienes que disculparte por eso, Victoria; son tus sobrinos, puedes venir a verlos cuando lo desees —dijo él.

—Entonces no te molesta.

—Por supuesto que no, de la misma forma en que no me incomoda que lo haga tu padre. A decir verdad, preferiría que viniera más a menudo, pero como sabrás ya su salud no se lo permite.

Ella asintió, un poco sorprendida de la sensación que empezaba a nacer en su pecho; una mezcla de alivio, decepción y enojo. ¿Cómo podía él hablar con esa frialdad y mostrarse tan indiferente? Aunque era consciente de que debería de sentirse agradecida por esa muestra de madurez, la verdad era que en el fondo le dolió que Adam fuera capaz de manifestar semejante

contención cuando ella apenas lograba mantener a raya el impulso de echarse a llorar frente a él. Lo echó tanto de menos, había extrañado tanto oír su voz, ver su rostro... y él se comportaba casi como si ella fuera una desconocida. No dudaba de que lo mereciera, claro, después de la forma en que se había comportado con él, pero no por ello la lastimaba menos.

Buscó en su mirada cualquier atisbo del muchacho al que había dejado hacía siete años, pero no vio ni rastro de él en la fría mirada que le devolvió al advertir su inspección. Era como conocerlo de nuevo. Como encontrarse frente a una persona completamente distinta a la que había aprendido a querer, a la que creyó conocer mejor que nadie. Era un extraño. Un extraño que conocía casi todos sus secretos, que podía leer en ella como en un libro abierto y que debía de saber ya lo desvalida que se encontraba frente a él.

—Eres muy amable —dijo ella al cabo de un momento al comprender que no podía seguir soportando el silencio entre ambos—. En ese caso, continuaré viniendo para ver a los niños.

—Como gustes; siempre serás bienvenida —asintió él, para luego agregar en un tono levemente irónico que bien pudo haber imaginado—: durante el tiempo que permanezcas aquí, claro.

Sin esperar una respuesta que de cualquier forma ella no habría sabido dar, él cabeceó en señal de despedida y se alejó descendiendo la escalinata sin mirarla una sola vez.

Victoria permaneció un momento allí hasta que Adam desapareció al doblar un corredor, y solo entonces se permitió llevar una mano a su pecho y cerrar los ojos respirando con fuerza una y otra vez para recuperar todo el aire que apenas entonces comprendió que había estado conteniendo. Unas gruesas lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, pero ella las despejó con un gesto rabioso de la mano, sorprendida de que aún fuera capaz de llorar por él.

Una vez que consiguió recuperar el dominio de sí misma, enderezó los hombros y elevó el rostro, dirigiéndose de vuelta a la habitación de los niños. Mientras ayudaba a Harriett a bañar a los mellizos, una labor mucho más ardua de lo que habría podido imaginar y apreciaba a esas criaturas que eran, luego de su padre, la única familia que aún conservaba, se dijo que cualquier rastro de sentimiento que pudiera albergar aún por Adam, tendría que ser borrado de inmediato de su corazón. Si cada vez que lo viera, y suponía que así sería al menos durante el tiempo que permaneciera en Inglaterra y fuera a ver a los niños, se sentía de la forma en que lo había hecho tan solo durante un par de minutos en los que compartieron el mismo aire, esa breve estancia iba a convertirse en una absoluta agonía.

Victoria no volvió a toparse con Adam hasta casi una semana después, y curiosamente el encuentro no se dio en la mansión, como habría cabido esperar. Ella, tal y como prometió, fue cada día a ver a los niños, pero no lo vio en ninguna de aquellas visitas; si ese hecho fue accidental o él se cuidaba de ponerse en su camino cuando sabía que se encontraba en su casa, nunca lo supo así como ella tampoco intentó analizar si lamentaba o no esas ausencias.

Aunque Harriett no dio más muestras de exaltada alegría cada vez que Victoria se presentaba frente a la puerta de Blackmore Park y la recibía para llevarla con los mellizos, fue obvio que había decidido refrenar sus comentarios respecto a la noticia de que ella no se quedaría durante tanto tiempo como había esperado. Sin embargo, de vez en cuando le lanzaba unas miradas mezcla de anhelo y reprobación que a Victoria le encogían el estómago.

Su relación con los niños no iba mucho mejor que la fría tregua entablada con su niñera. Aunque curiosos por su presencia en un inicio, habían adoptado un aire de leve desinterés que

según Harriett era bastante natural; ellos estaban más interesados en inspeccionar todo lo que llamaba su atención y era obvio que su recién aparecida tía quizá no fuera una novedad demasiado remarcable. De cualquier forma, ella no cejó en su intento de forjar lazos con ellos y creía que empezaba a lograrlo, en especial con la pequeña Sophie, que superada la desconfianza inicial se mostró más abierta a recibir sus muestras de interés con cierta displicencia que Victoria encontró encantadora. Había algo en aquella niña que la atraía de forma irremediable; aunque desde luego también encontraba a su hermano adorable, él tenía un carácter más reposado y fácil de sobrellevar. En su opinión, Sophie era un reto y ella jamás había podido resistirse a ellos.

Los niños parecieron encantados con los regalos que llevó para ellos, en especial con un gran tren que había dudado en comprar, más atraída por la fascinación que produjo en ella que en la seguridad de que los niños pudieran encontrarlo atractivo. Para su sorpresa, sin embargo, a ellos les gustó más que nada, lo que tomó como una pequeña medalla en su condición de tía recién estrenada.

Para cuando su primera semana en Inglaterra estaba por terminar, se sentía casi satisfecha de su regreso. La relación con su padre se había hecho más cercana de lo que imaginó que pudiera serlo alguna vez; tal vez las pronunciadas ausencias a las que ambos habían tenido que enfrentarse los habían llevado a buscar consuelo el uno en el otro, además de que, como siempre, una vez que empezaron a hablar encontraron todos aquellos puntos que habían tenido en común. El señor Sterling siempre fue un hombre estudioso e interesado en las ciencias y había intentado inculcar ese interés también en sus hijas, pero solo Victoria mostró tanta fascinación como él en ese aspecto del conocimiento. Su vida en Francia y su acceso a una formación algo más refinada, gracias a su tía y al círculo en el que se movía, la habían ayudado a explorar en esas ideas y ahora, al pasar horas intercambiando ideas con su padre, se alegró de que así hubiese sido.

El domingo en que lo acompañó al servicio en la iglesia, luego de oír el sermón en que llevaba trabajando durante toda la semana, se despidió de él con la excusa de que deseaba dar un paseo por el campo, pero la verdad era que necesitaba hacer algo que solo podía enfrentar a solas.

Detrás de la iglesia se encontraba el cementerio del poblado. Aunque Blackmore Park contaba con su propia capilla y un espacio destinado para sepultar a los miembros de la familia, su padre le confió que tanto él como su madre habían convencido a Adam de que a Emma le habría gustado descansar en un lugar en que se encontraban otras personas a quienes había conocido y querido y donde, con el tiempo, se le uniría el resto de su familia. No dejó de ser un acto casi profético por parte de su madre, juzgó Victoria, al cruzar la verja y dirigirse al lugar señalado por su padre y contemplar las piedras grabadas una junto a la otra en que reposaban tanto ella como su hija más querida.

Se preguntó entonces cuán cruel e irónico podía ser el destino al apresurar las cosas de aquella manera dejando una estela de dolor y desesperación a su paso.

Las lápidas se encontraban muy bien cuidadas y flores frescas reposaban sobre ellas, amén de la hierba que crecía entre ambas y que había sido podada recientemente, según adivinó al observarla con mayor detenimiento. Era el lugar de descanso de dos personas que habían sido profundamente amadas, pero ni siquiera esa certeza le confirió un gran consuelo.

Permaneció allí durante lo que le pareció mucho tiempo, sumida en una charla musitada en voz casi inaudible en la que ella expresaba lo que sentía y llevaba mucho tiempo guardado en lo

más profundo de su corazón, oyendo tan solo como respuesta el eco de sus propias palabras.

Luego de dejar las flores que había llevado con ella, cuidando de no maltratar las que ya se encontraban allí, exhaló un profundo suspiro y se encaminó a la salida. Pensó que se sentiría mejor al ir a aquel lugar, pero comprendió que había estado equivocada; iba a necesitar mucho más que eso para aprender a perdonarse y a dejar a un lado tantos años de recriminaciones y dolor.

Hubiera podido pasar todo el camino de regreso a la casa de su padre pensando en aquello de no ser porque tan pronto como cruzó la verja del cementerio se topó con una figura a caballo que parecía provenir del camino que llevaba a la iglesia. No tuvo problemas para distinguir a Adam de inmediato; hubiera podido hacerlo a mucha mayor distancia. No conocía a nadie que pareciera tan cómodo sobre un caballo o que lo hiciera parecer tan sencillo, como si hombre y cabalgadura fueran uno solo.

Él reparó en su presencia casi al mismo tiempo que Victoria lo hizo y aunque creyó por un instante que daría media vuelta para alejarse, una vez más, las formas parecieron primar más que sus sentimientos porque giró las riendas para forzar a su caballo a acercarse a donde ella se encontraba. Victoria observó al hermoso caballo una vez que llegó a su lado, tentada a acariciar sus flancos oscuros que destellaban a la luz del sol.

—¿Qué pasó con Odín? —preguntó ella sin poder contenerse, refiriéndose al caballo que él acostumbraba montar antes de que se marchara.

Adam apretó los labios y pareció como si fuera a ignorar su pregunta, pero al final dio una palmada a la cabeza del animal y se encogió de hombros.

—Está demasiado viejo para esto, pero se encuentra bien cuidado en las cuadras —respondió él con cierta brusquedad.

Victoria asintió, consciente de lo mucho que debía de haberle costado dar esa respuesta.

—Me alegra —dijo ella—. Pasé un momento...

—Puedo hacerme una idea de a dónde fuiste y para qué.

Victoria recibió su interrupción con gesto serio, en especial al advertir que él desviaba la mirada de su rostro para mirar sobre su hombro en dirección al cementerio que se veía solo algunos metros más allá.

—Adam...

—Acabo de ver a tu padre; no llegué a tiempo para el servicio, pero dijo que le gustaría que leyera una copia de su sermón. Comentó que pensaba enviarlo contigo ya que acostumbras a visitar la mansión cada día —expuso él en una nueva interrupción—. Si no te importa hacerlo, puedes dejarlo con Morris mañana. Lo leeré y luego pasaré a ver a tu padre para comentarlo. Es muy importante para él.

Victoria asintió.

—Claro —dijo ella—. Es muy atento de tu parte hacerlo.

—Es un hombre solo y mayor, Victoria, necesita tanta atención como sea posible.

—Él no está solo; me tiene a mí.

—¿Por cuánto tiempo? —inquirió él sin ocultar su escepticismo.

Ella apretó los dientes con tanta fuerza que estuvo a punto de quebrarlos. ¿Por qué decía algo como eso? Querría lastimarla, sin duda, pero ella no estaba dispuesta a que supiera con cuánto acierto acababa de hacerlo.

—El que pueda —replicó ella de mala gana una vez que se calmó—. Pero ese es un asunto que solo nos compete a mí padre y a mí.

—No estoy de acuerdo contigo en eso —negó él de inmediato—. A decir verdad, es algo acerca de lo que me gustaría hablarte.

Victoria parpadeó, sorprendida por esa petición, pero asintió con rapidez al comprender que se le había quedado mirando sin reaccionar durante demasiado tiempo. Él desmontó con un movimiento fluido y se dejó caer a su lado haciendo un leve gesto al caballo al tiempo que soltaba las riendas. El animal debía de estar muy bien entrenado porque pese a que relinchó, aparentemente feliz de encontrarse un rato en libertad, tan solo se alejó unos metros para corretear por el prado.

La diferencia entre las estaturas de ambos se hizo más pronunciada cuando Adam empezó a caminar lentamente a su lado, pero aun cuando eso jamás le había molestado unos años atrás durante los muchos paseos que dieron juntos, en ese momento, Victoria no pudo menos que sentirse muy pequeña al hacer la comparación. Pequeña y cargada tanto de recelos como de culpas, se recordó haciendo una mueca con buen cuidado de mantener la mirada fija en la hierba ante ellos.

—Harriett comentó anoche que los niños parecen sentirse muy cómodos contigo —empezó él en tono desapasionado.

Victoria no dijo nada, adivinando que él aún estaba lejos de llegar al tema que le interesaba; pero asintió para dar a entender que lo había oído con claridad.

—Según ella, es posible que te hayan tomado cariño; asegura que en niños de su edad el apego no requiere de mucho tiempo y que ellos dan muestras de ello en lo que a ti se refiere.

—También yo les he tomado mucho cariño, son unos niños encantadores.

Adam cabeceó antes de continuar con una inflexión en la voz algo más severa.

—Comprenderás, entonces, que me preocupe su bienestar y qué tan positivo pueda resultar para ellos el que desarrollen esa clase de sentimientos por una persona que se marchará pronto.

Victoria giró el rostro para mirarlo con el ceño fruncido.

—No estoy segura de entender a qué te refieres.

—Diría que está bastante claro —replicó él—. No quisiera que tu marcha los afecte.

—Eso no ocurrirá.

—Claro que sí. Y son, además, demasiado pequeños para comprender ciertas cosas, por lo que no habrá cabida para explicaciones; tan solo sabrán que apareciste un día, te ganaste su afecto y luego desapareciste.

Victoria abrió y cerró la boca un par de veces, sin atinar a decir nada de inmediato. Era consciente de que había mucho sentido en lo que Adam decía, pero lo único en lo que pudo pensar en aquel momento fue que con sus palabras hacía también referencia a su comportamiento en lo que a él se refería y la idea le resultó tan dolorosa como injusta.

—No planeo desaparecer; se lo dije a Harriett. Planeo volver...

—¿Cuándo?

—No lo sé, no estoy segura.

Adam esbozó una sonrisa irónica.

—Desde luego que no —dijo él con una mirada cargada de burla y continuó en un tono aún más álgido—. Tu padre dijo que estás comprometida.

Victoria se quedó sin habla una vez más, pero asintió al cabo de un instante sin atreverse a mirarlo.

—Sí.

—¿Y qué dice tu futuro esposo respecto a tus planes? ¿Está de acuerdo en que hagas estos largos viajes con frecuencia? —preguntó él.

—Eso no es asunto tuyo —masculló ella en respuesta.

Victoria sintió que su genio empezaba a bullir y apretó las manos a los lados para contener su enojo. Sabía, además, que Adam debía de darse cuenta de ello; incluso era posible que la hubiera llevado a propósito a ese grado de furia con sus palabras. La conocía lo suficiente para saber qué teclas pulsar si deseaba hacerla enfadar, y ella, a diferencia de él, no había cambiado demasiado en su habilidad para ocultar sus sentimientos.

—Te equivocas una vez más —Adam habló con una calma que encontró más insultante que cualquier grito—. Ya que tus actos podrían afectar a mis hijos creo que tengo todo el derecho a saber qué es lo que piensas hacer.

—Supongo que ahora esperas que crea que tienes algún interés en el bienestar de los niños.

Adam detuvo su caminar bruscamente, con lo que la obligó a hacer otro tanto. Había hablado demasiado, comprendió Victoria al mirarlo y encontrarse con su ceño fruncido.

—Vas a tener que explicar eso —dijo él en tono frío sin que pareciera un pedido.

—No quise decir...

—Ambos tenemos perfectamente claro lo que has querido decir, Victoria; no me insultes pretendiendo lo contrario. Si vas a hacer una acusación como esa, lo mínimo que esperarías es que tengas el valor para mantenerla. ¿O has perdido también eso? ¿No eres ya una mujer valiente, acaso?

Victoria estuvo a punto de preguntar qué otra cosa pensaba él que había perdido, pero no se atrevió; en lugar de ello, decidió que debía enfocarse en el único problema por el que debía preocuparse: el bienestar de los niños. Si Adam deseaba que fuera sincera, estaba dispuesta a serlo; en lo que a su valor se refería, le gustaba pensar que la mayor parte del tiempo se encontraba intacto.

—No creo estar mintiendo al decir que es evidente que los niños no reciben la atención que merecen; para ser totalmente honesta, es por ello que me encuentro aquí en primer lugar. Supe que me necesitaban...

—Ellos no te necesitan.

Victoria optó por ignorarlo, aunque una mirada de reojo le indicó que tal vez no fuera una buena idea. No recordaba haber visto a Adam tan disgustado, pero ya no era momento para callar.

—Y ha bastado con verlos durante estos días para comprender que mis suposiciones no estaban equivocadas —dijo ella, intentando no sonar acusadora al continuar—. No dudo que haces lo mejor posible, Adam, pero es evidente que no puedes ocuparte de todo. Los niños requieren una mejor atención y esta no puede concedérseles tan solo poniendo más niñeras a su cuidado. Ellos necesitan de su familia...

—¡Yo soy su familia!

—Y también yo.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Hasta que te aburras y decidas marcharte? ¿Hasta que ese prometido tuyo te ordene regresar?

Adam formuló cada pregunta al tiempo que daba un paso en su dirección, de modo que para cuando Victoria se dio cuenta de lo que hacía estaba ya muy cerca de ella, tanto que estuvo tentada a retroceder, pero sus palabras respecto a su ausencia de valor aún la escocían; de modo que elevó el mentón y le devolvió una mirada enfadada.

—No recibo órdenes de nadie —afirmó ella hablando entre dientes—. Hago lo que considero correcto... ¿qué es tan gracioso?

Victoria apretó los puños a los lados, furiosa al ver la forma en que Adam sonreía con el rostro ladeado y un brillo divertido en los ojos. De no ser porque sabía que no había ya rastro de él en el hombre que tenía frente a ella, hubiera podido jurar que vio al joven que fue alguna vez.

—Nada. Nada en absoluto. Es solo que la experiencia me ha enseñado que lo que tú consideras correcto no calza siempre con lo que los demás pensamos —dijo él—. Comprenderás, entonces, cuán poco cómodo me siento usándote como brújula moral.

—No tienes ningún derecho...

Adam suspiró y se llevó una mano a la barba en un gesto de desaliento que enserió su semblante.

—No es mi intención discutir contigo, Victoria; no es eso por lo que quise hablarte —dijo él—. No me importa lo que puedas pensar respecto a la forma en que crío a mis hijos, por cierto, pero debes saber que me importa su bienestar y no quiero que padezcan más de lo que lo han hecho. Si corren el riesgo de sufrir una vez que te vayas, quiero pedirte que hagas a un lado tu orgullo y uses tu sensatez para actuar en consecuencia.

—¿Y qué es lo que debería hacer, según tú?

La pregunta de Victoria surgió en un tono tembloroso que odió. Las palabras de Adam, sin embargo, tuvieron tan poco de ofensivas y sí mucho de racionales como para que no la afectaran, disminuyendo su enfado y haciéndole ver a su pesar cuánta razón tenía en el fondo.

—No vayas cada día a Blackmore Park, sé menos afectuosa si hace falta; luego, cuando lo decidas, vete y no vuelvas más. Será lo mejor para todos.

Victoria tragó espeso para contener las lágrimas que afloraron a sus ojos y desvió la mirada para que Adam no pudiera verlo.

—¿Tan fácil como eso? —preguntó ella con voz quebrada.

Adam se encogió de hombros y miró sobre su hombro en dirección a donde su caballo pastaba para hacerle un gesto que el animal se apresuró a obedecer. Cuando este llegó a su lado, tomó las riendas y la miró a los ojos sin parpadear.

—Ya lo hiciste una vez; no veo por qué no podrías hacerlo de nuevo.

Con esa cruda sentencia, Adam subió a su montura y, tras mirarla una vez más, se alejó galope abajo en dirección a Blackmore Park.



## CAPÍTULO 3

Durante un par de días, Victoria consideró que tal vez Adam hubiera podido tener razón con sus demandas; después de todo, ¿no eran acaso los niños sus hijos? ¿No sabría él lo que era mejor para ellos? Quizá estuviera en lo cierto respecto a sus reservas de que ella entablara una relación demasiado cercana con ellos para luego marcharse. Además, el sutil recordatorio de su abandono le escocía como si le hubieran echado sal en una herida. Claro que ella se había marchado antes sin mirar atrás, en apariencia indiferente al sufrimiento que dejaba a su paso. Ambos lo sabían. Fue Adam, al fin y al cabo, quien más lastimado había resultado por su comportamiento. Era natural que no deseara lo mismo para sus hijos.

Fue por eso por lo en un inicio acató su pedido y no se acercó a Blackmore Park para ver a los niños, pero para el tercer día empezó a sumirse en una desesperación casi palpable. ¡Era una soberana tontería! Ellos debían de echarla de menos en tanto ella permanecía encerrada en la casa de su padre dando vueltas como una fiera enjaulada y sintiendo cómo toda su pena y culpabilidad iban mutando en furia. ¿Qué derecho tenía Adam a ordenarle lo que podía o no hacer? Tal vez fueran sus hijos, pero lo eran también de su hermana; ella era su tía, una de los pocos parientes que les quedaban. ¿Por qué tenía que hacerse a un lado? Si quería verlos durante cada día que se encontrara en el país y luego volver una y otra vez, era su decisión, le pesara a quien le pesara.

Cuando llegó a esa determinación, tomó su sombrero, guantes y una sombrilla, todo ello con movimientos decididos y un tanto bruscos, y pasó por delante de su padre, que la había observado por encima de sus gafas en tanto horadaba el suelo del salón con sus paseos.

—¿Vas a salir, querida?

La pregunta del señor Sterling la detuvo antes de que cruzara la puerta y Victoria giró a mirarlo por encima del hombro.

—Volveré para el almuerzo —anunció ella.

El señor elevó las cejas.

—Parece como si te dirigieras a una guerra.

Victoria asintió, decidida, y se ciñó el sombrero con furia al tiempo que forzaba una sonrisa poco alegre para que su padre no se preocupara, pero lo cierto era que él estaba en lo cierto. Sentía como si estuviera a punto de emprender una batalla que no estaba segura de que fuera a ganar. Pero vaya que iba a intentarlo.

Adam no se encontraba en la mansión cuando llegó, pero no dejó que eso la desalentara. Fue en busca de Harriett y los niños y pasó con ellos un par de horas, jugando con el tren que la niñera había ordenado que armaran en la habitación adyacente al dormitorio. El juguete era tan grande que no habría cabido en otro lugar y le pareció que había sido una decisión muy acertada; allí los niños podían jugar a su antojo con las piezas de acero pintadas al detalle. Nicholas, en particular, parecía fascinado con el funcionamiento de los rieles y el mecanismo que hacía avanzar los vagones, en tanto que Sophie se mostraba más interesada por la velocidad que podían alcanzar las piezas. Ella medio caminaba al lado de los vagones imitando su avance y dándose de bruces un par de veces para levantarse luego con expresión decidida y continuar en una enorme muestra de convicción. Victoria decidió, al verla, que lo mínimo que podía hacer por ella y por su hermano

era seguir su ejemplo y ser igual de determinada.

Al cabo de un rato, contagiada por el entusiasmo de los niños, decidió que bien podría unirse a ellos en sus juegos y, ante la mirada horrorizada de la doncella y la expresión resignada de Harriett, a quien algo como aquello proviniendo de ella jamás la asombraría, se dejó caer en el suelo para imitar los movimientos de sus sobrinos. Por suerte, había elegido un vestido sencillo para usar aquella mañana, un traje de dos piezas de muselina en un tono borgoña con mangas abullonadas apropiado para el clima caluroso que se presentó ese día. Las enaguas se lo hicieron un poco difícil al comienzo, pero al cabo de un rato estuvo jugando arrodillada con el mismo ímpetu de los mellizos, también fascinada por el curioso mecanismo que habían desarrollado para el tren. De tener unos años menos y menos vergüenza también, consideró, habría comprado otro tan pronto como estuviera de regreso en París para llevarlo a su propia casa y ponerlo en exhibición. O jugar con él cuando nadie más mirara, reconoció sonriendo ante la idea.

Hacía mucho que no reía tanto y con tantas ganas; en realidad, era posible que hubieran pasado meses desde la última vez que lo hizo, pero la sensación fue tan agradable y su corazón se sintió por un instante tan colmado de paz que estuvo a punto de tenderse cuan larga era para mover los brazos y suspirar como si se encontrara en campo abierto en lugar de en una sala para niños. Un carraspeo la obligó a abandonar su ensoñación, sin embargo, y por un instante pensó que Harriett había decidido que ya había tenido bastante de esas muestras de inmadurez, como le gustaba llamarles, pero entonces cayó en la cuenta de que sin duda un carraspeo como aquel no podía pertenecer a la niñera, por lo que miró sobre su hombro y todo rastro de alegría desapareció de su semblante.

Adam la observaba desde el dintel de la puerta con el ceño fruncido y las manos unidas tras la espalda en una postura que habría parecido mucho más severa si no hubiera sido porque lo atrapó sonriendo antes de que se apresurara a adoptar un gesto más serio.

—Morris comentó que estabas aquí —dijo él.

Victoria estuvo a punto de señalar que su mayordomo era demasiado indiscreto para su gusto, pero estaba demasiado ocupada poniéndose de pie con bastante trabajo para acomodar sus enaguas y el vestido sin perder la poca dignidad que le quedaba como para abrir la boca. Una vez que se encontró algo más compuesta, se hizo a un lado un mechón de cabello que le había caído sobre la frente y lo miró con el mentón levantado en un gesto de desafío.

—Quise hablar contigo antes, pero no te encontrabas en casa —señaló ella.

Adam asintió e hizo un gesto descuidado para acariciar el cabello de Nicholas, que había empezado a revolotear alrededor de él tan pronto como advirtió su presencia. Sophie lo veía también con interés, pero no abandonó su lugar junto al tren.

—De modo que quieres hablar conmigo...

—Sí, pero preferiría hacerlo en privado.

Adam cabeceó una vez más e hizo un gesto para que ella lo siguiera fuera de la habitación, lo que Victoria se apresuró a hacer.

—La biblioteca estará bien, supongo —decía él en tanto ella le seguía el paso—. También he estado pensando en un par de cosas que quiero decirte.

Victoria no dijo una palabra hasta que se encontraron en el interior de la habitación a la que Adam hizo mención, lo que era una verdadera lástima, consideró al observarla una vez que cruzó las puertas que él sostuvo abiertas para ella.

Era un lugar muy hermoso; el más impresionante que había visto dedicado a los libros, al menos en una residencia privada. Cuando iniciaron su amistad, hacía varios años, Adam decía con frecuencia que sus obligadas visitas a Blackmore Park se le hacían menos desagradables cuando pasaba el tiempo en aquel lugar. A veces, incluso, tomaba algunos libros de allí para prestárselos, pero por un motivo u otro, en especial los relacionados con lo poco sociable que era su abuelo y cuán poco le gustaba recibir visitas, ella jamás había estado allí. Hasta entonces.

Filas y filas de estanterías del suelo al techo abovedado se encontraban atestadas de libros que le parecieron muy antiguos, pero no se atrevió a tocar ninguno. A lo sumo, se ubicó en el centro de la estancia sobre la bonita alfombra oriental de un brillante color carmesí y dio unas cuantas vueltas sobre sí misma para intentar abarcar todo lo que veía a su alrededor.

Al comprender que estaba siendo descortés ignorando al hombre que al fin y al cabo le había permitido encontrarse allí y con quien tenía una charla pendiente, carraspeó y buscó su mirada, pero Adam parecía más interesado en examinar una ristra de documentos que se encontraban sobre un escritorio en un extremo de la habitación en el que no había reparado. Tan solo al cabo de un momento, cuando asintió como si se encontrara satisfecho con lo que encontró en ellos, se acercó a donde ella se hallaba y señaló la estancia con una cabezada.

—Supuse que te gustaría —dijo él.

Victoria entrecerró los ojos intentando hallar cualquier rastro de sarcasmo en su voz, pero no dio con nada que la llevara a desconfiar, de modo que cabeceó lentamente con expresión recelosa.

—Es hermosa.

—Sí, también lo creo.

Adam señaló un par de butacas separadas por una mesilla y Victoria se adelantó para ocupar una de ellas. Al sentarse y llevar las manos sobre la falda, le sorprendió notar que estas temblaban levemente y las apretó una contra otra al tiempo que fruncía el ceño. ¿Por qué se encontraba tan nerviosa? Solo era una charla en la que esperaba conseguir que Adam comprendiera que su pedido de que mantuviera la distancia con sus sobrinos era irracional. Seguro que podrían llegar a un arreglo sin entablar una batalla que tan solo lastimaría a todos; su enojo se había aplacado debido al tiempo pasado con los niños y esperaba que él estuviera de acuerdo con ella.

—...siempre y cuando lo desees, claro.

Victoria parpadeó al caer en la cuenta de que Adam le había hablado y ella no le prestó atención.

—¿Disculpa?

Él no pareció encontrar ofensiva su distracción; tan solo la observó con las comisuras de los labios levemente curvadas y carraspeó antes de hablar nuevamente.

—Decía que puedes usar la biblioteca, leer algunos de los libros que se encuentran aquí. Si lo deseas.

Ella acusó sus palabras con expresión sorprendida, pero se apresuró a asentir, agradecida por ese inesperado gesto.

—Me gustaría mucho, es muy amable de tu parte.

Adam cabeceó.

—Se lo haré saber a Morris —dijo él, para luego agregar en un tono algo más formal—. Dijiste que deseabas hablar conmigo.

—Sí, y creo que tú también mencionaste algo al respecto.

—Tú primero.

Victoria asintió, carraspeando con suavidad antes de poner en palabras lo que llevaba varios días dando vueltas en su mente.

—He estado pensando en nuestra última charla —empezó ella—. En primer lugar, quiero dejar en claro que no pienso que seas un padre negligente, solo que te encuentras desbordado por unas circunstancias que escapan a tu control y que estoy segura de que solo deseas lo mejor para los niños.

—Y así es —dijo él, cabeceando—. Continúa. Presiento que oiré un *pero* muy pronto.

Victoria apretó los labios.

—Pero... —continuó ella con un leve tono de disgusto en la voz— eso no es excusa para que pretendas prohibir que entable una relación con mis sobrinos.

—No recuerdo haber prohibido nada. Hice una sugerencia pensando en su bien, eso es todo.

—Puedes llamarlo como quieras, pero el punto es ese —insistió ella—. Dices que temes que un apego entre nosotros y una posterior ausencia pueda afectarles, pero creo que no has pensado en lo mucho que podrían beneficiarse del cariño que siento por ellos. Además, he decidido que tal vez podría prolongar un poco mi estancia aquí, al menos hasta que haya conseguido encontrar a una persona apropiada para que vele por ellos.

Adam emitió un sonoro bufido y la miró con las cejas fruncidas.

—Soy yo quien vela por ellos —afirmó él en tono tajante.

Victoria no se dejó amedrentar por su enojo.

—No lo pongo en duda —dijo ella—. Tal vez me he expresado mal. Me refería a alguien que pueda pasar más tiempo con ellos, que se ocupe de sus necesidades más primordiales, aquellas de las que no puedes encargarte tú por tener otras ocupaciones, y que también los trate con el afecto que merecen.

—Para eso está Harriett.

—Harriett es muy mayor para eso y lo sabes. Los ama, eso está fuera de toda discusión, pero ir tras dos niños en una edad como la de los mellizos supera con mucho sus fuerzas.

Adam asintió de mala gana como si supiera que no podía discutir sus argumentos y Victoria decidió aprovechar esa muestra de conformidad para continuar.

—Seguro que ella estará feliz de continuar a su lado, pero me gustaría encontrar a alguien que la ayude —dijo ella—. Si me lo permites, estaría encantada de hacerlo y de pasar más tiempo con los niños. Adam, por favor, sé que tienes buenos motivos para desconfiar de mí, pero agradecería mucho que no me pongas obstáculos para hacer esto; no solo es importante para mí sino es esencial para los niños.

Él la oyó sin decir una palabra y, cuando terminó, desvió un momento la mirada fijándola sobre sus dedos que tamborileaban sobre el apoyabrazos de la butaca con expresión pensativa. Victoria esperó en silencio y con las manos aferradas la una a la otra; su corazón latía con rapidez en tanto lo observaba con ansiedad, aprovechando que él no podía verla para intentar registrar cada uno de sus rasgos, los gestos casi imperceptibles que hacía en tanto reflexionaba su propuesta. En ese momento, en que no vio signos de la animadversión que había mostrado hacia ella hasta entonces, le recordó más que nunca al hombre que había amado.

Adam levantó bruscamente la mirada y la atrapó en esa silente observación, lo que a ella le provocó un sonrojo y a él pareció tanto divertirle como hacerle llegar a algún tipo de decisión

porque hizo un gesto determinado.

—Muy bien —dijo él—. Supongo que podría permitirlo.

Victoria lo observó con expresión sorprendida.

—¿Estarías dispuesto a hacerlo? —preguntó ella.

Adam asintió.

—Con dos condiciones.

Victoria soltó el aire contenido y lo observó con el ceño fruncido. Desde luego que no iba a hacérselo fácil.

—¿Qué clase de condiciones?

Adam no respondió de inmediato; en lugar de ello, se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre que posó suavemente sobre la mesa entre ellos.

—En primer lugar, quiero que leas esto para mí.

Victoria lo miró sin disimular su desconcierto, preguntándose si no se trataría de alguna especie de broma, pero le bastó con ver su semblante pétéreo para saber que no era nada como aquello. Llevó su atención entonces al objeto al que él se había referido y al entender de qué se trataba sintió que se quedaba sin respiración. No podía ser...

—Esto... —Victoria señaló el sobre como si se tratara de un animal venenoso.

Adam, en cambio, no pareció en absoluto perturbado por su reacción.

—Léela para mí, Victoria. Esa es la primera condición —repitió.

—Estás loco. ¿Por qué iba a hacer algo como eso?

—Porque quiero saber lo que dice.

Victoria entreabrió los labios y se llevó una mano al pecho, sin atinar a hacer nada que no fuera observarlo con el horror pintado en sus facciones.

—Sabes lo que dice.

Su voz brotó de sus labios en un susurro que le sonó ajeno; parecía el lamento de una niña aterrada.

—En realidad no, no lo sé. Nunca la leí.

La tajante respuesta de Adam la asombró más si cabía y solo entonces se atrevió a extender una mano temblorosa para posarla sobre el sobre, girándolo entre los dedos para comprobar la verdad en sus palabras. Al parecer él no mentía. El sello se encontraba intacto y sintió un aguijonazo en el corazón al reconocer su letra en el frente.

—¿Por qué? —preguntó ella en un nuevo susurro ahogado.

—¿Habría significado alguna diferencia? —inquirió él a su vez.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro, aún incrédula y volvió a mirar el sobre como si este hubiera sido capaz de darle una explicación razonable. Era la carta que ella le había dado a su padre para que se la entregara a Adam luego de su marcha hacia siete años. Obviamente, así lo había hecho o él no la tendría en su poder, pero le costaba creer que no hubiera sentido el más mínimo interés por leerla hasta ese momento.

—No entiendo... ¿por qué no ibas a leerla?

Adam oyó sus balbuceos con expresión impenetrable.

—Me lo pregunté muchas veces, a través de los años, y siempre llegué a la misma conclusión —dijo él, para luego agregar con un tono helado y un tanto cruel—: No me interesaba hacerlo. Lo único que tenía claro era que te habías marchado dejando solo eso para mí y nada de lo que

podiera decir lo hubiera cambiado. ¿O estoy equivocado?

Victoria empezó a negar con la cabeza antes de saber lo que hacía y lo observó sin dejar de sostener la carta entre los dedos con tanta fuerza que había empezado a arrugar el papel.

—No, pero...

—Emma habló conmigo antes de que tu padre me la entregara —continuó él—. Fue ella en realidad quien me dijo que te habías marchado.

—¿Emma?

Adam ignoró su exclamación y continuó hablando en un tono desapasionado.

—Cuando llegué un par de semanas después de que te hubieras marchado, preocupado porque no había recibido noticias tuyas, cuando acostumbrabas a escribir con frecuencia, fui a tu casa y tu hermana me dijo que habías decidido viajar a Francia para vivir con tu tía. Dijo también que si bien aseguraste a tus padres que solo te ausentarías durante unos meses tu plan era quedarte durante un periodo de tiempo indeterminado. Quizá para siempre —dijo él—. Me costó creerlo en un inicio, mucho me temo que fui bastante grosero con ella entonces; no podía concebir que estuviera diciéndome la verdad y le recriminé lo que pensaba era una mentira. Luego comprendí que era yo quien intentaba engañarse a sí mismo; en cierta forma, creo que ya lo sospechaba. La última vez que nos vimos, en el claro, cuando te besé... ya lo habías decidido, ¿cierto? Ya estabas dispuesta a marcharte.

Victoria cerró los ojos un instante; cuando los abrió fijó la mirada en el rostro de Adam sin parpadear, decidida a no sostener una mentira, no en algo como a eso se refería.

—Eso creo —dijo ella.

Adam asintió, pensativo.

—Ya lo imaginaba. Bueno, para no alargar el asunto, fui con tu padre para preguntarle si lo que había dicho Emma era verdad y él lo admitió en gran parte; por cierto que a él jamás lo engañaste. Supo siempre que no pensabas volver, al menos no pronto —indicó él, encogiéndose de hombros—. Luego me entregó tu carta, pero como dije, no le vi sentido a abrirla. Ni siquiera supe entonces por qué la conservé, pero lo sé ahora. Estaba esperando tu regreso para que la leyeras para mí.

Victoria se echó hacia atrás en la butaca y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No. No puedo.

Adam apretó los puños sobre las rodillas, llevando el cuerpo hacia adelante y con los ojos centelleando.

—Sí que puedes. Esto no es solo una condición para que acepte tu pedido, Victoria, sabes que me lo debes —afirmó él—. Lee esa carta y dime ahora mismo lo que debiste decirme entonces a la cara.

—¿Por qué quieres que haga eso? ¿Qué ganarás? —preguntó ella, exasperada.

—Esto no se trata de ganar o perder; eso último lo hice hace mucho tiempo gracias a ti. Lo que quiero ahora es la verdad —dijo él—. Dame al menos eso.

El rostro de Adam cuando hizo ese pedido le pareció tan colmado de una desesperación casi latente que fue eso más que el tono demandante que usó al hablar lo que la llevó a asentir luego de exhalar un suspiro de desaliento. Habría dado cualquier cosa por ser capaz de desaparecer en ese preciso momento. Pero no podía hacerlo, de modo que no tuvo otra opción que romper el sello del sobre con la seguridad de que estaba a punto de dar un paso para el que no había vuelta atrás.

—«Querido Adam, cuando recibas esta carta estaré ya muy lejos; he decidido hacer un largo viaje para reunirme con mi tía Lucie en París. Te he hablado con frecuencia de ella, lo mucho que la admiro y creo que el pasar un tiempo a su lado podrá ser muy bueno para ambas. Mis padres están de acuerdo, pero debo decirte que aun cuando les he asegurado que regresaré pronto, a ti no puedo mentirte respecto a esto: no sé cuándo volveré o si lo haré alguna vez...».

Según hablaba, las palabras iban incrustándose en su pecho y Victoria se preguntó si Adam sentiría algo parecido. Al detener su lectura para levantar el rostro y mirarlo a la cara, sin embargo, advirtió que no había un solo gesto en su semblante que le diera una pista de lo que pensaba. Carraspeó suavemente, inhaló una vez más, y retomó su atención al trozo de papel.

—«No dudo que te sentirás decepcionado y muy enojado conmigo al leer esta carta, pero te aseguro que no ha sido una decisión tomada de un día para otro; a pesar de lo acostumbrado que estás a verme actuar llevada por mi impetuosidad, en esta ocasión he reflexionado mucho acerca de si es esto lo mejor que puedo hacer para todos. Sé que sientes un gran cariño por mí y te juro que también yo lo siento por ti, pero mucho me temo que esté basado en la costumbre y en la idea de que es lo que cabe esperar entre nosotros. Al poner distancia entre ambos, sin embargo, comprobarás que continuar por esa senda no habría sido lo más sensato. Soy demasiado impulsiva e inquieta para permanecer en un solo lugar durante mucho tiempo y tú tienes tantas obligaciones y planes para el futuro en los que no puedo verme que continuar con esto habría sido un error que solo nos hubiera hecho infelices...».

—Eso último es curioso porque visto en retrospectiva ambos sabemos que era una gran mentira. Ciertamente que en aquella época tenías demasiados sueños y yo muchas responsabilidades en el horizonte, pero ambos sabemos que si me lo hubieras pedido te habría seguido al fin del mundo. Y jamás me hubiera arrepentido.

La interrupción de Adam forzó a Victoria a callar, pero no pudo mirarlo esta vez; mantuvo la cabeza gacha con las palabras flotando ante ella y comprendió que se debía a que tenía los ojos empañados de lágrimas. Parpadeó con furia para contenerlas y apretó el papel entre los dedos.

—¿Puedo continuar? —preguntó ella, asombrada por lo vacía que sonó su voz—. No falta mucho.

—Por favor.

—«Estoy segura de que con el tiempo te darás cuenta de que mis palabras tienen sentido y espero que entonces puedas perdonarme. Confío en que harás todo lo que has planeado, que irás a la universidad y tomarás el lugar que tu abuelo ha dispuesto para ti; con el tiempo, quizá, encuentres una buena joven con la cual formar la familia que sé que siempre has anhelado. Pero sobre todo, querido Adam, espero que seas infinitamente feliz. No conozco a nadie que lo merezca más que tú. Te ruego que no intentes buscarme o ponerte en contacto conmigo; si lo hicieras yo no podría negarme y eso solo nos traería dolor a ambos. Busca en otro lugar el consuelo que yo no puedo darte pero asegúrate de elegir con inteligencia; tal vez aunque mi destino se encuentre muy lejos, el tuyo te espere más cerca de lo que piensas. Con todo mi amor, tu muy querida amiga. Victoria».

La voz de la joven fue haciéndose más suave según llegaba al final, pero sus palabras quedaron oscilando entre ambos incluso cuando ya había pasado un buen rato desde que terminó con su lectura. Ella no se atrevía aún a mirarlo; las lágrimas le habían ganado la partida y aun cuando parpadeaba una y otra vez no había podido contenerlas por más tiempo. Ahora caían por

sus mejillas y odió el sonido de su respiración agitada que revelaba lo mucho que le afectó ceder a su pedido. Sin embargo, él había estado en lo cierto en algo; se lo debía, y pese al dolor que amenazaba con ahogarla sintió también un leve alivio asentado en su pecho.

Solo fue capaz de sacudirse de esa modorra en la que la había sumido la pena cuando advirtió que Adam se ponía bruscamente de pie y tendía una mano hacia ella para tomar el papel. Se lo entregó sin dudar, pero sufrió un pequeño sobresalto al notar que él se dirigía a la chimenea encendida a unos metros de ellos y lo tiraba en su interior luego de arrugarlo entre los dedos. Adam ni siquiera parpadeó en tanto el fuego devoraba la carta que ella acababa de leer.

—*Mi muy querida amiga* —musitó él una vez que solo quedaron cenizas entre los rescoldos de las brasas—. Si pensabas entonces que tan solo eso eras para mí tal vez me hiciste un favor al marcharte.

Victoria contuvo la réplica que hubiera deseado formular. ¿Qué sentido tenía decir más? Lo único que le habría hecho entender cuán doloroso había sido realmente para ella el dejarlo, era que le confiara la verdad acerca del pedido de su hermana. Ese secreto nunca fue solo suyo, sin embargo, y Emma ya no estaba allí para decidir qué hacer con él. Había pasado tanto tiempo ya, además, y Adam estaba tan embargado por un rencor enraizado de forma tan profunda que no encontró nada que decir para hacerlo cambiar de opinión. De modo que calló una vez más y esperó a que él dijera algo, pero al comprender que no sería así hizo un esfuerzo por recuperar el autodominio y se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Y la segunda condición? —inquirió ella—. Acabo de cumplir la primera. ¿Cuál es la otra?

Vio que Adam parpadeaba al oírla como si acabara de despertar de un sueño y supo que debía de encontrarse tan afectado como ella, pero fue evidente que era mucho más fuerte porque al girar el rostro para mirarla sobre su hombro lucía tan calmado como si acabaran de sostener una civilizada conversación en lugar de un horroroso viaje por recuerdos tan terribles para ambos.

—Ah sí, claro. La segunda condición.

Adam abandonó su contemplación de la chimenea y volvió a ocupar la butaca frente a ella. Ahora la miraba con una expresión calculadora que la puso en alerta y la obligó a aguzar todos sus sentidos.

—Tu padre comentó que cuando tu tía murió recientemente dejó una herencia para ti que consiste en una suma respetable de dinero, pero sobre todo un negocio que empezó hace varios años con su marido —empezó él.

Victoria frunció un poco el ceño, sorprendida por sus palabras y el tono desapasionado en que habló como si tan solo citara un montón de datos que no le fueran particularmente interesantes pero considerara importantes.

—Sí, así es —asintió ella al fin—. Es una pequeña empresa familiar; no muy importante, pero valiosa para ellos y también para mí.

—Comprendo. Tu padre dijo también que este hombre, con el que piensas casarte, es quien administra actualmente el negocio. ¿Qué tan importante es su participación en él?

El ceño de Victoria se acentuó aún más al oír la pregunta; no conseguía entender a donde deseaba llegar. Intentó responder con sinceridad, de cualquier forma, porque no encontró malicia en él aunque la idea de tratar siquiera la presencia de Henri en su vida la ponía en extremo nerviosa.



—Es muy importante —dijo ella—. Mi tía sentía una gran confianza en él.

—Pero cuentas con otras personas en quienes confías. Un administrador, quizá.

—Sí, claro, el señor Dubois; es él en realidad quien se ocupaba de todos los asuntos de mi tía y en quien he dejado el grueso de ellos al hacer este viaje. Henri solo se ocupa del negocio en sí.

Adam asintió, pensativo.

—Ya veo. Entonces, si él decidiera dejar de ayudarte ello no afectaría demasiado tu patrimonio; este señor Dubois podría encargarse de ello sin que te veas perjudicada.

—Eso creo. Supongo que sí —asintió ella, más confundida según Adam continuaba con sus especulaciones—. Pero Henri no abandonaría el negocio ni pensaría nunca en dejar de ayudarme...

Victoria calló de golpe al advertir la suave sonrisa en los labios de Adam.

—Muy bien, esta es mi segunda condición —dijo él en tono firme—: Si piensas quedarte aquí y deseas involucrarte en la crianza de mis hijos, tendrás que romper tu compromiso con ese hombre.

Victoria boqueó como un pez fuera del agua y se preguntó si no habría oído mal; pero le bastó con ver la expresión en el rostro del hombre frente a ella para saber que no había sido así. Él en verdad le estaba pidiendo esa locura.

—Has perdido el juicio; no puedes pedirme que haga eso —balbuceó ella, aún atontada.

—¿Por qué no? —preguntó él con una helada calma— ¿Tanto lo amas?

Victoria no pudo permanecer por más tiempo sentada; estaba demasiado consternada para hacerlo. De modo que se puso de pie y se enfrentó a él con las manos apretadas a los lados.

—Eso no te incumbe —espetó de mala gana—. Basta con decir que no puedo hacerle algo como eso porque sería faltar a una promesa que hice, le di mi palabra...

—Seguro que eres perfectamente capaz de romper una promesa, Victoria.

A ella le costó creer que hasta hacía tan solo unos minutos hubiera estado a punto de echarse a llorar en brazos de ese hombre cuando en ese momento solo podía pensar en lo mucho que le gustaría cruzarle el rostro de una bofetada para borrarle esa sonrisa burlona con la que la miraba.

—Él nunca lo entendería —masculló ella entre dientes y sin ocultar su furia.

Adam se encogió de hombros.

—Quizá no en un inicio, pero lo hará con el tiempo —dijo él—. Algo puedo asegurarte: nadie se muere por amor. Me enseñaste un par de cosas acerca de eso.

Victoria se echó hacia atrás como si hubiera sido él quien la hubiera abofeteado y lo miró con los ojos destellando de rabia.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó ella en un hilo de voz.

Adam sostuvo su mirada sin parpadear.

—Porque no confío en ti —respondió él—. Dices que quieres quedarte y ayudar a mis hijos, pero no creo que seas capaz de hacerlo. Pienso que tan pronto como te aburras y ellos hayan dejado de ser una novedad con la cual entretenerte los abandonarás y volverás con ese prometido tuyo para retomar la vida por la que dejaste la que tenías aquí.

—No haría eso...

Él la ignoró.

—Pero si dices la verdad, entonces harás ese sacrificio. Serás capaz de renunciar a ese

hombre y te comprometerás con lo que aseguras con tanto ahínco que viniste a hacer —continuó él—. Lo que decidas es cosa tuya. Ya tienes mis condiciones. Cumpliste la primera y te lo agradezco; ahora puedes ver qué hacer con la segunda, pero te aseguro que no estoy dispuesto a negociar nada.

Victoria no pudo decir una sola palabra que alcanzara a expresar siquiera lo dolida e indignada que se sentía. Por su desconfianza, sus insultos, sus juicios... En lugar de ello, consciente de que como se quedara allí empezaría a gritar en cualquier momento, le dirigió una mirada cargada de resentimiento y se marchó con paso furioso haciendo restallar tras ella la puerta de la biblioteca.

El señor Sterling siempre había sido un hombre extremadamente prudente, y como era usual en esa clase de hombres, su discreción le confería también una capacidad de observación que le había sido de mucha utilidad a través de los años. Por eso, cuando Victoria regresó a la rectoría aquella tarde luego de su entrevista con Adam azotando la puerta de entrada y luego encerrándose en su habitación tras dirigirle un saludo tembloroso, supo que algo serio debía de haber ocurrido. Sin embargo, no hizo ninguna mención a ello durante la cena de aquella noche o el desayuno del día siguiente en los que compartió la mesa con su hija en un ambiente callado pese a los esfuerzos de ambos por entablar una conversación normal.

Para el medio día, no obstante, supo que no podía seguir dilatando una conversación que llevaba ya varias semanas latente entre ambos pero ninguno se atrevía a abordar. Por eso, cuando Victoria urdió una disculpa para retirarse una vez más a su habitación, su padre la detuvo con un pedido amable pero firme y la condujo a la pequeña oficina que tenía en la parte trasera de la rectoría, donde acostumbraba a trabajar durante la semana para preparar sus sermones y sus labores académicas. Por la mirada que su hija le dirigió al ocupar una silla frente a él una vez que se encontraron allí, fue evidente que tenía una sospecha de lo que su padre deseaba decirle.

—No haré preguntas acerca de qué te ha llevado a este estado, Victoria, o qué fue lo que Adam pudo haberte dicho que te alterara tanto —empezó él tras limpiar sus gafas con un paño en tanto le dirigía una profunda mirada—. Pero estoy preocupado por ti.

Victoria suspiró y dio una mirada a la ventana bajo la que se encontraba el escritorio de su padre. Los cristales destellaban y el brillo del sol refulgía sobre ellos dotándolos de una belleza que sabía que era más fácil de apreciar desde el exterior. Ella lo había hecho muchas veces al volver de sus paseos; le gustaba detenerse en lo alto de la colina y mirar hacia allí; le dotaba de una especie de seguridad, una sensación de que nada iría a cambiar nunca. Ahora sabía, sin embargo, que lo único certero era eso, los cambios, y que estos no siempre eran para bien.

—No es necesario que te inquietes, papá —dijo ella al fin haciendo a un lado esos pensamientos—. No vine aquí después de tanto tiempo para convertirme en una preocupación para ti.

Su padre esbozó una leve sonrisa.

—Siempre has sido una preocupación para mí, Victoria —replicó él, ensanchando la sonrisa al ver la expresión sorprendida en el rostro de su hija—. No lo tomes como una reprimenda, por favor, no lo dije con esa intención. A lo que me refiero es a que no eres como muchos padres esperan que sean sus hijas; siempre has poseído una mente muy inquieta y no eres la clase de joven que permanece en silencio ante lo que no considera justo. Esa es una peligrosa combinación que en lo personal siempre he apreciado. ¿Por qué crees si no que me esmeré tanto por alimentar

esa cabeza tuya?

Victoria asintió al comprender, conmovida por la sinceridad en la voz de su padre.

—Pero ahora me temo que aquello que siempre ha sido algo digno de admirar en ti pueda convertirse también en motivo de dolor para muchos —dijo el señor Sterling enseriando un poco el semblante—. Adam también posee esos rasgos que he mencionado y supongo que dos caracteres tan similares están destinados a verse envueltos en todo tipo de discusiones. Cuando eran jóvenes esto cimentó su afinidad, pero ahora, después de todo lo que ha ocurrido entre ustedes, es natural que sus opiniones no siempre coincidan.

Victoria contuvo el aliento y dirigió a su padre una mirada inquieta. Ella siempre supuso que él era el único en la familia que había conseguido descubrir lo profundo de sus sentimientos por Adam y aunque jamás dijo una palabra al respecto, en aquel tiempo le producía cierto consuelo saberlo; ahora, sin embargo, se preguntó qué tan adecuado sería aquello considerando que, pese a que todo en su interior le decía que estaba mal, esos sentimientos en lugar de menguar se habían hecho aún más poderosos.

Como si el señor Sterling fuera capaz de imaginar lo que su hija pensaba, sacudió una mano frente a ambos y negó con la cabeza un par de veces.

—Creo que a excepción de tu madre, que estaba completamente volcada en velar por la salud de tu hermana y que era, además, demasiado distraída para su bien, todos teníamos claro lo que ocurría entre ustedes —continuó él hablando con sencillez—. Harriett, Emma, yo... todos lo sabíamos. Bueno, tal vez heredaras algo de la distracción de tu madre para esta clase de asuntos porque por un tiempo me pareció que no te dabas cuenta de tus propios sentimientos. Pero Adam... ¡Ah! Él te adoraba. Estoy convencido de que empezó a hacerlo casi en el momento en que te conoció.

Victoria guardó silencio sin atreverse a interrumpirlo. Parte de ella deseaba pedirle que se detuviera porque sus palabras la herían, pero otra parte tan solo deseaba continuar oyendo el eco de su voz y hundirse en los recuerdos.

—Por eso, comprenderás cuan dolorosa fue para él tu marcha, y no solo eso, sino la forma en que decidiste hacer las cosas. —Su padre se apresuró a elevar una mano para evitar que su hija lo interrumpiera al verla abrir la boca—. Sé por qué lo hiciste, y creo que en cierta forma fue una muy noble y generosa prueba del amor que sentías por tu hermana, pero si me hubieras preguntado al respecto creo que no te habría aconsejado seguir con aquello. No era justo para ti y definitivamente no fue justo para Adam. Él estaba destrozado cuando supo que te habías ido, Victoria; no tenía idea de nada salvo de lo que puedas haberle contado en esa carta que me pediste que le entregara y que creo a él no le importó una vez que supo que no volverías. Creo que nunca fuiste capaz de empezar siquiera a considerar la enormidad del amor que sentía por ti; de haberlo hecho quizá hubieras obrado de otra forma.

Victoria sintió renacer en su interior la misma ira que llevaba mucho tiempo intentando controlar; toda ella dirigida a las injustas circunstancias que los habían llevado a ese punto.

—No tenía otra alternativa —dijo ella hablando al fin y con las manos apretadas sobre el regazo—. Por Emma...

El señor Sterling suspiró y se llevó una mano al mentón, mirándola por encima de sus gafas redondas.

—Es posible que eso pensaras entonces, pero yo no estoy tan seguro. Tu hermana fue una

joven encantadora y esencialmente buena, pero su propia desesperación, su dolor... —El hombre suspiró una vez más y se encogió de hombros—. Adam no lo pasó bien, Victoria. Ni luego de tu partida ni después, cuando decidió casarse con ella. Para serte sincero, me sorprendió siquiera que lo considerara. Tu madre y ella estaban felices, claro, era todo lo que Emma había deseado, pero él... estoy convencido de que nunca la amó; tal vez decidió casarse con ella por compasión y agradezco que lo hiciera porque por un tiempo Emma pareció ser muy feliz, pero el suyo no fue un matrimonio real, no el que uno desearía para una hija a la que amara. De haber sido tú y Adam quienes unieran sus vidas, las cosas habrían sido muy distintas.

Victoria ladeó el rostro sin poder sostener por más tiempo la mirada en el rostro de su padre. Él decía todas las cosas que ella había deseado conocer durante años pero jamás se habría atrevido a preguntar. ¿Para qué preguntar, se decía entonces? ¿Con qué fin? Si Adam y su hermana eran felices, el saberlo solo le haría sentirse más desdichada, y si no lo eran, entonces ese dolor solo se incrementaría porque no podría evitar sentirse al menos en parte responsable de ese fracaso. Ahora, al oír lo que el señor Sterling le confiaba, se preguntó qué era lo que sentía. ¿Se sentía culpable, aliviada...? Esa última posibilidad la avergonzó tanto que tuvo que cerrar un momento los ojos para controlar un sollozo. ¿Cómo iba a sentir alivio al saber que su hermana no conoció la felicidad que tanto había anhelado?

—Jamás tuve la impresión, sin embargo, de que ella fuera consciente de que en verdad no tenía todo lo que otros sabemos que significa en verdad un matrimonio —su padre se apresuró a continuar al ver su expresión torturada, como si una vez más hubiera sido capaz de adivinar lo que pensaba—. Debo decir que Adam se esmeró mucho porque fuera feliz. En todo momento se mostró como un esposo devoto y movió cielo y tierra por ayudarla cuando tenía una de sus recaídas. Lamentó mucho su muerte, estoy seguro; fue un golpe terrible para todos, pero para él debió de ser particularmente difícil. Con los niños tan necesitados de su madre y su propio dolor...

El señor Sterling calló y exhaló un hondo suspiro antes de mirar nuevamente a su hija, que continuaba con el rostro inclinado en dirección a la ventana.

—No ha sido mi intención provocarte un nuevo pesar, Victoria, sé que todo este tiempo no ha sido sencillo para ti y que tienes tus propios motivos por los cuales sentirte infeliz. Pero creo que es algo que debías saber; nadie más se habría atrevido a decírtelo. Sin duda Adam no te habrá contado una palabra de esto —continuó él—. No seas tan dura con él; no es justo y sin duda no lo merece. No sé lo que pueda haberte dicho, claro, tal vez tienes buenos motivos para sentirte enojada con él. Aunque es un buen hombre, está lejos de ser perfecto y todo lo ocurrido solo ha contribuido a convertirlo en alguien más reservado e incluso hosco de lo que recuerdas; pero creo que al menos deberías darte la oportunidad de conocer sus razones.

—De eso se trata; siento que él ya no es el hombre que conocí.

El susurro de Victoria cayó entre ambos y el señor Sterling se encogió de hombros con ademán resignado.

—Es posible que tengas razón, de la misma forma en que tampoco yo lo soy; así como tú no eres la joven que se fue hace años o tu hermana no lo sería si continuara con vida —dijo él con simpleza—. Es lo que nos hace la vida, Victoria; nos cambia. A veces para bien y otras para mal, pero debes considerar que en esencia somos siempre los mismos y que eso es lo que ha ocurrido con Adam. Deja de añorar al joven que conociste alguna vez y dale una oportunidad al hombre en

que se ha convertido; tal vez descubras que no es tan terrible como piensas.

Su hija no respondió, pero giró finalmente para mirarlo y lo obsequió con una suave sonrisa con el fin de tranquilizarlo; odiaba la idea de preocupar a su padre. Cuando abandonó el despacho, luego de dar por terminada esa conversación prometiendo que pensaría en lo que le había dicho, lo que pareció tranquilizarlo, se dirigió al campo con la certeza de que en verdad no había nada en lo que debiera pensar. En tanto oía a su padre y hurgaba en su interior para encontrar una respuesta a la condición que Adam le dio durante su último encuentro, supo que tenía una idea clara acerca de lo que debía hacer. De modo que decidió que no tenía sentido perder más tiempo y se puso con ello. Solo esperaba que él fuera capaz de mostrar la misma sensatez que ella para que todo aquello valiera la pena.

Aunque en un inicio su plan había sido ir directamente a Blackmore Park, Victoria se vio dando un rodeo una vez que dejó su casa para encaminarse al claro en la colina. Había procurado no ir por allí nuevamente, segura de que hacerlo solo le traería malos recuerdos, pero una vez que se encontró en el lugar frente a la escultura de la ninfa, lo único que sintió fue una enorme sensación de nostalgia. La inundaron los recuerdos de las horas pasadas allí tanto a solas como con Emma cuando conseguía convencerla de que la acompañara, y luego con Adam cuando se convirtió en un refugio para ambos.

Se vio a sí misma corriendo alrededor de la figura de piedra entre risas con el cabello al viento y los hermosos vestidos recién estrenados arruinados por la tierra que levantaba al brincar. Todo era tan sencillo entonces, se dijo con una suave sonrisa al acercarse para posar su mano abierta sobre la piedra pulida por las inclemencias del clima. Suave y áspera al mismo tiempo, o eso le pareció, esta era una de las únicas constantes de su vida. Podría marcharse una vez más y volver cincuenta años después y era posible que la encontrara tal cual se veía en ese momento.

—Durante un tiempo pensé en mandarla derribar; creo que la odiaba tanto como a ti.

Victoria suspiró al oír la voz tras ella, en absoluto sorprendida de que él hubiera llegado. Antes, en el tiempo en que no se encontraban separados de la forma en que ocurría ahora, era habitual que Adam apareciera de la nada precisamente en el momento en que ella había ido a ese lugar. Cuando ella le preguntaba entre risas si la había estado vigilando, él aseguraba que no era nada como eso; pero que podía sentir algo en su interior que lo instaba a ir hacia allí porque sabía que era en donde podría verla.

La idea de que aún conservaran esa conexión le pareció tan hermosa como aterradora.

—Me alegra que no lo hicieras; hubiera sido una pena —dijo ella, girando para mirarlo con expresión serena.

Adam no se veía tan calmado como ella, juzgó al observarlo con interés. Aunque aparentaba tranquilidad, no le fue difícil reconocer el recelo en su rostro; como si se encontrara inquieto por el rumbo que pudiera tomar esa conversación y cuál iba a ser la actitud que Victoria asumiera una vez que abordara la conversación que habían dejado en suspenso hacía un par de días. A ella aquello casi le procuró alivio; era bueno saber que no era la única consciente de que su respuesta haría una gran diferencia para ambos. ¿Iba a rechazar su condición y regresaría a Francia de inmediato o, por el contrario, aceptaría sus términos para permanecer cerca de sus sobrinos? Cualquiera que fuera el caso, estaba claro que se encontraban en un punto en el que ambos tendrían que enfrentar algunas cosas de las que llevaban mucho tiempo huyendo, en especial ella.

—Supongo que tienes razón; lleva demasiado tiempo aquí como para ser destruida por el

capricho de un muchacho despechado.

Adam habló con bastante sencillez, pero Victoria pudo ver que en el fondo se sentía incómodo de haber hecho esa confesión. Por eso, no le extrañó que adoptara nuevamente el semblante adusto y el tono frío con el que acostumbraba a dirigirse a ella desde su llegada.

—¿Hago bien al suponer que estoy a punto de conocer tu respuesta a la condición acerca de la que te hablé? —preguntó él.

Victoria asintió, apoyando las manos sobre el borde de la fuente como una suerte de apoyo.

—He estado pensando al respecto —dijo ella—. Pero antes de darte mi respuesta me gustaría hacerte una pregunta.

Adam aguardó en silencio a que ella continuara, atento a sus palabras.

—¿Por qué estás haciendo esto? Esta condición, el que daba romper mi compromiso con Henri para que permitas que me quede con los niños... ¿es algún tipo de venganza?

—¿Me creerías capaz de algo como eso?

Ella suspiró y le sostuvo la mirada.

—No lo sé. Jamás lo hubiera considerado hace unos años, pero ahora... El hombre al que conocí no lo habría hecho.

—No soy ya ese hombre.

—Lo sé. Y lo lamento porque él era muy importante para mí; era mi mejor amigo y lo echo mucho de menos.

Adam dio un paso en su dirección. Sonreía, pero era una sonrisa carente de humor; había, en realidad, tanta amargura en ella que Victoria sintió un dolor casi físico al verla.

—Tal vez deba ofrecerte disculpas por eso —dijo él, mordaz—. ¿Habrías preferido que él continuara aquí esperando por ti, penando por tu ausencia? ¿Es eso lo que querías? ¿Que pasara el resto de mi vida añorándote?

—Bueno, está claro que no es eso lo que elegiste hacer —espetó ella empezando a sentirse tan enojada como él—. Y nunca, ¿me escuchas?, nunca habría esperado algo como eso. Siempre esperé que fueras feliz, te lo dije en mi carta; pero claro, jamás te molestaste en leerla...

—¿En verdad esperas que te crea? Esa carta fue solo una forma de aliviar tu conciencia, nunca te importó lo que pudiera pensar o sentir ante tu marcha. Si tuve alguna duda al respecto lo tengo ahora claro luego de conocer su contenido —replicó él con una mueca de fastidio—. Nunca debí pedirte que la leyeras; hubiera sido mejor que la quemara sin abrirla. Nos humillé a ambos con un pedido infantil, pero no ocurrirá de nuevo. Ahora quiero tu respuesta a la segunda condición. ¿Te quedarás aquí o has decidido irte?

Victoria apretó las manos a los lados y contuvo el deseo de gritar. ¿Por qué él asumía esa actitud? ¿Por qué parecía determinado a hacerlo tan difícil para ambos? Pero supo que al preguntarlo solo desencadenaría una nueva discusión que ninguno de los dos estaba en condiciones de ganar, por lo que intentó aplacer su furia y asintió con un movimiento brusco.

—Me quedaré —dijo ella.

Nada en el semblante de Adam traicionó sus sentimientos frente a esa respuesta; tan solo asintió a su vez y le dirigió una mirada cargada de recelo.

—¿Romperás el compromiso?

—Sí.

Esta vez, Victoria creyó ver un atisbo de desprecio en la expresión del hombre frente a ella,

pero la impresión desapareció casi de inmediato.

—Bien —dijo él—. Si has podido decidir con tanta facilidad, tal vez le haya hecho un favor al pobre hombre.

Victoria abrió la boca para lanzar una réplica tan mordaz como la suya, pero él no le dio tiempo porque se acercó hasta quedar a un palmo de distancia y a ella no le quedó más alternativa que reunir todo su valor para no desviar la mirada.

—Espero que no estés mintiendo.

—Supongo que no tienes más alternativa que confiar en mí —replicó ella con voz levemente temblorosa.

Adam esbozó una sonrisa carente de alegría y la observó con el rostro ladeado.

—Tendría que estar loco para hacerlo.

Por un instante, a Victoria le pareció como si él hubiera estado a punto de tocarla, pero la ilusión duró solo un segundo. Tal vez se tratara tan solo de un reflejo de sus propios deseos porque se descubrió sintiendo un ligero hormigueo en la punta de los dedos y debió cerrar el puño para contenerse de pasar la mano por su cabello alborotado por el viento. Le habría gustado también borrar los pliegues de su frente fruncida y acariciar la línea de la barba que, se preguntó por primera vez desde que lo vio de nuevo, sería tan suave como recordaba que era su cabello bajo sus dedos.

Confundida por todos esos deseos que apenas conseguía reprimir, bajó la mirada, pero no pudo retroceder porque el borde de la fuente se lo impedía. Al final, lo único que le quedó fue aclararse la garganta y enderezar los hombros para aparentar una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Temo que no tienes otra opción —musitó ella.

Adam no respondió a lo que sin duda había sonado como una bravuconada y cuando Victoria se forzó a mirarlo para ver la causa de su silencio, se encontró con que él la miraba a su vez con una expresión de anhelo tan profunda que le cortó el aliento. Nerviosa como se sentía, no había notado que él tenía una mano apoyada sobre la fuente y que con ese movimiento era casi como si la tuviera apresada entre sus brazos. Aunque no la tocaba directamente, Victoria tuvo la impresión de que en cierta forma era como si lo hiciera; podía sentir el calor que desprendía así como inhalar el aroma de su perfume, que era exactamente el mismo que recordaba. La última vez que se encontraron tan cerca el uno del otro fue hacía tanto que le costaba recordarlo, pero entonces lo supo; durante el último encuentro que sostuvieron en ese preciso lugar, la única vez que él la besó. En realidad, le parecía increíble que le hubiera costado recordarlo porque era algo que tenía grabado a fuego en el corazón.

—Adam...

El susurro de Victoria surgió en voz muy queda y no supo si con ello pretendió quejarse por la forma en que él se cernía sobre ella o tan solo pedirle que no se alejara e hiciera aquello que en el fondo ambos deseaban. Cualquiera que fuera el caso, Adam debió considerar que ya había tenido bastante porque inhaló con fuerza antes de separarse dando algunos pasos hacia atrás. Sin mirarla y con el rostro vuelto en dirección a Blackmore Park, asintió gravemente.

—Jamás podría volver a confiar en ti, pero asumiré que tu interés por el bienestar de los niños es sincero; no importa lo que piense de ti, no te creo capaz de lastimar a unas criaturas inocentes —dijo él, sonando un tanto ausente—. Puedes ir a verlos cuando lo desees; pero te

pediré que no tomes ninguna decisión importante referida a ellos sin antes consultarlo conmigo.

Victoria cabeceó en señal de afirmación.

—Claro.

Estaba a punto de marcharse, convencida de que si seguía allí corría el riesgo de hacer alguna tontería, cuando oyó que él la llamaba y no le quedó más alternativa que mirarlo por encima del hombro.

—No lo arruines esta vez, Victoria —pidió él.

Ella no respondió; no habría podido ni siquiera de haberlo deseado. Tal vez se debiera a que en el fondo tenía las mismas dudas que Adam había puesto en palabras con tanta claridad y en tanto se alejaba en dirección a la casa de su padre solo atinó a repetirlas una y otra vez como si se tratara de una plegaria.

—Por favor, Victoria, no lo arruines. No lo arruines.



## CAPÍTULO 4

Luego de aquel último encuentro y de que ella y Adam llegaran a una especie de tregua en bien de los niños, Victoria adoptó una rutina que la obligó a hacer a un lado cualquier pensamiento referido a su relación con Adam. Los niños requería más atención de lo que había imaginado y una vez que Harriett se enteró de que había decidido prolongar su estancia en Inglaterra por un periodo de tiempo indeterminado, la buena mujer se volcó a llenarla de obligaciones como si así pretendiera hacerle saber cuánta falta hacía su ayuda.

Pero efectos prácticos, Victoria dudaba bastante de eso último; había un batallón de sirvientes atentos a cualquier cosa que se necesitara y nada de lo que hiciera le parecía demasiado importante, pero era evidente que en lo que al afecto y a las atenciones que los niños requerían se refería, su presencia llenaba un vacío del que quizá ellos aún no fueran del todo conscientes.

Según pasaron los días, reafirmó su impresión de que ambos eran en extremo cariñosos, pero también cautelosos con sus afectos, en especial Sophie. Su hermano le recordaba más a Emma; ingenuo y despreocupado, seguro de que recibiría todo aquello que merecía una vez que superó la desconfianza inicial que debió provocar en ambos su llegada. Con la niña lo tendría más difícil, supuso Victoria cuando se dio nuevamente con una pared de recelo al intentar ganarse su atención tan pronto estuvo segura de que Nicholas ya confiaba en ella.

Fue precisamente por eso por lo que procuró organizar algunos paseos cada día para recorrer los jardines cercanos a la mansión. Había notado que a Sophie, como a ella, le fascinaba estar al aire libre y creyó que tal vez ese rasgo en común pudiera ayudarlas a tender algunos puentes. A Harriett, sin embargo, la idea no le hacía ninguna gracia. Si no había estado dispuesta a corretear tras ella años atrás, mucho menos lo estaba a hacerlo ahora que estaba más vieja y cansada, anunciaba cada vez que Victoria sugería salir para aprovechar los días de sol. Al final conseguía convencerla de que al menos aceptara ir con ellos si no se alejaban demasiado para que la ayudara a mantener vigilados a los niños. La doncella encargada de asistirla con los chicos iba con ellos también, pero Victoria se sentía más tranquila si la vieja niñera se mantenía cerca aun cuando no dejara de refunfuñar ni un minuto.

Adam nunca los acompañaba en esas pequeñas excursiones; en realidad, Victoria lo había visto solo en contadas ocasiones desde su última conversación y no estaba segura de qué debía sentir al respecto. Ella iba cada día a la mansión luego de compartir el desayuno con su padre y de acompañarlo un rato en su despacho para hacerle compañía en tanto trabajaba en sus proyectos y no regresaba hasta la noche para cenar también con él. Almorzaba con Harriett en la habitación de los niños mientras estos hacían la siesta y lo mismo ocurría a la hora del té cuando se sentaban para compartir un refrigerio y procuraban ponerse al día respecto a lo ocurrido con el paso de los años.

Fue gracias a la vieja niñera que Victoria se enteró en parte de cómo había sido la vida de su hermana una vez que ella se marchó y en qué circunstancias se dio su matrimonio con Adam. Era un tema acerca del que no se sintió cómoda haciendo preguntas, ni siquiera a su padre; pero tenía grabadas en su memoria las cosas que él le dijera respecto a que aun cuando Adam nunca dio muestras de amarla profundamente sí que supo hacerla feliz.

Hubiera sido hipócrita de su parte no reconocer que todo lo relacionado con ese matrimonio no la había torturado durante mucho tiempo. Pasaron un par de años luego de su partida durante los cuales no tuvo ninguna noticia al respecto y creyó entonces que Adam había decidido alejarse de los Sterling y enterrar su recuerdo para hacer su propia vida en Londres. Por eso, cuando recibió la noticia de que él y Emma se habían comprometido fue como si todo su mundo se desestabilizara, una reacción ridícula considerando que ese fue el motivo de su partida en primer lugar. Pero era obvio que su corazón y su mente no se encontraban en la misma sintonía porque no hubo nada que pudiera hacer entonces para combatir el dolor que la embargó al pensar en que con esa noticia su historia con Adam, si es que la tuvieron en realidad una vez, había terminado para siempre.

Por eso le era tan difícil hablar de ese tema con nadie; apenas lo hizo alguna vez con su tía cuando sentía que hubiera podido estallar si no lo ponía en palabras, pero en general optó por mantener ese dolor confinado en el fondo de su corazón como un secreto culposo que la avergonzaba y la hacía sentir indigna.

Aunque Harriett debía de hacerse una idea de cuán incómodo era para ella hablar de aquello, su naturaleza un tanto chismosa le ganaba la partida con frecuencia, de modo que durante sus visitas a Blackmore Park se vio obligada a oír varios comentarios respecto a ese asunto.

La última vez, mientras procuraban dormir a los niños para que tomaran una siesta y así ellas pudieran tomar el té luego de un agotador paseo alrededor de la mansión, la niñera suspiró rendida una vez que consiguieron que Sophie cerrara los ojos.

—No puedo imaginar a quién ha salido esta niña; en verdad que no. Su madre era un ángel y su padre puede ser bastante razonable cuando no está de mal humor, pero ella es incorregible —susurró la mujer alejándose de la cama casi de puntillas pese a su corpulencia—. Tendría más sentido si fuera hija tuya.

Victoria no respondió al oírla, pero hizo un gesto de dolor que no pudo reprimir y que esperó que la mujer no hubiera logrado advertir.

Una doncella había dejado un servicio de té para ambas en el saloncito adjunto a la habitación de los niños, tal y como acostumbraba hacer cada tarde. Victoria esbozó una sonrisa de nostalgia al ocupar una silla frente a la mesa y ver que aquel día la cocinera había preparado una de sus famosas tartas de manzana. Alguna vez le dijo a Adam que lo quería para siempre en su vida si era capaz de asegurarle que tendría un surtido de postres como aquel cada día, recordó, y por la mirada que la niñera le dirigió al ocupar la silla frente a ella, fue evidente que también tenía esa imagen muy clara en su mente. Sin embargo, se abstuvo de hacer comentarios al respecto y Victoria agradeció que así fuera, al menos hasta que retomó la charla precisamente en el punto que acababan de dejar cuando consiguieron finalmente dormir a los niños.

—Nicholas sí que se parece a tu hermana, y no solo en su aspecto sino en carácter; es tan dócil como ella.

Victoria se ocupó de servir el té para ambas, lo que le dio tiempo de acusar el comentario antes de verse en la necesidad de responder. En su experiencia, era algo que tendría que hacer gustara o no; Harriett era una de esas personas que esperaban obtener siempre un comentario a lo que decían aun cuando en el fondo no lo consideraran del todo importante.

—Me recuerda mucho a Emma, sí, en especial cuando era niña; pero lo mismo ocurre con Sophie —dijo ella luego de endulzar su bebida con movimientos calculados—. En cuanto al

temperamento, es posible que tengas razón, pero aún es pronto para estar seguros. Y Emma no era tan dócil como dices; podía mostrar un carácter muy firme cuando hacía falta.

La niñera caviló su respuesta y cabeceó un par de veces en tanto llevaba la vista de un lado a otro para elegir un pastelillo de la fuente más cercana a ella. Al final, se decantó por uno de almendras al que dio un mordisco con expresión de deleite.

—Eso es verdad, tenía el genio muy vivo cuando algo le molestaba —asintió ella con una suave sonrisa que fue desapareciendo según su ceño se acentuaba al continuar—. Es una pena que no pudiera verlos crecer; los esperaba con mucha ilusión.

—Lo sé.

Victoria no respondió porque sí; en las escasas cartas que ella y su hermana intercambiaron a través de los años, era habitual que Emma mencionara con frecuencia cuánta ilusión le inspiraba la idea de ser madre. Victoria odiaba esas confidencias, pero se alegró sinceramente cuando supo de su embarazo unos pocos meses antes de que Emma muriera, cuando nadie hubiera podido imaginar lo que estaba a punto de ocurrir.

Como si sus pensamientos hubieran seguido la misma línea que los de la joven, la niñera suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro con expresión pesada.

—Emma creía... ella siempre pensó que su vida sería mucho más feliz si tuviera hijos. Estaba segura de que era algo que los uniría a ella y al señor Talbot y aunque yo siempre le dije que hacían falta más que niños para fortalecer un matrimonio ella siempre respondía que yo no sabía nada porque nunca me había casado.

—Estoy segura de que ella no pretendía ofenderte al decir algo como aquello; debía de ser un tema que le importaba mucho —se apresuró a decir Victoria al notar el gesto de tristeza en el rostro de su niñera.

La mujer cabeceó como si estuviera de acuerdo y permaneció un momento con el rostro gacho hasta que la miró nuevamente, esta vez con un brillo extraño en la mirada.

—Tu hermana sabía que su esposo no la amaba y estaba decidida a que lo hiciera; darle hijos, como dije, le parecía la solución ideal. Ella no podía entender que él nunca podría amarla de la forma en que ella lo hacía; su matrimonio fue un error y creo que el señor Talbot lo supo casi tan pronto como se casaron. Si Emma hubiera sido un poco menos egoísta...

Victoria apretó el mango de la cucharilla que sostenía con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos y tuvo que aspirar con fuerza para contener su enfado.

—No debes hablar así de ella —dijo ella, tajante.

—No he dicho ninguna mentira.

—No se trata de eso; Emma no está aquí para defenderse de tus cuestionamientos —replicó Victoria de inmediato, mirando a la vieja niñera con el ceño fruncido—. Además, ¿desde cuándo la criticas? Siempre fuiste una firme defensora de todo lo que hacía.

—Porque la quería como a una hija, pero eso nunca me cegó para ver sus defectos —la niñera emitió un bufido y bebió un sorbo de su té antes de continuar—. Y tampoco estaba de acuerdo con que hiciera sufrir a otros en su búsqueda de su propia felicidad.

—Yo no sufrí...

La mujer recibió sus palabras con un gesto de enojo.

—No me refería a ti —descartó ella para el asombro de Victoria—. No digo que no lo pasaras mal, seguro que fue así; pero nadie te obligó a irte y a dejar que tu hermana se saliera con

la suya.

—¡Estaba enferma!

—Claro que estaba enferma, y todos lo sentimos mucho por ella; y te diré otra cosa, cuando murió sentí que parte de mí murió con ella. No tengo que decirte, además, cuánto afectó esto a tus padres; tu pobre madre no lo resistió y simplemente se apagó como una vela. —Harriett la señaló con un dedo rechoncho para acentuar sus palabras—. Pero eso no quiere decir que tu hermana no se haya equivocado más de una vez. Lo hizo al pedirte que le dejaras el camino libre con el señor Talbot y lo hizo también al esforzarse tanto para que él le pidiera matrimonio. Si tú hubieras estado aquí nada de esto habría pasado, de eso puedes estar segura.

Victoria dejó caer su servilleta sobre la mesa con un gesto que dejaba ver a las claras cuán poco le gustó oír lo que la mujer acababa de decir.

—¿Cómo puede esto ser mi responsabilidad? No tienes idea de lo que fue alejarme; dejar a Emma aquí sabiendo que estaba muriendo y al mismo tiempo renunciar a...

—¡Pero lo hiciste! Nadie te obligó, tuviste elección —repitió la niñera—. Él no la tuvo.

Victoria cerró un instante los ojos al comprender. Se refería a Adam, desde luego.

—Tampoco nadie lo obligó a casarse con ella —dijo Victoria poniéndose de pie y mirando a la anciana con el ceño fruncido—. Y no quiero hablar más de este asunto contigo, Harriett; sabes lo mucho que te aprecio y nunca te estaré lo bastante agradecida por todo lo que has hecho y continuas haciendo por nuestra familia, pero...

La niñera asintió lentamente al comprender a qué se refería e hizo un gesto como si estuviera a punto de tomar la mano que Victoria tenía sujeta al borde de la mesa, pero debió de pensarlo mejor porque se encogió de hombros en un ademán pesaroso y prefirió tomar otro bollo de la fuente.

—No prometo que no diga nada más; ya me conoces y sabes que a veces no sé cuándo mantener la boca cerrada —dijo ella—; pero por ahora puedes estar tranquila. De cualquier forma, no tienes un pelo de tonta; hay muchas cosas que irás descubriendo por ti misma y te aconsejo que dejes de intentar taparte los oídos cuando escuches algo que no te guste. Eso no hará que desaparezca.

Victoria cabeceó de mala gana; no solo ya no tenía apetito, sino que las bebidas y dulces viandas frente a ella le revolieron el estómago y sintió el irremediable deseo de salir corriendo.

—Necesito tomar un poco de aire, Harriett. ¿Te importa terminar de tomar el té a solas? Volveré antes de que despierten los niños.

No esperó una respuesta; tal vez no estuviera siendo muy amable, pero decidió que la niñera sabría comprenderla y pareció que así era porque asintió un par de veces y le dirigió una mirada entendida que Victoria se esforzó por rehuir en tanto abandonaba la habitación.

El aire del exterior le pareció una bendición luego del ambiente enrarecido que acababa de abandonar. En realidad, no se atrevió a ir muy lejos por si los niños despertaban antes de tiempo y Harriett requería de su ayuda; se contentó con salir a uno de los jardines laterales de la propiedad. Era su favorito. Pequeño y parcialmente cubierto por enredaderas, se accedía a él por unas puertas en el salón familiar de la primera planta; una vez fuera, era en parte como hallarse en otro mundo. Había un bonito diván y un par de sillones a la sombra donde una podía sentarse y disfrutar de la vista del campo a lo lejos, así como de la puesta de sol que, por su ubicación, daba de lleno en esa ala de la mansión.

Victoria optó por permanecer de pie con la espalda apoyada sobre la pared y los brazos cruzados a la altura del pecho; algunas ramas de las enredaderas adheridas a la superficie se le incrustaron a través de la delgada tela de su vestido, pero no le importó; por el contrario, fue para ella un dolor bien recibido. La mantenía centrada en el presente evitando que explorara en sus recuerdos y sobre todo en las últimas palabras de Harriett; lo último que quería era pensar en la que había sido la vida de su hermana allí, en el mismo lugar en que ella se encontraba.

El ruido de unos cascos llegó a sus oídos e hizo un gesto de desaliento. Supuso que debía de tratarse de Adam y temió por un instante que al encontrarla allí hiciera algún comentario que la incomodara aún más de lo que ya lo estaba. Aunque él apenas le dirigía la palabra en las escasas ocasiones en que coincidían en la mansión durante sus visitas, a Victoria le bastaba con sentir su mirada sobre ella para experimentar una mezcla de sentimientos tan profundos que le ponía los nervios de punta.

En aquella ocasión, sin embargo, no consiguió verlo en un primer momento pese a que se puso de puntillas para atisbar en dirección al frente de la casa, donde acostumbraba a desmontar para que un mozo de cuadra se ocupara de su caballo en tanto él entraba en la mansión. Además, consideró al pensar en ello, era aún temprano para su regreso; había advertido que acostumbraba a volver de supervisar el trabajo en el campo cuando estaba ya a punto de oscurecer.

Sin ser del todo consciente de lo que hacía, dejó que sus pasos la llevaran de vuelta a la casa y una vez que estuvo dentro se dirigió al vestíbulo, por donde supuso que Adam tendría que pasar. Tal y como imaginó, él se encontraba allí de pie ante un aparador al parecer muy concentrado en lo que fuera que tuviera al frente. Le daba la espalda y Victoria advirtió que emitía un leve gemido de dolor que la llevó a acercarse a él sin pensarlo dos veces.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella sin reparar en lo evidente de su inquietud.

Él no giró para mirarla ni dijo nada de inmediato, por lo que Victoria apretó los labios y rodeó el mueble para mirarlo de frente y que él no tuviera otra alternativa que prestarle atención. Al verlo, sin embargo, contuvo un leve grito y se llevó una mano al rostro.

Adam tenía la mano derecha apretada contra el pecho y un reguero de sangre le manchaba la camisa en tanto él intentaba contenerla con un pañuelo que mantenía sujeto con la mano libre.

—¿Qué ocurrió?

Una vez más, él prefirió ignorar su pregunta, pero ella no permitió que aquello la intimidara. Sin pensarlo, extendió una mano para tomar la suya y rozar el dorso con mucho cuidado, intentando dar con el origen de la hemorragia. Él, que pareció sorprendido con su reacción, levantó la mirada e hizo un gesto de malestar al encontrarse con su rostro preocupado.

—No es nada. Acabamos de adquirir una nueva máquina para el segado de los campos; cometí un error, no tiene importancia.

—Eso puedes decírselo a tu mano pero es evidente que no estará de acuerdo contigo. No quiero pensar en toda la sangre que has perdido, ¿te ha visto un doctor? ¿Quieres que llame a alguno? No se lo he preguntado a mi padre, pero creo que ese amigo de tu abuelo aún ejerce... ¿Dónde está su casa?

—Victoria, es suficiente. No hay nada por lo que alarmarse; es solo un poco de sangre —dijo él.

Victoria se llevó las manos a las caderas y le dirigió una mirada ceñuda.

—No es solo un poco de sangre, Adam, es mucha y no puedes deambular con una herida

expuesta de esa forma —insistió ella con voz firme—. Tú eliges: hago traer a un médico o lo curo por mí misma.

Ella no lo advirtió en ese momento, pero había empezado a hablarle con la misma naturalidad y confianza con la que siempre lo trató antes de marcharse y que las cosas cambiaran irremediabilmente entre ambos. El joven Adam se habría reído en su cara al verla tan enfadada y adoptando esa actitud mandona, pero el hombre frente a ella solo exhaló un suspiro y, tras dar una nueva mirada a su mano herida y cavilar un instante, asintió de mala gana.

—Pide a Morris que traiga lo que haga falta; agua y unos paños estarán bien —dijo él.

Antes de que Victoria pudiera responder, él ya se había puesto en marcha camino a la biblioteca, pero ella no dejó que su actitud displicente la encolerizara. En lugar de ello, hizo lo que le pedía y se apresuró a dar unas cuantas órdenes al mayordomo, que como siempre la recibió con el ceño fruncido y expresión reprobadora, aunque parte de su animadversión desapareció cuando le habló de la lesión de su amo. Poco después estaba de vuelta con todo lo necesario y no le extrañó encontrar a Adam sentado en una butaca con una botella de brandi abierta y apoyada sobre una rodilla a la que parecía haber dado ya un par de tragos. Tenía los ojos entrecerrados y la cabeza apoyada contra el respaldo. Su mano herida permanecía cruzada sobre el pecho y, por la expresión en su rostro, fue obvio que le dolía mucho más de lo que procuraba aparentar.

Al oír sus pasos, él abrió los ojos y le lanzó una mirada vacía.

—No hace falta que te molestes; puedo hacerlo solo o Morris puede también darme una mano...

—No recuerdo haber dicho que me molestara, y estoy segura de que soy bastante capaz de encargarme de algo como esto mejor que tu mayordomo. No sé si lo has notado, pero parece un hombre demasiado delicado; es posible que se desmaye al ver toda esta sangre.

Adam hizo un gesto como si hubiera estado a punto de sonreír, pero se contuvo a tiempo.

—Claro. Y tú no eres nada delicada —dijo él entonces en un tono de burla.

—Por supuesto que no; nunca lo he sido y no empezaré ahora —replicó ella de inmediato, apresurándose a ir junto a él—. Bueno, veamos qué es lo que tenemos. No mentiré, es posible que duela un poco.

—¿Solo un poco? Temo que estés pecando de optimista.

Pese a sus reparos iniciales, Adam no dudó en separar la mano del pecho y tenderla para que Victoria pudiera examinarla. Ella logró contener el nerviosismo que le produjo encontrarse en aquella situación y aspiró con fuerza, asumiendo una actitud determinada. Sin vacilar, se arrodilló haciendo a un lado las faldas y tomó la mano de Adam entre las suyas con mucho cuidado; él la había envuelto con un pañuelo que en ese momento se encontraba teñido con su sangre y lo hizo a un lado con movimientos delicados, atenta por si al hacerlo corría el riesgo de que se reanudara la hemorragia, pero eso no ocurrió; la herida quedó a su vista sin que tuviera que ejercer más presión, lo que le permitió analizarla con cierta tranquilidad.

Era un tajo bastante profundo que cruzaba casi toda la palma y apenas consiguió hacer un gesto de horror al pensar en el impacto que debió causarla.

—Es posible que requiera sutura...

—No. Eso podría resultar muy incómodo para mi trabajo; una buena venda tendrá que servir.

Victoria apretó los labios al oír la tajante respuesta a su sugerencia, pero no dijo nada de inmediato; tal vez él tuviera razón o estuviera equivocado, pero para eso debía de terminar con su

observación. Con extremo cuidado, ladeó la mano con la palma hacia arriba de un lado a otro para inspeccionar la profundidad de la herida y el borde de la misma; para su inmenso alivio, pese al movimiento esta no volvió a sangrar ni le pareció que hubiera dañado nada que le impidiera usarla con normalidad en cuanto se encontrara cicatrizada.

—No estoy del todo segura aún, pero es posible que eso sea suficiente. ¿Te parece bien si limpiamos la herida y luego vemos cómo reacciona a ello? Si no sangra de nuevo y no te sientes muy incómodo podremos probar con vendarla —sugirió ella.

—De acuerdo.

En tanto Victoria se afanaba con los vendajes que el mayordomo le entregara, midiendo con ojo crítico antes de cortarlos, y disponía de unos ungüentos que ayudarían con la cicatrización y el dolor, sintió la mirada de Adam fija en su rostro, pero se esforzó porque aquello no la afectara. No podía echarse a temblar de nerviosismo cuando necesitaba su pulso más firme que nunca.

—¿Dónde aprendiste a hacer estas cosas? No recuerdo que la enfermería fuera tu fuerte.

Victoria esbozó una pequeña sonrisa al oír el comentario de Adam y ladeó la cabeza para mirarlo de reojo sin abandonar lo que hacía.

—No, tienes razón; la verdad es que en aquella época no me hacía mucha gracia ver ni una gota de sangre —dijo ella—. Pero aprendí con tía Lucie. Las costureras... sabes que ella llevaba un taller de costura.

Ella esperó a que Adam asintiera antes de continuar y lo hizo luego de empezar a limpiar la herida con un poco del agua que llevó con ella de la cocina.

—Bueno, como puedes imaginar en un lugar como ese las heridas son algo bastante común. Nada de cuidado, o al menos a mí no me ha tocado verlo, pero siempre hay alguna lesión que sanar, por pequeña que sea. Tía Lucie era una mujer extremadamente cuidadosa y muy considerada con sus empleadas, así que acostumbraba a curarlas por sí misma y me enseñó algo de lo que sabía para que pudiera ayudarla.

—Una decisión muy inteligente.

—¿Verdad que sí? Al principio no acogí la idea con mucha alegría, pero con el tiempo aprendí que es un conocimiento muy útil —dijo ella, extendiendo su mano de modo que la palma quedara hacia arriba apoyada sobre la suya—. Pero nunca vi algo como esto en el taller; parece como si te hubieran golpeado con una espada.

Sintió más que vio la forma en que Adam negaba con la cabeza.

—Nada tan interesante —dijo él—. Fue una segadora... es una nueva máquina que compré a unos industriales estadounidenses. Será de gran ayuda para los agricultores, pero aún estamos aprendiendo a usarla. Debí de tener más cuidado.

—Ha sido un accidente; ocurren todo el tiempo, pero salvo por lo incómodo que resultará tener la mano vendada y el dolor que sentirás de vez en cuando al usarla, creo que no hay nada por lo que debemos preocuparnos.

Victoria habló con voz satisfecha en tanto empezaba a comprimir la mano con las vendas con mucho cuidado una vez que aisló el corte para que no hiciera contacto directo con el lino. Dio un par de vueltas y anudó las puntas con movimientos seguros. El vendaje quedó lo suficientemente prolijo para que resultara lo menos incómodo posible sin que ello impidiera que protegiera como debía hacer.

—Creo que ya está —dijo ella, llevándose el antebrazo a la frente para secarse la leve capa

de sudor que la cubría—. No sonará bien que lo diga, pero me parece que no ha quedado nada mal.

Ella sonreía al hablar, pero el gesto alegre desapareció de su rostro al buscar la mirada de Adam y encontrarse con su gesto ceñudo.

—Está bastante bien, Victoria, muchas gracias —dijo él.

Victoria se mantuvo un momento más en esa incómoda posición, arrodillada sobre la alfombra y con los brazos caídos a los lados; en tanto, él tenía la mano recién curada sobre el muslo y las piernas extendidas de modo que sus rodillas casi se perdían entre el lío que había hecho ella con sus faldas. Al caer en la cuenta de lo cercano de esa posición, Victoria apoyó una mano sobre una butaca y batalló para ponerse de pie. Adam no intentó ayudarla y ella agradeció que no lo hiciera. Hasta entonces, había conseguido que el tocarlo fuera una labor meramente mecánica, como si se tratara de cualquier otra persona, de allí su parloteo nervioso; pero ahora era muy consciente de quién era él y de lo mucho que la perturbaba esa intimidad compartida.

—Debes cambiarlo cada día; más de una vez si hiciera falta. Puede ser un poco pesado, pero será cosa de unos cuantos días, nada más —dijo ella sin mirarlo al tiempo que sacudía sus faldas—. Me encargaré de eso, si te parece bien.

—No hará falta que seas tú quien lo haga.

Victoria dejó lo que hacía en ese momento, que era juntar las cosas facilitadas por el mayordomo, y lo miró con las manos cruzadas a la altura del pecho.

—Claro que sí; es algo de lo que debe encargarse alguien que sepa lo que hace. A menos claro, que estés pensando en hacer venir al médico cada día para que se ocupe de algo como esto —comentó ella con sencillez.

Aunque su intención era parecer muy segura de sí misma e imponer cierto respeto con su postura envarada, la verdad era que, de pie allí, tan pequeña en comparación a Adam aun cuando este se encontrara sentado, y con parte de su cabello caído sobre la frente en un remolino de rizos alborotados, daba la impresión de ser muy joven y vulnerable. Lo que pretendió que fuera una orden sonó más bien como un pedido ansioso y él debió de notarlo porque asintió tras dudar para luego rehuir su mirada posándola sobre la mano vendada.

—Supongo que tienes razón —dijo Adam—. Sería tonto de mi parte no aprovechar tus conocimientos, ¿verdad?

Ella sonrió sin poder evitarlo.

—Claro. Además, yo lo hago cada día al venir a tu casa y devorar la comida que prepara tu cocinera —comentó con descaro.

Una vez más, él pareció tentado a sonreír, pero no lo hizo; en lugar de ello, suspiró y se puso de pie con un movimiento mucho más elegante que el suyo y la contempló con una profunda mirada sin rastros del recelo que había mostrado hasta entonces.

—En verdad, te estoy muy agradecido, Victoria; no tenías que hacerlo —dijo él.

Ella se encogió de hombros.

—Te equivocas. Era lo mínimo que podía hacer —replicó sin vacilar, bajando la mirada a la alfombra en un instante de timidez—. Tengo que volver con los niños; es posible que ya hayan despertado y estén volviendo loca a Harriett. Odia que la interrumpen cuando está tomando su té.

Él asintió y Victoria tomó las cosas que pensaba devolver al mayordomo antes de subir a la habitación de los niños; luego se dirigió a la puerta, pero antes de irse miró sobre su hombro para



ver a Adam y no le sorprendió descubrir que él la miraba a su vez. Turbada, echó a andar con mayor rapidez y se forzó a no hacer algo tan tonto de nuevo.

Tal y como ella y Adam habían acordado, Victoria se encargó de cambiar sus vendajes al menos una vez al día durante el resto de la semana; en ocasiones, debió hacerlo incluso dos o tres veces cuando él ignoraba sus recomendaciones y hacía como si su mano estuviera en perfecta forma. Aunque ella no se atrevió a mencionarlo entonces, se hallaba un poco sorprendida de que tuviera una participación tan activa en el trabajo que se realizaba en los campos. Sabía por su padre que una vez que culminó la universidad y fue evidente que su abuelo no podría continuar haciéndose cargo de las labores al frente de Blackmore Park, Adam había decidido trasladarse definitivamente a Devon y ocupar su lugar.

Para entonces, él ya había dado muestras de sus aptitudes para lo que significaba llevar a cabo una labor como aquella; el señor Sterling comentaba en sus cartas, además, y sin disimular su admiración, lo impresionados que se encontraban todos por la forma en que el señor Talbot, como empezaba a conocerse ahora a Adam en la región, había tomado las riendas de la propiedad. No solo había optado por respetar gran parte del sistema que a su abuelo le diera tan buenos resultados sino que también parecía determinado a ir mucho más allá. El incidente con la nueva maquinaria que había adquirido para los campos era una buena muestra de ello.

Antes de viajar a Francia, Victoria acostumbraba a dar largos paseos por la zona y disfrutaba de ver trabajar a los hombres con el ganado y las tierras, en especial en tiempo de cosecha, todo ello llevado a cabo de la misma forma en que llevaba cientos de años haciéndose; ahora, en cambio, al reanudar sus caminatas cuando sus obligaciones con los mellizos se lo permitían, se asombró al ver notorios cambios en aquellas labores. Máquinas acerca de las cuales había leído en los diarios por ser consideradas auténticas novedades que empezaban a revolucionar la industria y un sistema mucho más ordenado saltaban a la vista. Aunque en un inicio, la romántica que habitaba en ella había considerado que era una lástima abandonar algunas tradiciones, pronto debió dejar de lado una idea como aquella porque era evidente que adelantos de ese tipo facilitaban las labores de los hombres y perfeccionaban la producción de una forma impresionante.

Cuando la semana de curas a la mano de Adam estaba por concluir y estaba claro que no tenía sentido continuar con aquello, finalmente decidió hacer mención a lo que había notado respecto a esos cambios. Era algo demasiado importante como para no hacerlo y no aprovechar esos momentos en los que a él no le quedaba otra alternativa que permitir que compartieran al menos un rato en tanto cambiaba el vendaje de su mano.

Era temprano por la mañana; Victoria acababa de llegar luego de compartir un apurado desayuno con su padre y, según oyó decir al mayordomo, Adam llevaba ya algunas horas en el campo y había regresado un momento antes para comer algo antes de regresar. Eso explicaba que el vendaje se encontrara en tan mal estado, juzgó ella entonces en tanto lo deshacía y preparaba todo para poner uno nuevo.

—Me preguntaba... —Ella carraspeó para llamar su atención sin desviar la mirada de su tarea—. ¿No tienes a nadie en quien confíes para que se ocupe de esto en tanto curas del todo? Me cuesta creer que debas hacerlo todo por ti mismo...

Oyó que Adam recibía su comentario con una especie de risa; no solo la oyó, en realidad también la sintió en la forma en que su mano se sacudió entre las suyas, de la misma forma en que

lo hizo su pecho al oscilar debido a la gracia que debió de haberle hecho. Ese regocijo tuvo un efecto curioso en ella; por una parte la sorprendió ya que no lo había oído reír desde su llegada hacía semanas, y por otra provocó un aguijonazo de añoranza en su corazón al recordar las muchas risas que habían compartido antes de su marcha.

Ahora, sin embargo, Adam pareció caer en la cuenta de con quién hablaba porque carraspeó como si así pretendiera borrar cualquier rastro de camaradería entre ambos y al responder lo hizo en el tono serio al que ella empezaba a acostumbrarse muy a su pesar.

—No me encargo de *todo*, Victoria —aclaró él—. Pero hay varias cosas en las que mi participación es importante, sí, y no puedo mantenerme al margen o dejarlas en manos de otros.

—Comprendo a lo que te refieres; pero supongo que ya que en realidad una de tus manos no se encuentra en las mejores condiciones, podrías considerar ser un poco más flexible al respecto —insistió ella, envolviendo el miembro casi cicatrizado con mucha precaución luego de untar el medicamento que llevaba varios días usando con buenos resultados—. He notado que las cosas parecen marchar muy bien; es impresionante todo lo que has hecho en tan poco tiempo.

Adam no respondió de inmediato, y cuando lo hizo, Victoria creyó detectar un leve rastro de sorpresa en su voz; fue obvio que esa suerte de halago lo tomó desprevenido.

—Los adelantos de los que disponemos han ayudado mucho, y también los hombres con los que cuento —dijo él.

—Hace unos días me topé precisamente con algunos de los feligreses de la iglesia de mi padre; casi todos ellos trabajan contigo y mencionaron que están muy contentos. Dijeron que el ganado ha aumentado y que las cosechas nunca fueron tan buenas —continuó ella, asegurando la venda con un par de vueltas y movimientos precisos—. Incluso un par de ellos, los más jóvenes, comentaron que esperan casarse pronto y convertirse en tus arrendatarios. Si lo permites en su momento, claro.

Adam asintió y liberó su mano con mucho tiento una vez que ella hizo un gesto para señalar que había terminado.

—Espero poder hacerlo; he pensado en construir nuevas casas en un terreno que compré hace poco —respondió él una vez que sostuvo la mano en lo alto y cabeceó, satisfecho, por lo poco que parecía molestarle ya—. Eso me recuerda que estuve pensando en algo que podría interesarte.

Fue el turno de Victoria para mostrarse sorprendida; le costaba creer que él hubiera dedicado algún pensamiento a cualquier cosa que pudiera estar relacionado con ella y mucho menos que le fuera de interés. Al comprender que estaba siendo injusta además de infantil, se puso de pie abandonando la silla que había ocupado hasta entonces en tanto ejercía sus labores de enfermera y se mantuvo con las manos cruzadas a la espalda, en espera de que él explicara a qué se había referido.

Como hicieran durante toda la semana, habían optado por usar la biblioteca para esas sesiones de curación; era un lugar discreto y en el que disponían siempre de la luz natural que Victoria necesitaba para hacer su labor con tranquilidad. Por lo general, Adam se sentaba en una butaca en tanto ella ocupaba una silla cerca de él; eso cuando no cedía al impulso de dejarse caer sobre la alfombra como había hecho la primera vez. Esa actitud desenfadada y las muestras de confianzas de aquel tipo ya habían quedado en el pasado, tenía que recordarse con frecuencia una vez que se despedía y reflexionaba acerca de que Adam debía de pensar que sus maneras descuidadas no habían cambiado pese a todo el tiempo transcurrido.

Ahora, en tanto él la veía ponerse de pie con movimientos medidos propios de una dama, tal y como procuró hacer, adoptando luego una postura de reposado interés, le dirigió una sonrisa burlona que a Victoria le llevó a preguntar si no tendría del todo claro cuán poco natural era esa actitud para ella, al menos en su presencia.

—Recuerdo que mencionaste que echabas en falta el trabajo que llevabas a cabo en el taller de tu tía —dijo él.

Victoria frunció un poco el ceño, tan sorprendida de que recordara un comentario hecho de pasada como de que lo mencionara en ese momento, pero asintió de cualquier forma porque era verdad.

—Sí. No es que tuviera una participación muy activa; la costura nunca ha sido mi fuerte sino todo lo contrario; Harriett puede hablarte de eso —replicó ella en tono levemente mordaz.

—Pero harías otras cosas.

—Por supuesto. Al principio tan solo porque mi tía lo dispuso así, pero reconozco que con el tiempo terminé por disfrutarlo mucho; en especial el trato con las costureras y los otros trabajadores. Verás, Adam, para tía Lucie no se trataba tan solo de un negocio; ella estaba determinada a brindar a aquellas mujeres un medio para que pudieran subsistir de forma honrada. Llevar a cabo una labor a la que estaban acostumbradas y recibir una paga por ello era como un milagro para la mayoría. Eso era lo que más me gustaba ver; que fueran capaces de crear verdaderas maravillas gracias a su talento y que luego se sintieran tan satisfechas al recibir su paga. La tía Lucie decía que estaba lejos de ser una beneficencia, claro, sino que era un negocio como cualquier otro con la añadidura de que todos los involucrados recibían lo justo.

Una vez que terminó de hablar, en un tono más apasionado del que había planeado usar, esperó en silencio una respuesta de Adam, pero esta tardó un poco, de modo que buscó su mirada y le sorprendió advertir que él la miraba a su vez con una expresión extraña en el rostro.

—Tenía razón, entonces. Lo echas mucho de menos.

—Bueno, supongo que sí; me mantenía ocupada y me hacía sentir que estaba haciendo algo útil.

—No como lo que haces aquí.

Contrario a lo que sus palabras hubieran podido llevar a pensar, el comentario de Adam no resultó ofensivo o acusador; tal vez aquello se debiera a que cuando habló lo hizo usando un tono sencillo y con el mismo semblante pensativo adoptado hasta entonces.

—Es distinto —replicó Victoria sin alterarse—. Me agrada pasar tiempo con los niños, pero no es lo mismo que tener una ocupación algo más...

—¿Adulta?

Ella sonrió al oír la sugerencia de Adam y asintió tras exhalar un suspiro.

—Es una buena manera de decirlo.

Él cabeceó y se mantuvo un momento en silencio antes de retomar la charla.

—Te dije que he estado pensando acerca de esto porque hace unos días mantuve una charla con uno de mis arrendatarios; Blossom, tal vez lo conozcas —él continuó luego de ver a Victoria asentir—. Bien, este hombre se casó hace poco con una joven londinense que se desempeñaba como costurera. Según él, cuando la conoció trabajaba en las condiciones más miserables, igual que lo hacen muchas otras que no pueden encontrar otra forma de ganarse la vida; tal vez hayas oído algo al respecto. Fue un tema muy comentado en los diarios hace unos años, aunque no sé si

la noticia llegó hasta Francia.

Victoria cabeceó en señal de afirmación, sintiendo como su interés en lo que él tenía por decir no hacía más que incrementarse.

—Tía Lucie procuraba estar informada de lo que ocurría en Inglaterra, así que se las arreglaba para recibir algunos diarios de aquí. Estos llegaban pasadas semanas, claro, pero aun así era la mejor forma de conocer las novedades —dijo ella—. Recuerdo que le afectó mucho leer acerca de estas mujeres y de cómo eran explotadas.

—Es todo un drama, sin duda, aunque a raíz del escándalo se decretaron algunas leyes para regular esos abusos.

—Las mismas que los patrones ignoran sin ningún reparo.

Adam asintió.

—No todos, pero sin duda la mayoría —señaló él—. La ahora señora Blossom vivió este drama en carne propia. Su marido dijo que vivía junto con otras como ella en un cuarto donde veían pasar un día tras otro sin hacer nada más que no fuera coser prendas baratas que luego el encargado del taller vendía a diez veces su precio real. Es posible que de no encontrar una salida ella hubiera muerto dentro de no mucho tiempo.

Victoria suspiró e hizo un gesto de desagrado; sus ojos brillaban debido a la furia contenida y dirigió a Adam una mirada que no conseguía esconder del todo su indignación.

—Es esclavitud —espetó ella.

Él se encogió de hombros en un ademán propio de un hombre demasiado pragmático que había visto muchas injusticias como aquella como para ceder a la ira con facilidad.

—En cierta forma, sí, supongo que tienes razón —concedió él—; pero también es cierto que muchas mujeres eligen continuar en esas circunstancias porque a pesar de las injusticias que deben tolerar lo consideran un trabajo más independiente que dedicarse a labores domésticas o a cuidar niños ajenos.

—En las condiciones en las que les ofrecen todos esos trabajos, que son muchas veces aún más opresivos, no es de extrañar que elijan el mal menor.

—Cierto. Es un tema complejo y comprendo que te indigne, pero te pido que dejes de lado ese enojo y prestes atención a lo que intento decirte.

Victoria asintió y aspiró un par de veces para aplacar sus sentimientos.

—Esta mujer, la señora Blossom... no sé cuál era su apellido de soltera. Su esposo la llama Fanny —Adam retomó la conversación—. Él dijo que ella está interesada en continuar con su anterior ocupación para proveer a su familia de un ingreso extra porque el dinero que gana Blossom es aún insuficiente para cumplir con todas sus obligaciones. Ahora, según él, su mujer ha hablado con otras mujeres de la zona que tienen también habilidad con la costura con la intención de que trabajen juntas...

—Esa es una gran idea.

Adam esbozó la sombra de una sonrisa al oír su interrupción.

—Sin duda. El problema, según Blossom, es que no consiguen ponerse de acuerdo —dijo él—. Cada vez que se reúnen terminan por discutir y aunque han conseguido algunos encargos ninguna de ellas tiene la suficiente experiencia al frente de un negocio como este para llevarlo a buen rumbo. Necesitan una guía.

Victoria entreabrió los labios al comprender y un brillo de ilusión reemplazó el recelo que

había mostrado hasta entonces.

—¿Y crees que esa podría ser yo? —mencionó ella con tiento.

Adam asintió.

—¿Por qué no?

—Pero... tal vez no estén interesadas en que una desconocida se involucre en algo que ellas han creado.

—La única forma de saberlo es que te acerques a ellas y les hagas una propuesta que encuentren interesante.

Victoria se mordió el labio inferior procurando que su entusiasmo no le ganara la partida.

—¿Y los niños? —preguntó ella inquieta al pensar en algo tan importante—. No puedo descuidarlos.

Adam no pareció perturbado por sus palabras.

—Aun debes asegurarte de que serás bien recibida por estas mujeres, pero confío en que así sea —dijo él—. Si te aceptan, no debes preocuparte por los niños. Dudo de que ellos no puedan sobrevivir sin ti por unas cuantas horas al día; lo han hecho bastante bien hasta ahora.

Victoria aspiró con fuerza y se llevó las manos al pecho sin poder continuar conteniendo su emoción frente a la posibilidad que él sugería, pero entonces sintió un ramalazo de desconfianza frente a ese hombre que había pasado cada instante desde su llegada haciéndola sentir poco bienvenida y que ahora parecía interesado en procurarle una alegría de ese tipo.

—¿Por qué haces esto, Adam? ¿Por qué te preocupas ahora por mí? —inquirió ella.

Todo rastro de serenidad desapareció del rostro del hombre al oírla, siendo reemplazado por un gesto inmutable y el brillo acerado de sus ojos al devolverle la mirada.

—No lo hago —replicó él sin vacilar—. Considera esto como un intento de mantenerte entretenida y evitar que salgas corriendo de vuelta a Francia a la primera oportunidad.

Sus palabras, tan crueles y dichas con absoluta frialdad, cayeron sobre Victoria con el impacto de un mazazo sobre su cabeza, pero consiguió recuperarse con rapidez para que él no fuera capaz de notar lo mucho que le había dolido.

—No debes preocuparte de que haga algo como eso —dijo ella—. Te has encargado de que no tenga ya nada por lo que regresar.

Él acusó su respuesta con una ligera sonrisa, pero de no haberse encontrado tan alterada ella habría sido capaz de advertir la forma en que apretaba las manos que tenía posadas sobre sus rodillas al grado que el vendaje se tensó hasta que la herida que envolvía empezó nuevamente a sangrar dejando una mancha carmesí sobre el blanco lino.

—Asumo entonces que ya has escrito a tu prometido —dijo él.

Victoria elevó el mentón y sostuvo su mirada sin parpadear, lo que le ayudó a contener las lágrimas que sintió que estaban a punto de aflorar a sus ojos.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Lo es si rompes tu promesa.

Ella se encogió de hombros.

—Te dije que tendrías que confiar en mí.

—Y yo respondí que jamás sería tan tonto como para hacerlo. No otra vez —dijo él.

Victoria arqueó una ceja en un gesto de abierto desafío y abrió las manos como quien muestra una ofrenda invisible.

—Bueno, Adam, mucho me temo que no hay nada que pueda hacer al respecto; no tienes otra alternativa y en este momento no estoy interesada en hacerlo más fácil para ti —declaró ella con una sonrisa tan falsa que incluso le dolió—. Respecto a tu sugerencia, aunque no hubiera nada de preocupación en ella y sí mucho de interés, te estoy agradecida de cualquier forma. Mantén tu mano en alto, no querrás que la lesión recrudezca cuando estás tan cerca de sanar. Sé bien cuánto odias tener que permitir que te ayude.

Con esas ácidas palabras, ella hizo un leve asentimiento en señal de despedida y dejó la habitación con la frente muy en alto. Solo cuando se encontró fuera llevó una de sus manos a su rostro y apretó los dientes sin saber si esas furiosas ganas de llorar que la embargaban nacían del dolor o de la rabia. Seguro que un poco de ambos, concluyó, preguntándose cuánto tiempo más sería capaz de tolerar esa situación y segura, al mismo tiempo, de que igual que Adam estaba presa de una vida que no quería y de la que al parecer no podría escapar.

## CAPÍTULO 5

Poco después de su última charla con Adam, Victoria consiguió las señas de la señora Blossom gracias a su padre y fue en su busca antes de tener tiempo de arrepentirse. Aunque cuando él mencionó su situación y cómo ella podría serle de utilidad al tiempo que hacía algo que le sirviera para sentirse ocupada en asuntos que disfrutaba no pudo evitar sentirse emocionada; ahora, mientras buscaba la casita señalada por su padre en el fondo de la quebrada donde Adam había hecho construir las últimas granjas para sus nuevos arrendatarios, se dijo que tal vez no fuera tan bien recibida como esperaba.

Cualquier rastro de temor desapareció, sin embargo, en cuanto contempló el rostro de la mujer que le abrió la puerta una vez que recabó el suficiente valor para tocar.

Fanny Blossom era una mujer alta y muy delgada, una pelirroja de piel lechosa salpicada de pecas y de miembros tan alargados que, al mover las manos, cosa que hacía siempre que hablaba, parecía como si estuviera a punto de dar un manotazo a todo lo que se encontrara en su camino. Tenía además una sonrisa amistosa que le restaba varios de los años que parecía cargar a cuestas; en un inicio, a Victoria le pareció que le sacaba al menos una década, pero según fue observándola una vez que se presentó y esta la invitó a entrar para ofrecerle un poco de té en tanto charlaban, advirtió que en realidad no podía tener más de tres o cuatro años más que ella; a lo mucho podría haber llegado a la treintena. Su rostro ajado y macilento llevaba a engaño y supuso que aquello se debía a las difíciles circunstancias en las que viviera hasta antes de casarse.

Cuando se encontró cómodamente sentada en el diminuto saloncito que Fanny, quien insistió en que la llamara por su nombre de pila, usaba para sus labores de costura en sacrificio del comedor que había tenido que ser mudado a un rincón de la cocina, Victoria explicó a grandes rasgos el motivo de su visita, atenta a la reacción de la otra mujer frente a su propuesta. La mujer, sensata y bastante más reflexiva de lo que le pareció a simple vista, la escuchó con interés y no abrió la boca hasta que ella dijo todo lo que tenía en mente.

—No lo sé, señorita Sterling, es una buena oferta, pero no sé qué pensarán las otras mujeres. La idea es trabajar con cierta independencia, ¿sabe? Yo, al menos, ya he tenido bastante de jefes y órdenes para el resto de mi vida. No lo digo por ofenderla, claro —se apuró a aclarar la mujer una vez que expresó sus reparos.

Victoria no tomó sus palabras a mal.

—Entiendo; pero debo insistir en que no tengo ninguna intención de ordenar nada a nadie; tan solo deseo ayudar y, quiero ser sincera con usted, Fanny, si permiten que me involucre en su trabajo me estarán haciendo un gran favor —dijo ella sin disimular la ansiedad en su voz.

La mujer frunció la nariz y fue evidente que encontró extraño que esa mujer a quien había visto hasta entonces solo de lejos y a quien se le conocía en la región como la hija rebelde del vicario que dejó todo para irse a algún lugar lejano y que ahora había vuelto para cuidar de sus sobrinos, pareciera tan interesada en una labor que, para ella y otras mujeres, era solo un pasatiempo que las ayudaría a ganar algunas monedas extras.

—Bueno, yo no le veo nada de malo si promete que no intentará ser nuestra jefa o algo así; y no creo que las mujeres tengan mucho que decir al respecto, quizá ni siquiera les importe mucho el

asunto —la mujer se encogió de hombros ante la expresión confundida en el rostro de Victoria—. La verdad, señorita, es que al paso que vamos es posible que no tenga nada en lo que ayudar.

Victoria asintió al hacerse una idea de a qué podría estar refiriéndose la mujer que en ese momento se mostró bastante desalentada.

—El señor Talbot mencionó que, según su esposo, usted y sus socias han tenido algunos desencuentros —dijo ella con cautela.

La mujer sonrió y se llevó una mano al vientre en un gesto reflejo que sirvió a Victoria para advertir cierta redondez en la que no había reparado hasta entonces; pero no hizo comentarios al respecto. La mujer, sin embargo, notó su mirada y su sonrisa se ensanchó antes de negar con la cabeza, abatida.

—No hacemos más que gritarnos las unas a la otras, señorita; cada quien quiere hacer lo que le parece mejor y he estado tentada de echarlas a todas más de una vez. Pero necesito el dinero y tengo la bastante experiencia para saber que podemos hacer algo bueno; ellas son estupendas costureras y yo no me quedo atrás —señaló ella con orgullo—. He visto a mis patrones enriquecerse por años gracias al trabajo de mujeres como yo y aunque esto no es Londres y seguro que lo que hagamos nunca nos daría tanta ganancia, puede resultar muy bueno. Tengo contactos en la ciudad que pagarían un precio justo por lo que hagamos; incluso he conseguido ya un par de pedidos, pero pasamos más tiempo discutiendo que trabajando. Freddie ya dijo que nada de eso puede ser bueno para el niño y que prefiere que lo deje todo, que él se las arreglará con lo que nos falta, pero a mí me parece una tontería desaprovechar una oportunidad como esta.

Victoria la escuchó con atención, absorbiendo sus palabras al tiempo que les daba vueltas en su mente intentando dar con una solución para el problema sin asumir precisamente esa actitud propia de alguien que solo da órdenes que ella parecía temer y despreciar tanto.

—Comprendo bien la situación, Fanny, y me parece totalmente natural —dijo ella al fin escogiendo muy bien sus palabras—. Cuando un grupo de personas inician algo nuevo las discusiones son algo muy común; solo necesitan algo de tiempo para llegar a un acuerdo y acostumbrarse las unas a las otras. En cuanto vean todo lo que son capaces de conseguir unidas, las discusiones se terminarán. Para ello es necesario que cuenten con una guía, alguien con experiencia en esta clase de labores y que pueda orientarlas respecto a cuál es el mejor camino a seguir.

—Y eso es lo que quiere hacer usted.

Victoria asintió y sonrió con amabilidad a la mujer que la miraba con cierto recelo.

—Como le he contado ya, lo mismo que usted, tengo cierta experiencia en esta línea de trabajo y creo que podría serles de utilidad. Cuento también con algunas amistades que podrían proveernos con algunos pedidos; nada demasiado demandante, claro, pero podría ser un buen punto de inicio —dijo ella, hablando con entusiasmo—. E insisto en que no pretendo en absoluto asumir ningún papel de autoridad; solo quiero ayudarlas y ayudarme a mí misma en el proceso. Por favor, piense en mi propuesta y coméntela a sus amigas. Si me dan una oportunidad prometo que no las decepcionaré. Además, si me aceptan técnicamente estaré trabajando para ustedes y podrán echarme si algo no les convence.

La mujer rio al oír lo último y buena parte de sus reservas parecieron desaparecer al tiempo que la señalaba con la cucharilla que había usado para remover su té.

—Echarla —repitió ella entre risas—. Buena cosa sería. El señor Talbot nos haría trizas si



le hiciéramos algo como eso a su cuñada.

Buena parte de la emoción de Victoria se disolvió al oír la mención a Adam, pero consiguió ocultar su azoro sorbiendo un trago de su bebida.

—Aunque fue él quien hizo la sugerencia de que hablara con usted, en realidad no tiene nada que ver con esto; no deben preocuparse por eso —aseguró ella al cabo de un momento.

Fanny cabeceó, pero no dio la impresión de que la creyera del todo. De cualquier forma, hizo un ademán desenfadado una vez que pareció llegar a una conclusión y le sonrió nuevamente con calidez.

—Hablaré con las otras, señorita Sterling, pero en lo que a mí respecta no tengo ningún problema con probar —dijo al fin, convencida—; e intentaré que ellas lo vean también.

Victoria le devolvió la sonrisa, conmovida por aquella muestra de confianza, y cuando dejó la pequeña casita un rato después lo hizo con la seguridad de que, tal vez, no solo acababa de dar con algo que podría ayudarla a hacer más llevadera su estancia en Inglaterra sino que también había hecho una nueva amiga.

En tanto Victoria esperaba la respuesta de Fanny y las otras mujeres, se volcó de lleno al cuidado de los niños tomando con el tiempo cierto gusto a la rutina que había adoptado. El cariño que mostraban sin reparos sus sobrinos, además, contribuyó a que se sintiera, si no feliz, al menos sí satisfecha de la decisión que tomara al quedarse allí por ellos.

Lo único que ensombrecía su presencia en Devon era la continua sensación de desesperanza que la embargaba cada vez que se topaba con Adam, algo que ocurría cada vez con menor frecuencia. Parecía como si una vez dejadas atrás las sesiones de curación una vez que su mano estuvo del todo recuperada, él hubiera decidido mantener una cautelosa distancia entre ambos; e incluso cuando se encontraban en el mismo lugar era como si fueran dos extraños que debían hacer un esfuerzo por mantener las formas sin que ello implicara cualquier gesto de simpatía.

Para Victoria aquello era a veces intolerable. Antes de marcharse, el hablar con Adam, el sonreírle y adoptar una complicidad nacida del profundo amor que sentía por él era casi tan natural como respirar. Ahora, el fingir una indiferencia ante él que estaba muy lejos de sentir le parecía casi una agonía; pero era lo único que le permitía no caer hecha pedazos ante él. Su orgullo era su mayor protección y el perderlo la dejaría expuesta de una forma que no estaba dispuesta a permitir.

Poco antes de que culminara una nueva semana, tras compartir un aparatoso almuerzo con los niños, consiguió convencer a Harriett de dar uno de esos paseos que a ella tanto le disgustaban pero que los pequeños disfrutaban a rabiar, además de que siempre conseguían apaciguarlos cuando se encontraban demasiado inquietos, como parecía suceder aquella tarde. Al menos, ese era el caso de Sophie, porque su hermano lucía más callado de lo habitual en comparación con la revoltosa niña, quien daba vueltas por el jardín simulando ser un ave con los rollizos bracitos extendidos. Cada dos o tres pasos corría el riesgo de irse de bruces, sin embargo, por lo que Victoria tenía que apresurarse a ir en su rescate en tanto Harriett caminaba con el niño de la mano en un andar mucho más pausado.

Cuando la niñera señaló que estaba exhausta pese a que a lo sumo se habían alejado unos cuantos metros de la casa, a Victoria no le quedó más remedio que asentir de mala gana y aceptar tenderse sobre una de las mantas que la mujer había llevado con ellos y que dispuso sobre la hierba recién podada que despedía un olor delicioso.

Sophie y su hermano se entretenían jugando con unas figuras de madera que Victoria tuvo la precaución de meter en sus bolsillos antes de salir, en tanto Harriett se abanicaba con una mano sin dejar de parlotear acerca de lo poco que le gustaban los días soleados. Al cabo de un rato, sin embargo, Nicholas empezó a dormitar y otro tanto ocurrió con su hermana, si bien Sophie había dado muestras ya de poseer mucha más energía. Los niños llevaban los rostros cubiertos por sendos sombreros, de modo que Victoria juzgó que no habría nada de malo en que dormitaran un rato, y como Harriett se encontraba bien despierta y alerta, la convenció de quedarse con ellos en tanto ella continuaba con el paseo. Estar inactiva durante mucho tiempo la sumía en un estado de ansiedad que apenas podía soportar y la niñera lo sabía bien, de modo que no puso reparos en aceptar su pedido.

Cuando se encontró algo alejada del grupo, con los pies aumentando la velocidad según iba ascendiendo una empinada elevación, Victoria sintió que el aire empezaba a llenar sus pulmones y todo rastro de agitación iba desapareciendo de su interior. Era tan agradable dejar de pensar y tan solo entregarse al disfrute de ese entorno que siempre le había conferido tanta paz.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, terminó por tomar el sendero que llevaba al claro en lo alto de la colina desde donde tenía una vista estupenda de las tierras a sus pies. Los árboles la proveían de una buena sombra y estuvo tentada a dejarse caer sobre la hierba para imitar a los niños y tomar una siesta en soledad, pero entonces oyó unos pasos tras ella y, sin atreverse a girar para ver de quién se trataba, porque en el fondo de su corazón lo sabía con certeza, exhaló un suspiro y mantuvo la mirada fija en la lejanía, atenta al movimiento a sus espaldas.

—¿Empiezas a aburrirte?

Victoria esbozó una amarga sonrisa al oír la pregunta de Adam, pero hizo a un lado su incomodidad, decidida a no darle ningún tipo de satisfacción con su respuesta.

—No en realidad, pero me gusta pasar tiempo a solas de vez en cuando —dijo ella sin mayor inflexión en su voz.

—Lo recuerdo.

Pese a la sencillez de la respuesta de Adam, ella creyó percibir un leve rastro de añoranza en su voz que le provocó un estremecimiento.

—A ti eso siempre te pareció un poco ofensivo.

—Cierto. Pero solo hasta que comprendí que era parte de ti y, como todo lo tuyo, aprendí a apreciarlo con el tiempo. Si necesitabas tiempo en soledad para ser tú, ¿quién era yo para cuestionarlo? Mientras estuvieras cerca y volvieras a mí, todo estaba bien.

Victoria agachó la cabeza y apoyó el mentón sobre su pecho, aspirando con fuerza para controlar sus emociones. ¿Por qué decía él algo como aquello? Llevaba semanas haciendo como si ella apenas existiera y de pronto se zambullía en sus recuerdos arrastrándola con él sin considerar que corría el riesgo de ahogar a ambos.

Confundida e inquieta, procuró que al hablar su voz brotara tan natural como fue posible.

—¿Cómo está tu mano? ¿Ha vuelto a molestarte?

Al tiempo que hizo la pregunta, dio media vuelta para mirarlo de frente en espera de que él comprendiera que no debía continuar por esa senda y Adam pareció captar el mensaje en su mirada porque esbozó una leve sonrisa y extendió la mano ante ellos para que Victoria pudiera verla.

—Está muy bien, apenas siento alguna incomodidad de vez en cuando y supongo que

desaparecerá con el tiempo. Hiciste un buen trabajo, gracias.

Victoria asintió, aliviada de que él aceptara cambiar a un tema más seguro para ambos.

—No fue nada —dijo ella— ¿Has venido también a dar un paseo?

—No exactamente. En realidad, venía a buscarte porque tengo un mensaje para ti; fui a la casa y Morris dijo que habías salido a dar un paseo con los niños. Luego me topé con Harriett y en cuanto pude despertarla comentó que te alejaste para continuar por tu cuenta.

Victoria apretó los labios, enojada pero en absoluto sorprendida de que la niñera hubiera sido atrapada en semejante muestra de negligencia.

—¿Se encontraban bien los niños? —preguntó ella, procurando no sonar culpable.

Adam sonrió y se encogió de hombros.

—Estaban tan dormidos como ella, pierde cuidado —dijo él—. Cuando venía hacia aquí vi que los llevaba de vuelta a la casa.

Victoria asintió, aliviada de que él no hiciera mención al hecho de que hubiera sido un tanto descuidada.

—¿De qué mensaje se trata? —La curiosidad se abrió paso una vez que consiguió dejar su preocupación de lado— ¿Algo relacionado con mi padre?

—No. Es de la señora Blossom —respondió él—. Envía decir con su esposo que ha hablado con las otras mujeres y estarán encantadas de recibirte en una de sus próximas reuniones. No dijo nada respecto a si consintieron en que te unas a ellas con su empresa, pero supongo que este es un buen primer avance.

Victoria sintió cómo una gran sonrisa se dibujaba en sus labios y dio un paso hacia él, tentada a tomar su mano para demostrar de alguna forma la alegría que sentía, pero logró contenerse a tiempo.

—Es una noticia maravillosa —dijo ella, sujetando las manos contra su pecho para mantenerlas quietas—. Gracias por decírmelo.

Aunque no tan emocionado como ella, Adam se vio bastante satisfecho por su reacción y asintió tras una nueva y curiosa mirada.

—Por nada, soy solo un mensajero; es agradable ser portador de buenas noticias —dijo él—. Imagino que estarás contenta.

—Sí, por supuesto que sí. Fanny... la señora Blossom, me parece una mujer muy agradable y no dudo que lo mismo pensaré de las otras en cuanto las conozca. Creo que podremos hacer algo muy bueno, Adam, por ellas y por mí; será todo un reto.

—Es bueno que lo veas de esa forma. Si necesitaran algo...

—Espero que no hará falta molestarte, pero gracias. Has sido muy gentil —dijo ella, y luego continuó con una mirada indecisa—. Sé que solo haces esto porque piensas que así me encontraré entretenida, como dijiste, pero aun así... lo aprecio mucho.

Adam pareció estar a punto de responder, pero debió de pensarlo mejor porque tan solo cabeceó en un ademán adusto y miró sobre su hombro en dirección a Blackmore Park antes de devolver la atención a su rostro inquieto.

—¿Está resultando esto como esperabas, Victoria? —inquirió él entonces de golpe como si fuera una pregunta con la que luchara y esta al fin hubiera ganado la partida—. Vivir de nuevo aquí, lejos de todo a lo que estás acostumbrada. Los niños...

Ella asintió de inmediato al oírlo.

—Desde luego que sí. Tal vez haya pasado mucho tiempo, pero esta es mi casa, Adam, siempre lo ha sido y aunque es verdad que me acostumbre a mi vida en París, nunca fue mi hogar.

—Pero estabas dispuesta a quedarte allí; ibas a casarte con un hombre que no habría consentido con vivir en otro lugar.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro, pero no atinó a responder porque Adam dio un paso hacia ella y las palabras murieron en su garganta. Él la veía con la misma curiosidad que mostraba cuando ambos iniciaron su amistad y le hacía todo tipo de preguntas; como si deseara saberlo todo de ella, absorberlo y de alguna forma hacerlo suyo también. A Victoria aquel interés siempre le causó un poco de gracia y una buena cuota de admiración porque ella nunca fue capaz de mostrar semejante concentración respecto a algo, pero ahora, al encontrarse con su mirada fija en su rostro, tan perspicaz y profunda que le pareció como si estuviera a punto de leer incluso su mente, le asaltó un ataque de pánico que no supo cómo manejar, en especial cuando Adam volvió a hablar.

—¿Lo amas, Victoria?

Ella no tuvo que preguntar a quién se refería.

—Prefiero que no me hagas esa clase de preguntas...

—Pero yo quiero hacerlas —dijo él, ignorando su voz balbuceante—. Quiero saber.

—¿Por qué?

—Porque tengo curiosidad.

Victoria quiso dar un paso hacia atrás, pero el seto tras ella se lo impidió y lo único que atinó a hacer fue a cruzar los brazos a la altura del pecho como si con aquello pudiera, de alguna forma, defenderse de esas preguntas o tal vez de sí misma.

—Esa no es excusa para mostrarse tan descortés —replicó ella entonces a la desesperada—. Yo nunca te he hecho una pregunta como esa.

—Puedes hacerlo si quieres. A diferencia de ti, no me ofenderé y responderé con franqueza —dijo él sin vacilar, esbozando luego una sonrisa burlona—. Entiendo, claro, que no sea algo con lo que te sientas muy cómoda. Lo tuyo siempre ha sido fingir, ¿cierto? Ocultar la verdad porque la temes demasiado para enfrentarla. Y a pesar de ello, a que lo sé bien, aquí estoy otra vez apelando a tu sinceridad como un idiota.

Victoria hizo entonces algo de lo que habría de arrepentirse luego. Al ver la amargura en su rostro quiso borrarla como fuera; hacerla desaparecer porque le pareció insoportable y no solo por él, sino por ambos. Extendió las manos y las apoyó sobre su pecho cubierto por la delgada camisa de lino y sintió de inmediato el acompasado latido de su corazón y el calor que desprendía su piel. Adam se quedó mirándola como si eso fuera lo último que habría esperado que hiciera, demasiado sorprendido para atinar a decir nada.

—No temo a la verdad, Adam, ya no; pero sé lo que puede hacernos y no quiero lastimarte una vez más —dijo ella sin rehuir su mirada—. ¿Para qué poner en palabras algo que solo hará todo más difícil?

—¿Y qué si es así? ¿Qué importa si es difícil? —replicó él con un ademán desafiante al elevar el mentón como retándola a que lo contradijera—. Es la verdad y eso es suficiente.

—No lo entiendes.

—¿No? Ayúdame a hacerlo entonces.

Victoria cerró las manos sobre su pecho, haciendo un puño de ellas en un ademán

desesperado al tiempo que lo miraba a los ojos.

—¿Para qué? —preguntó ella.

La mirada de Adam llameó al tomarla por las muñecas, un gesto que fue tanto un arranque desesperado como una caricia que le provocó un nuevo vuelco al corazón.

—Es posible que para nada, ¿acaso podría ser de otra forma ahora entre nosotros? Pero al menos merezco eso —dijo él.

Victoria hubiera deseado decir que él merecía mucho más que eso; pero no encontró las palabras, y aun cuando hubiera podido, no mentía al decir que no le encontraba sentido a perdurar con lo que se había convertido en una constante fuente de sufrimiento para ambos.

Desolada, dejó caer las manos a los lados en tanto que Adam no hizo nada por sujetarla.

—Esta es una de las razones por las que no quería volver —dijo ella, exhalando un suspiro—. Sabía que iba a tener que enfrentar esto y tenías razón en algo: ya no soy valiente. Tengo demasiado miedo y no podré resistir verte cada día y saber que te he hecho daño; que me odias y tienes todo el derecho del mundo a hacerlo.

Pareció como si Adam estuviera a punto de decir algo, quizá negar esa última afirmación, pero Victoria lo detuvo antes de que pudiera hacerlo al sacudir la cabeza de un lado a otro y elevar una mano como si pretendiera así evitar que pudiera acusarla nuevamente.

—Cumpliré la promesa que te hice; al menos la última —dijo ella entonces en un tono mordaz dirigido a sí misma—. Me quedaré tanto tiempo como haga falta para encontrar a alguien capaz de velar por los niños de forma adecuada y procuraré también que una separación futura de mí no resulte demasiado dolorosa para ellos.

—Pero te irás de cualquier forma. —La respuesta de él surgió como un reproche velado por una sutil indiferencia, sin rastros de la pasión con la que había hablado hasta entonces—. Volverás a Francia.

Victoria asintió sin vacilar; no tenía sentido negarlo.

—Tal vez no sea mi hogar, pero se ha convertido en un refugio para mí y a pesar de lo que puedas pensar, pese a que creas que merezco ser castigada por los errores que cometí, estoy decidida a no atormentarme más de lo necesario —replicó ella con sencillez y un leve encogimiento de hombros—. Desde luego, no espero que lo comprendas.

—La verdad es que lo hago. Tomarás la salida fácil, como haces siempre porque no solo te has convertido en una cobarde, eres también demasiado egoísta para pensar en nadie más que no seas tú.

Victoria acusó los insultos con semblante imperturbable; sentía la boca seca como si acabara de tragar ceniza y sus manos, que hasta hacía un momento temblaban debido a la angustia, ahora colgaban a los lados de su cuerpo como entes sin vida. De haber podido sostener su corazón entre ellas, sin duda habría tenido el mismo aspecto, juzgó al sentir un hoyo en el pecho.

—¿Hay algo más que desees decirme? —preguntó ella al cabo de un momento.

Adam esbozó una sonrisa falta de emoción y arqueó una ceja.

—¿Para qué? —inquirió él a su vez en una réplica burlona de la misma exclamación que ella había usado hacía unos minutos.

—Exacto. ¿Para qué? —repitió Victoria, señalando luego la mansión bajo ellos con un ademán de la mano—. Debo volver.

Adam asintió y caminó hacia ella antes de rebasarla para mirar sobre su hombro una vez que

se hubo alejado unos pasos.

—Camina conmigo —pidió él—. No diré más.

Victoria vaciló un instante antes de cabecear y ponerse en camino con cuidado de mantener cierta distancia entre ambos. En tanto avanzaban en dirección a la casa, ambos sumidos en un pesado silencio, ella dio una mirada alrededor reconociendo aquellos lugares que antes había recorrido a su lado y que echó tanto de menos.

Ahora estaba allí de nuevo. Viendo aquello que le resultaba tan familiar, inhalando el mismo aire que la acompañó durante tanto tiempo. Los mismos aromas, los mismos sonidos. Y luego estaba él. La persona a quien creía conocer mejor que nadie, pero ahora veía que no eran más que dos extraños demasiado incómodos el uno con el otro para saber cómo actuar o qué decir. La indiferencia que Adam había decidido adoptar ahora le dolía como una espina en el costado; jamás se había sentido tan sola y tan lejos de todo lo que amaba como en ese momento.

Después de aquella charla, tan dolorosa para ambos, Victoria y Adam parecieron haber llegado al acuerdo tácito de tratar el uno con el otro tan poco como les fuera indispensable. Sin embargo, cualquier posibilidad de continuar en ese ambiente cargado de palabras no dichas y resentimientos amenazó con esfumarse cuando un acontecimiento recayó sobre todos los habitantes de Blackmore Park sumiéndolos en una nueva angustia.

El malestar que Victoria había advertido en Nicholas y que Harriett se encargó de reducir a un mero enfriamiento se reveló de un momento a otro como una enfermedad más preocupante de lo que cualquiera de ellas vislumbró. Una mañana, el niño se negó a levantarse de la cama entre toses y escalofríos, un estado que se alternaba con continuos episodios de desfallecimiento.

Luego de avisar al médico, sin permitir que la preocupación le nublara el razonamiento, Victoria se encargó de tranquilizar a la niñera, quien siempre se mostraba muy alterada en situaciones como aquella. Pese a que debería ser la primera en conservar la calma para apaciguar a quienes se encontraban a su cargo, la pobre terminaba convertida en un manojito de nervios cuando había un niño enfermo de por medio.

Aunque Victoria no lo mencionó entonces, temía por la salud de Nicholas precisamente porque le parecía un niño bastante enfermizo y en extremo delicado, a diferencia de su hermana; en ese sentido se parecía también a su madre, y por ello si bien procuró que no fuera demasiado notorio, se encontraba muy preocupada por él. Un resfriado no bien atendido en el caso de un niño dueño de una mayor fortaleza podría no ser nada por lo que inquietarse, pero algo le decía que en el caso del pequeño quizá hiciera falta un mayor cuidado.

Junto con la nota para el médico, que encargó a uno de los muchachos más despiertos de los establos para que la entregara con la mayor rapidez, envió también un aviso a Adam, segura de que él querría ser informado de inmediato y, tal y como supuso, antes de que pasara siquiera media hora él ya se encontraba de vuelta en casa.

En ese momento, ella acababa de convencer a Harriett de que se ocupara de entretener a Sophie en la habitación de juegos. La niña, como si advirtiera lo que ocurría y fuera consciente de la seriedad del asunto, se había mostrado bastante renuente a alejarse de su hermano, pero en cuanto Victoria le hizo unas cuantas caricias, asegurándole que él se encontraría bien y que le permitiría verlo luego, consintió en irse con la niñera.

Adam llegó cuando Victoria se hallaba sentada al lado de la cama del niño, enjugando su frente sudorosa y susurrándole algunas palabras al oído. Lo oyó cerrar la puerta tras él y sus pasos

sobre la alfombra cuando se acercó, pero no se giró a mirarlo y apenas hizo un gesto cuando lo sintió ocupar una butaca junto a la suya.

—El médico llegará pronto —dijo ella al cabo de un momento ante su silencio.

Él no respondió, pero lo sintió asentir y vio que extendía una mano para rozar los dedos del niño, inertes sobre la manta que lo cubría hasta el pecho.

—No creo que sea nada por lo que debemos preocuparnos, pero las precauciones nunca están de más; recuerdo que cuando tenía unos años más que él caí enferma por algún tipo de fiebre y tuve que pasar semanas en cama. A mi padre le gusta decir que fue entonces cuando empecé a desarrollar mi gusto por la lectura; no tenía nada mejor que hacer. ¿Quién iba a pensar que un hecho tan banal pudiera acarrear una afición tan importante?

Sabía que solo decía tonterías, una conversación vana y vacía, pero le inquietaba el mutismo de Adam; el hecho de que no dijera nada ni siquiera para detener su balbuceo la obligó a hacer acopio de voluntad y echar un vistazo sobre su hombro para mirarlo. Él tenía la mirada puesta en el rostro del niño y su semblante imperturbable le preocupó más de lo que lo hubiera hecho el verlo angustiado.

—Adam, él va a estar bien.

Aún más alterada frente a su falta de respuesta, Victoria apoyó una mano sobre la que él mantenía en la manta y apretó suavemente sus nudillos. Solo entonces él pareció despertar de alguna especie de trance y ladeó el rostro para devolverle la mirada. Toda la angustia que no consiguió ver en sus facciones y que él no había expresado tampoco en palabras desde su llegada parecía encontrarse albergada en el fondo de sus ojos.

—Adam...

Él tampoco dijo nada entonces; en lugar de ello sujetó sus dedos con fuerza entre los suyos, provocándole un leve sobresalto. No lo tocaba de aquella forma desde antes de su partida y el volver a sentir nuevamente su contacto estuvo a punto de hacerla jadear, sorprendida de que la emoción que la atacó fuera aún mayor de la que había sentido entonces. Se le secó la boca y tuvo que parpadear para ahuyentar la humedad que afloró a sus ojos ante ese toque. Por fortuna, o tal vez no, dependiera de la forma en que se viera, un suave toque a la puerta la sacó de su abstracción y, en un acto reflejo que le pesó mucho más de lo que se habría atrevido a reconocer, liberó su mano y se puso de pie para abrir al médico, que era el mismo que había atendido a Emma durante buena parte de su enfermedad.

Adam también pareció recuperar parte de su autocontrol ante la presencia del médico y en tanto este reconocía al niño hizo unas cuantas preguntas. Victoria hizo amago de marcharse entonces, dejar a ambos hombres para que hablaran a solas; pero Adam le hizo un gesto discreto para que permaneciera allí y ella no esperó a que lo pidiera de nuevo. Ocupó nuevamente su lugar junto al niño con cuidado de no estorbar al médico, atenta a sus respuestas.

Una vez que terminó con el reconocimiento, un examen que hizo en silencio y ante el que ni ella ni Adam dijeron una sola palabra a fin de no interrumpirlo, el hombre esbozó una suave sonrisa que a Victoria le pareció tan enigmática como la de una esfinge. Era algo que siempre había encontrado exasperante en la mayoría de los hombres de su profesión; era muy difícil adivinar lo que pensaban a menos que decidieran decirlo y aun así muchas veces parecían ocultar algo, como ocurrió alguna vez con Emma durante los albores de su enfermedad. La posibilidad de que ese hombre pudiera hacer lo mismo con Nicholas la inquietó y al ver el rostro adusto de

Adam supo que a él debía de ocurrirle algo similar. Supo también, no obstante, que él no iba a consentir que le ocultaran nada; de allí la forma en que parecía cernirse sobre el médico como un halcón vigilante y atento a cada una de sus respuestas una vez que se alejó de la cama del niño y le hizo una seña para hablar en privado.

Si el doctor encontró incómodo o incluso ofensivo que el padre de su paciente se mostrara tan demandante, tuvo cuidado de ocultarlo; quizá él no fuera el primer hombre en exigir una respuesta satisfactoria en un caso como aquel. De cualquier forma, Victoria encontró un tanto injusto que el hombre no compartiera sus conclusiones también con ella y exhaló un suspiro de alivio cuando se encontró con la mirada de Adam y este hizo un gesto al médico para que callara un momento a fin de que ella pudiera reunirse con ellos y oyera también lo que él tenía para decir.

—No puedo dar un diagnóstico preciso aún, pero no parece nada que no haya visto antes; tengo una idea de qué es lo mejor ahora y veremos cómo responde al tratamiento que les indicaré. Desde luego, vendré a verlo con frecuencia para comprobar que mejora o para hacer algo más si no fuera así; pero dudo que ese sea el caso —el hombre reanudó su explicación en cuanto Victoria se halló a su lado—. El niño siempre ha sido un poco frágil; recuerdo que temimos por su salud al nacer; en especial por las circunstancias en que se dio todo. Esta clase de enfermedades infantiles no son en absoluto extrañas; solo deben tener paciencia y ocuparse de que reciba los mejores cuidados.

—Entonces no cree que esto tenga ninguna relación con la enfermedad de su madre.

Victoria se sintió casi agradecida de que fuera Adam quien hiciera esa velada mención al mal que aquejó a Emma; aunque no se había atrevido a mencionarlo, el que Nicholas hubiera heredado esa condición era algo que lo angustiaba.

El médico oyó la pregunta con gesto indeciso, aunque fue obvio que no le sorprendió; tal vez había esperado que ese tema saliera a colación en algún momento.

—No, la verdad es que no, aunque tampoco puedo descartarlo del todo. Recordará, señorita Sterling, que en un inicio la enfermedad de su hermana no pareció de cuidado y que no fue hasta años después de presentarse el primer episodio que descubrimos cuán grave era en verdad.

Victoria asintió con los labios apretados ante el recordatorio del médico. Todo el horrible viaje que significó para la familia el resquebrajamiento de la salud de su hermana estaba muy fresco en su mente.

—Lo recuerdo bien, doctor, así como que todos pensamos que pasó demasiado tiempo para que dieran con un diagnóstico que tal vez, de haber sido hecho antes, le habría salvado la vida —señaló ella con cierta dureza sin poder contenerse—. No podemos permitir que ocurra lo mismo con su hijo.

Su tono surgió teñido de un mal encubierto desespero y también de un evidente recelo, pero el médico no pareció tomarlo a mal; por el contrario, suspiró, asintiendo y le dirigió un gesto de comprensión al elevar una mano y oscilarla frente a ella como un llamado a la paz. Adam, en tanto, permanecía en silencio, pero atento a ese intercambio con los ojos entrecerrados.

—Acabo de decir que no creo que ese sea el caso, pero comprendo su angustia; después de todo lo ocurrido es natural que se sienta preocupada. —El médico miró sobre su hombro y señaló al pequeño tendido—. Los niños son extraordinariamente resistentes. Pueden encontrarse muy delicados un momento y un par de días después recuperarse como si nada hubiera pasado. Esperemos que este sea el caso. Solo cabe tener paciencia. Seguro que usted y el señor Talbot



podrán entender eso.

Victoria no miró a Adam para saber cómo había tomado ese último comentario, pero a ella le inquietó que alguien, quien fuera, pusiera la angustia y las responsabilidades de ambos al mismo nivel. Por primera vez, se preguntó qué pensarían las personas de la región respecto a su presencia en Blackmore Park, pero no era el momento para dedicarle demasiados pensamientos a un asunto como aquel. En lugar de ello, asintió tras seguir la mirada del médico y comprobar la respiración irregular y trabajosa de Nicholas cada vez que su pecho pequeño y delgado se elevaba por debajo de la manta que lo cubría.

Luego de dar algunas indicaciones que Victoria se apresuró a anotar mentalmente para no olvidar nada y poder compartirlas luego con Harriett, el hombre se despidió asegurando que volvería al terminar la tarde una vez que hiciera las otras visitas que tenía pautadas en la zona. Si hiciera falta, sin embargo, aseguró que estaría al pendiente de cualquier aviso que pudiera recibir para regresar de inmediato.

Cuando Victoria lo vio marchar seguido por Adam, quien insistió en acompañarlo al vestíbulo con el fin, supuso, de hacerle otras preguntas, se llevó una mano a la frente y endureció la mirada de forma casi inconsciente. Lo más sencillo habría sido hundirse en la desesperación, pero estaba determinada a no caer en algo como eso. Cada uno de los pasos que dio desde que tomó la decisión de hacer ese viaje para cuidar de los niños la había conducido precisamente a un momento como aquel; era a eso a lo que se refirió al decir a Adam que los pequeños necesitaban a una persona a su lado que los amara y cuidara de forma incondicional en cualquier circunstancia. En ese momento era evidente que Nicholas la necesitaba más que nunca, de modo que se preparó para estar a su lado y cumplir con lo que había ido a hacer.

Contrario a lo que el médico esperaba, Nicholas no mejoró en un par de días como lo hacían otros niños. En realidad, para entonces la enfermedad que lo aquejaba había llegado a un punto más serio de lo que había estimado, pero no pareció que aquello lo perturbara demasiado; por el contrario, pese al mal aspecto del pequeño y de cómo los síntomas parecían haberse acentuado, él pareció satisfecho de esa evolución porque dijo que le había permitido descartar otros males que habrían resultado más preocupantes a la larga. En su opinión, el niño padecía de un mal respiratorio poco frecuente, pero en absoluto mortal; siempre y cuando estuviera bien atendido y mostrara la fortaleza para sobrellevarlo y superar las crisis. Quizá eso fuera lo único que le preocupara en el fondo, supuso Victoria al verlo vacilar cuando dio ese diagnóstico; lo mismo que ella parecía dudar respecto a esa fortaleza de la que Nicholas parecía carecer.

De cualquier forma, en la mansión decidieron tomar esa noticia como algo positivo y redoblaron los esfuerzos para asegurarse de que el niño se sintiera a gusto y fuera atendido de la mejor forma. Aquel acontecimiento afectó la rutina de cada miembro de Blackmore Park en distintos niveles, aunque fue Victoria quien se vio obligada a tomar las decisiones más extremas.

Para empezar, decidió quedarse en la mansión hasta que Nicholas se recuperara del todo y su padre tuvo el buen tino de no intentar disuadirla cuando ella se lo comunicó. Para Victoria hubiera sido insoportable volver cada noche a la vicaría para permanecer hora tras hora en vela preguntándose cómo pasaría el tiempo en la habitación del niño. Cualquier recelo respecto a las conveniencias de hacer algo como aquello quedó desterrado frente al agradecimiento que Harriett mostró cuando lo supo y aunque Adam no dijo una palabra al respecto, estaba segura de que él también apreciaba ese gesto.

Dispusieron un dormitorio para ella en el ala de los invitados, a solo unos metros de donde se encontraban las habitaciones de los niños, de modo que podía ir y venir a su antojo con cierta rapidez, aunque los primeros días de la enfermedad de Nicholas apenas asomó por allí. Pasó cada momento sentada a la cabecera de la cama del niño, atenta a su evolución y velando su sueño inquieto. Para entretenerse, sostenía algunas conversaciones con Harriett cuando esta no se encontraba cuidando de Sophie, que si bien parecía haber comprendido la gravedad del asunto, se mostraba renuente a permanecer alejada de su hermano. Más de una vez habían tenido que regañarla para asegurarse de que no asomara a esa parte de la casa y que permaneciera en las habitaciones que fueron destinadas para ella. Aunque el médico, pasados unos días, aseguró estar convencido de que la enfermedad de Nicholas no era en absoluto contagiosa, todos pensaron que ninguna precaución estaría de más, al menos hasta que el pequeño se repusiera del todo.

El segundo día en que Victoria se dispuso a ocupar la butaca que había elegido para pasar el día acompañando a su sobrino, luego de dormir unas cuantas horas en su habitación presionada por Harriett, quien se ofreció a relevarla para que pudiera descansar, se dio con la sorpresa de encontrar una pequeña pila de libros sobre la mesilla al lado de la cama del pequeño. Al estudiar los títulos, supo sin asomo de duda, de dónde provenían y quién los había puesto allí.

Había un volumen antiguo de los cuentos rusos que tanto le gustaban, una edición bellamente ilustrada de viajes al continente y, comprobó encantada, un par de compendios de poesía, uno de ellos con un estupendo surtido de obras de Keats.

Adam.

Sin importar cuánto rencor albergara hacia ella, era demasiado atento como para ir contra su propia naturaleza. Él la conocía lo suficiente para saber que se aburría con facilidad y que aquellas horas al lado de su hijo, sumida en la preocupación, eran a veces un martirio para ella. ¿Qué mejor que la maravillosa distracción que prodigaban los libros para evadir en cierta forma esa angustia?

Emocionada y conmovida, tomó el segundo libro de poemas y acarició la cubierta de cuero con los dedos. Tal vez, en el fondo, él no la odiara tanto, se dijo sin permitirse profundizar demasiado en lo que esa esperanza significaba para ella.

Con el tiempo, Victoria habría de recordar aquel par de semanas en las que se prolongó la enfermedad de su sobrino como un punto de inflexión importante en su vida. No solo debió cambiar la rutina que había dispuesto hasta entonces, dejando a un lado incluso su proyecto junto a la señora Blossom y las otras mujeres de la zona, sino que, obligados ambos por las circunstancias, empezó a pasar más tiempo al lado de Adam y ninguno de ellos fue capaz de mantener la cuidadosa pared que habían construido entre ambos. El abismo de rencor y desconfianza que los separara hasta entonces pareció hacerse cada vez más pequeño según se veían en la necesidad de compartir las horas uno al lado del otro.

Pese al ambiente distendido que ambos intentaron mantener en bien del niño para hacer el tiempo más agradable, sin embargo, Victoria no se atrevió a agradecerle el gesto que tuvo al disponer aquellos libros para que se entretuviera, pero cada vez que él entraba a la habitación y la encontraba embebida en las palabras, cuando dejaba el volumen de turno en su lugar y lo recibía con la sombra de una sonrisa, estaba convencida de que en realidad no había nada que decir. Él lo sabía.

Uno de aquellos días en que Victoria acababa de comprobar la temperatura en el rostro del

niño y que advirtió, aliviada, que según pasaba el tiempo esta parecía descender pese al continuo estado de letargo en el que él aún continuaba sumido, se dispuso a abrir el libro de cuentos que había decidido leer en voz alta para entretenerse y también al pequeño, cuando Adam entró a la habitación seguido por una doncella que traía una bandeja cuidadosamente dispuesta con ella.

—Harriett mencionó que no desayunaste hoy.

Adam habló antes de que siquiera alcanzara a abrir la boca para saludarlo, por lo que no le quedó más alternativa que asentir ante la verdad de sus palabras, resintiéndose un poco por la indiscreción de la niñera. Ya debía estar acostumbrada a que estuviera siempre dispuesta a compartir todo lo que sabía, pero en ocasiones como aquella hubiera preferido que no la pusiera en evidencia de esa forma.

—No he tenido tiempo...

—Tampoco lo hiciste ayer o el día antes de ese; es más, comentó que no recuerda cuándo fue la última vez que te vio sentada a una mesa.

Luego de interrumpirla con tan poco tacto, Adam hizo un gesto a la doncella para que llevara la bandeja con ella a la salita anexa.

—Déjela allí y regrese luego para que se quede un momento con el niño en tanto acompaño a la señorita Sterling —dijo él, para luego tender una mano a Victoria, que lo veía con los labios apretados—. ¿Vamos?

Ella estuvo tentada a negarse y decir que no le apetecía probar bocado, pero no pudo hacerlo por dos motivos demasiado evidentes para ignorarlos: no deseaba iniciar una discusión en presencia de la doncella y mucho menos de Nicholas, aun cuando este no se encontrara del todo consciente, y el aroma proveniente del contenido de la bandeja era tan tentador que su estómago amenazó con empezar a rugir en cualquier momento.

De modo que asintió de mala gana e, ignorando la mano extendida de Adam, se puso de pie al tiempo que dejaba el libro en su lugar para retomarlo luego. A él no le pasó inadvertido el desplante, pero en lugar de ofenderlo pareció encontrarlo divertido porque hizo un ademán exagerado para que lo precediera camino a la salita con una sonrisa burlona en el rostro.

Victoria no dijo una palabra hasta que se encontró sentada ante la mesa que había compartido muchas veces con Harriett durante la siesta de los niños y examinó la bandeja que la doncella había dejado para ella.

La cocinera debía de pensar que estaba al borde de la inanición, supuso al contemplar los platos bien surtidos y la tetera llena que hubieran bastado para cuatro personas, al menos. O tal vez Adam había insistido en aquella exagerada variedad, pero no se atrevió a preguntarlo directamente. En lugar de ello, se sirvió un té y también uno para él luego de que este asintiera tras consultarle con un gesto si deseaba un poco. La bebida estaba deliciosa y la cocinera incluyó una de sus tartas, comprobó embelesada dando un mordisco a la masa tibia.

Adam la observaba en silencio, pero no había abandonado la sonrisa y cada vez que elevaba la mirada de su taza arqueaba una ceja como si estuviera tentado a señalar que tenía razón y ella se encontraba hambrienta, lo que bastó para que Victoria se sintiera un poco picada.

—Solo para que lo sepas, Harriett ha exagerado —dijo ella una vez que tragó el cuarto bocado de tarta—. Lo ha hecho parecer como si estuviera dejándome morir de hambre y no es verdad; una doncella me sube las comidas tres veces al día.

—Té, un poco de pan y apenas sopa si estás de humor, según he oído.

Victoria contuvo un bufido.

—Haces que suene como si me encontrara presa en una mazmorra —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Permíteme decir que el té y el pan que se encuentran en tu casa son los mejores que he probado en mi vida. Y la sopa de tu cocinera es extraordinaria; dudo que la reina haya tomado una tan buena...

—Victoria.

Ella arqueó una ceja y suspiró al levantar la mirada de su taza y encontrarse con su rostro serio.

—Está bien —reconoció de mala gana—. Tal vez he sido un poco descuidada.

Adam asintió como si se diera por satisfecho con ese reconocimiento e hizo un gesto para que ella reanudara su desayuno, lo que hizo sin pensarlo dos veces. En verdad todo estaba delicioso; tal vez no al nivel del palacio de Buckingham o de lo que fuera que estuviera acostumbrada la reina a comer, pero sin duda le resultó estupendo. Para cuando terminó, dejando una buena porción de lo enviado por la cocinera porque hubiera sido imposible para ella terminar con todo, exhaló un suspiro satisfecho y se recostó en el respaldar de la silla.

—¿Mejor? —preguntó Adam.

—Mucho mejor.

—Bien —dijo él—. Esta noche, por cierto, dormirás en tu cama; vas a destrozarte la espalda si continúas dormitando sobre esa butaca.

—¡Duermo en mi cama! —se apresuró ella a señalar, haciendo a un lado la placidez dejada por la comida—. Y si Harriett ha dicho lo contrario...

—Harriett no ha mencionado una palabra al respecto, nunca lo haría. Le conviene que seas tú quien pase las noches en la habitación de Nicholas; sabes lo mucho que la perturba estar a solas con los niños cuando se encuentran enfermos —replicó él sin alterarse—. Lo sé porque te veo todo el tiempo.

Victoria parpadeó, muda por un momento debido a la impresión. Cuando consiguió recuperar el habla, se apresuró a carraspear para procurar que su voz no sonara demasiado extraña.

—¿Me ves? —repitió ella.

—Claro. Paso con frecuencia para ver al niño y cada vez que lo hago te encuentro dormitando sobre esa butaca como un fardo mal enrollado. Es evidente que debe de ser muy incómodo para ti.

Victoria no supo qué la perturbó más, si que Adam la viera dormir o que la comparara con un saco de patatas.

—No es tan malo —respondió ella una vez que pudo pensar en algo que decir—. Y Nicholas necesita compañía durante las noches.

—Tienes razón, y te estoy muy agradecido por haberlo hecho cuando él más lo necesitaba, pero coincidirás conmigo en que se encuentra mejor.

—Sí, pero... —Victoria vaciló, nada convencida—. Aun así, no se le puede dejar solo y acabas de reconocer que no es algo con lo que Harriett se sienta cómoda.

Adam asintió como si hubiera esperado su protesta y dio un último sorbo a su bebida antes de dejar la taza en su lugar.

—Nunca dejaría al niño solo; no todavía, cuando es obvio que aún necesita un cuidado especial —dijo él—. Me quedaré yo con él.

—¿Tú?

—¿Por qué te sorprende? He debido de hacerlo antes; después de todo, soy su padre.

Victoria cabeceó.

—Claro, pero no estoy segura... ¿cómo harás tus labores durante el día si no duermes de forma debida?

—Entonces reconoces que no es posible dormir a gusto en esas circunstancias.

Victoria entrecerró los ojos y estuvo tentada a hacer un mohín como una niña pillada en falta. Desde luego que no perdería la oportunidad de dejar en claro que tenía razón también en eso.

—No es tan malo —dijo ella con voz sibilante.

—Si tú lo dices —replicó Adam tras encogerse de hombros y sin parecer dispuesto a ceder—. Lo comprobaré esta noche.

Victoria supo que no tenía sentido discutir con él cuando asumía esa actitud tan decidida. Incluso una persona tan obstinada como ella era capaz de reconocer cuándo se encontraba frente a alguien que lo era aún más. Antes, cuando apenas empezaban a desarrollar su amistad, se había dado de bruces con frecuencia al intentar hacer que cambiara de opinión a su conveniencia; luego, sin embargo, según el lazo entre ellos se fue haciendo más cercano, advirtió que él tan solo doblegaba su voluntad por darle gusto, un gesto generoso del que se aprovechó más de una vez, recordó con una poderosa sensación de añoranza que la llevó a esbozar una suave sonrisa.

—¿Algún recuerdo agradable?

La voz de Adam se coló en sus pensamientos y la obligó a apartar sus ensoñaciones. Parpadeó, rogando porque su rostro no la delatara, aunque fue bastante consciente del calor en sus mejillas y supuso que él sería perfectamente capaz de advertirlo también.

—Nada importante —dijo ella con cuidado de rehuir su mirada y abordar un tema menos espinoso al continuar—. ¿Crees, entonces, que Nicholas estará pronto recuperado del todo?

Adam esbozó una suave sonrisa y buscó sus ojos, pero ella mantuvo el rostro ladeado como si encontrara de pronto muy interesante el vaivén de las cortinas que cubrían las ventanas y que dejaban asomar los rayos del sol que se encontraba en lo alto.

—Eso cree el médico, y quiero pensar lo mismo. Tiene mejor semblante y su sueño es más sereno; debes de haberlo notado ya que pasas tanto tiempo a su lado —dijo él—. O tal vez sea debido a ello que te cuesta advertirlo como a los demás.

Victoria cabeceó, nada dispuesta a reconocer que pudiera tener razón aunque sabía que en el fondo era posible que así fuera.

—Espero que estés en lo cierto, claro, pero me preocupa que no esté del todo consciente. Lo veo tan frágil, siempre dormitando. Si lo viera mirarme, oírlo decir algo... —Suspiró ella—. Me sentiré más tranquila entonces.

—Ocurrirá pronto, estoy seguro. Lo que debes hacer es intentar retomar una rutina que no te afecte demasiado —dijo él—. Da un paseo con Sophie, por ejemplo, o visita la biblioteca. Aún mejor, ve a casa de tu padre durante un par de horas; debe echarte de menos, y hablar con él puede distraerte.

Victoria frunció el ceño. Todas eran opciones muy tentadoras, pero parte de ella se resistía a alejarse demasiado del niño; era sorprendente el cariño que había desarrollado hacia él en las últimas semanas debido al tiempo pasado a su lado. Si en un inicio su apego se había visto más inclinado a su hermana por encontrar tantas similitudes entre ambas, había algo en la fragilidad

del pequeño, en sus constantes silencios, que la conmovía profundamente y le inspiraba una profunda necesidad de protegerlo. Dejarlo en ese momento en que no se encontraba del todo recuperado, aun cuando jamás se hallara desatendido, le parecía casi imposible.

—Quizá dé un paseo luego —dijo ella entonces al comprender que Adam debía de esperar una respuesta—. Podría dar una vuelta por el jardín con Sophie luego de su siesta esta tarde.

Adam cabeceó y pareció como si hubiera estado a punto de insistir en las conveniencias de que fuera algo más flexible, pero debió de pensarlo mejor porque no dijo más al respecto. Pasados unos minutos, cuando Victoria estaba a punto de ponerse de pie, sin embargo, él la sorprendió al llevarse una mano al bolsillo de la chaqueta y dejar un pequeño trozo de papel doblado sobre la mesa.

—Tal vez esto te anime. Aprovecha tu paseo de esta tarde para leerla; sin duda apreciarás hacerlo a solas, pero si no puedes esperar hasta entonces dímelo y estaré encantado de quedarme con Nicholas en tanto tú sales un momento.

Victoria tomó el papel con un gesto indeciso, un tanto desconcertada por sus palabras y con su curiosidad picada. Dobló el pliego que reveló tratarse de un sobre doblado y exhaló un hondo suspiro al encontrarse con la letra familiar. Ni siquiera necesitó leer el nombre del remitente; sabía bien de quién era.

—Llegó a casa de tu padre ayer y él pensó que querías leerla de inmediato, así que la envié esta mañana —indicó Adam con voz desapasionada—. ¿Acaso no le has contado que rompiste el compromiso? En el caso de que lo hayas hecho, claro.

Victoria dobló nuevamente el papel y lo guardó en el bolsillo de la falda que había elegido usar esa mañana sin mirarlo o responder de inmediato. Cuando lo hizo, sin embargo, fue mirándolo a los ojos y con el ceño fruncido para dejar en claro cuánto le molestaba esa pregunta.

—No me molestaré en responder a eso —dijo ella con el mentón elevado en un gesto muy digno—. Y la leeré luego, no hace falta que te quedes con Nicholas ahora. En realidad, volveré con él, si no te importa, no me gusta dejarlo a solas con la doncella durante tanto tiempo; ella no sabría qué hacer si se despierta. Agradece a la cocinera por el desayuno, por favor; estaba delicioso.

Sin esperar respuesta, se puso de pie y no desaceleró el paso hasta encontrarse una vez más al lado de la cama del niño. Tras despedir a la niñera con una sonrisa agradecida, ocupó la butaca y tomó nuevamente el libro que había dejado hacía un momento. La carta en su bolsillo quemaba como un carbón ardiendo, pero no se atrevió a tocarla. Adam había tenido razón en eso; era algo para lo que necesitaba soledad y, aun cuando él no lo mencionara, una buena cuota de valor.

## CAPÍTULO 6

*Mi queridísima Victoria:*

*Debes de encontrarte asombrada del tiempo que me ha tomado enviar esta respuesta, pero como podrás comprobar en la fecha en que fue redactada, fue necesario que tomara unos días de reflexión para escribir una respuesta apropiada a la última de tus cartas.*

*Tal vez esperes reproches de mi parte, pero puedo asegurarte que no encontrarás uno solo aquí. A decir verdad, querida mía, debo reconocer que tus palabras no me sorprendieron del todo considerando el difícil momento por el que sé que atraviesas; cuando te fuiste tan perturbada y triste hace unos meses supe que esto podría ocurrir, de allí mi ausencia de sorpresa. No sé, además, lo que habrás encontrado en tu regreso al que fue tu hogar y qué tanto habrá afectado esto a tu ánimo. Por tus palabras avizoro, sin embargo, que incluso más de lo que habría cabido imaginar.*

*Insisto en que no recibirás un solo regaño en lo que a mí concierne; la situación que atraviesas ha debido de llevarte a este estado de inquietud y no quiero aumentar tu angustia. Por el contrario, te escribo para asegurarte que no he tomado tus palabras de una forma literal porque estoy convencido de que no es eso lo que deseas en realidad. Cuando hablas de romper nuestro compromiso sin duda te refieres al triste paréntesis que nos vemos obligados a tolerar hasta que podamos encontrarnos nuevamente juntos, lo que confío que pasará pronto. Aún más, me atrevo a asegurar que no pasará mucho tiempo antes de que pueda ver nuevamente tu bello rostro y dejemos este triste episodio en el pasado.*

*Como puedes imaginar, sí, me he sentido angustiado por tu ausencia; te extraño de una forma que no puedo expresar...*

*Perdona si esto último te parece un reproche cuando te aseguré que no recibirías ninguno de mi parte, es solo la tristeza la que habla y toma el control de mi corazón; pero no leerás una sola frase más que pueda perturbarte. En lugar de ello, me gustaría contarte cómo van las cosas aquí en el que es realmente tu hogar, el mismo que espera también tenerte de regreso pronto.*

*Las labores en el taller y el trabajo de las damas que dejaste a mi cuidado no podría ser más extraordinario. Debo anunciar, incluso, que gracias a ciertos contactos he conseguido entablar contacto con una importante fábrica que se encuentra muy interesada en servirnos de intermediarios...*

Victoria terminó de leer la carta que sostenía entre las manos, tras culminar con las últimas líneas escritas por Henri acerca del trabajo en el taller y el estado de las finanzas, amén de resumir el último informe del señor Dubois al que había tenido acceso y que Victoria ya conocía porque el administrador se encargaba de enviarle una carta cada dos semanas para mantenerla al tanto.

Henri se despedía reafirmando su amor y que no debía preocuparse por lo que él pudiera pensar de su última carta, escrita en un arranque de nostalgia y desesperación, como él señalaba en un tono condescendiente que la hizo rechinar los dientes. Al parecer, él había decidido simplemente hacer como si hubiera sido presa de un ataque de histeria que la llevó a decidir

romper su compromiso y lo obviaba sin molestarse en pensarlo siquiera.

A Adam le encantaría saberlo, se dijo en un arranque de humor negro una vez que dejó caer la carta sobre el velador.

Era, a decir verdad, la tercera o cuarta vez que la leía, ya no lo tenía del todo claro.

Como dijo a Adam, aprovechó su paseo de la tarde con Sophie en tanto la niña jugueteaba en el jardín para leerla por primera vez. En un principio se quedó tan sorprendida que tuvo que repasar las líneas un par de veces más para convencerse de que no había entendido mal, pero no tuvo tiempo para reflexionar demasiado acerca de ello porque la niña requería su atención. Luego, tras pasar el resto de la tarde con Nicholas y después de dejarlo con Harriett en espera de que llegara Adam a velar su sueño, tal y como le dijera más temprano, se dirigió a su habitación y la leyó una vez más, sin poder creer del todo su contenido. Henri no podía ser tan irracional.

Claro que había quienes pensarían que la irracional era ella se recordó de mala gana en tanto se preparaba para meterse a la cama.

Sin embargo, fue muy clara en su carta y aun cuando no se atrevió siquiera a confesárselo a sí misma entonces, no lo hizo llevada tan solo por la condición que Adam le impuso para permitir que continuara haciendo compañía a los niños, sino porque sabía que estaba haciendo lo correcto; por ella y también por Henri.

Tan pronto como estuvo de vuelta en casa, tras pensar en la que había sido su vida hasta entonces en Francia, el tiempo compartido con su tía, todo lo que aprendió gracias a ella y su relación con Henri, supo que eso último era lo único que no conseguía echar de menos. Apreciaba a Henri y lo consideraba un buen amigo, pero pese a que por mucho tiempo luchó para persuadirse de que una unión entre ambos sería lo mejor para todos, ahora estaba convencida de que eso no era verdad. No podía imaginar el compartir su vida con él, no como un matrimonio. Le bastó con ver a Adam por primera vez después de todo aquel tiempo separados para saber que era imposible.

Con Henri jamás sintió siquiera un atisbo de los sentimientos que experimentaba al verlo u oír su voz. Guardaba en su memoria el recuerdo del único beso que compartieron y aun después de los años pasados desde entonces le bastaba con pensar en ese momento para que cualquier de los besos que recibió de Henri sencillamente desapareciera de sus recuerdos. Era así de poderoso para ella. Y así de temible también, reconoció con un suspiro al tiempo que se tendía sobre la cama con los brazos abiertos a los lados en un ademán de desaliento.

Dio una mirada alrededor, apreciando la belleza de la habitación que habían dispuesto para ella. Hasta entonces, nunca había explorado el interior de Blackmore Park y mucho menos estado en las habitaciones dispuestas para los miembros de la familia y sus invitados. Harriett insistió en que ocupara la más amplia de estas últimas; según ella había pasado tanto tiempo desde la última vez que se recibieron visitas en la mansión que, de no ser por los cuidados de la servidumbre, los muebles correrían el riesgo de enmohecer. A Victoria los lujos la tenían sin cuidado, pero habría sido hipócrita de su parte no reconocer que le encantaban los techos abovedados, las hermosas pinturas que adornaban las paredes y, sobre todo, la espléndida y amplia cama que ahora ocupaba. El colchón y las almohadas eran tan mullidos que hubieran podido devorarla, una posibilidad que le pareció bastante tentadora en ese momento.

Ser devorada por esa suavidad y olvidarlo todo al menos por horas, se dijo con el cerebro adormecido y a punto de caer rendida por el sueño acumulado de las últimas noches dormidas a



sobresaltos. Cuando cerró los ojos y ahogó un bostezo, acomodándose de lado sin molestarse siquiera en cubrirse con una manta, apenas dedicó un pensamiento a todo lo que esperaba por ella una vez que despertara.

Victoria hubiera podido jurar que llevaba días durmiendo cuando oyó un suave golpeteo que le costó reconocer de inmediato. En realidad, cuando entreabrió los ojos ni siquiera estaba muy segura de en dónde se encontraba o qué día era; así de profundo había sido su sueño. El golpeteo calló entonces y creyó que lo había imaginado, por lo que cerró nuevamente los ojos y rodeó la almohada que tenía entre los brazos tras exhalar un suspiro, dispuesta a reanudar el descanso.

No podía llevar más de un minuto nuevamente dormida, sin embargo, cuando sintió un suave toque en el brazo y, desconcertada, esta vez abrió los ojos de golpe para ver de qué se trataba. Cualquier exclamación que hubiera estado a punto de brotar de su garganta murió debido a la sorpresa que le produjo ver quién estaba a su lado y la tocaba con aquella familiaridad.

Adam se encontraba inclinado sobre ella y su rostro, apenas iluminado por la luz de la luna que se colaba por las cortinas corridas, estaba muy cerca del suyo. Iba en mangas de camisa y, al contemplarlo con mayor atención una vez que se repuso del primer sobresalto, advirtió que tenía el cabello revuelto y expresión alerta.

—¿Qué ocurre?

La pregunta de Victoria surgió en una voz adormilada que incluso a ella le costó reconocer, por lo que sacudió la cabeza para ahuyentar los remanentes del sueño y miró a Adam como si le costara creer aún que no se trataba de un espejismo. Él apretó su brazo con suavidad y Victoria hubiera podido jurar que sintió la forma en que las yemas de sus dedos recorrían la piel cubierta por el delgado camión en una suerte de caricia.

—Victoria, es Nicholas —dijo él.

La mención al niño pareció obrar el milagro de ahuyentar del todo el sueño y Victoria se incorporó con movimientos bruscos y apurados, con su corazón latiendo a toda velocidad.

—¿Ha empeorado?

Cuando estaba a punto de echar a correr para dirigirse a la habitación del niño, Adam la detuvo, sujetándola por los hombros y acercó el rostro para que viera su expresión sonriente.

—No. Está despierto y te llama —dijo él con claridad para que pudiera entender sus palabras—. Reúnete conmigo en cuando estés más despejada. Le gustará verte.

Victoria asintió, aún atontada, pero ya consciente del todo. Cuando Adam la soltó y se dirigió a la puerta estuvo a punto de llamarlo, estremecida por el efecto de su toque y la horrorosa sensación de pérdida que la asaltó al dejar de sentirlo; pero comprendió a tiempo que el pensamiento era una locura y mantuvo la boca firmemente cerrada así como su cabeza caída hacia adelante hasta que oyó la puerta cerrarse tras él.

Solo entonces se puso de pie con rapidez y empezó a dar vueltas; una mezcla de sentimientos se amontonaba en su corazón, pero consiguió centrarse en lo que en verdad importaba. Se calzó con unas zapatillas y corrió para dirigirse a la habitación de Nicholas, pero, al pasar por el espejo ovalado adosado al tocador junto a la puerta, se detuvo bruscamente, atraída por su reflejo.

Su cabello, que había trenzado con descuido antes de acostarse, caía a ambos lados de su rostro dotándole de un aspecto muy joven; en tanto que el camión que escogió para traer de casa de su padre cuando decidió quedarse a dormir en la mansión era el más sencillo y liviano que tenía. Su tía se lo obsequió para su último cumpleaños; lo había encargado a las trabajadoras del

taller de costura porque decía que era absurdo que llevara tanto tiempo allí y no tuviera aún una prenda de dormir elegante. Mencionó también, entre risas y con ese estilo travieso que adoptaba cuando se encontraba de buen humor, que le vendría bien acostumbrarse a usar algo más sugerente de lo que acostumbraba para que cuando se casara con Henri el cambio no se le hiciera demasiado dramático. Con esas formas delicadas y bonitas que tenía y esa clase de corte tan revelador que las dejaba a la vista, comentó, él estaría encantado.

Pero era Adam quien la había visto con esas fachas, se recordó Victoria llevándose las manos a las mejillas ardientes. Con seguridad su tía no habría previsto algo como aquello, masculló entre dientes en tanto buscaba una bata que la ayudara a sentirse algo más cubierta. No quería ni pensar en lo que Adam...

Con un gemido de vergüenza, se peinó lo mejor que pudo, ajustó el cinturón de la bata e hizo a un lado unas ideas tan turbadoras; luego se puso en camino y tan pronto como llegó a la habitación del niño comprobó las buenas noticias de Adam.

Nicholas se encontraba recostado sobre una almohada, pálido y con los brazos asentados sobre la manta que le cubría hasta la barbilla en una postura lánguida que revelaba su debilidad, pero sus ojos estaban muy abiertos e incluso advirtió que tenía los labios curvados hacia arriba como si pretendiera esbozar una sonrisa.

Se apresuró a ir hacia él y Adam se puso de pie para dejarle el lugar que ocupaba en la cabecera. Sin detenerse a pensar en lo que hacía o en cuán apropiado era mostrarse tan efusiva, besó la cabeza del niño y le acarició las mejillas, encantada de oírlo pronunciar su nombre. ¡En verdad la había llamado! Miró sobre su hombro para encontrarse con la expresión imperturbable en el rostro de Adam, quien ahora parecía algo más taciturno de lo que le pareció cuando fue a despertarla, y le sonrió sin detenerse a pensar en el efecto que ese gesto tendría en él.

El niño estaba muy adormilado, pero lo bastante repuesto para balbucear algunas palabras con esfuerzo, en especial cuando Harriett irrumpió en la habitación enfundada en una de sus enormes batas de terciopelo y los blancos cabellos cubiertos por un gorro que le cubría hasta las cejas. La niñera empezó a hablar hasta por los codos entre risas, declarando a los cuatro vientos lo feliz que estaba y cómo pretendía permanecer al lado de su niño tanto como hiciera falta. Victoria se abstuvo de comentar que eso habría sido muy bien recibido hacía unos días, consciente de que no se trataba de un gesto egoísta o nacido de las conveniencias; su temor a las enfermedades la superaba y hacía lo mejor que podía. Nadie como ella habría podido encargarse de velar por Sophie en tanto su hermano se recuperaba del todo.

Victoria permaneció al lado del niño durante unos minutos más hasta que notó que empezaba a dormitar y, tras intercambiar una mirada entendida con Harriett, quien se apresuró a asentir, se puso de pie para regresar a su habitación. Estaba segura de que la niñera se quedaría con él y así ella podría dormir un poco más para relevarla al día siguiente; además de que así le resultaría menos pesado estar presente cuando el doctor fuera a verlo y pudiera comprobar la mejoría.

Besó una vez más al niño, que suspiró entre sueños y apenas miró a Adam de reojo al despedirse, aún turbada por lo mucho que le afectó verlo en su habitación. Acababa de doblar el corredor y se encontraba frente a su puerta entreabierta, sin embargo, cuando sintió unos pasos tras ella y supo que era él quien la había seguido. Ahogando un suspiro, dio media vuelta, dispuesta a oír lo que fuera que tuviera para decir y así poder regresar a la seguridad que le daba su dormitorio, con una puerta firmemente cerrada entre ambos.

Al mirarlo al rostro, no obstante, comprendió de golpe algo contra lo que había estado resistiéndose desde su llegada; una certeza que se hizo palpable en el momento en que lo vio nuevamente pero que se había esforzado por enterrar tan profundo dentro de su corazón como le fue posible: no había absolutamente nada en el mundo que pudiera servir de barrera entre lo que sentía por Adam y lo que él a su vez esperaba de ella.

No era una joven ingenua, nunca fue parte de su naturaleza; si alguna vez albergó una buena cuota de candidez debido al ambiente un tanto represivo en el que creció, debido a la formación que sus padres les prodigaron a ella y su hermana, buena parte de aquello desapareció tan pronto como llegó a París y empezó a convivir con la tía Lucie. Ella la adiestró para que fuera más observadora respecto al accionar de los hombres con los que se veían obligadas a tratar desde que se convirtió en la cabeza del negocio familiar y Victoria se vio en la necesidad de ayudarla con ello. Luego, debido a su relación con Henri, aprendió además a ser más cauta y sensata respecto a las confianzas que estaba dispuesta a tolerar del sexo masculino. Nada de las familiaridades que había mostrado hasta entonces en la campiña inglesa y ni soñar con esa absoluta confianza que tuvo siempre para con Adam. Sabía cuán peligroso podía ser algo como aquello, pero eso no le impedía advertir los sutiles matices en el comportamiento de un hombre cuando este la encontraba atractiva e incluso deseable.

Y fue eso lo que vio con absoluta claridad en el rostro de Adam cuando se encontró con su mirada; un deseo tan evidente, una necesidad tan latente que tuvo en ella el efecto de un puñetazo en el estómago. Cualquier cosa que había estado a punto de decir desapareció de su mente, sumiéndola en una nebulosa que no se vio capaz de disipar ni siquiera al reparar en que él daba un par de pasos más hacia ella y extendía una mano para posarla sobre su hombro.

Debería de haberlo detenido, se dijo después, pero en ese momento lo único que atinó a hacer fue tocarlo también de la forma en que llevaba tanto tiempo anhelando. Sin pensar, se puso de puntillas para acariciar su rostro, delineando cada uno de los rasgos que le eran tan familiares y que había añorado tanto durante su separación. Fue como si hubiera estado privada de la vista durante años y de pronto, al tocarlo y reconocer las ondulaciones de su rostro, pudiera ser capaz de ver una vez más. Pero ver de verdad, de la única forma en que valía la pena hacerlo.

Descubrió que su piel era tan suave como recordaba a excepción de esa parte de su rostro en que la barba se sentía áspera bajo sus dedos; sus rasgos continuaban siendo afilados y bien cincelados, la línea de su nariz aguileña perfectamente trazada. Sus labios... no se atrevió a tocarlos, pero no hizo falta que lo hiciera porque en el instante en que hizo amago de tantear sobre ellos, dudando, Adam pareció perder el poco autocontrol que aún conservaba y del que había hecho gala en tanto ella iniciaba ese peligroso acercamiento, y usó la mano libre para rodearla por la cintura y atraerla hacia él buscando su boca. Entonces Victoria pudo comprobar cuán familiares le eran también sus labios.

En tanto él se cernía sobre ella, devorándola, el único resquicio de su mente que parecía funcionar aún con cierto sentido le susurró al oído que hacía mal, que jugaba con fuego y que ambos corrían el riesgo de ser consumidos, pero lo acalló sin vacilar. Había soñado durante tanto tiempo con ese momento que la idea de renunciar a ello le pareció insoportable. En su lugar, decidió echar abajo todas las defensas que mantuvo erigidas hasta entonces, al menos por un instante, y entreabrió los labios para corresponder al asalto de Adam, acercando al mismo tiempo su cuerpo al suyo hasta que sintió la firmeza de su pecho cuando rodeó su cuello con las manos.

Adam pareció tomar su reacción como el permiso que necesitaba para ir un paso más allá y, sin bien saber cómo ocurrió, Victoria se vio retrocediendo a pasos pequeños y trastabillantes cuando él tiró de ella hacia el interior de su habitación y cerró la puerta tras ellos sin dejar de besarla apoyando su espalda sobre la madera en tanto la apresaba entre sus brazos con mayor firmeza.

Victoria posó una mano temblorosa sobre su pecho y sintió los latidos acelerados de su corazón sobre la palma; podía sentir el suyo golpeando también en su interior y se dijo que era casi como si ambos estuvieran palpitando al unísono en un ritmo desesperado y anhelante que no se detendría jamás por mucho que lucharan para acallarlos.

El olor de Adam se colaba por su nariz y tuvo que separarse un instante para tomar aire porque creyó que estaba a punto de ahogarse debido a todo el aliento contenido. Él, que no pareció encontrarse en mejores condiciones, apoyó la frente sobre la suya y Victoria percibió el ardor de su piel, una sensación que se acentuó cuando empezó a deslizar sus labios por todo su rostro dejando un reguero de besos. La línea de sus cejas, el puente de la nariz, sus mejillas, el punto palpitante detrás de sus orejas; parecía como si él necesitara saborear cada centímetro de su piel y marcarla de alguna forma. Le costó reconocer al joven contenido en ese hombre apasionado que no dejaba de tocarla y besarla pese a los muchos motivos que existían para que supiera, lo mismo que ella, que lo que hacía era una locura.

En algún momento, sin que ella supiera cuándo o cómo pasó, cayó en la cuenta de que Adam había desatado el nudo con que sujetaba la bata y ahora sus manos se colaban sobre el camisón, estrujando su piel con caricias demandantes y apasionadas al tiempo que asaltaba su boca una vez más; y aunque Victoria sabía que debería de haberlo detenido en ese momento, solo atinó a profundizar el beso y arquear el cuerpo para acercarlo al suyo, algo imposible en la práctica porque no podían encontrarse más unidos. A diferencia de ella, Adam se encontraba del todo vestido, pero Victoria empezó entonces a mover los dedos sobre su pecho, buscando los botones de su camisa y soltando uno tras otro con movimientos torpes pero no por ello menos decididos. Quería tocarlo de la forma en que él lo hacía y gimió sobre sus labios al sentir la piel que dejó libre una vez que consiguió hacer a un lado el trozo de tela.

Era tan cálido y suave incluso a pesar del vello que cubría su pecho. Ella tenía las palmas apoyadas sobre él y las deslizaba en un recorrido tembloroso, de los fuertes hombros a la piel tirante de su abdomen. No sabía qué espíritu la había poseído para hacer algo como aquello, pero estaba segura de que lo deseaba y no estaba dispuesta a parar de la misma forma en que necesitaba que él no se detuviera tampoco, una necesidad que Adam pareció compartir. Él había empezado a subir el borde del camisón y ahora este se encontraba a la altura de sus muslos; sus manos ásperas y callosas rodeaban la piel detrás de sus rodillas y ascendieron hasta apresar sus caderas desnudas, todo ello sin detener un segundo la invasión de sus labios.

Victoria tenía los ojos fuertemente cerrados y se dejaba llevar solo por las sensaciones que experimentaba sobre su piel, pero cuando sintió la mano de Adam reptando en la curva de su cintura hasta detenerse sobre su pecho, dio un leve respingo y abrió los ojos de golpe, asombrada por el tirón mezcla de dolor y placer que experimentó en el estómago. Entonces se encontró con su mirada; él la miraba a su vez con un brillo tan ardiente en los ojos que tuvo que tragar la saliva agolpada en su boca. Nunca nadie la había mirado de esa forma, ni siquiera él que siempre hizo tan evidente lo que sentía por ella. Era otro hombre, lo supo más que nunca; pero tal y como dijo

su padre, aquello no tenía por qué ser malo. Ella también había cambiado. La joven que fue alguna vez, jamás habría permitido que la tocara de aquella forma ni se hubiera atrevido a abandonarse tampoco entre sus brazos.

Con un suspiro de rendición, apoyó la frente sobre su pecho y lo envolvió con los brazos, fascinada por la diferencia que sintió ante el contacto de su piel contra la suya. Adam la apretó con fuerza entonces en un gesto de desesperación, como si temiera lo que podría ocurrir si la soltaba y rompía el contacto; pero lo hizo al final con un hondo suspiro que remeció su pecho al apoyar las manos sobre sus hombros y alejarla lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Nunca debiste volver —dijo él.

Victoria parpadeó como si le acabara de arrojar un jarro de agua fría sobre la cabeza y toda la bruma que le había nublado el pensamiento empezó a disiparse hasta que comprendió lo que había estado a punto de hacer. Fue consciente del abandono en que se había sumido, de la posición en que se encontraba con sus manos afirmadas sobre su cintura, el cuerpo arqueado hacia él y los labios inflamados por sus besos. ¿En qué había estado pensando? Se soltó del todo con un movimiento brusco y Adam no hizo ningún intento por detenerla en tanto ella se volvía para ajustar nuevamente el nudo de la bata con dedos que resbalaban debido al nerviosismo y la vergüenza. Cuando al fin consiguió cubrirse, se llevó las manos al cabello que él había terminado por soltar de la trenza con sus caricias y lo hizo a un lado lo mejor que pudo.

Solo entonces se vio capaz de mirarlo una vez más y lo que encontró en su expresión le heló la sangre.

Adam también había vuelto a sujetar los botones de la camisa, pero no hizo ningún esfuerzo por hacer a un lado el cabello que le caía sobre la frente u ocultar el brillo de deseo que aún refulgía en sus ojos. Era casi como si pretendiera desafiarla a negar lo que acababa de ocurrir entre ellos y Victoria estuvo segura de que debía de ofrecer un aspecto tan descarnado como el suyo, lo que le abochornó tanto que tuvo que desviar la vista.

«Nunca debiste volver», había dicho él. Cuánta razón tenía.

El ardor en su piel desapareció de golpe dejando tan solo una sensación de frialdad que le apresó la garganta, pero no atinó a decir una palabra; Adam tampoco lo hizo, un gesto que habría agradecido de contar con fuerzas para ello. Se sentía frágil, avergonzada más allá de las palabras y tan culpable que habría cavado un hoyo en el suelo con gusto para refundirse en él por siempre. Y a pesar de todas esas sensaciones que estaba segura de que no dejarían de atormentarla por mucho tiempo, muy en el fondo experimentó también una leve dicha. El placer de haber sido capaz de abandonarse por un instante a aquello por lo que su corazón llevaba tanto tiempo penando; de saber que debajo de esa máscara de indiferencia y rencor que Adam se empeñaba en mostrarle latía también la misma necesidad que a ella la embargaba.

Tal vez fue esa seguridad la que le dio el valor para levantar la mirada finalmente y mirarlo a los ojos, un contacto que no duró más que un par de segundos porque él hizo un gesto de frustración como si odiara que lo pusiera en evidencia una vez más y, con lo que le pareció un rugido surgido de lo más hondo de su pecho, desvió la mirada y dio media vuelta para marcharse, cerrando la puerta de la habitación entre ambos con un golpe seco, que estaba segura de que debía haber resonado en toda la casa.

Solo cuando se supo sola y a salvo, a salvo de sí misma y de su propia necesidad, Victoria cayó de rodillas sobre la alfombra y dejó brotar las lágrimas contenidas, segura de que acababa

de dar un paso que no solo ponía en riesgo su estancia en la mansión al lado de los niños, sino también, una vez más, guiaba a su propio corazón al borde de un abismo.

Durante el transcurso de la siguiente semana, Victoria creyó que tal vez, si actuaba con bastante inteligencia y permitía que el tiempo hiciera su labor, ella y Adam podrían adoptar una relación medianamente normal, o al menos tanto como podrían aspirar dos personas con una historia tan complicada entre ambos; pero tuvo que descartar esa idea con rapidez al verse obligada a reconocer que era una absoluta tontería. ¿Cómo iba a poder actuar con normalidad luego de lo ocurrido?

La mañana siguiente a aquella noche apenas consiguió sobreponerse a su incomodidad para permanecer en la misma habitación cuando recibieron la visita del médico que fue a reconocer al niño. Si por ella hubiera sido se habría mantenido apartada como le dictaba su sentido común, pero sabía que era importante que estuviera presente en ese momento para oír la confirmación del médico acerca del restablecimiento de Nicholas y las indicaciones que dejaría para los días venideros.

Tal y como esperaba que ocurriera, el hombre indicó que el niño había pasado ya lo peor de la enfermedad y que nada hacía presagiar que pudiera presentarse una recaída, siempre y cuando se tomaran ciertas precauciones. No era extraño que un niño en la edad de Nicholas y con su complexión un tanto frágil se viera atacado de vez en cuando por alguna enfermedad, pero aquella había sido sin duda una bastante seria y lo mejor sería permanecer alertas, además de procurar fortalecerlo tanto como fuera posible para así evitar problemas futuros.

Victoria se afanó por permanecer junto a la cabecera del niño en todo momento para tomar su mano en tanto el médico lo examinaba, algo que obviamente lo ponía muy nervioso; pero se las arregló para quedarse allí también una vez que la inspección terminó y el médico compartió sus conclusiones. Era una forma de mantenerse fuera de la vista de Adam, o al menos tan alejada de él como era posible en esas circunstancias.

Él, como si fuera capaz de adivinar lo que debía de estar sintiendo, se mostró lo bastante considerado como para no hacer amago de acercarse a ella. En realidad, fue evidente que de haber podido hubiera hablado con el médico fuera de la habitación, pero al final debió de decidir que Victoria tenía también derecho a oír sus informes, como había podido hacer hasta entonces. Tan pronto como el médico dio por terminada su visita, sin embargo, Adam se ofreció a acompañarlo y no regresó en tanto ella se encontró allí.

Esa fue la tónica que adoptaron ambos de forma tácita durante los siguientes días. Se evitaban tanto como les era posible; si uno hacía compañía al niño, el otro urdía una excusa para marcharse a hacer cualquier otra cosa. En cuanto la mejoría de Nicholas fue más evidente, incluso, Adam regresó a sus labores en el campo y pasaba buena parte del día fuera de casa, lo que permitió a Victoria no vivir pendiente de oír sus pasos en el corredor o sentir su presencia cerca en los momentos en que se encontraba con la guardia baja.

No había intentado explorar demasiado en sus sentimientos acerca de lo ocurrido aquella noche que ahora le parecía lejana; incluso, si se esforzaba lo bastante, era capaz de apartar el recuerdo como si se hubiera tratado de un sueño. En cierta forma sentía que eso había sido, ¿de qué otra manera podía verlo? Besar a Adam como lo había hecho, ceder a la pasión que permanecía siempre latente entre ambos, ¿no era mejor hacer como si aquello nunca hubiera ocurrido más allá de sus sueños? Y con seguridad él debía de verlo de la misma forma, se dijo

con frecuencia en una mezcla de esperanza y desaliento al reparar en cuánto se esmeraba por evitarla. Su corazón era un remolino de emociones encontradas y pocas veces se había sentido tan confundida.

Una vez que estuvo segura de que podía dejar a Nicholas al cuidado de Harriett ya que las prohibiciones para que Sophie hiciera compañía a su hermano fueron levantadas en la última visita del médico y ambos niños parecían felices de poder pasar tiempo juntos, Victoria decidió que iba siendo horas de retomar su proyecto con la señora Blossom y las otras mujeres del poblado. Estaba segura de que eso podría animarla y ayudarla a despejar su mente de las ideas que no dejaban de atormentarla.

Fanny la recibió con mucha alegría cuando tocó su puerta aquella tarde luego del almuerzo, y la invitó a pasar de inmediato tras asegurar que su presencia era un designio divino. Al entrar a la casa y encaminarse al pequeño salón que la mujer había acondicionado como taller, Victoria comprendió perfectamente a qué se refería.

En su experiencia, Victoria había descubierto que los grupos de trabajadores sin una mano firme que los guiara podían tener problemas para ponerse de acuerdo y realizar sus labores en armonía; no obstante, el bullicio con el que se encontró en aquel lugar era algo del todo desconocido para ella. Jamás, ni en los tiempos en que su tía se quejaba por el alboroto en que a veces se sumía el taller cuando ella no se encontraba a cargo, había sido testigo de semejante caos.

Un corro de cinco mujeres se arremolinaba en el saloncito, todas ellas hablando a voces y enarbolando sobre sus cabezas lo que Victoria reconoció de inmediato como todo tipo de prendas que, en lugar de ser tratadas con el cuidado que se necesitaba en un oficio como aquel, eran arrojadas de un lugar a otro como trapos de cocina. Por un momento se quedó sin habla y de no ser porque Fanny empezó a dar voces incluso más altas que sus compañeras aquello hubiera seguido sin que atinara a hacer nada.

—¡Señoras!

La mujer se las arregló para pasar esquivando a una anciana rechoncha que ocupaba la única butaca y se situó en medio de la reducida habitación con las manos en las caderas. Su vientre abultado era más evidente que nunca y echaba el cuerpo hacia adelante para mantener el equilibrio y proyectar una cierta imagen de autoridad.

—¡Señoras! —repitió ante la falta de respuesta—. Tenemos visita.

El anuncio pareció surtir el efecto deseado porque las voces fueron decayendo en volumen según sus dueñas iban mirando tras ellas en dirección al dintel de la puerta. Al ver a Victoria allí, de pie y con las manos caídas a los lados, elevaron las cejas y, gracias al cielo, enmudecieron al menos un par de segundos para que ella recuperara el autodomínio y elevara el mentón en un gesto seguro.

Aquel sí que era un ambiente en que sabía cómo desenvolverse, se dijo ella en tanto se arremolinaba las faldas del vestido gris para la tarde que había elegido antes de dejar Blackmore Park y cruzaba la pequeña habitación con cuidado de no pisar los bajos de ninguna falda de las mujeres que estaban apiñadas y que se iban haciendo hacia atrás según avanzaba.

—Les he hablado de la señorita Sterling y de cuánto le gustaría ayudarnos. —Fanny se apresuró a continuar en cuanto Victoria se encontró a su lado y supo que contaba con la atención de las otras mujeres, que miraban de una a otra con curiosidad—. Hoy ha podido venir y lo ha

hecho en el mejor momento, ¿no les parece?

Ninguna de las mujeres respondió de inmediato y Victoria temió por un momento que fueran a quedarse tan solo mirándola en tanto ella las examinaba a su vez con discreto interés. Además de la anciana, que parecía la menos entusiasta de todas, había otras cuatro mujeres, todas ellas de una edad aproximada a la de Fanny, lo que tomó como algo bueno. A veces era más sencillo hacer comprender a las más jóvenes las ventajas de trabajar en equipo y apuntar a un solo fin. No dudaba de que todas ellas debían de estar ya casadas y posiblemente tuvieran hijos, algo que siempre servía como una estupenda motivación en casos como aquel. ¿Qué madre no se esforzaba por mejorar la vida de los suyos?

—Señoras...

Acababa de abrir la boca para empezar con un saludo apropiado cuando se vio interrumpida por la mujer mayor, quien la señaló con la punta de aguja que portaba en su mano y que hasta entonces no pareciera muy interesada en usar.

—¿Cómo está el niño?

Victoria parpadeó, un tanto confundida por la pregunta, pero se recuperó con rapidez al comprender a qué se refería. La salud de Nicholas, tratándose del hijo del hombre considerado el más importante de la zona debía de considerarse un asunto de la mayor importancia. De modo que embozó una sonrisa gentil al responder.

—Se encuentra mucho mejor —dijo ella, asintiendo—. Esperamos que pronto esté del todo recuperado.

La mujer cabeceó, satisfecha, y retomó su inquietante observación recorriéndola desde sus pies calzados con unos sencillos botines hasta el alto rodete en que se había sujetado el cabello.

—Estoy muy agradecida...

—¿Y el señor Talbot? —preguntó otra que le pareció la más joven de todas—. No lo hemos visto hace semanas y mi marido dice que la gente en el campo empezaba a ponerse nerviosa porque están acostumbrados a tenerlo cerca. La cosecha empezará pronto y él es el primero en organizar todo.

Victoria contuvo un suspiro y forzó una nueva sonrisa al tiempo que intercambiaba una rápida mirada con Fanny, quien veía a sus compañeras con el ceño fruncido en ademán reprobador.

—Como es natural, el señor Talbot ha permanecido todo este tiempo en casa atento a la recuperación de su hijo, pero según entiendo ha empezado ya a retomar sus obligaciones y supongo que lo verán con más frecuencia de ahora en adelante.

La mujer que había preguntado asintió como si aquello fuera lo que esperara oír y le dio un descarado codazo a la señora que se encontraba a su derecha.

—Te dije que ella lo sabría —comentó entre dientes sin molestarse en bajar la voz.

Victoria apretó los dientes y carraspeó, decidida a hacerse oír, pero fue interrumpida una vez más, ahora por una discreta vocecilla surgida de su izquierda, y al mirar hacia allí se encontró con unos sorprendentes ojos verdes que pertenecían a una mujer que no podía tener más de dos o tres años más que los suyos y que la veía con timidez.

—¿El señor Talbot no tiene problemas con que esté aquí? Porque no me gustaría que se enojara con nosotras —señaló la mujer con bastante más tiento del que habían mostrado sus compañeras—. Mi padre y mis hermanos trabajan todos para él y tenemos la casa...

Victoria exhaló un hondo suspiro y miró a cada una de las mujeres deteniéndose en sus



rostros antes de responder. Fanny pareció estar dispuesta a adelantársele, pero ella hizo un gesto para evitar que dijera nada y, cuando encontró las palabras apropiadas, se dirigió a las ocupantes del salón en un tono amable pero firme con el que esperaba que ellas fueran capaces de captar lo sincero de sus palabras.

—Señoras, creo que es importante que comprendan que no me encuentro aquí como una enviada del señor Talbot ni tengo intención de convertirme en un enlace entre Blackmore Park y el poblado. Desde luego, estoy muy agradecida por su interés en sus habitantes y les haré llegar sus buenos deseos —se apresuró a agregar con una sonrisa dirigida a la anciana, que cabeceó al verse aludida—. Sin embargo, deben comprender que mi presencia, como les habrá dicho la señora Blossom, obedece a mi interés en compartir mi experiencia en un negocio similar al que ustedes acaban de emprender. Mi relación con la mansión es meramente circunstancial.

—Pero es la cuñada del señor Talbot. Vive en su casa, ¿no?

Victoria acusó con paciencia el comentario de la mujer que le había preguntado por la ausencia de Adam. No halló malicia en su tono o en la forma en que la miraba, tan solo una obvia curiosidad.

—Es verdad —dijo ella, asintiendo—. Me he quedado allí para velar por mi sobrino durante su enfermedad, pero ya que se encuentra restablecido espero volver pronto a casa de mi padre. Claro que continuaré visitando la mansión para hacer compañía a los niños; pero insisto en que eso no tiene ninguna relación con la ayuda que espero prestarles.

Aunque la idea de dar explicaciones a esas mujeres que no dejaban de ser prácticamente desconocidas para ella no le hacía ninguna gracia, hubiera sido una tontería de su parte adoptar una actitud misteriosa. Era consciente de que su presencia en Blackmore Park debía de haber desatado algunas habladuras apenas contenidas por el respeto que Adam parecía inspirar en su gente; de modo que le pareció oportuno hablar de aquello con sencillez, pero eso era todo lo que estaba dispuesta a hacer y eso debió de quedar en evidencia por la forma en que las mujeres la miraron, como si supieran que ninguna otra pregunta indiscreta y relacionada con su vida familiar sería bien recibida.

—Ahora, entiendo que han tenido algunas dificultades para encontrar un punto en común que les permita enfocarse en su trabajo, lo que me sorprende porque creo que tienen la más grande de las ventajas que se pueda pedir.

Victoria habló con voz animada y contuvo una sonrisa divertida al encontrarse con las expresiones desconfiadas y confusas de las mujeres. Sin vacilar y para dar mayor énfasis a sus palabras, se puso de cuclillas y tomó una de las prendas que encontró sobre el suelo, llevándola hacia su pecho con exquisito cuidado, apreciando el bordado de la que descubrió era una bonita blusa de lino que no tenía nada que envidiar a las que se confeccionaban en el taller de su tía.

—¡Tienen talento! —dijo ella en respuesta a las silentes preguntas del grupo frente a ella—. También una importante motivación, según me ha contado la señora Blossom, ya que todas quieren ayudar a sus familias. Con un trabajo como este podrían conseguir buenos ingresos y una excelente reputación. Sería una pena que no aprovecharan sus aptitudes tan solo porque no consiguen ponerse de acuerdo.

—¡Necesitamos el dinero! El problema es que ella solo quiere mangonearnos.

La acusación de una de las mujeres, que señaló a Fanny con un dedo extendido, pareció caer a esta como un guantazo porque dio un paso hacia adelante y elevó una mano como si estuviera

dispuesta a dar una respuesta en consecuencia, pero Victoria consiguió detenerla con un gesto.

—Estoy segura de que ha llegado a esa conclusión por error, señora...

—Foster.

Victoria asintió en señal de reconocimiento con un gesto respetuoso que pareció aplacar del todo a la mujer, quien empezó a asentir y a enderezar la postura en un gesto de orgullo.

—Decía, señora Foster, que podría haber caído en una impresión equivocada —dijo ella con firmeza—. Si la señora Blossom asume una actitud de liderazgo es porque cuenta con la experiencia necesaria para evitar que caigan en errores que luego podrían costarles caro. Y es también por eso que yo me hallo aquí. No tengo interés en darles órdenes, pero ya que he pasado mucho tiempo involucrada en un negocio como este creo saber algunas cosas que ustedes no y que podrían serles de mucha ayuda.

—¿Es verdad que ha vivido en París?

—¿Qué acostumbran a usar allí? ¿Son las mujeres tan atrevidas como dicen?

—Hemos oído que hay costureras que salieron de la nada y ahora tienen talleres enormes y son ricas.

Victoria oyó las preguntas con una amable sonrisa fija en los labios y cabeceó como si meditara la mejor respuesta a ellas. Al final, suspiró y se llevó las manos a la cadera, al tiempo que miraba a las mujeres con gesto decidido.

—Haremos algo —anunció ella—. Contestaré a todas sus preguntas lo mejor que pueda y les hablaré de mi experiencia en el taller de mi tía, así como de todo lo que se hace allí y que podemos aplicar aquí. A cambio solo les pido que me oigan con atención y que estén dispuestas a dar una oportunidad a la oferta que traigo para ustedes. La señora Blossom ha dicho ya que quiere hacerlo y confío en que lo mismo ocurra con ustedes una vez que me hayan escuchado.

Victoria esperó pacientemente y con los miembros tensos sin que su semblante reflejara cuán importante era en verdad para ella la respuesta que estaba a punto de recibir. Por eso, cuando vio que todas y cada de las mujeres empezaban a asentir, empezando por la anciana que la veía con aprobación, sintió cómo su sonrisa empezaba a ensancharse.

Tal vez, después de todo, acabara de encontrar algo que la ayudara no solo a ser de utilidad a otros sino también que podría servirle a sí misma para hacer de su vida algo más valioso.

*Frou frou, frou frou*

*Par son jupon la femme*

*Frou frou, frou frou*

*De l'homme trouble l'âme.*

*Frou frou, frou frou*

*Certainement la femme*

*Séduit surtout*

*Par son gentil frou frou.*

La suave voz de Victoria resonaba en el salón de la casa de su padre y sonreía al entonar la canción que oyera poco antes de dejar París y que se había convertido en todo un éxito en los salones franceses. En realidad, se dijo con una mueca burlona al reparar en ello, ni siquiera debería conocerla ya que se comentaba que no era en absoluto apropiada para una joven soltera, pero el buen Henri la había llevado a una tertulia poco después de la muerte de su tía con el fin de

animarla al encontrarse entre sus conocidos. No era una fiesta o un baile, pero sí un espacio agradable en el cual hablar de todo un poco y no era poco habitual que algún entusiasta se pusiera al piano para entonar las canciones de moda, como aquella. Luego, la había escuchado también con frecuencia en el taller coreada por las costureras, quienes parecían considerarla casi un himno de su profesión.

No era de extrañar, consideró pensativa, si se prestaba atención a lo que revelaba la letra...

—Pareces contenta, aunque no estoy seguro de querer saber lo que significa eso que estabas cantando; sonaba un poco atrevido para la casa de un clérigo.

Victoria apartó la mirada del libro que había llevado con ella de Blackmore Park para leer en sus escasos momentos de descanso y sonrió a su padre, que la miraba con una mueca incierta desde el vano de la puerta. Con un gesto, lo invitó a entrar y palmeó suavemente el sillón en el que se encontraba sentada para que ocupara el asiento vacío a su lado.

—No lo es tanto —dijo ella con un gesto de disculpa poco sincero—. Habla de telas, del sonido que hace la seda al moverse, y de lo bellas que son las damas...

—Para algunos caballeros, supongo.

Victoria se encogió de hombros y miró a su padre con los ojos entrecerrados. Él siempre había sido mucho más abierto a las bromas que su madre, quizá por ello se llevaran tan bien desde que tenía memoria. Jamás la reprendía a menos que tuviera buenas razones para ello y nunca se hubiera atrevido a sermonearla porque se divertiera, aunque otros pudieran considerar que le daba demasiadas libertades. Por eso lo amaba tanto.

—Eso es verdad —reconoció ella, asintiendo—. Para los apropiados.

—¿Y cómo saber quiénes son?

—¿No lo sabíais tú y mamá, acaso?

El señor Sterling recibió la pregunta hecha en un tono travieso con una sonrisa y cabeceó, llevándose una mano a los espejuelos en su afán de superar el bochorno que parecía haberlo invadido al pensar en el romance sostenido con su esposa.

—Esa es una pregunta indiscreta, querida —dijo él tras carraspear y dirigiéndole una falsa mirada de reprobación—. Pero, solo para dejarlo en claro, tu madre y yo supimos que éramos apropiados el uno para el otro tan pronto como nos vimos.

La sonrisa de Victoria se acentuó al encontrarse con la mueca divertida de su padre y se permitió darle una palmadita en la mano que descansaba sobre su rodilla.

—Eso es lo ideal —dijo ella en voz más seria al cabo de un momento en silencio.

El señor Sterling asintió.

—Pero difícil de llevar a la práctica —reflexionó él—. Muy difícil. Lo que me recuerda...

Victoria lo observó con las cejas arqueadas al advertir la gravedad que había adoptado, alejada del tono risueño que había usado hasta entonces.

—¿Si?

—No pude evitar notar que llegó una carta para ti ayer —empezó a decir—, de París. Del caballero acerca del que hablaste.

Victoria apretó los labios y dejó suavemente el libro que aún sostenía. Su padre era un hombre muy discreto, pero también extremadamente observador; desde luego que debía de haber reparado en su rostro cuando revisó la correspondencia durante el desayuno del día anterior y encontró una carta de Henri. Se la guardó para leerla luego en privado, claro, pero no hacía falta

ser demasiado perceptivo para darse cuenta de la incomodidad que sintió al ver el nombre del destinatario.

—Sí, era de Henri —respondió ella pasados un par de minutos de tenso silencio.

—Asumo entonces que puede no encontrarse muy satisfecho con el término del compromiso...

Victoria chasqueó la lengua, dividida entre dar cualquier excusa que le permitiera marcharse y evitar esa charla, o decir la verdad. Al final, se decantó por lo segundo porque era algo que llevaba dando vueltas en su mente y necesitaba ponerlo en palabras; tal vez eso la ayudara a sentirse mejor.

—No se trata de que se encuentre satisfecho o no, porque para ello tendría que aceptarlo —reconoció ella de mala gana, dirigiendo a su padre una mirada de reojo—. Al parecer, ha decidido hacer como si nunca le hubiera hablado de ello.

—Comprendo.

—¿De verdad? Porque a mí me resulta imposible hacerlo. Te aseguro que fui muy clara con él en mi carta y me expliqué con los mejores términos. No veo cómo puede sencillamente ignorar algo tan importante.

El señor Sterling cabeceó, pensativo.

—Debe de amarte mucho.

Victoria frunció el ceño.

—No creo que Henri me ame como dices, de la misma forma que tampoco yo lo hago —comentó ella sin mirarlo, un poco avergonzada de hacer esa confesión—. Para ser te sincera, cuando acepté casarme con él lo hice pensando en que sería lo mejor para el negocio de tía Lucie. No me malentiendas, es un caballero encantador y solo ha tenido muestras de gentileza para conmigo, pero no creo haberlo amado nunca. Y él tampoco lo hace, estoy segura, me lo dijo con claridad cuando me propuso matrimonio.

—Tal vez fue tan claro al respecto porque sabía que no iba a ser correspondido y prefirió ahorrarse esa humillación —sugirió el señor Sterling con delicadeza—. Quizá decidió plantear su propuesta de aquella forma con la esperanza de que pudieras amarlo también con el tiempo.

Victoria suspiró, en absoluto sorprendida de que su padre hubiera llegado a esa conclusión que, por mucho tiempo, ella también había sospechado. La idea, sin embargo, era demasiado dolorosa para que se sintiera cómoda poniéndola en palabras. Ya bastante mal se sentía por haber defraudado de aquella forma la confianza de Henri; tener que analizar además lo profundo que podían ser sus sentimientos por ella, la sumía en un estado de culpa constante con el que no se sentía preparada para lidiar.

De modo que procuró apartar esos pensamientos y miró a su padre con cierta dureza que no estaba en realidad dirigida a él sino a lo incómodo de sus circunstancias.

—Henri es un hombre práctico por naturaleza, jamás se sometería a algo como esto a voluntad —dijo ella procurando hablar con sencillez—. Lo que hace aún más extraño el tenor de sus cartas.

—En ese caso, tal vez debas hablar con él en persona —dijo su padre—. Es lo más correcto.

—Claro que sí, y es posible que así deba ser; a decir verdad, ese ha sido mi propósito desde un inicio. Pensaba romper el compromiso tan pronto como volviera a París, pero fue necesario que me adelantara con esa carta —comentó ella con un suspiro de pesar—. Me vi obligada...

—¿Obligada por qué?

Victoria parpadeó al comprender que había dicho demasiado. Su padre no tenía idea de las condiciones impuestas por Adam para permitir que continuara su relación con los niños y no era algo que deseaba que supiera. Porque eso afectaría su relación con el que había sido su yerno, por quien tenía un afecto tan profundo como si en realidad se tratara de un hijo, y porque muy en el fondo era algo que consideraba que tan solo les pertenecía a ellos. Era parte de su historia, de esa batalla iniciada entre ambos y de la que ninguno parecía estar tomando la delantera, se recordó con una punzada en el pecho.

Al comprender que su padre la observaba con curiosidad y en espera de una respuesta, se encogió de hombros y desvió la mirada de su rostro.

—Por las circunstancias, claro —dijo ella con rapidez—. Es como se han dado las cosas.

El señor Sterling no pareció muy satisfecho con su respuesta y entreabrió los labios como si hubiera estado a punto de insistir, pero el sonido de unos cascos fuera de la casa, como si un jinete galopara en dirección al camino que llevaba al jardín, atrajo su atención y se puso de pie con movimientos pesarosos. Tras intercambiar una mirada extrañada con él, Victoria lo siguió un par de minutos después, atenta a lo que podría haber ocurrido.

Al salir, vio que el visitante inesperado hablaba en ese momento con su padre. Se trataba de Adam, descubrió al ver que él se mantenía sujeto a lo alto de su montura con el torso agachado en dirección a su padre, quien a su vez miraba hacia arriba con una mano posada sobre la cabeza del caballo, muy pensativo según iba oyendo lo que fuera que el otro hombre decía.

Cuando Adam reparó en su presencia, de pie en el vano de la puerta y con una mano apoyada sobre el filo de madera, un gesto inconsciente como si pretendiera con él encontrar un apoyo para mantener la imagen de indiferencia que tanto le costaba adoptar, él ladeó levemente el rostro en su dirección y cabeceó en señal de saludo antes de regresar la atención a su padre. No dijo una palabra y Victoria tampoco lo hizo, a lo sumo asintió para corresponder a su gesto, pero se esforzó por mantener la vista fija en el rostro concentrado de su padre. Cualquier cosa que no fuera buscar su mirada o recorrer su figura asentada firmemente sobre la montura; pero no le costó imaginar la tensión con la que debía de estar sujetando las riendas. Era un gesto que hacía siempre que se sentía incómodo, algo que sin duda le debía de ocurrir al verla directamente por primera vez fuera de la mansión luego de lo ocurrido entre ambos.

Victoria parpadeó al reparar en que su padre se alejaba unos pasos del caballo tras asentir enérgicamente y levantó la mirada para encontrarse de golpe con los ojos de Adam fijos en ella. Fue solo un instante, pero bastó para que la asaltara un leve temblor que la obligó a apretar las manos con el fin de recuperar la calma. Él desvió la mirada con rapidez y, con una nueva cabezada, dio media vuelta y se marchó en dirección al camino que conducía a Blackmore Park. No le había dicho una sola palabra y aun así había conseguido sumirla en ese estado agitado y nervioso que tanto le costó ocultar una vez que ella y su padre regresaron a la casa en silencio.

El señor Sterling parecía perdido en sus pensamientos y se mantuvo de pie en tanto Victoria volvía a ocupar su lugar en el sillón aun cuando no volvió a tomar el libro; no se sentía capaz de perderse entre sus páginas en ese momento. Al advertir la seriedad en el rostro de su padre, sin embargo, comprendió que debía decir algo y carraspeó para llamar su atención.

—¿Ocurre algo, padre? —preguntó ella con cautela.

El hombre cabeceó al cabo de un momento, como si le hubiera costado entender su pregunta,

pero cuando la miró pareció como si en realidad se encontrara bastante mejor de lo que le pareció en un primer momento.

—Nada por lo que haga falta preocuparse —respondió, tras encogerse de hombros—. Adam vino a informarme de que esperan visitas en la mansión.

Victoria parpadeó, un poco sorprendida por la novedad.

—¿Qué clase de visitas?

—Amigos suyos, de Londres; me dio un par de nombres, pero no puedo recordarlos —su padre frunció la nariz—. Vino a decírmelo para que lo supiera y así no me preocupara al ver a extraños merodeando por la zona. También comentó que posiblemente asistan al servicio de esta semana.

Victoria asintió al cabo de un momento.

—Comprendo —dijo ella tan solo.

El señor Sterling cabeceó y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—He estado pensando... —empezó él y continuó tras carraspear—. Tal vez haya una dama entre los invitados. Es algo acerca de lo que hablé a Adam hace un tiempo; en realidad, me permití hacerlo aun cuando sé cuán poco le gusta a él que se inmiscuyan en su vida privada. Pero dije que quizá sea momento de que encuentre una buena mujer con quien rehacer su vida, que sea una madre para los niños...

Victoria apretó los labios. No podía decir que no fuera algo en lo que no hubiera pensado también, pero hasta entonces Adam no había dado muestras de estarlo considerando y la posibilidad de que así fuera, que una de esas visitantes que anunciara fuera también una futura señora de Blackmore Park, le revolvió el estómago y tuvo que parpadear con rapidez para contener las lágrimas que se agolparon en sus ojos.

Desesperada, tomó el libro a su lado y lo abrió sin fijarse en la página, lo único que deseaba era aparentar indiferencia y que su padre fuera lo bastante generoso para fingir también que le creía. Este, como siempre, no la defraudó porque balanceó los brazos e hizo un leve gesto, como si acabara de recordar algo, dirigiéndole una pequeña sonrisa de disculpa.

—Creo que debería ponerme con mi sermón ahora mismo, querida; si voy a contar con un nuevo público debería de pulirme un poco, ¿no crees? —comentó él.

Victoria le agradeció desde lo más profundo de su corazón, pero no dijo una palabra al respecto; solo asintió con una sonrisa que desapareció tan pronto como lo vio marchar. Una vez a solas, suspiró, dejó el libro y cubrió su rostro con las manos; pero ni una sola lágrima cayó por sus mejillas. Se encontraba ya mucho más allá de eso.

## CAPÍTULO 7

Victoria recordaba con claridad a Oliver Woodbridge. Cuando lo vio por primera vez le pareció un joven encantador; tan presto al entusiasmo como lo era ella misma entonces y siempre con la palabra justa para arrancar una sonrisa a la persona con quien se encontrara, aun cuando esta, a veces, estuviera nacida un tanto de la indulgencia.

Por eso, cuando se enteró por su padre de que él era uno de los invitados que Adam esperaba de Londres, lo tomó como una buena noticia; sería agradable ver nuevamente un rostro que le resultara simpático y con quien no se sentiría incómoda. En realidad, su presencia, supuso, haría menos penosas sus visitas a Blackmore Park, donde pese a que disfrutaba del tiempo transcurrido en compañía de los niños, los escasos momentos en que se encontraba con Adam la sumían en la amargura. Él hacía como si ella apenas existiera y aun cuando Victoria sabía que lo mejor hubiera sido que actuara con la misma indiferencia, le resultaba imposible llevar esa idea a la práctica. Bastaba con que sintiera su presencia, cuando pasaba por el ala de los niños para ver a los gemelos, o que se topara con él al pasar por el vestíbulo antes de marcharse de regreso a casa de su padre, para que sintiera la acuciante necesidad de dirigirse a él y hablarle. Tan solo la certeza de que nada de ello sería bien recibido le permitía mantenerse apartada.

El día señalado para la llegada de los invitados, Victoria acudió a la mansión algo más temprano de lo que acostumbraba con la idea de permanecer con los niños durante todo el día y no marcharse hasta que fuera de noche, con cuidado de no asomar en las otras dependencias de la casa. No tenía interés en interferir con las visitas de Adam y verse envuelta en presentaciones a extraños por los que no sentía mayor curiosidad.

«Eso no es del todo cierto», le recordaba una vocecilla traidora de cuando en cuando al oído. Su conciencia, supuso Victoria al meditar al respecto; era sin duda ella la que le recordaba que sí que tenía interés en ver a aquellas personas para poder así enterarse de si alguna de ellas podría ser una potencial candidata para convertirse en esposa de Adam.

Cuando llegó aquella mañana, sin embargo, aunque la mansión estaba sumida en un ajeteo temible, con los sirvientes corriendo de arriba abajo y el ya de por sí inquieto mayordomo más nervioso que nunca, adivinó que los invitados no habían llegado aún. Con una mezcla de alivio y decepción por su curiosidad frustrada, se dirigió a la habitación de los niños y, una vez que los saludó y comprobó que Nicholas se encontraba aún mejor que el día anterior, ya fuera de la cama y tan travieso como siempre, se distrajo jugando con ellos durante horas sin ser consciente del tiempo que pasaba hasta que llegó a sus oídos el sonido de cascos de caballos en simultáneo con el bullicio en el piso inferior que crecía hasta hacerse casi ensordecedor antes de sumirse en un absoluto silencio.

El pobre mayordomo debía de encontrarse al borde de un ataque de nervios, supuso luego de intercambiar una mirada entendida con Harriett, quien para su sorpresa se había mantenido bastante discreta respecto a las visitas que se esperaban. Cuando oyó el barullo fuera, sin embargo, se puso de pie y corrió a la ventana para mirar con cuidado de que las cortinas la protegieran de ser vista. Victoria se habría echado a reír de no sentir tanta curiosidad como ella, pero consiguió mantenerse quieta y atenta a los niños; sin duda podría resistir, ¿no?

Cualquier atisbo de contención desapareció, no obstante, tan pronto como oyó un jadeo de parte de la niñera y no tuvo más alternativa que suspirar y ponerse de pie para reunirse con ella al lado de la ventana, reprimiendo la vergüenza que le produjo que su resolución durara tan poco.

—Son más de lo que pensé —comentó Harriett mirando un momento tras su hombro cuando sintió a Victoria a su lado—. Morris dijo que solo serían seis o siete. Allí hay cuando menos una docena.

—Estás contando a los criados —señaló Victoria con los ojos entrecerrados luego de dar una rápida mirada al exterior.

La niñera se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez ellos no se sienten a la mesa principal, pero requerirán atención —insistió ella para reír luego entre dientes—. Lo siento por su mujer, que es al final quien cocinará para toda esta gente, pero será divertido ver la cara de Morris cuando se dé cuenta del trabajo que le espera.

Victoria dirigió a la mujer una mirada reprobadora, pero no respondió; su antipatía por el mayordomo alcanzaba ya proporciones épicas y no tenía sentido intentar llamarle la atención. En lugar de ello, se puso de puntillas y pegó la frente al cristal para intentar atisbar un poco mejor a los recién llegados.

Una hilera de carruajes se había detenido frente a la puerta principal y un par de jinetes cerraban la comitiva. Identificó a Adam de inmediato, era el último que a lomos de su caballo parecía resguardar la comitiva; el hombre que cabalgaba a su lado también le resultó familiar y una vez que se encontró más cerca lo reconoció como el señor Woodbridge. Delgado, de un cabello rubio tan claro que destellaba a la luz del sol y casi de la misma estatura que Adam, no pareció haber cambiado ni un ápice desde la última vez que lo vio. Tal vez si lo viera de cerca descubriría que estaba equivocada, se dijo Victoria con un leve encogimiento de hombros al considerarlo un momento.

Su interés se vio atraído entonces por el movimiento de los lacayos al acercarse a los carruajes una vez que estos disminuyeron el paso para ayudar a sus ocupantes a descender de los vehículos y dirigirse a la casa, cuyas puertas se mantenían de par en par con una hilera de criadas dispuesta en una formación ordenada para darles la bienvenida.

Tal y como Harriett había supuesto, si se descartaba a los criados, cuya condición estaba clara por sus trajes y el hecho de que fueron quienes se dirigieron a los muchachos encargados de llevar el equipaje para darles algunas indicaciones, la comitiva de invitados no estaba dispuesta más que por unas siete personas. Ocho si se contaba al señor Woodbridge entre ellos, claro.

Fueron cuatro caballeros y tres damas las que descendieron del carruaje, comprobó frunciendo la nariz por el fastidio que le produjo no ser capaz de identificar sus rasgos desde esa distancia. Todos llevaban sombrero; los de las damas tan adornados como sus vestidos de seda, distinguió con facilidad. Estos cubrían buena parte de sus rostros, pero hubiera podido asegurar que dos de ellas eran bastante jóvenes en tanto que la otra, quien se mantenía a una prudente distancia y señalaba el camino frente a ellas con gestos enérgicos, parecía ser algo mayor.

El grupo se dirigió a la escalinata para recibir los saludos de la servidumbre y Victoria cayó en la cuenta de que, tan interesada como estaba en los recién llegados, no había reparado en el momento en que Adam y su amigo descabalaron para unirse a ellos. En ese momento, como si se hubiera visto atraído por su mirada, Adam levantó el rostro en dirección a donde Victoria se



hallaba y sus ojos se encontraron un instante antes de que ella se echara hacia atrás, abochornada por haber sido pillada en esa muestra de indiscreción.

Fastidiada, hizo un gesto de enojo al alejarse de la ventana y dirigirse de vuelta al lado de los niños, haciendo oídos sordos del parloteo de Harriett, quien no pareció haber reparado en ese breve intercambio entre ella y Adam. Ahora, tan habladora como siempre, empezó a hacer mil y unas conjeturas acerca de la identidad de los recién llegados, durante cuánto tiempo se quedarían y qué tanto incomodaría eso a Morris, algo que para ella pareció ser en extremo importante.

Victoria no le prestó demasiada atención, contestando a sus comentarios con monosílabos. En realidad, aunque se esforzaba por mostrarse indiferente, volcada en los niños, en su interior estaba también sumida en todo tipo de suposiciones, aunque dudaba de que la niñera fuera capaz de adivinar cuál era la que más le inquietaba.

Si Victoria había tenido alguna duda respecto a qué tanto habría cambiado en verdad el señor Woodbridge y si seguiría siendo tan simpático como lo recordaba, esta se vio despejada tan solo unas horas después al despedirse de los niños, cuando se encontró lista para regresar a casa.

Acababa de cruzar el vestíbulo cuando oyó una voz que la llamó por su nombre y no tuvo otra alternativa que detenerse y mirar tras su hombro, no muy feliz. Habría preferido haber podido marcharse sin que nadie reparara en ella, pero estaba visto que no tendría esa satisfacción.

—¡Señorita Sterling!

Parecía como si el señor Woodbridge proviniera de la biblioteca porque Victoria alcanzó a ver que venía de aquella dirección; tal vez él y los otros invitados estuvieran en espera del aviso para acudir al comedor a cenar.

—Señorita Sterling —repitió él una vez que llegó a su lado—. Adam dijo que se encontraba aquí y esperaba poder verla antes de que se fuera. No me perdonaría a mí mismo encontrarme en la misma casa y no saludarla. Ha pasado mucho tiempo.

Victoria esbozó una sonrisa al oír la sinceridad en la voz del hombre; fue evidente que en verdad le alegraba verla nuevamente y, al analizar sus facciones amables, se dijo que a ella le ocurría otro tanto. A excepción de su padre, hacía mucho que no se encontraba con alguien que en verdad pareciera feliz de verla.

—Mucho tiempo, ciertamente, señor Woodbridge —asintió ella.

Él hizo una galante reverencia y tomó su mano para llevársela a los labios en un gesto caballeroso y divertido.

—Permítame decir que se ve incluso más encantadora de lo que la recordaba.

La sonrisa de Victoria se acentuó al tiempo que recuperaba su mano con un movimiento discreto y veía a su interlocutor con las cejas elevadas.

—Esa es una apreciación muy galante de su parte —dijo ella.

—Y totalmente sincera, puedo asegurárselo —replicó él de inmediato con un guiño travieso que acentuó sus rasgos afilados.

—Jamás pensaría lo contrario. —Victoria asintió, cambiando de tema al continuar—. Espero que tuviera un buen viaje.

El señor Woodbridge hizo un gesto indeciso antes de responder.

—Tan bueno como es posible cuando viajas con un regimiento compuesto por caballeros atildados y damas propensas a la queja —él habló en voz baja e inclinándose hacia ella como si pretendiera hacer una confesión—. Desde luego, esto no lo ha oído de mí.

Victoria le dirigió una mirada de falsa reprobación.

—Por supuesto que no —dijo ella—. Confío, sin embargo, en que su estancia aquí ayude a hacerle olvidar cualquier disgusto que haya debido tolerar.

—Eso lo tengo por seguro. Me encanta este lugar, pero no lo visitaba desde hacía mucho tiempo; un par de años, en realidad, desde que...

El rostro del hombre se ensombreció al interrumpirse bruscamente y todo atisbo de la actitud despreocupada que había adoptado hasta entonces se esfumó, reemplazada por un gesto de gravedad que lo hizo parecer mayor.

—Qué descuido el mío, señorita Sterling —dijo él al cabo de un momento con gesto contrito—. Yo aquí diciendo tonterías en lugar de expresar mis condolencias; no puede imaginar cuánto lamenté enterarme de la muerte de su hermana, y de la de su madre luego. Temo no haber podido hacerlo antes, pero no tenía una dirección a la cual escribir y no quise insistir con Adam; ya lo conoce usted y sabe cuán hermético puede ser en casos como este.

Victoria asintió y contuvo un gesto de dolor. Le ocurría siempre que alguien sacaba ese tema a colación; la muerte de su madre, en particular, quizá por ser más reciente y sorpresiva, era un golpe que aún le costaba encajar. Pero eso no lo dijo, claro, no era algo acerca de lo que se sintiera cómoda hablando, mucho menos con alguien que, si bien le agradaba, no dejaba de ser apenas un conocido a quien además no veía hacía mucho tiempo.

—Pierda cuidado. Agradezco sus palabras —dijo ella.

Él cabeceó como si alcanzara a hacerse una idea de lo que debía de estar pensando.

—Como dije, me habría gustado ponerme en contacto con usted y hacerle llegar mis condolencias por escrito, pero...

Victoria asintió una vez más, consciente de lo extraño que debió parecerle a ese hombre en su momento que Adam se negara a darle sus señas. Con seguridad, cuando ocurrió todo aquello a él lo último que le habría interesado sería siquiera que la nombraran en su presencia. No estaba enterada, además, de qué tanto sabía el señor Woodbridge acerca de su intempestivo viaje a Francia o de lo que Adam pensaba de ella, de modo que fue muy cauta al continuar con la charla.

—Acaba de hacerlo ahora y le estoy muy agradecida —respondió ella en un tono amable pero firme.

Él pareció entender que no era un tema acerca del cual se sintiera cómoda hablando, porque hizo un gesto de comprensión y se apresuró a suavizar la postura para adoptar una más relajada en tanto sonreía una vez más con expresión despreocupada.

—No hay nada que deba agradecer; he guardado su recuerdo durante todos estos años y no puede imaginar cuánto me alegra verla —dijo él—. Cuando Adam mencionó hace un momento que había regresado y que se encontraba en la casa, apenas pude contener mi impaciencia por saludarla. Él dijo que viene cada día para acompañar a los niños, pero conseguí convencer a ese mayordomo melindroso suyo para que me avisara en cuanto estuviera por marcharse.

Victoria le devolvió la sonrisa, divertida a su pesar al imaginar en lo poco que le habría agradado eso a Morris y cuánto le gustaría a Harriett saberlo.

—Gracias, señor Woodbridge, también me alegra verlo y espero que disfrute de su estancia en Blackmore Park —comentó ella—. Ahora le pediré que me disculpe porque debo volver a casa de mi padre; me espera para la cena.

El hombre hizo un gesto de pesar antes de dirigirse a ella con interés.

—Podría acompañarla...

—No hará falta, pero gracias; recordará cuán cerca se encuentra la casa, es apenas un paseo para mí y usted debe encontrarse agotado por el viaje —negó ella, amable, continuando al notar el mohín decepcionado que asomó su rostro—. Pero estaremos encantados de recibirlo si así lo desea; a mi padre le alegrará verlo.

El señor Woodbridge recuperó la sonrisa y recompuso el semblante alegre con rapidez.

—Qué amable de su parte, estaré encantado de ir —aceptó él de inmediato—. Esperamos también, claro, que usted y su padre nos acompañen durante la cena una de estas noches.

Victoria estuvo tentada a decir que él no era precisamente la persona apropiada para hacer esa clase de invitación y que sin duda a Adam no le haría mucha gracia saber que se tomaba semejante libertad, pero supo que no había malas intenciones en su oferta y, además, en ese momento captó un movimiento proveniente del mismo lugar del que el señor Woodbridge acababa de aparecer. Al mirar hacia allí con mayor atención advirtió que se trataba de Adam, quien los observaba con abierto interés desde el pasillo. Fue evidente que no tenía ninguna intención de espiar; aún más, al mirarlo a los ojos y encontrarse con el brillo burlón en sus pupilas, Victoria advirtió que esperaba que ella lo viera como si pretendiera así desafiarla. ¿A qué? En ese momento no pudo imaginarlo.

Incómoda, carraspeó y desvió la vista volviendo su atención al señor Woodbridge, quien no pareció notar que eran observados.

—Tal vez lo hagamos; pero mi padre es un hombre ya mayor y no le agrada caminar. Quizá si tenemos pronto una noche cálida... —comentó ella un tanto balbuceante en su desesperación de dar con una respuesta—. Ya veremos.

El señor Woodbridge frunció el ceño, intrigado sin duda por su titubeo, y al encontrarse con su mirada debió de advertir la causa de este porque miró sobre su hombro. Vio a Adam, quien no se había movido de su lugar y miraba a ambos con semblante imperturbable, y asintió suavemente como si aquello respondiera a una muda pregunta.

—Adam —dijo él entonces, dirigiéndose a su amigo—. Me despedía de la señorita Sterling.

—Eso veo.

El tono grave de Adam resonó en el vestíbulo y Victoria apretó los labios, perturbada y enojada a partes iguales por el efecto que algo tan sencillo como aquello tenía en sus nervios. Si iba a echarse a temblar cada vez que oyera su voz bien podía arrancarse los oídos, se dijo con una mueca de fastidio que no pudo contener y que sin duda Adam debió de advertir porque el brillo en sus ojos se acentuó al mirarla.

El señor Woodbridge, quien debía de ser más perceptivo de lo que le gustaba aparentar, miró de uno a otro con las cejas arqueadas.

—Acabo de decir a la señorita Sterling cuánto disfrutaríamos de su presencia, y de la de su padre, alguna de estas noches; podrá así, además, conocer a los otros —continuó él con sencillez.

Adam asintió suavemente al oírlo y no pareció que encontrara el comentario sorprendente. «Desde luego que no lo era», rumió Victoria para sí misma. Si había estado espiando ya debería saberlo. Para su sorpresa, sin embargo, él la miró entonces con renovado interés y se dirigió a ella al responder.

—Claro. He debido pensarlo —dijo él—. Tú y tu padre debéis venir, Victoria; iré a visitarlo mañana para invitarlo en persona y si está de acuerdo enviaré un carruaje para que no haga el

camino hasta aquí.

—No hará falta...

—Insisto.

Victoria apretó los labios ante el tono demandante que usó, nada dispuesta a responderle como habría hecho en otras circunstancias de encontrarse a solas. Y él lo sabía. Lo adivinó al toparse con su mirada divertida, como si fuera del todo consciente de que tenía la sartén por el mango y lo disfrutara enormemente.

Bien, se dijo Victoria con un gesto de enojo mal disimulado al apartar la mirada y fijarla en el desconcertado señor Woodbridge. Si iba a actuar como un chiquillo malcriado ella podía ponerse a su altura.

Fingiéndose un estremecimiento, miró a las afueras con el ceño fruncido y se dirigió al otro hombre con una pequeña sonrisa.

—Si está dispuesto aún, señor Woodbridge, me gustaría aceptar su oferta de acompañarme a casa; ha oscurecido algo más temprano de lo habitual y no quisiera hacer el camino a solas —dijo ella.

El hombre recibió su pedido con agrado y se apresuró a asentir.

—Desde luego que la acompañaré, señorita Sterling, será un honor. Así podremos ponernos al día acerca de lo que han sido nuestras vidas durante estos años; no puedo esperar a que me cuente lo que ha hecho en París. Siempre me ha parecido una ciudad fascinante —dijo él, para luego mirar a su amigo con una ceja arqueada—. Espero volver antes de que sirvan la cena, Adam, pero de no ser así pueden empezar sin mí.

Su amigo recibió la sugerencia con rostro pétreo.

—Esperaremos —respondió él—. La vicaría no está lejos; no tienes por qué tardar demasiado.

El señor Woodbridge pareció captar la sutil advertencia y cavilar en sus distintos matices porque asintió sin que su semblante reflejara del todo lo que pensaba y tendió un brazo a Victoria, que se apresuró a tomarlo sin atreverse a mirar el rostro de Adam.

Una vez que dejaron la mansión, en tanto el señor Woodbridge, quien insistió más de una vez en que debía llamarlo por su nombre de pila en atención a todo el tiempo que se conocían, se enfrascó en un monólogo acerca de lo mucho que le gustaba el campo y cómo deseaba disfrutar de cada instante de su estancia allí, Victoria fingió oírlo con atención, asintiendo a todo lo que decía y respondiendo con monosílabos que él no pareció advertir. Sus pensamientos, en verdad, se encontraban muy lejos de allí.

Como Adam anunció que haría, visitó al señor Sterling muy temprano a la mañana siguiente para invitarlos a él y a Victoria a la cena de aquella noche en Blackmore Park y, para su absoluto disgusto, este aceptó de inmediato, al parecer encantado con esa muestra de deferencia. Ella, que se enteró de esa charla luego al encontrarse con su padre una vez que se encontró lista para dirigirse a la mansión, sin haber advertido la llegada de Adam, quien se marchó casi de inmediato, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que su reacción no fuera demasiado evidente.

El señor Sterling apenas dejaba la casa para ir a la iglesia y comandar el servicio, alternando algunos minutos con sus feligreses al terminar este. Por lo demás, vivía casi como un ermitaño, sumergido entre sus libros y sus nuevos proyectos; y aunque Victoria sabía que él disfrutaba de esa vida retirada, era consciente también de que debía de echar de menos departir con otras

personas. De modo que procuró mostrarse tan animada como él cuando le habló de la invitación de Adam y se ocupó de elegir un traje apropiado para él, así como también un vestido que ella pudiera usar para no sentirse inferior a las damas llegadas de Londres sin dejar de atender al hecho de que en cierta medida aún se encontraba de duelo.

Una vez que estuvo satisfecha con su elección, dejó todo listo para cambiarse una vez que regresara de ver a los niños, decidida a hacerlo algo más temprano de lo habitual y así tener el tiempo necesario para todo.

Aunque procuró convencerse a sí misma de que el nerviosismo que la asaltó durante buena parte del día se debía tan solo al hecho de que tendría que asistir a una velada con desconocidos después de mucho tiempo volcada tan solo en su trato con los niños, sabía que gran parte de esa inquietud estaba relacionada con Adam y con su cercanía, así como con la certeza de que pronto iba a conocer a la mujer con la que según su padre contemplaba casarse.

Su inquietud escaló a tal nivel que en lugar de quedarse a almorzar en la mansión, consiguió convencer a Harriett de que lo hiciera sin ella y consintiera en quedarse un par de horas de más con los niños para que ella pudiera ir a visitar a la señora Blossom, la buena Fanny, con la que había hecho muy buenas migas, y así poder ver los avances que tanto ella como las otras mujeres del poblado habían llevado a cabo desde su última reunión.

En un inicio, acordaron que Victoria las visitaría una vez por semana, y hacía solo un par de días que estuvo en su casa hablando acerca de todo aquello así como dejando algunos alcances que recopiló de su experiencia en el taller de la tía Lucie y que esperaba que pudiera servirles, pero supuso que ni Fanny ni las otras mujeres encontrarían molesta su presencia luego de tan poco tiempo.

Como esperaba, la recibieron con muestras de alegría y pudo comprobar, encantada, que habían hecho estupendos progresos. Durante su primera visita intentó plasmar en sus palabras el ambiente de camaradería que vio reinar siempre en el taller de las operarias del taller en París y cómo esto las ayudaba no solo a crear una atmosfera más agradable para todas, sino que también les permitía llevar a cabo el trabajo con mayor eficiencia y rapidez.

Aunque las mujeres tenían todo tipo de obligaciones y ese no dejaba de ser tan solo un momento de esparcimiento para la mayoría, con la esperanza de generar, además, un ingreso que les vendría muy bien a todas, Fanny comentó en un aparte cuando Victoria estaba a punto de marcharse luego de permanecer un par de horas con ellas, que no recordaba haberlas visto nunca tan afanosas con sus labores, e incluso le mostró unas cuantas piezas bordadas que ella pensaba enviar a unos conocidos del taller en Londres en que trabajó antes de casarse por si los encontraban interesantes y conseguían así una oferta más provechosa de las que habían recibido hasta entonces. Según ella, había una gran diferencia entre coser camisas baratas para obreros de las fábricas, que se vendían a unos cuantos chelines, que era todo a lo que habían aspirado hasta entonces, y producir delicados bordados para damas dispuestas a pagar algo más por una prenda bonita.

Victoria no podía estar más de acuerdo con eso y se prometió enviar una carta al señor Dubois para hablarle al respecto por si él conocía a alguien en Inglaterra que pudiera estar interesado también en esa clase de trabajos. La idea de tratar con Henri le resultaba incómoda, en especial porque acababa de recibir una carta suya en la que resaltaba una vez más cuán poco dispuesto estaba a considerar siquiera sus palabras respecto al término de su compromiso, algo

que empezaba a enojarla.

Cuando inició el camino de vuelta a Blackmore Park se dijo que eso era justo lo que había necesitado; un cambio de aires y algo que la ayudara a disipar su mente de sus preocupaciones más acuciantes. Su entusiasmo no duró mucho, sin embargo, porque se encontraba a solo unos cuantos metros de la mansión luego de dejar tras ella el bosque que la circundaba, cuando se topó con una imagen que le recordó el motivo por el que se había visto impulsada a buscar ese escape en primer lugar.

Adam y sus invitados, entre ellos el señor Woodbridge, se encontraban fuera de la casa camino a los terrenos que ella acostumbraba a recorrer durante sus paseos. Todos iban a lomos de caballo y parecían muy animados en tanto charlaban entre ellos y señalaban los amplios terrenos a su alrededor. Victoria supuso que estaban a punto de iniciar un recorrido para visitar la propiedad y tal vez cazar; un par de hombres llevaban escopetas sujetas a las sillas de los animales y un par de mozos de cuadra los seguían con otros aparejos similares a escasa distancia.

Lo que más la impresionó, sin embargo, no fue el llamativo grupo que hacían o la elegancia con que todos parecían conducirse, sino el par de figuras que abrían la marcha.

Adam iba a lomos de un caballo que no había visto hasta entonces, un semental muy parecido al viejo Odín, tan blanco y estilizado como la nieve y con el que parecía formar una unidad, tan compenetrados le pareció que se mostraban en su andar. Una dama menuda y de porte distinguido montada sobre una yegua gris iba muy cerca de él; la distancia y el resto del grupo no le permitieron distinguir sus rasgos, pero estuvo segura, por la inclinación de su rostro y la elegancia de su postura, que debía de tratarse de una mujer deslumbrante. Atisbó, sí, un cabello del color del trigo maduro cubierto por un sombrero a juego con el traje de montar que llevaba, y el brillo de una piel inmaculada que destelló incluso a lo lejos.

De modo que era ella, reflexionó en tanto hacía grandes esfuerzos por poner la mayor distancia entre ella y el grupo, lo que no fue difícil; ellos se alejaban con rapidez en tanto ella se dirigía en dirección contraria camino a la mansión. Al entrar, exhaló un suspiro de alivio y ni siquiera reparó en la animada recepción que le prodigó el mayordomo, algo muy poco usual. Tal vez, debido a su necesidad de interactuar con todos aquellos extraños, empezaba a apreciar los rostros conocidos.

Harriett la esperaba con impaciencia porque según ella los niños habían estado tan inquietos desde su marcha que ni siquiera le habían permitido sentarse a almorzar. Victoria no le prestó demasiada atención, pero le dijo que ella se quedaría con ambos en tanto ella se tomaba un respiro, lo que la niñera aceptó sin rechistar.

Victoria pasó el resto de la tarde sumida en sus pensamientos y atenta al sonido de los cascos de los caballos que anunciaran el regreso del grupo, pero cuando dejó la mansión unas horas después ellos no habían dado visos de volver. De cualquier forma, se dijo con cierto pesimismo, le gustara o no, los conocería a todos tan solo unas horas después. La impresión que dejaran en ella y viceversa, bueno, eso lo descubriría pronto.

Victoria nunca había estado más satisfecha de la férrea insistencia de su tía respecto a la importancia de poner cierto cuidado en su aspecto como cuando se contempló en el espejo de su vieja habitación en la casa de su padre, poco antes de dirigirse a Blackmore Park.

Pese a su reticencia a mantener el luto, eligió un vestido negro que le pareció apropiado para una reunión como aquella; era discreto pero hermoso, y se ceñía de una forma espléndida a su

figura, acentuando sus formas delicadas pero bien delineadas. Dejaba los hombros al descubierto y tenía el corpiño rematado por una banda de encaje trabajado por las costureras del taller de París, un detalle precioso que dotaba de elegancia y delicada sensualidad a un traje que en otras circunstancias tal vez habría resultado un tanto sombrío.

Su padre alabó su elección y Victoria recibió sus halagos con gusto, aunque pasó todo el viaje a la mansión resaltando lo elegante que se veía él. No recordaba cuándo fue la última vez que lo vio poner tanto cuidado en su aspecto; su madre decía con frecuencia que ella había heredado ese desinterés que su padre siempre mostró por cosas que ambos consideraban un tanto banales, pero estaba claro que los dos habían llegado a la misma conclusión. No estaban dispuestos a visitar Blackmore Park en una ocasión formal y no estar a la altura de lo que se esperaba de ellos. En atención a Adam y a ese orgullo que ambos también compartían.

Morris los recibió con muestras de mal disimulada alegría, una constante últimamente, recordó Victoria al ver la forma en que las comisuras de sus labios se elevaban al hacer una reverencia exagerada cuando abrió la puerta para ellos. El pobre debía de estar pasándolo realmente mal con las visitas, supuso en un raptó de lástima. Aquello, sin embargo, no interfería con sus labores, comprobó al dar una mirada al vestíbulo maravillosamente iluminado; tan reluciente que el piso de mármol brillaba. Su reflejo le devolvió la mirada desde los grandes espejos alineados en la pared y no pudo recordar que los hubiera visto antes tan cristalinos...

Habría podido pasar horas admirando cada detalle de no ser porque Adam se reunió con ellos tomando la mano de su padre para estrecharla con calidez y agradecerle que aceptara su invitación. En tanto ellos intercambiaban saludos, Victoria aprovechó para mirarlo de reojo, apreciando lo apuesto que se veía aquella noche y la forma en que el traje de etiqueta se ajustaba a sus anchos hombros y la línea de su espalda. No debería de haberse sorprendido del tirón que sintió en su estómago al caer en la cuenta de lo atractivo que era; eso lo había sabido siempre, pero en ese momento le pareció también que ella era demasiado consciente de eso, lo que sin duda lo hacía también muy peligroso.

Cuando Adam se dirigió a ella en tanto su padre se adelantaba para saludar al señor Woodbridge, en quien no había reparado hasta entonces por tener toda su atención puesta en su amigo, Victoria vaciló un instante, un tanto cortada acerca de qué era lo mejor a hacer. Le gustaba pensar que tenía tan buenos modales como el que más, sus padres y luego su tía se encargaron de ello, pero nunca sabía qué era lo más adecuado cuando de Adam se trataba. ¿Preferiría él no verse en la necesidad de tocarla? ¿Sería lo mejor que solo hiciera una reverencia apropiada y mantuviera la mirada alejada de su rostro? Pero al final no hizo nada de aquello porque en tanto lo consideraba solo atinó a extender su mano enguantada y mirarlo a los ojos, atenta a su reacción. Él ya había dado muestras de tener mucha mayor contención que ella y lo reafirmó en ese momento al no vacilar en tomar su mano, pero no la llevó a sus labios sino que la mantuvo ceñida a la suya en tanto le devolvía la mirada sin parpadear. Victoria comprendió que hubiera podido tocarla directamente o incluso besarla y el efecto que tenía en ella no habría variado mucho; le bastaba con encontrarse con su mirada acerada y atisbar lo que se reflejaba en su profundidad para que sus rodillas empezaran a temblar.

Por fortuna, o no, otros dos caballeros llegaron entonces y a Adam no le quedó más alternativa que romper el contacto para presentar a los recién llegados. Victoria aprovechó ese momento para acercarse al señor Woodbridge e intercambiar algunas palabras con él; le bastó con

ver su rostro risueño y oír sus comentarios bromistas dichos en voz baja para recuperar el aplomo. Rogó entonces porque la sentaran cerca de él durante la cena porque eso la ayudaría a mantener el control y quizá, con un poco de suerte, tal vez incluso disfrutara de la velada.

Antes de dirigirse al comedor, el señor Woodbridge insistió en que debían de presentarse a los demás y los escoltó al salón en que estos esperaban el aviso de que la cena se encontraba servida.

Victoria se esmeró por recordar cada uno de los nombres de las personas que Adam fue presentándoles a ella y a su padre, lo que no tuvo nada difícil; era un grupo pequeño y a su parecer no todos los miembros le resultaron muy interesantes. Además del señor Woodbridge u Oliver, como él insistió nuevamente en que lo llamara, había otros cuatro caballeros, los dos que conoció en el vestíbulo, unos jóvenes hermanos y estudiantes recién egresados de Oxford a quienes, según entendió, Adam había ofrecido dar algunos consejos para el manejo de la propiedad que el mayor acababa de heredar de su padre, y el otro par, compuesto por un barón amigo de *sir* Richard, el abuelo de Adam, y su hijo. Este último, en particular, le resultó un tanto desagradable porque no dejaba de lanzar nada discretas miradas a su escote y cuando ella le dirigió una mirada de enojo solo atinó a comentar cuán hermoso le parecía el bordado con el que lo cubría. Desde luego, se esmeró en evitarlo tanto como le fue posible y prestó mayor atención a las únicas damas en la estancia además de ella y a quienes había visto a lo lejos el día de su llegada.

La mujer mayor, quien incluso de cerca mantenía el ceño fruncido y la expresión implacable, le fue presentada como la baronesa de Ros, esposa del caballero que acababa de conocer, y las jóvenes que la acompañaban, como descubrió pronto, eran sus hijas. Victoria simpatizó de inmediato con la menor de ellas, Olivia, una jovencita que apenas debía de tener unos dieciocho años, tímida y de cabellos oscuros con una sonrisa vacilante y que le tendió la mano de inmediato pese a la mirada de reprobación que le dirigió su madre. Victoria se apresuró a tomarla y le devolvió una sonrisa mucho más segura pero igual de amistosa con un ligero tinte socarrón que esperaba que la joven fuera capaz de desentrañar y la ayudara a superar el regaño de la baronesa.

Su hermana mayor, sin embargo, no le resultó tan agradable. Aunque más bella que la otra, con facciones más delicadas y un porte que le pareció propio de una reina, tenía un gesto ceñudo, sin duda heredado de su madre, que la hizo sentir incómoda. La joven, Millicent, la veía con una curiosidad tan evidente que se preguntó si habría oído algo acerca de ella y qué clase de cosas serían de ser el caso; la reconoció entonces como la compañera de Adam en la cacería de aquella mañana y la certeza le sentó tan mal como esperaba que ocurriera, pero se dijo que no tenía sentido incomodarse por ello o pasaría una velada espantosa tejiendo todo tipo de hipótesis respecto al motivo de la visita de esa familia a la mansión. Cualquiera que fuera el caso, se sintió aliviada cuando Morris se presentó en el salón para anunciar que la cena estaba por ser servida.

Oliver se apresuró a ponerse a su lado, salido no estaba segura de dónde, y le tendió un brazo que ella se apresuró a tomar en tanto Adam escoltaba a la baronesa y sus hijas iban tras ellos. Al ocupar su asiento a la elegante mesa, comprendió un tanto desconcertada que su esperanza de que la sentaran cerca de Oliver o de su padre no se vería satisfecha.

El asiento asignado para ella estaba a la derecha de Adam, quien ocupaba la cabecera en tanto la baronesa dominaba la mesa desde el asiento frente a él, en deferencia a su rango. De modo que Victoria se encontró entre el hombre a quien hubiera preferido evitar y el barón de Ros. A su padre lo habían sentado a la derecha de la baronesa y Oliver se encontraba a su izquierda; la



joven Millicent, a la izquierda de Adam, le dirigía continuas miradas de interés mal disimulada que la llevaron a mantener la vista fija en los platos que los lacayos fueron acercando según avanzaba la mesa.

El barón de Ros, que pareció ser consciente de su incomodidad, se esmeró por ser un compañero agradable y le contó algunas anécdotas de su amistad con *sir* Richard que, pasada la tensión inicial, le arrancaron algunas sonrisas. Quién iba a pensar que el viejo barón fuera considerado un caballero galante en su época, como aseguró su amigo, se dijo ella al contener una carcajada cuando oyó la confesión del caballero. Tuvo que sostener la servilleta contra su rostro al oírlo y, cuando se encontró lo bastante serena para dejarla en su lugar, se encontró con la mirada de Adam fija en su rostro, por lo que no le quedó otra alternativa que desviar la vista, estremecida al reparar en la forma en que la miraba y preguntándose si solo ella lo habría notado.

Su interrogante se vio respondido de inmediato cuando vio un brillo de enojo en las pupilas de la joven frente a ella y oyó el suave carraspeo emitido por su madre antes de que se dirigiera a ella con esa voz de trueno que le provocó un pequeño sobresalto.

—Señorita Sterling, me cuenta su padre que ha iniciado una... ¿cómo le ha llamado, señor? —La baronesa miró al clérigo con el ceño fruncido y se respondió a sí misma antes de que él pudiera abrir la boca—. Ah, sí, sociedad. Una sociedad con las mujeres de la zona que cosen o algo así. Tengo curiosidad. Hábleme de eso.

Victoria apretó los labios para reprimir una sonrisa. Aunque el pedido de la mujer sonó en realidad más como una exigencia y no hubo amabilidad en su tono al dirigirse a ella, no pudo evitar encontrar divertida la vaguedad con la que se expresó. Fue evidente que no tenía idea de lo que decía, y era probable que no le importara del todo; tan solo quería ponerla en evidencia y atraer su atención. De modo que procuró no seguirle el juego y responder con claridad una vez que llegó a esa conclusión.

Sin dar mayores detalles, en especial los referentes a las continuas discusiones de las mujeres poco antes de que empezara a colaborar con ellas, resumió el proyecto que había trazado y que, esperaba, llegara a buen puerto.

—Es algo muy sencillo, aunque no creo que pueda considerársele una sociedad; no tengo mayor interés en obtener un beneficio de este acuerdo —continuó ella con sencillez tras encogerse de hombros una vez que aclaró el punto elemental—. Mi idea es serles de utilidad y al mismo tiempo usar mi tiempo de forma productiva.

—¿Cuidar de los pequeños del señor Talbot no es lo bastante productivo para usted? Porque todos teníamos entendido que ese fue el motivo de su regreso.

Los ojos de Victoria relampaguearon al fijar su mirada en la señorita de Ros, quien la veía a su vez con mal disimulada malicia. Era obvio que había heredado la capacidad de su madre para elaborar insultos sutiles sin perder la imagen de inocencia, se dijo sin permitir que aquello la alterara.

—Me veo capaz de hacer ambas cosas —respondió ella con voz neutra.

—¿Segura?

—Diría que lo suficiente —conteniendo el enojo que empezaba a bullir bajo su falsa calma, Victoria miró a Adam con una ceja arqueada— ¿No estás de acuerdo, Adam?

Él pareció encontrar muy divertido el intercambio que había seguido hasta entonces en silencio y con unas discretas miradas; pero debió advertir que ella empezaba a enfadarse porque

adelantó un poco el cuerpo en su dirección y le dirigió una mirada de advertencia que chispeó entre ambos y que Victoria no tuvo problemas en mantener. El intercambio duró apenas un par de segundos y fue Adam quien desvió la vista para dirigirse luego al resto de los invitados con una fría sonrisa.

—Estoy muy agradecido con la ayuda de la señorita Sterling y no podría encontrar más admirable la espléndida forma en que reparte su tiempo —señaló él con claridad, fijando un instante su mirada en el rostro tenso de la baronesa como si supiera que esa suerte de ataque, aunque esgrimido en labios de su hija, había sido concebido por ella—. Seguro que usted y Millicent estarían de acuerdo, de encontrarse en mi lugar.

A Victoria no se le escapó el hecho de que se refiriera a ella con esa formalidad cuando en su caso no había podido evitar ser mucho más natural debido al enojo que sintiera. En ese momento, sin embargo, se sintió un poco avergonzada al no haber podido contenerse y haber permanecido en silencio, dando por zanjado aquel tema, de no ser porque la baronesa se dirigió nuevamente a ella una vez que se recuperó del adusto comentario de Adam.

—Bueno, supongo que tiene razón; usted debe de saberlo mejor que nadie —replicó ella tras tomar un sorbo de la copa ubicada a su derecha y dejarla sobre el mantel con movimientos medidos—. Bien pensado, ¿no sería interesante ver el trabajo de esas mujeres de las que la señorita Sterling habla con tanta admiración? Tengo debilidad por los tejidos hermosos, como cualquier otra mujer, y me encantaría ver lo que han sido capaces de crear. ¿Será posible, señorita Sterling? Mis hijas y yo se lo agradeceríamos.

Victoria abrió la boca, dispuesta a negarse con el argumento de que lo último que necesitaban aquellas mujeres era que se las tratara como animales de zoológico dispuestas para la diversión de unas damas aburridas, pero entonces ocurrieron dos cosas que hicieron que se atragantara con sus palabras. En primer lugar, algo que de por sí solo quizá no la hubiera detenido, fue que se encontró con la mirada angustiada de su padre, quien desde el otro lado de la mesa parecía querer decirle que debía actuar con sensatez y no permitir que su genio le ganara la partida; un pedido con el que se encontraba tristemente familiarizada.

Lo otro... bueno, lo otro que terminó por convencerla estuvo también a punto de provocar que pegara un brinco y derramara el contenido de su copa sobre el mantel, pero consiguió contenerse a tiempo.

Adam había deslizado discretamente una mano bajo la mesa y en ese momento pudo sentir que la posaba con firmeza sobre su regazo. Victoria tragó espeso al sentir el calor de su piel a través de la seda del vestido y bajó el rostro para que nadie pudiera advertir el rubor en sus mejillas. Sabía que él solo intentaba evitar que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse luego, pero le costaba creer que se atreviera a hacer algo como aquello en medio de la cena y ante decenas de ojos que no parecían darse cuenta de lo que ocurría.

Con los labios resecos y el cerebro atontado, lo miró de reojo sin disimular su desconcierto, pero Adam no pareció en absoluto tan alterado como ella. Sin embargo, en un destello de generosidad, supuso Victoria en un arranque de ironía próximo a la histeria, él la soltó no sin antes darle un pequeño apretón como para reafirmar su gesto y lo que pretendía advertirle con él.

Recuperada y en gran medida furiosa, Victoria alteró su postura con discreción para mantenerse tan lejos de él como le fue posible y miró a la baronesa, quien esperaba su respuesta con una ceja arqueada. El intercambio entre ella y Adam no duró más de un minuto, pero

comprendió que de cualquier forma su mutismo debió de haber extrañado a los otros.

—Estaré encantada de mostrarle el trabajo de las damas, baronesa; a usted y a sus hijas. Y también a quien quiera verlo —respondió ella al fin, sin detenerse a pensar del todo en lo que ofrecía, pero consiguió considerar algo importante antes de continuar—. Si ellas están de acuerdo, claro.

La baronesa asintió, al parecer complacida con su oferta y esbozó una sonrisa que le resultó tan desagradable que tuvo difícil ocultar lo mucho que le incomodó.

—Esperemos que lo estén, entonces; lo sabremos pronto —afirmó ella.

Sin esperar respuesta, la dama giró en un gesto desdeñoso para posar su atención en Oliver, quien la miraba con el ceño fruncido, pero respondió a lo que fuera que le dijera con su amabilidad habitual.

Victoria respiró un par de veces para calmarse del todo y dirigió a su padre una sonrisa para que no se preocupara antes de mirar una vez más a su izquierda y encontrarse con el gesto imperturbable de Adam, quien en ese momento sostenía una charla entre susurros con la señorita de Ros. Ahogando un suspiro, devolvió su atención al barón de Ros, quien pareció tomar su gesto como una muestra de interés para que continuara con la exposición de sus anécdotas de juventud y no le quedó otra alternativa que dedicar lo que quedaba de la cena a oírlo sin que fuera demasiado evidente cuánto le habría gustado encontrarse en cualquier otro lugar que no fuera ese. Las risas de Adam, que resonaron en sus oídos un par de veces en medio de su charla con la hermosa mujer a su lado, no ayudaron en absoluto para que se sintiera mejor.

Cuando la cena culminó, Victoria exhaló un suspiro de alivio que le duró hasta caer en la cuenta de que tendría que quedarse a solas con la baronesa y sus hijas en tanto los caballeros permanecían en el comedor.

Con un nuevo suspiro, esta vez de desaliento, forzó una diplomática sonrisa y escoltó a las mujeres al salón en que un agobiado Morris indicó que habían dispuesto algunas bebidas para ellas. Victoria supuso que la deferencia del mayordomo al informarle a ella al respecto, en espera de que fuera quien guiara a las otras invitadas, se debía a que pasaba tanto tiempo allí cada día que era, al fin y al cabo, quien mejor conocía la mansión y quien se esperaba que ejerciera de anfitriona en ausencia de Adam. Una idea que no le hizo ninguna gracia, en especial al reparar, por el gesto de desagrado que la baronesa le dirigió al seguirla fuera del comedor, en que ella tampoco se encontraba precisamente feliz con ello.

En tanto las veía ocupar algunos sillones una vez que llegaron al salón, se permitió contemplar a la dama de mayor edad con discreción, procurando encontrar una razón para esa animadversión que había dejado de manifiesto desde su llegada. ¿Temía acaso que la presencia de otra mujer pudiera de alguna forma robar la atención de Adam? ¿Una atención que esperaba fuera solo para su hija? De ser ese el caso, Victoria habría estado encantada de asegurarle que no había nada por lo que debiera preocuparse; con seguridad, Adam las había invitado a ella y al resto de su familia precisamente con ese fin. Si él estaba determinado a contraer matrimonio una vez más, como su padre creía, entonces sin duda la bella Millicent era la candidata perfecta. Bella, de buena familia y en apariencia jovial cuando no estaba taladrándola con la mirada, claro.

—Señorita Sterling, ¿cree que podremos salir a cabalgar mañana? Disfruté mucho del paseo cuando el señor Talbot nos llevó a recorrer los terrenos y me gustaría explorarlos.

Victoria parpadeó y dirigió su atención a la joven Olivia, que la miraba con sus grandes y

cándidos ojos castaños fijos en su rostro. Le sonrió con amabilidad y vaciló un momento antes de responder en tanto ocupaba una butaca algo alejada de la que su madre había elegido.

—Seguro que sí, aunque no es a mí a quien corresponde decirlo —dijo ella—. Puede preguntárselo al señor Talbot en cuanto se reúna con nosotras, pero insisto en que sin duda estará de acuerdo.

La joven asintió y le dirigió una pequeña sonrisa de agradecimiento antes de reparar en el ceño fruncido de su madre, quien miraba de una a otra con mal disimulado enfado.

—Olivia, no veo la necesidad de incomodar a la señorita Sterling con esa clase de preguntas; ella es una invitada, lo mismo que nosotras, y sin duda no tiene mayor poder de decisión en algo como esto.

Victoria contó hasta tres antes de mirar a la dama y obsequiarla con una dulce sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Es verdad, no soy quién para tomar esa clase de decisiones —dijo ella, acentuando su sonrisa al dirigirse a la joven, que las miraba un poco inquieta—. Pero conozco bien al señor Talbot y no debe dudar de que le dará mucho gusto saber que está interesada en conocer a fondo su propiedad.

Y tu madre puede pensar lo que quiera respecto a ello, le habría gustado agregar, pero se contuvo a tiempo en mayor medida por consideración a la jovencita, que tan solo había expresado una idea sin malicia y que hasta entonces se mostró bastante simpática con ella.

Su hermana, quien hasta ese momento se mantuviera en silencio y seguía el intercambio de palabras con interés, se inclinó hacia adelante en el sillón y afirmó una de sus níveas manos sobre un cojín al tiempo que la miraba con los ojos entrecerrados en un gesto de profundo recelo.

—Según hemos oído, usted y el señor Talbot fueron buenos amigos antes de marcharse a Francia y de que él se casara con su hermana —dijo ella en tono suave y calculado.

Victoria inspiró con fuerza y asintió secamente.

—Así es —respondió ella.

—Debió de sentirse muy emocionada al saber que él pasaría a formar parte de su familia —continuó la joven sin mostrarse afectada por su rudeza—. De ser un buen amigo a convertirse en un hermano...

—Jamás lo vi de esa forma.

Su respuesta surgió más brusca de lo que le habría gustado, pero estaba segura de que ese último comentario tuvo por fin tan solo incomodarla y aunque hubiera preferido no hacer tan evidente que lo había logrado con creces, algo más fuerte que ella le ganó la partida.

—Tal vez debería —fue la baronesa quien reanudó la charla, acentuando con sus palabras el comentario de su hija y dirigiendo a Victoria una mirada de amonestación—. Eso podría hacer las cosas mucho más fáciles para usted.

Victoria frunció el ceño y miró a la mujer, desconfiada por esa sutil advertencia.

—No entiendo a qué se refiere —dijo ella.

La baronesa se encogió de hombros con un movimiento elegante y Victoria pensó que respondería, pero entonces las puertas del salón se abrieron y los caballeros entraron para reunirse con ellas. Como si se hubiera tratado de una señal de que podía volver a respirar, Victoria exhaló el aire contenido y se puso de pie, despidiéndose del grupo con una cabezada y con cuidado de no mirar a ninguna de las mujeres directamente, ni siquiera a la pobre Olivia,

quien sin duda no tenía ninguna culpa de lo desagradables que se podían mostrar las otras dos.

Algo en su expresión debió delatar el profundo estado de incomodidad en que se encontraba, porque su padre se acercó a ella al verla y le hizo un discreto gesto al que ella correspondió asintiendo de inmediato. Entonces el señor Sterling urdió una elaborada excusa en voz alta para disculparse porque debían retirarse algo más temprano de lo estimado. Sus huesos no eran los mismos de siempre, dijo en tono bromista, y las noches frías como aquella empezaban a afectarlo.

Adam recibió sus excusas con semblante imperturbable y avisó al mayordomo para que se dispusiera en la entrada el coche que los había llevado hasta allí algo más temprano. Oliver se ofreció de inmediato a acompañarlos en el regreso y Victoria le sonrió, agradecida frente a la posibilidad de oír una charla amable durante el camino de vuelta, además de que eso le evitaría tener que dar explicaciones a su padre. Si albergó alguna duda de que Adam se mostrara reacio a que su amigo se ausentara, esta se disolvió al verlo asentir con agrado y ofrecerse a acompañarlos a la entrada para verlos marchar.

Se despidió con rapidez de los otros invitados, sin atender a las expresiones de agrado en absoluto sutiles que advirtió en el rostro de la baronesa y de su hija, y recorrió el camino hasta la escalinata que conducía a la entrada andando solo unos pasos por detrás de Adam y su padre, que intercambiaban algunas palabras en voz baja. Oliver, en tanto, iba a su lado y no dejaba de decir cuánto lamentaba que debieran marcharse tan pronto porque tenía la esperanza de que pudieran pasar más tiempo juntos.

Victoria, distraída como estaba, apenas le prestó atención; de haberlo hecho quizá habría sido más tajante en sus respuestas porque no tenía interés en que el hombre se hiciera ideas equivocadas respecto a ella. Aunque agradable y muy apuesto, lo encontró tan atractivo a sus ojos como le había parecido cuando lo vio por primera vez hacía ya tanto tiempo; es decir, nada. Lo consideraba un caballero en toda regla, sí, y le gustaba la idea de considerarlo un amigo, pero en ese momento no se detuvo a pensar demasiado en ello. Solo deseaba estar de vuelta en casa y meterse en su cama para dormir por horas.

Lo que fuera que Adam y su padre hablaran debió de resultar satisfactorio para ambos porque sonreían en tanto el primero ayudaba al segundo a subir al carruaje. Victoria se adelantó para hacer otro tanto, pero Adam la detuvo al tomarla suavemente del codo para llamar su atención.

Aunque el contacto duró solo un instante ya que ella se apresuró a romperlo con ojos llameantes, fastidiada aún por la charla sostenida con la baronesa y el recuerdo de su trato durante la cena, no pudo dejar de sentir un molesto ardor en la parte de piel que él había tocado. Era tan humillante que algo tan simple y posiblemente hecho sin mayor intención le afectara tanto que solo podía expresar el enfado que sentía hacia sí misma dirigiéndolo todo a él.

Adam no pareció afectado por su reacción; en lugar de ello, le dirigió una sonrisa sesgada y, tras mirar en dirección al carruaje, donde Oliver intercambiaba unas palabras con el cochero en tanto su padre esperaba en el interior, se acercó un par de pasos más para hablar en una voz baja que tan solo Victoria pudo oír.

—Tal vez hayas perdido el valor, pero es evidente que tu genio se encuentra intacto. Ya lo había notado; supuse, no obstante, que habrías aprendido a ser más cauta. Puedes explotar frente a mí todo lo que desees, pero no frente a mis invitados —dijo él.

Victoria apretó las manos a los lados con tanta fuerza que sintió las uñas clavarse en sus

palmas incluso a través de los delicados guantes de seda. Le devolvió una mirada feroz, aturdida de que fuera capaz de decir algo como aquello cuando ella se encontraba tan alterada por el intercambio que acababa de sostener con la baronesa. Claro que él no tenía cómo saberlo, pero eso no lo hacía menos injusto y estuvo a punto de empezar a gritar debido al enfado.

—Porque no quieres que los ofenda, supongo —replicó ella en un tono similar al usado por él una vez que consiguió normalizar su respiración.

Adam sacudió la cabeza de un lado a otro con suavidad y la sonrisa en sus labios se ensanchó como si encontrara su respuesta de lo más divertida.

—No. Porque yo puedo con ello —contestó él en tono grave—. A decir verdad, tengo que reconocer que incluso lo disfruto. Siempre me gustó eso de ti, Victoria, creo que es uno de tus rasgos más atractivos; me alegra que aún lo conserves. Pero contente con los otros, es posible que ellos no lo aprecien tanto como yo.

Victoria estuvo a punto de responder que le importaba poco lo que él o cualquiera de sus amigos pudieran pensar acerca de ella, pero se lo pensó mejor y, tras dirigirle una mirada airada, se alejó de él y terminó de descender los escalones que le faltaban para subir al carruaje. Oliver se unió a ella de inmediato y dio un leve golpe al techo del vehículo para que el cochero se pusiera en marcha.

En tanto el caballero hablaba con su padre acerca de la cena y otros temas a los que apenas prestó atención, ella se mantuvo con la vista firmemente puesta en sus manos unidas sobre el regazo. Habría deseado mirar por la ventanilla para ver si Adam aún permanecía de pie ante la entrada, viéndolos alejarse; algo en su interior le dijo que sin duda así era, pero no se atrevió a comprobarlo. En lugar de ello, aspiró con fuerza y, lo mismo que había hecho tantas veces antes, acalló sus sentimientos con fiereza.

## CAPÍTULO 8

—*Algún día construiré un barco con el que recorreré el mundo. Cruzaré el Atlántico para conocer América y luego daré una vuelta por Asia y África. Quizá incluso llegue hasta el Ártico; podría ser la primera mujer al mando de una embarcación que lo haga. ¿Crees que haga tanto frío como dicen?*

—*Supongo que sí, pero siempre podríamos confirmarlo con un explorador antes de echar amarras. En todo caso, si tienes planeada una travesía tan larga sin duda te vendrá bien un poco de ayuda, ¿será posible que necesites un marinero? Porque estaría encantado de ocupar el puesto.*

—*No lo sé, Adam. ¿Qué diría tu abuelo frente a eso?*

—*Le costará comprenderlo al principio, pero luego lo entenderá. Tengo preparado un argumento que ni siquiera él podrá rebatir.*

—*¿Si? ¿Y qué argumento es ese?*

—*Que no puedo permanecer alejado de ti porque eso sería como perder también mi corazón. ¿Qué sería de mí si te llevas contigo mi corazón, Victoria? No me quedaría nada.*

El sonido de un suave golpeteo obligó a Victoria a abrir los ojos de golpe.

Tardó un momento en comprender lo que ocurría, pero exhaló un suspiro de alivio al reconocer la habitación en la que se encontraba una vez que consiguió aclarar su mente. Estaba en su dormitorio en casa de su padre y el sonido que oyó provenía del jardín; posiblemente el muchacho al que acostumbraban a emplear para que desarrollara las labores más demandantes debía de encontrarse sacudiendo las mantas que la criada había puesto a orear en el jardín trasero.

Más tranquila y tras mirar en dirección a la ventana para comprobar que acababa de amanecer, se llevó una mano al pecho, donde el ritmo acelerado de su corazón empezaba a recobrar la normalidad.

*¿Qué sería de mí si te llevas contigo mi corazón, Victoria? No me quedaría nada.*

El recuerdo de las palabras de Adam que oyera hacía tanto tiempo y que le fueron devueltas durante el sueño la acosó como un fantasma. Hubiera podido repetir cada sílaba de esa conversación sin problemas; se trató de una de las muchas que sostuvieron en tanto fortalecían su amistad. Esa en particular se dio poco después de una recaída de Emma, cuando Victoria pasaba horas tendida sobre la hierba en el claro, imaginando los lugares a los que podría huir para encontrar la paz que no había en casa. Tal vez fuera un pensamiento egoísta propio de una chiquilla tonta, pero en aquel tiempo sus padres parecían estar siempre tan pendientes de su hermana menor que ella se sentía apartada a un lado y, aún peor, inútil para ser de cualquier ayuda. Pensaba que su ausencia sería bien recibida porque cuando se encontraba cerca se metía en problemas y no daba más que disgustos.

Adam la acompañaba con frecuencia durante esos momentos y le seguía el juego cuando ella decía esa clase de incoherencias; incluso se ofrecía para ser su cómplice, como en aquella ocasión, pero esa fue la primera vez que puso en palabras algo que la llevara a pensar que su amistad estaba a punto de ir mucho más allá del lugar en que la habían mantenido hasta entonces.

*¿Qué sería de mí si te llevas contigo mi corazón, Victoria? No me quedaría nada.*

Al parecer él no había estado bromeando entonces, se dijo al ponerse de pie con un suspiro y haciendo a un lado las mantas. Tal vez en verdad se había llevado su corazón con ella al marcharse de la forma en que lo hizo y ahora que estaba de vuelta no había nada en su lugar. Adam no tenía ya un corazón al cual recurrir o amar...

Pegó la frente al cristal de la ventana y miró hacia afuera. Aún era temprano, pero el sol ya se encontraba en lo alto y creyó oír los pasos de su padre en el corredor, lo que significaba que ya debía de haberse levantado. No era para menos. Los domingos eran siempre un día especial para él porque le encantaba dirigirse a su feligresía en la iglesia y en aquella ocasión esperaba contar con la presencia de algunos de los invitados de Adam, tal y como le habían prometido durante la cena a la que asistieron hacía unas noches.

No había vuelto a encontrarse a solas con él desde entonces. Ella llegaba a la mansión cada mañana y permanecía con los niños en tanto Adam se ocupaba de entretener a sus invitados, a los que ella tampoco había vuelto a ver a excepción de Oliver, que pasó la mañana anterior por la vicaría para saludarlos y anunciar que estarían encantados de escuchar el sermón de su padre al día siguiente.

En lo que a Victoria se refería, además, iba a ser la ocasión señalada para cumplir su promesa de mostrar a la baronesa y a sus hijas el trabajo de Fanny y las otras mujeres del poblado. Como anunció que haría, cumplió con preguntarle a estas últimas si estaban de acuerdo en recibir la visita de las damas y, aunque a la mayor parte de ellas la idea no les hizo mucha gracia, al final coincidieron en que no habría nada de malo con ello y que el negarse, además, podría ser considerado como un desaire a los invitados de Adam, por quien todas sentían un respeto casi reverencial.

De modo que Victoria se vistió aquella mañana con la seguridad de que le esperaba un día muy largo y pesado, pero cuando se reunió con su padre para tomar el desayuno se esforzó por parecer animada y consintió en oír su sermón una vez más antes de dirigirse a la iglesia.

Al ver la atención con que tanto los feligreses habituales y los visitantes escucharon las palabras de su padre, Victoria llegó a la conclusión de que sin duda se había lucido esa vez. Incluso la baronesa, que había dado muestras de un natural tan proclive a la crítica, asintió con ademán aprobador en tanto lo escuchaba con atención.

Ella, lo mismo que el barón y sus hijos, ocupaban los puestos más cercanos al púlpito, lo mismo que Adam. Era un privilegio del que habían disfrutado los Talbot casi desde que se fundó la iglesia, en deferencia a su importancia. Victoria, en tanto, había elegido situarse varias filas más atrás, cerca de donde Fanny Blossom y su marido oían el servicio; estaba a gusto allí rodeada por rostros familiares que sin duda no la verían con reprobación, como la baronesa no perdía oportunidad de hacer.

Cuando el servicio concluyó, se apresuró a salir tras dirigir una sonrisa a su padre, quien se mostró abrumado por las muestras de aprecio que recibió una vez que se situó en las afueras de la iglesia para despedir a los asistentes. Fue el momento para que Victoria ultimara detalles con Fanny para la visita de la baronesa a su casa y así pudiera avisar a las otras mujeres. Aun en ese momento no podía dejar de encontrar extraño que la dama hubiera consentido en hacer algo como aquello cuando Victoria había esperado que exigiera que fueran ellas quienes la visitaran para mostrarles sus trabajos. De no tratarse de una mujer tan soberbia habría podido pensar que se trataba de un acto de gran deferencia, pero empezaba a sospechar que en realidad lo que deseaba



era verla en un ambiente alejado de la mansión para tener mayores motivos que asentaran la opinión que se había hecho de ella.

A Victoria aquello no podía importarle menos, pero temía que pudiera hacer cualquier comentario que ofendiera a Fanny o a las otras. Solo le quedaba permanecer atenta y rogar porque aquello no ocurriera; si la baronesa daba una muestra de su proverbial falta de tino posiblemente se viera en la necesidad de olvidar el pedido de Adam y estallaría en su presencia sin nadie que estuviera cerca para contenerla.

Por fortuna, una vez que la baronesa y sus hijas, en compañía de Oliver, quien debía de haberse ofrecido a escoltarlas para ver una vez más a Victoria, se presentaron a la puerta de la pequeña vivienda de Fanny, supo que no habría nada por lo que debiera temer.

Las mujeres eran tan bulliciosas, y la baronesa y sus hijas tan curiosas en el fondo, pese a que procuraban que no fuera demasiado evidente, que bastó con que pusieran un pie dentro del taller de costura para que empezaran a hacer preguntas y las costureras se apresuraran a responder todas al mismo tiempo, con lo que pronto se vieron sumidas en un ajetreo propio de un mercado de feria.

Los trabajos de las mujeres eran ciertamente hermosos y habían mejorado mucho en la atención al detalle, algo acerca de lo que Victoria insistió porque sabía que eso hacía toda la diferencia del mundo entre un trabajo bien hecho, pero tan vulgar como mil otros, y aquel que sobresalía por su delicadeza y elegancia en el acabado.

A la baronesa no le quedó más alternativa que apreciar la belleza de los bordados y la finura de las costuras, lo mismo que a Millicent, y Victoria tuvo la satisfacción de verlas regatear con las mujeres acerca de precios y las prendas que podrían encargarse.

En ese momento, en tanto las oía algo apartada del grupo que se había formado frente a la larga mesa en que las mujeres colocaron sus muestras, Victoria reparó en que Olivia hacía otro tanto y que le lanzaba también algunas miradas curiosas. Oliver había optado por permanecer afuera para no interferir en lo que llamó asuntos de damas y la joven se veía un tanto perdida en medio de tanto bullicio. Conmovida, se acercó a ella y le sonrió.

—¿No quiere acercarse a ver mejor? —sugirió con tiento.

La joven sacudió la cabeza de un lado a otro luego de hacer un gracioso mohín.

—Seguro que mamá comprará algo para mí; no se me dan muy bien estas cosas, nunca sé qué elegir por mi cuenta...

La voz de Olivia fue bajando en intensidad según hablaba y al final calló, en apariencia un poco avergonzada por haber hecho esa confesión. Victoria le sonrió para evitar que se sintiera cohibida por ello y señaló al pequeño grupo con una cabezada.

—Tal vez sea todo ese bullicio el que no la deja elegir con tranquilidad; algunas personas necesitan cierta calma para pensar con claridad. Mi tía era igual y siempre tuvo un gusto excelente —dijo ella con voz animada dirigiéndole una mirada afectuosa—. Podríamos arreglar otra visita luego tan solo para usted si así lo prefiere. Antes de que se marchen; estaré encantada de acompañarla entonces.

El rostro de la joven se iluminó al oírla y asintió una y otra vez con ojos brillantes.

—¿Me encantaría! —dijo ella, bajando la voz tras mirar sobre su hombro en dirección a donde se encontraba su madre—. Si no le molesta...

—En absoluto. Lo disfrutaré mucho; no lo habría sugerido de pensar lo contrario.

La sonrisa de la joven se acentuó y cabeceó, luciendo mucho más alegre de lo que se había mostrado hasta entonces. Pasados unos minutos en silencio, sumidas en una agradable camaradería y sin dejar de observar al grupo de mujeres que finalmente parecían estar a punto de llegar a un arreglo para concluir la visita, Olivia miró a Victoria de reojo con una mirada de franca apreciación.

—El señor Talbot tenía razón —dijo ella con voz suave y pensativa.

Victoria parpadeó, confusa por el comentario.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

Olivia se encogió de hombros.

—Él mencionó que ha realizado una gran labor con estas mujeres y que debíamos venir a admirar sus esfuerzos —explicó ella bajando un poco la voz al continuar y con una discreta mirada en dirección a las otras damas—. Millicent no estaba muy segura de querer venir. Dijo... creo que ella pensaba que podría ser algo poco apropiado por tratarse de mujeres tan humildes, pero estoy segura de que ya debe de haber cambiado de opinión.

Victoria asintió lentamente sin estar segura de qué la extrañaba más; si saber que la hermosa Millicent se había mostrado despectiva con la labor que realizaba o que Adam se refiriera a ella de forma tan halagadora. Se recuperó con rapidez porque no deseaba que Olivia notara cuánto le afectó su confianza.

—El señor Talbot ha sido muy amable —dijo ella en un tono despreocupado—. Tal vez no dijo que él tuvo que ver con este proyecto porque fue quien sugirió que podría serle de utilidad a estas mujeres.

La joven abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—No, no dijo nada al respecto, pero fue muy claro al señalar que siente una gran admiración por su labor.

—¿En verdad dijo eso?

Victoria odió cuán ansiosa sonó su voz al hacer la pregunta y dio gracias porque la joven fuera demasiado ingenua y poco presta a sacar conclusiones apresuradas como para notarla. De tratarse de su madre o su hermana, ya se habría ganado sin duda un gesto reprobador; eso sin contar todas las conjeturas a las que hubieran podido llegar respecto a sus sentimientos por Adam.

—Oh, sí, fue hace un par de días durante la cena cuando mi madre recibió su nota para acordar este encuentro —dijo Olivia—. Como le confié, mi hermana no estaba muy convencida de la idea, pero él insistió en que ya que había sido una sugerencia de nuestra madre en primer lugar no hubiera sido correcto que alguna de nosotras no viniera.

Victoria asintió lentamente, pero no dijo nada de inmediato. Estaba ocupada procesando las palabras de la joven, quien no parecía tener idea de lo mucho que le habían afectado o qué tanto significaba para ella. Entonces, su madre le hizo un gesto para que se acercara; supuso que para mostrarle aquello que eligiera para ella, tal y como la joven predijo, y la dejó a solas luego de dirigirle una sonrisa cómplice.

Cuando se despidieron, luego de que Victoria en particular agradeciera vivamente la deferencia que habían tenido las mujeres para con las visitas, las damas hicieron el camino de regreso a la mansión en el carruaje que las había llevado algo más temprano hasta allí, pero ella, para desconcierto de Oliver, quien se vio un poco decepcionado, prefirió regresar caminando. Enarboló la excusa de que deseaba pasar un poco de tiempo con su padre antes de ir a ver a los

niños, pero en el fondo la verdad era que necesitaba estar a solas para pensar en el curioso día que estaba a punto de terminar.

Los visitantes permanecieron en Blackmore Park durante lo que a Victoria le pareció una eternidad, aunque en realidad se marcharon apenas un par de semanas después de disfrutar de una bien animada estancia, como señaló Harriett tan pronto como los vehículos que los conducirían a la estación se perdieron lejos del camino de entrada. Y aunque ella se abstuvo de responderle o hacer cualquier otro comentario al respecto en su presencia, no podía encontrarse más de acuerdo.

Ahora, al fin, podía dejar de caminar por la mansión de puntillas como si se encontrara siempre alerta frente a la posibilidad de toparse con alguno de los invitados de Adam. Incluso se mostraba reticente con la joven Olivia de Ros y Oliver Woodbridge pese a que en el fondo le resultaban bastante agradables. Pero en el caso de la primera, era casi imposible sostener una charla con ella sin contar también con la presencia de su madre o su hermana; incluso se había visto frustrada su oferta de acompañarla para que pudiera apreciar el trabajo de Fanny y las otras costureras en solitario, algo que Victoria lamentó profundamente tanto por ella como por la joven. En cuanto al señor Woodbridge... bueno, su caso era un tanto más complejo.

Durante la última semana de su estancia en Blackmore Park había hecho grandes esfuerzos por pasar tiempo a su lado y aunque ella apreciaba su compañía y en un inicio encontró su charla bastante agradable, pasados los días comprendió cuál era la verdadera naturaleza de su interés. Una que no le hizo ninguna gracia.

La tarde en que Adam arreglara el paseo que Olivia se encontraba tan interesada en llevar a cabo y que al fin se decidió a sugerir que hicieran gracias al consejo de Victoria, la mayor parte de los invitados dejaron la casa escoltados por su anfitrión; pero Oliver prefirió quedarse con la excusa de que ya conocía bien el recorrido y que no tenía mayor interés en hacerlo nuevamente. Si a Adam no le agradó esa sugerencia, se abstuvo de mencionarlo en público; pero Victoria supo después, gracias a la doncella que acostumbraba a subir la comida a los niños, que por alguna razón que ella no alcanzó a entender el señor Talbot se había mostrado un tanto disgustado con su amigo al despedirse para iniciar la excursión. Victoria no dijo una sola palabra al respecto entonces, porque no quiso indagar en un tema como aquel con la joven ya que eso solo desataría habladurías y también porque, en verdad, no tenía idea de lo que podría haber ocurrido; pero lo comprendió luego.

Oliver se presentó en el ala de los niños tan pronto como el grupo se despidió, anunciando que estaba allí para ofrecerse a acompañarlos durante el día. A Victoria le sentó bien su presencia porque llevaba un par de horas correteando con Sophie y empezaba a sentirse exhausta en tanto que la niña era incansable. De modo que recibió su oferta de buen grado aunque no le pasó inadvertido el gesto reprobador de Harriett al ver la familiaridad con que él se dirigía a ella. Como a la niñera casi no parecía agradecerle casi nadie, sin embargo, Victoria no le concedió demasiada importancia a su actitud.

Según transcurrieron las horas, comprobó que Oliver era una compañía estupenda y que parecía disfrutar sinceramente de pasar el tiempo con los pequeños, quienes vieron en él un rostro nuevo y divertido; en especial cuando se ofreció a jugar con ellos con el tren que se había convertido para ellos en su artefacto favorito. Él no dudó en lanzarse al piso para maniobrar con las piezas o en hacer ruidos ridículos para arrancarles algunas risas, lo que le dio tiempo a Victoria para tomarse un respiro al tiempo que procuraba mantener una conversación por encima

de los gritos de los niños. Se enteró así, por ejemplo, de que pensaba marcharse junto con los otros en los próximos días aunque si por él fuera habría preferido permanecer en Blackmore Park por un tiempo más; sin embargo, tenía obligaciones que atender en Londres que lo requerían con urgencia. De haber sabido que la encontraría nuevamente allí, comentó, no habría dudado en hacer los arreglos para que alguien más se ocupara de ello, pero se enteró muy tarde porque, como siempre, Adam se había mostrado demasiado reservado acerca de su llegada a Devon.

Victoria no se mostró de acuerdo con él ni dijo nada respecto al carácter de su amigo, pero no le extrañó que Adam no hablara de ella; si hubiera estado en su mano jamás habría puesto un pie nuevamente en Inglaterra, se recordó con amargura.

Una vez que dejaron ese tema de lado, pudieron hablar acerca de los planes de Victoria para con el taller así como de las gestiones que esperaban a Oliver en Londres; esto último en tanto almorzaban en la salita adjunta a la habitación de los niños una vez que consiguieron ponerlos a dormir la siesta vigilados por una ceñuda Harriett.

Hasta entonces, salvo por la noche de su llegada en la que la escoltó a la rectoría, Victoria y Oliver se habían encontrado siempre en compañía de otras personas; pero ahora él pareció decidido a aprovechar esa oportunidad para profundizar en su cercanía. En un principio ella no encontró nada extraño en su actitud, estaba demasiado cómoda en su compañía; en cierta medida fue para ella como encontrarse con uno de sus amigos parisinos con los que antes de la muerte de la tía Lucie podía departir animadamente, hablando de todo y de nada sin mayores preocupaciones. Era así como veía a Oliver: como a un amigo simpático y muy divertido que tenía la capacidad de hacerla reír con sus comentarios frívolos. Por eso, cuando él asumió una actitud más formal no pudo tomárselo en serio de inmediato y le costó comprender lo que decía hasta que cualquier sombra de sonrisa se borró de sus labios al descifrar lo que su expresión y sus palabras significaban.

Oliver dijo que el verla nuevamente había removido muchos recuerdos en su memoria y que la impresión que dejó en él cuando se vieron por primera vez hacía tantos años había permanecido inalterable. A pesar de que desde entonces y antes de su viaje apenas la vio en un par de ocasiones más, estuvo siempre pendiente de ella y, de no ser por la discreción de Adam, la habría buscado sin dudar. Confiaba en que a ella le ocurriera lo mismo, dijo, y que ahora que ambos eran adultos y dueños de sus propios destinos tal vez consintiera en que se trataran más a fondo. A él le encantaría visitarla en la casa de su padre y mantener correspondencia con el fin de que, con el tiempo, tal vez pudieran llegar a un acuerdo. Victoria tenía claro a qué clase de acuerdo se refería y apenas pudo contener una mueca de desaliento al considerarlo.

Lo observó con seriedad, recorriendo su rostro franco y sereno, la forma en que las comisuras de sus labios parecían estar siempre elevadas como si se encontrara presto a la sonrisa. No halló nada en su interior, no obstante, que la impulsara a considerarlo como nada que no fuera más que un buen amigo a quien, al parecer, estaba a punto de perder.

No era la primera vez que recibía una propuesta como aquella, por lo que una vez pasada la sorpresa no tuvo problemas para responder en consecuencia, pero le bastó con ver el rostro decepcionado del hombre cuando oyó su negativa para saber que acababa de infligirle un gran daño, como supuso que ocurriría.

Después de aquello el día se vio irremediadamente arruinado, como no podía ser de otra forma. Aunque Oliver hizo lo posible por mostrarse animado, fue evidente que permanecer a su

lado le resultaba tan difícil que pasada una hora se disculpó con una débil excusa para marcharse, y Victoria solo pudo verlo desaparecer tras la puerta cerrada antes de exhalar un suspiro y sacudir la cabeza de un lado a otro con pesadez al tiempo que su mirada se encontraba con la de Harriett, quien no había dejado de observarlos sin disimular su curiosidad. Sin embargo, en un gesto poco habitual en ella, no hizo un solo comentario respecto a lo que podría haber ocurrido y mantuvo la boca firmemente cerrada.

«Un buen momento para mostrarse discreta», se dijo Victoria en un guiño de ironía antes de volver su atención a los niños.

Para cuando los excursionistas regresaron, poco antes de oscurecer, se sentía no solo agotada por el esfuerzo de batallar con los niños cuando estos se encontraban tan llenos de energía sino que sentía un hoyo en el corazón más profundo de lo habitual. Parecía que solo era capaz de acarrear dolor en las personas que le importaban. Lo hizo con Adam al irse de la forma en que lo hizo; con sus padres, quienes sin duda jamás entendieron los verdaderos motivos de su marcha, hasta que ya era muy tarde; y desde luego también con su hermana. Lo dejó todo tras ella con el fin de ayudarla, pero por lo que sabía tal vez hiciera justo lo contrario.

Cuando se despidió de los niños y Harriett, lista para regresar a casa de su padre y convencida de que solo deseaba cerrar los ojos y que el día acabara, se encaminó al vestíbulo, pero tuvo la suerte de advertir unas voces que llegaron hasta donde ella se encontraba, en lo alto de la escalinata. Al mirar hacia abajo entre los barrotes de madera, vio que la baronesa y sus hijas se encontraban allí, ataviadas como si estuvieran a punto de dirigirse al comedor; advirtió que Oliver se reunía con ellas aunque él no se veía tan animado y parecía haber dejado de lado su costumbre de usar el traje de etiqueta habitual para las cenas.

Incómoda ante la posibilidad de tener que encontrarse nuevamente y tan pronto con este último, luego de su última conversación, pero sobre todo porque la baronesa notara el ambiente enrarecido entre ambos y empezara a hacer preguntas, Victoria decidió que debía dar con otra forma de salir de la mansión. Recordó entonces algo que le dio un brillo risueño a sus ojos, que hasta entonces se mostraran apagados y, con un gesto resuelto dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Cuando era una chiquilla y tanto ella como Adam acostumbraban a escapar de sus respectivos hogares para encontrarse en el claro, se dieron con frecuencia las ocasiones en que alguno faltaba a la cita y el otro, impaciente, procuraba enterarse de lo que podría haber ocurrido. Para Adam resultaba particularmente complicado porque creía que presentarse en la vicaría a preguntar por ella no sería bien visto por sus padres, pero a Victoria aquello le daba una excusa excelente para explotar su carácter inquisitivo y correr algunos riesgos. Sin vacilar, se dirigía a Blackmore Park con cuidado de no ser vista por lo que daba un rodeo a la mansión y no paraba hasta encontrarse frente a la puerta que conducía a las cocinas en el sótano. Una vez allí, se las arreglaba para convencer a alguno de los criados que la conocían para que le permitiera entrar y daba un par de vueltas sin permitirse demasiadas libertades o subir al piso principal por temor a toparse con *sir* Richard, a quien seguro que no le habría gustado toparse con una entrometida en su casa. Por lo general, no tardaba mucho en dar con Adam, y aunque la primera vez que se topó con ella en el corredor estuvo a punto de pegar un brinco de la impresión, luego empezó a tomarlo como algo natural y, Victoria sospechaba que a veces faltaba a sus encuentros con la esperanza de que ella fuera a buscarlo.

Ahora, mientras intentaba hacer memoria de cuál era el corredor a tomar para llegar a las cocinas, Victoria se dijo que incluso aquellos recuerdos le eran de utilidad en momentos como ese.

No tuvo problemas para dar con el pasillo que conducía a una puerta disimulada por un tapiz y al abrirla dio un suspiro de alivio cuando se encontró con los familiares y desgastados escalones que sabía que iban a llevarla hasta la cocina. Tan pronto como se encontró en el piso inferior, esquivó a un par de lacayos, que la miraron con las cejas fruncidas por la sorpresa e hizo un gesto de despedida a un incrédulo mayordomo que no atinó a hacer otra cosa que a alzar una mano cuando la vio pasar por su lado.

Una vez fuera, Victoria aspiró una y otra vez como si así pretendiera despejar de su interior todo aquello que la había ahogado hasta entonces dentro de la casa y miró sobre su hombro un momento para contemplar la silueta que se alzaba tras ella, un edificio magnífico pero que en ese instante se le antojó tan frío y poco hospitalario que cualquier partícula de alegría que hubiera sentido por haber conseguido salir sin ser vista se desvaneció como por encanto.

Con un nuevo suspiro, se encogió de hombros y abandonó esa triste contemplación para ponerse en camino a la casa de su padre. La oscuridad la envolvió al alejarse de la mansión y apenas acababa de dar unos cuantos pasos cuando advirtió una figura al final del sendero que se dirigía hacia ella y que la obligó a detenerse de golpe.

Adam iba vestido con el traje de etiqueta que sin duda usaría para la cena, pero tenía el cabello revuelto por el viento y sus elegantes zapatos estaban un poco manchados por el polvo del camino. Al pensar con rapidez, analizando el lugar del que parecía llegar, Victoria concluyó que debía de haber ido a las caballerizas que se encontraban varios metros tras ellos. Tal vez fue a echar un vistazo a los caballos que usaron él y sus invitados durante el día para asegurarse de que estaban bien atendidos; era la clase de cosa que Adam acostumbraba a hacer.

En ese momento, no obstante, no sintió una gran admiración por esa muestra de deferencia, sino que se dijo que era una lástima que tuviera que encontrarse con él precisamente en un momento en que se sentía más vulnerable de lo habitual.

—¿Huyes?

Él llegó a su lado con unas cuantas zancadas, sin parecer sorprendido de encontrarla allí y Victoria elevó el mentón tanto para mirarlo a los ojos, pese a la oscuridad que los envolvía, como para simular una confianza que estaba lejos de sentir.

—A decir verdad, sí —respondió ella con descaro en tono adusto—. Pero agradeceré que te guardes tus comentarios esta vez, Adam, no creo que pueda soportar tus burlas hoy.

Para su sorpresa, él no recibió sus palabras con un gesto de enojo ni pareció tentado a responderle con una réplica similar o incluso más afilada. En lugar de ello, ladeó el rostro y se inclinó un poco hacia ella, con lo que se encontró tan cerca que Victoria debió contener el instinto de dar un paso hacia atrás. Esa cercanía le recordó el momento que compartieron en su habitación, la forma en que la había besado y tocado... porque si bien se esforzó mucho por sepultar ese instante en lo más profundo de su memoria, la verdad era que permanecía grabado a fuego en su corazón y sentía terror de verse obligada a recordarlo frente a él.

Una expresión de entendimiento afloró a los ojos de Adam una vez que analizó sus gestos tensos.

—Supongo que Oliver ha hablado contigo —dijo él con suavidad y sin mayor inflexión en la

voz—. ¿Es por eso por lo que has decidido no usar la puerta principal para marcharte?

Victoria frunció el ceño, sin entender de inmediato a qué se refería; incluso la mención a su amigo le pareció extraña cuando solo era capaz de pensar en lo que significaba para ella el que se encontraran a solas.

—No entiendo a qué te refieres.

—Asumo que no le diste la respuesta que esperaba —continuó él, ignorando su confusión—. Le dije que era posible que así fuera, pero no quiso oírme. Me habría gustado evitarle esa pena, pero creo que es la clase de cosas a las que solo podemos enfrentarnos en solitario.

Victoria parpadeó con rapidez e hizo un gesto de desagrado al comprender.

—Lo sabías —dijo ella, y sus palabras resonaron entre ambos como una acusación—. Estabas enterado de lo que iba a decirme.

Adam acusó sus palabras con calma y se encogió de hombros en un gesto cargado de indiferencia que no hizo más que enojarla más.

—Si te refieres a que Oliver está interesado en visitarte porque sus intenciones para contigo son serias, sí, me lo dijo —replicó él en tono calmado.

Victoria se cruzó de brazos y lo miró con gesto airado.

—¡Intenciones serias! —repitió ella en voz alta—. Apenas lo conozco.

—Yo no diría eso. Te hablé acerca de la impresión que dejaste en él cuando te conoció hace años; es evidente que fue lo bastante poderosa para que al verte nuevamente decidiera que le gustaría conocerte mejor.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro; la incredulidad fue evidente en cada rasgo de su rostro. Como si no hubiera tenido suficiente con rechazar al pobre hombre sin atinar a dar una respuesta razonable más allá de que se veía impedida de corresponderle, ahora tenía que oír a Adam hablando de aquello con esa naturalidad y, lo que más le dolió aunque no fue capaz de reconocerlo entonces, con tanta indiferencia. ¿Acaso le importaba ella tan poco que ni siquiera el saber que otro hombre la pretendía le provocaba la más mínima emoción?

—Bueno, repetiré entonces lo que dije antes cuando me hablaste de ello —indicó ella una vez que consiguió dejar a un lado ese sinsabor—. No deberías de fiarte del buen gusto de tu amigo; es evidente que tiene un problema de criterio. Lamento que no te escuchara porque estoy segura de que habrías conseguido hacerle comprender lo inadecuada que resultó para él, así como lo poco valiosa que consideras que soy.

Adam apretó los labios y la miró con ojos centelleantes.

—No es eso lo que pienso...

—¿No?

Él ignoró su interrupción hecha en un tono aguzado de despecho y enojo.

—Y él jamás me habría escuchado.

—Volvemos entonces a sus dificultades para elegir con sensatez —continuó ella con amargura—. Pero no debería extrañarnos, ¿cierto? Ya lo sabíamos. Es absurdo. Verme solo un par de veces cuando éramos unos chiquillos y creer que había algo de interesante en mí; no pude comprenderlo entonces y continúo sin poder hacerlo...

Adam dio otro paso hacia ella entonces y las palabras murieron en su garganta al advertir la forma en que la miraba: con la misma desesperación que mostró cuando la apartó tras besarla la última vez. Parecía como si hubiera querido dar media vuelta y alejarse de ella tanto como se veía

necesitado de tomarla entre sus brazos.

Victoria lo contempló con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada, hipnotizada e incapaz de decir nada o moverse, como no fuera tan solo para tocarlo.

—Estás tan acostumbrada a la impresión que dejas en quienes te han visto durante toda tu vida que te cuesta entender cuán extraordinaria resultas para los que te conocen por primera vez. No menosprecies lo que Oliver dijo que siente por ti; estoy seguro de que ha sido sincero. A mí me ocurrió y aún no he conseguido reponerme de ello. Eres inolvidable, Victoria —dijo él sin parecer consciente del efecto de sus palabras sobre ella, y continuó en un tono mucho más áspero—: Lamento decir que no es un halago, claro.

La luz de la luna se coló entre las nubes que hasta entonces habían tachonado el cielo y el rostro de Adam se cernió sobre ella iluminado por el brillo plateado del astro dotándolo de una belleza que le quitó al aliento. Elevó una mano, hechizada tanto por sus palabras como por el brillo de su mirada y la posó sobre su mejilla. Pensó que él se apartaría entonces para dejar en claro una vez más lo mucho que la odiaba, pero en lugar de ello entrecerró los ojos y ladeó el rostro apoyándolo sobre la palma de su mano en un ademán de rendición que le provocó ponerse de puntillas y posar sus labios sobre los suyos. Lo hubiera hecho, estaba determinada a no resistirse a ese deseo; se moría por sentir una vez más el contacto de su piel sobre la suya y estaba segura de que Adam no la habría apartado; por el contrario, supo sin asomo de duda que él lo deseaba tanto como ella y en esa ocasión no haría nada para separarlos. Sin embargo, el ruido de unas pisadas tras ellos la obligó a recuperar el sentido común y dio un paso hacia atrás dejando caer su mano tras intercambiar con Adam una mirada de desconcierto.

—¿Adam? ¿Eres tú? La baronesa se pregunta dónde estás; llevamos veinte minutos retrasando la cena...

Victoria suspiró al reconocer la voz de Oliver proveniente del camino e hizo un gesto de angustia al pensar en que tendría que verlo una vez más luego de su última conversación; además, era consciente de que no se encontraba precisamente en la mejor posición hallándose a solas con Adam en medio de la noche. Pensó con rapidez en alguna excusa que le permitiera marcharse pronto para evitar dar explicaciones, enojada por haberse puesto en semejante dilema, cuando Adam se le adelantó al tomarla suavemente del hombro y darle un ligero empujón para que tomara la dirección contraria a aquella de la que provenía la voz de su amigo.

—Deberías ir a casa —susurró él—. ¿Te sientes cómoda caminando de regreso sola en medio de la oscuridad?

—Sabes que sí.

La respuesta brotó de sus labios casi sin pensar y él esbozó algo muy parecido a una sonrisa al oírla. Claro que lo sabía.

—Por supuesto. Entonces ve; no tienes que dar explicaciones a nadie.

Victoria no esperó a que dijera nada más; supo que él no mencionaría su encuentro y que, por el contrario, intentaba evitarle un momento desagradable. Agradecida, estuvo a punto de ponerlo en palabras, pero decidió que no hacía falta; en lugar de ello le dirigió una sonrisa temblorosa y apresuró el paso para ponerse en camino en tanto él hacía otro tanto pero en dirección a la mansión. Lo último que oyó antes de perderse en la oscuridad fue su voz dando respuesta a la de su amigo, pero no logró descifrar sus palabras y en tanto descendía la colina que la llevaría a las afueras del pueblo en dirección a la casa de su padre, se dijo que quizá fuera lo mejor. Eran otras



palabras las que deseaba guardar en su memoria.

«Eres inolvidable», había dicho él. Cuánto hubiera deseado tener el valor entonces para responder que en lo que a él se refería a ella le ocurría exactamente lo mismo. Nunca pudo olvidarlo y ahora estaba más convencida de lo que había estado jamás de que era así como debían ser las cosas.

El olvido no cabía entre ambos.

Si alguna repercusión tuvo la marcha de los invitados de Adam, además de conferir cierta paz de vuelta en la mansión, fue que la tregua tácita instaurada entre ambos se asentó, al grado que Victoria dejó de intentar evitarlo a cada momento en tanto que él empezó a buscar su compañía como si hasta entonces no hubiera hecho todo lo contrario. Fue un cambio sutil y quizá difícil de advertir para alguien que no hubiera sido consciente hasta entonces de la distancia que ambos se esforzaron por mantener durante cada día.

Ahora, sin embargo, cada vez que Victoria hacía compañía a los niños y Adam se presentaba allí para ver a sus hijos, no inventaba una excusa para marcharse con rapidez sino que se quedaba también durante un rato jugando con ellos e incluso procuraba mantener una charla con Victoria. Nada demasiado amigable, como advirtió ella más de una vez; quizá él fuera incluso más formal de lo habitual, pero lo consideró un cambio más que agradable respecto a lo que habían sido sus conversaciones hasta entonces.

Gracias a esas charlas sin dobleces o comentarios que terminaran en grandes discusiones supo, por ejemplo, que pese a no ser algo del dominio público, la salud de *sir* Richard se encontraba un tanto deteriorada, pero este se negaba a regresar a Devon como Adam le pedía con frecuencia porque argumentaba que la vida en Bath le resultaba mucho más tranquila y agradable; él no lo dijo, pero Victoria supuso también que el viejo barón debía de encontrarse aliviado de no tener que preocuparse más por las obligaciones de llevar una propiedad como Blackmore Park cuando podía delegar esa labor en su nieto. Por lo que pudo deducir, además, llegó a la conclusión de que Adam lo sabía también, pero él no veía nada de malo en aquello, sino todo lo contrario: le bastaba con oírlo hablar con pasión de los adelantos que había instaurado desde que asumió las riendas para saber que disfrutaba con lo que hacía. En una de aquellas charlas en que él se mostró más animado de lo usual incluso sugirió que podría acompañarlo a dar un paseo para que ella pudiera verlo con sus propios ojos. Victoria se cuidó de decir que en realidad ya lo había visto casi todo porque temió que entonces él retirara su propuesta, y pocas cosas la emocionaron más hasta entonces que la idea de volver a cabalgar a su lado y recorrer los campos que tanto habían admirado antes.

Por eso, a la primera oportunidad que tuvo luego de aquella charla, se aseguró de hacer que cumpliera su promesa.

Ella acababa de regresar de casa de Fanny y de sostener una tensa charla con ella y las otras mujeres que trabajaban en el taller. Si bien las cosas entre ellas iban mucho mejor, al menos en lo que a su capacidad para mantener una buena relación y no sumirse en discusiones innecesarias se refería, habían llegado a un punto álgido en lo que concernía a cuáles serían los mejores pasos a seguir de ahora en adelante. Gracias a los contactos en Londres habían conseguido algunos encargos que les permitieron ganar algo de dinero para iniciar el negocio y el resultado había sido tan positivo para la mayoría que estaban convencidas de que esa era la senda que debían seguir, pero tal y como Victoria creía y había comentado más de una vez, ella pensaba que poseían el

suficiente talento para diferenciarse de otros y ambicionar algo más. ¿Por qué enfocarse en hacer solo camisas bastas para obreros cuando podían dedicarse a confeccionar hermosos y delicados bordados que quizá podrían surtir a grandes modistas de la capital? Y Fanny estaba de acuerdo con ella; en especial luego de ver el interés que la baronesa y sus hijas mostraron por sus trabajos durante su visita. El problema era que una labor como aquella requería de más tiempo y trabajo; además de que no sería sencillo dar con los contactos adecuados en la ciudad. Y las otras mujeres no parecían dispuestas a esperar tanto cuando habían dado ya con una fuente de ingresos segura.

De modo que habían llegado a un punto muerto y Victoria decidió dar por acabada la discusión antes de que se les fuera de las manos. Consiguió, sin embargo, hacerles prometer que reflexionarían acerca del asunto, pero dudaba de que la mayoría cambiara de opinión; incluso, aunque no lo dijo entonces, le pareció que la misma Fanny empezaba a ponerse de parte de la mayoría, rendida ante la opción de luchar sola a su lado. Su embarazo se hacía cada vez más evidente y Victoria supuso que estaría más interesada en volcar todas sus energías en él que en sostener largas y agotadoras discusiones con sus compañeras.

Cuando Victoria dejó la casa de la mujer y se encaminó a Blackmore Park iba decaída y con la vista fija en el camino, sumida en sus pensamientos. Así, apenas reparó en el momento en que cruzó la verja de la propiedad y recorrió el camino principal hasta que oyó un relincho ante ella y tuvo que detenerse con brusquedad, elevando la mirada sin disimular su sobresalto.

—¡Adam! Vaya susto me has dado.

Él se encontraba a tan solo un metro de distancia y llevaba a su caballo por las riendas en tanto le dirigía una mirada divertida.

—Y asumo que es mi culpa —contestó él.

—Claro que no. Iba distraída —reconoció ella de mala gana—. Pensaba... no tiene importancia.

—Por la expresión de tu rostro diría que sí la tiene —replicó él—. ¿Te encuentras bien?

Victoria suspiró y se encogió de hombros en un gesto indeciso.

—No lo sé —replicó ella—. Pero en verdad no es nada importante. Te aseguro que...

—¿Hace cuánto que no cabalgas?

Victoria parpadeó, confusa tanto por la pregunta como por la brusca interrupción y lo miró con las cejas elevadas.

—No lo recuerdo —reconoció con sencillez—. No era algo que acostumbrara a hacer en París y desde que llegué apenas he tenido tiempo.

Adam asintió como si con esa balbuceante respuesta hubiera dicho todo lo que deseaba saber.

—Ya veo. En ese caso tal vez te venga bien retomar ese hábito; recuerdo que siempre te ayudó a aclarar tus ideas —dijo él, levemente pensativo y sin malicia en la voz—. Pensaba dar un paseo ahora; puedes acompañarme si así lo quieres.

Victoria abrió mucho los ojos sin disimular su sorpresa.

—¿Un paseo? ¿Ahora? —repitió ella, atontada.

Empezaba a sentirse un poco disgustada consigo misma por su imposibilidad de hablar como una persona normal, pero estaba aún desconcertada por la actitud de Adam. Ciertamente había empezado a mostrarse algo menos hostil con ella, pero en ese momento le pareció ver tanta camaradería en su semblante y le recordó tanto a la forma en que acostumbraban

a hablar el uno con el otro en el pasado que se vio demasiado afectada para saber qué decir o hacer.

Él, que no pareció ser consciente de su confusión, asintió una vez más y se dirigió a ella con sencillez.

—Sí, claro; pero solo si lo deseas, tal vez prefieras ir a la casa a tomar un descanso; es obvio que has dado un largo paseo ya —señaló los bajos de su vestido empolvado con una cabezada.

Victoria se vio sacudiendo la cabeza de un lado a otro antes de saber lo que hacía.

—No, no. Me refiero a que no estoy cansada, fui tan solo un rato a casa de Fanny... la señora Blossom —se corrigió ella con rapidez y continuó mucho más segura—: Me encantaría dar ese paseo, pero los niños...

—Estoy seguro de que Harriett no pondrá objeciones a ocuparse de ellos un rato más —dijo Adam sin darle tiempo a replicar—. Haré que te ensillen una yegua.

Victoria asintió, pero luego dio una mirada a su vestido de día, un bonito diseño de dos piezas en un tono borgoña oscuro que, aunque cómodo, estaba lejos de ser un traje de montar. Adam, que pareció adivinar lo que pensaba, le dirigió una sonrisa en la que a ella le pareció advertir una buena cuota de desafío.

—Si estás considerando negarte por no llevar un traje de montar, tal vez debería recordarte que eso nunca te detuvo antes —comentó él.

Victoria abrió la boca para responder, pero no había nada en realidad que pudiera decir porque él estaba en lo cierto. Le bastó con rebuscar un instante en su memoria para recordar las decenas de veces que se escapó de casa de sus padres cuando era una jovencita para ir a montar con Adam, sin molestarse un minuto a considerar la ropa que llevara entonces. Actuar como si algo como aquello le importara tanto ahora, cuando ya había dejado en claro que buena parte de su carácter permanecía inalterable a pesar del tiempo transcurrido, habría sido una muestra de hipocresía que ni ella ni Adam habrían aceptado. De modo que se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa en señal de rendición.

—Tienes razón —aceptó ella sin parecer afectada por ello—. Pero debo entrar a la casa un momento de cualquier forma para avisar a Harriett y buscar unos guantes algo más resistentes; no podré sostener las riendas en medio de una carrera con estos.

La mirada de Adam se vio atraída por las manos que Victoria sostenía frente a sí, cubiertas por unos delicados guantes de muselina.

—No recuerdo haber mencionado nada respecto a una carrera; tan solo hablé de un paseo —acotó él con un brillo en la mirada.

—Bueno, pero ¿qué sentido tendría salir a cabalgar sin hacer una carrera? —replicó Victoria sin vacilar.

Adam se encogió de hombros y, tras llevar la mirada de sus manos a su rostro sonrosado por la emoción, asintió en un gesto solemne.

—Supongo que eres tú quien tiene razón ahora —indicó él—. Está bien. Pero date prisa porque debo volver al campo en un par de horas.

Victoria no respondió sino que en lugar de ello prefirió ponerse en movimiento de inmediato y, tras asentir con descuido, se apresuró a dirigirse a la casa. Antes de entrar, oyó a Adam dar órdenes a un caballerizo para que se encargara de preparar una montura para ella y mientras subía

corriendo la escalera que conducía al segundo piso para hablar con Harriett, cayó en la cuenta de que no podía dejar de sonreír ni hizo nada para evitarlo. Cuando se reuniera nuevamente con Adam intentaría que su alegría no fuera tan evidente; no deseaba que él advirtiera lo mucho que una invitación como la que había hecho significaba para ella, pero mientras tanto... mientras tanto solo deseaba sonreír.

—A riesgo de que pienses que solo pretendo llevarte la contraria, debo decir que comprendo la posición en que se encuentran esas mujeres de las que has hablado. No que tú o la señora Blossom no tengan también un buen punto a su favor, claro, pero es una situación complicada para todas.

Victoria llevaba las riendas sujetas con fuerza entre las manos y se detuvo un instante a considerar las palabras de Adam al tiempo que observaba el modo en que la yegua que él había escogido para ella cabeceaba al ritmo del suave paso que habían adoptado una vez que tomaron cierta distancia de la mansión. Sus manos estaban cubiertas por unos guantes de cuero que Harriett tomó de entre las cosas de Emma y que, aunque en un principio Victoria se había negado a usar, la niñera había terminado por convencerla al argumentar que a su hermana jamás le habría molestado que usara alguna de sus cosas. Cuando eran niñas y luego unas jovencitas lo hacían todo el tiempo, recordó refunfuñando luego de dejar la prenda en sus manos. A Victoria no le quedó más alternativa que reconocer la verdad, pero no por ello se sentía menos incómoda, se dijo al mirar sus manos con fijeza.

—¿Victoria? ¿Me estás oyendo?

Al oír la persistente voz de Adam, sacudió suavemente la cabeza y ladeó el rostro para mirarlo a los ojos.

—Lo siento, estaba distraída. Pero te oí perfectamente —dijo ella con una suave sonrisa de disculpa—. Y estás en lo cierto, no tiene sentido negarlo; es algo que he considerado una y otra vez. Me refiero a que los motivos de las mujeres para mostrarse tan renuentes son del todo comprensibles, pero no puedo evitar pensar que cometen un gran error.

Adam le dirigió una penetrante mirada como si pretendiera así descifrar lo que su rostro sereno pretendía ocultar, la razón de su distracción, pero debió abandonar sus intentos por considerarlos inútiles ya que Victoria no le dio ninguna pista.

—Debes pensar que sus circunstancias son del todo opuestas y no puedes pretender ponerte en su lugar —retomó la charla él en un tono demasiado despreocupado para sonar real—. Incluso la señora Blossom puede darse el lujo, por así decir, de ser más flexible y tomar ciertos riesgos; cuenta con el apoyo de su esposo y no tiene una familia muy numerosa. Ese no es el caso de muchas de ellas. Algunas son el único sustento de sus familias, y te aseguro que de no encontrarse involucradas en este proyecto estarían inmersas en cualquier otro tipo de trabajo que les asegurara una paga.

Victoria hizo un gesto de frustración al oír los argumentos de Adam. Eran tan sensatos, tan razonables, que solo pudo suspirar antes de encogerse de hombros en un gesto de desaliento.

—Pero son tan talentosas, Adam; podrían hacer tantas cosas... —dijo ella en un último lamento desesperado—. Solo quiero lo mejor para ellas.

Adam no respondió de inmediato y Victoria buscó su mirada al reparar en ello, un poco sorprendida de que no esbozara alguna otra razón igual de prudente como las que había mencionado hasta entonces, pero tuvo que sujetarse con fuerza a las riendas incluso enterrando un

poco los dedos en el pelaje del animal al encontrarse con sus ojos acerados fijos en su rostro.

—¿No has descubierto aún que eso no siempre es lo que las personas desean? Tal vez actúes pensando en lo que crees que es mejor para ellos, pero es posible también que eso sea lo último que los demás anhelan.

Victoria no necesitó preguntarse cuál era el verdadero sentido de esa afirmación; sabía sin asomo de duda que él estaba lejos de referirse a las circunstancias de las mujeres acerca de las que habían estado hablando hasta entonces. Se refería a él, a ella, e incluso posiblemente también pensara en Emma al decirlo. ¿Tenía también razón en eso? ¿Actuaba sin considerar a los demás en su necesidad de hacer lo que creía mejor para todos? No sería la primera vez que lo oía, se recordó con cierta amargura que debió de verse reflejada en su mirada porque no hizo falta que dijera una palabra: Adam la observó como si tuviera claro cómo le habían sentado sus palabras y cabeceó suavemente; no supo si en un gesto satisfecho o uno cargado de una aflicción tan profunda como la suya.

Él suspiró entonces y dio una palmada a los flancos de su caballo antes de mirarla una vez más; ahora con más suavidad y sin ese brillo retador en los ojos.

—Cualquiera que sea el caso y sin importar lo que decidan, debes de sentirte orgullosa de lo que has logrado hasta ahora —dijo él—. Además, aún no está nada dicho y es posible que ellas reconsideren sus reservas y lleguen a la misma conclusión que tú. Tendrás que darles un poco más de tiempo...

—Y no pretender que tengo la razón todo el tiempo.

Adam sonrió al oír su réplica dicha con una leve entonación burlona en su voz; una burla que era evidente que iba dirigida a sí misma.

—Exacto —dijo él—. ¿Crees que puedes hacerlo?

Victoria se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa.

—No lo sé —reconoció con honestidad—. Pero supongo que tendré que intentarlo.

Él asintió como si encontrara sus palabras lo bastante prometedoras como para que no hubiera necesidad de insistir y levantó una mano para señalar a la lejanía.

—¿Te parece que este es un buen momento para esa carrera que mencionaste? —sugirió con voz indiferente.

Victoria se enderezó en la montura y miró con los ojos entrecerrados en la dirección que él marcaba.

—¿Ida y vuelta? —replicó ella en un tono similar.

Adam cabeceó sin abandonar su actitud relajada, pero Victoria advirtió que sus manos sostenían las riendas con mayor firmeza y ella hizo otro tanto en tanto daba un leve golpecito al estribo con los talones para preparar a la yegua. Esta, tal y como esperaba, se mostró presa de una tensión casi palpable al elevar la cabeza, atenta a su siguiente indicación.

—Ni siquiera lo pienses...

Victoria miró a Adam de reojo, en absoluto sorprendida por la mirada calculadora que le dirigió al advertir sus intenciones; pero no le prestó mayor atención sino que, en lugar de ello, le dirigió una brillante sonrisa y dio un segundo golpe a la yegua para ponerla en movimiento. Nunca se le había dado bien esperar al aviso para dar partida a una carrera y Adam lo sabía bien; por eso no le sorprendió que su desconcierto durara apenas un instante antes de que se pusiera también en camino, corriendo a su lado con bastante ligereza y sin problemas para alcanzarla.

Habría podido jurar que él dijo algo que sonó como «algunas cosas nunca cambian», pero no hubiera podido asegurarlo, y tampoco deseaba analizar el trasfondo de unas palabras como aquellas, no en lo que a ambos concernía. En su lugar, estaba decidida a disfrutar de ese momento con todas sus fuerzas.

Victoria puso el punto final a la carta que acababa de escribir y, luego de sellarla y anotar el nombre del destinatario, la dejó sobre una bandeja en el vestíbulo para que un lacayo se encargara de enviarla con el resto del correo. Había considerado esperar a llegar a casa para ocuparse de ello, pero necesitaba una respuesta con urgencia y sabía que los sirvientes de Blackmore Park eran mucho más diligentes con esos asuntos que el muchacho que su padre empleaba para que se encargara de esas cosas en la vicaría.

Si el mayordomo hacía alguna mención a aquella muestra de confianza, estaba dispuesta a ofrecerse a pagar lo que hiciera falta; pero dudaba de que se viera en necesidad de algo como aquello. Si antes de la llegada de los invitados de Adam, el buen Morris se había mostrado más afable en su trato con ella, luego de su partida se le podía considerar casi simpático. Al menos en lo que a Victoria se refería, porque su interacción con Harriett continuaba tan álgida como siempre; algo que, curiosamente, ninguno parecía interesado en cambiar. Tal vez les agradara tener a alguien con quien discutir, supuso Victoria en un razonamiento sensato una vez que se deshizo del sobre y se dirigió al segundo nivel de la casa.

La carta estaba dirigida al señor Dubois y era la segunda que escribía en poco más de diez días. Pese a que sabía que era posible que aún no hubiese recibido la primera, estaba demasiado inquieta como para mostrarse prudente. En ambas misivas le pedía que redoblara sus esfuerzos para encontrar a alguien que pudiera servirle de contacto con Londres para conseguir algún contrato que fuera ventajoso para el taller. Aunque, tal y como le dijera a Adam, estaba dispuesta a ser más razonable y no insistir con las mujeres para que eligieran seguir en busca de una alternativa mejor que trabajar para otros productores en la ciudad, eso no significaba que fuera a darse por vencida en su búsqueda de una oportunidad de negocios que pudiera ser más provechosa para ellas.

Hasta ahora, sin embargo, no había dado con nada que pudiera serle de utilidad; sus relaciones en Inglaterra eran limitadas y el señor Dubois se encontraba en similares circunstancias, según le confió en su última carta. De cualquier forma, sin embargo, estaba convencida de que no perdía nada con continuar intentándolo y así se lo hizo saber al administrador. Solo esperaba que él comprendiera lo importante que era para ella y se esforzara para serle de utilidad.

Victoria sabía que bien hubiera podido pedírselo a Henri; él siempre había sido en extremo sociable y contaba con estupendas conexiones en varias ciudades de Europa, pero lo último que deseaba era involucrarlo en algo que consideraba tan personal; no cuando llevaba semanas intentando hacerle entender que no deseaba mantener ningún tipo de relación que no fuera una meramente de negocios, al menos en tanto él no comprendiera que solo estaba dispuesta a considerarlo un buen amigo. A tenor de su respuesta a sus últimas cartas, sin embargo, esto parecía sencillamente imposible.

Después de su segunda negativa a aceptar la ruptura de su compromiso, a Victoria no le quedó más alternativa que dejar de escribirle luego de sugerir que tal vez fuera mejor que, si deseaba continuar al frente del taller en París, lo mejor sería que tratara todos los asuntos

concernientes a aquel tema con el señor Dubois. No recibió una respuesta a esa última comunicación y dudaba de que la carta se perdiera en el camino, así que solo le quedaba pensar que Henri estaba demasiado ofendido para molestarse en enviar una contestación. Solo esperaba que no le guardara demasiado rencor y tener la oportunidad de hablar algún día con él para disculparse en persona. Hasta entonces, el señor Dubois era su único contacto en Francia, de ahí su inquietud por recibir noticias suyas.

Con un suspiro, Victoria se dijo que seguro que pronto recibiría algún tipo de noticias, solo cabía esperar lo mejor y rogar porque el pobre hombre no se sintiera demasiado abrumado por su insistencia.

Acababa de llegar a la mansión tras dejar a su padre en la vicaría trabajando en su nuevo proyecto, y pensaba dedicar la mañana a dar un paseo con los niños para luego compartir una comida con Harriett y dejarlos a su cuidado un par de horas en la tarde porque había asegurado a Fanny y a las otras costureras que se reuniría con ellas para darles unos cuantos consejos acerca de la mejor forma de llevar las cuentas del negocio, algo en lo que ellas aún tenían algunas dificultades. Aunque estupendas administradoras del hogar, la mayor parte de ellas no estaban acostumbradas a los métodos necesarios para llevar de forma práctica un negocio, en especial cuando se contaba con asociadas que, con todo derecho, requerirían de cuentas claras y fáciles de interpretar. A Victoria aquello siempre se le había dado bien y era una de las labores que más disfrutaba hacer al lado de su tía, así que estaba confiada de que podría hacerse entender con facilidad, se dijo en tanto giraba una vez que llegó a lo alto de la escalinata para dirigirse a la habitación de los niños.

Sin embargo, al pasar frente a la galería en la que se ubicaban las pinturas de los miembros de la familia, se detuvo de golpe y rehízo sus pasos. De pronto la acometió el deseo de ir hacia allí y observar un momento los retratos, algo que hasta entonces había evitado hacer, llevada por sus reservas.

Ahora, no obstante, dedicó algunos minutos a admirar algunos de ellos. *Sir* Richard le devolvió la mirada desde un lienzo que captaba a la perfección sus rasgos autoritarios y sus facciones aristocráticas, apenas alteradas por la edad; sin duda ese retrato debía de haber sido pintado solo unos cuantos años antes. No había vuelto a ver al viejo barón desde su marcha, pero no era extraño imaginar que, salvo por la enfermedad que Adam mencionó, debía de verse exactamente igual. Al mirarlo con atención, atisbó también la casi imperceptible sonrisa que acostumbraba esbozar cuando veía a su nieto; un gesto que suavizaba un poco la dureza de su rostro y desmentía la inflexibilidad que tanto se esmeraba por proyectar.

Al dejar su observación del retrato, pasó al siguiente, el del padre de Adam. A diferencia de lo que ocurría con *sir* Richard, el señor Talbot daba la impresión de haber sido un hombre mucho más amistoso. Aunque había heredado el semblante patricio de su padre, había algo en el brillo de sus ojos y las comisuras de los labios casi imperceptiblemente elevadas, que le recordó mucho a Adam, o al menos al Adam que conoció en su juventud. Por desgracia, no había ningún retrato de su madre para comparar a quién se parecía más, pero alguna vez Victoria le preguntó a su amigo al respecto y él le dijo que apenas conservaba una miniatura suya en la que era difícil apreciar sus rasgos. De cualquier forma, comentó él, todo el mundo decía que era idéntico a su padre, pero a él le gustaba pensar que había heredado algo del carácter de ella, pues la consideraba una mujer en extremo bondadosa e inteligente. Victoria no lo dijo entonces porque apenas empezaban a

conocerse y no se atrevió a hacerlo, pero estaba segura de que así debía de haber sido. Por aquel tiempo consideraba a Adam el hombre más listo con el que había hablado en su vida después de su padre, y sin duda también el más generoso y considerado.

Al detenerse frente al retrato de Adam, uno que debían de haber hecho al poco tiempo de marcharse ella, llevó una de sus manos de forma casi inconsciente a su pecho en tanto que extendió la otra para rozar el borde del lienzo.

Era él y al mismo tiempo no lo era en absoluto. Una ambivalencia que la sorprendió y que la obligó a fruncir el ceño en tanto daba un paso más para acercarse y examinar la pintura con toda su atención.

Reconoció en el trabajo del artista al joven hombre al que había dejado atrás, pero ese fue el efecto de una primera mirada o del anhelo de su corazón. Le bastó con observarlo en profundidad para descubrir las diferencias que no se advertían a simple vista: la mirada fría, los labios tensos carentes de sonrisa... incluso el mentón elevado en un gesto de abierto desafío le recordaron al hombre al que había visto al llegar y con el que, le gustara a él o no, convivía cada día desde entonces. Ese retrato era como una suerte de transición en su historia; le mostró lo que no vio en su momento por no encontrarse allí. Lo que ocasionó ella, se dijo en un raptó de culpabilidad que la obligó a cerrar su mano hasta hacerla un puño contra su corazón.

Hubiera podido permanecer allí por horas, fascinada por ese rostro que la veía a su vez desde el marco del retrato, pero hizo un esfuerzo por apartar la mirada y caminó un rato más alrededor de la estancia para contemplar a los antepasados de Adam; las personas que hicieron de Blackmore Park el lugar que era en la actualidad. Al final, poco antes de marcharse, dio una última mirada tras su hombro.

Pensó que encontraría un retrato de Emma allí; esa fue una de las razones por las que temió tanto entrar a esa habitación, pero no vio ninguno y al pensar en ello comprendió que posiblemente no hubiera habido tiempo para ello. Después de todo, su hermana apenas vivió un par de años allí y por lo que su padre le había dicho, pasó buena parte de aquel tiempo enferma. No por primera vez se dijo que era una injusticia que hubiera llegado al que sería su nuevo hogar llena de ilusiones y que estas a la larga hubieran terminado por devorarla. Había tantas cosas que le habría gustado saber, pero no se atrevía a preguntar al respecto. Emma ya no estaba allí para responder a sus preguntas y la única persona en el mundo además de ella que hubiera podido hacerlo sin duda hubiera recibido cualquier interrogatorio de su parte como un insulto.

Con un suspiro, dejó la galería atrás, decidida a no visitarla de nuevo porque le resultaba demasiado doloroso hacerlo, y se dirigió a la habitación de los niños. Antes de cruzar el umbral, sin embargo, forzó una sonrisa y encuadró los hombros. Solo entonces, con esa imagen de falsa alegría, se reunió con los niños, dispuesta a aprovechar ese momento a su lado no solo porque sabía que su presencia los entretenía sino porque había descubierto que ese tiempo compartido tenía también un efecto muy significativo en ella. Por unas horas, en tanto jugaba con ellos como una niña más, se permitía olvidar todo aquello que la atormentaba. Era una suerte de escape, uno con el que no dañaba a nadie y que, por el contrario, traía paz a su maltratado corazón.



## CAPÍTULO 9

Victoria no volvió a encontrarse a solas con Adam hasta unos días después y ello ocurrió tan solo porque él fue en su busca.

Acababa de regresar a casa luego de asistir a la iglesia para oír el servicio de su padre. Este, que había decidido quedarse un momento más para atender a algunos de los parroquianos que solicitaron una audiencia en privado, le pidió que fuera adelantándose para que indicara a la cocinera que tendría que retrasar el almuerzo. Como cada domingo, Victoria se quedaba con él hasta bien entrada la tarde, luego de lo cual hacía una rápida visita a Blackmore Park para ver cómo habían pasado el día los niños.

Fue precisamente por eso por lo que se alarmó un tanto al ver el caballo de Adam a las afueras de la vicaría, custodiado por el muchacho que se ocupaba de las labores en la casa. Sin preguntar, entró con paso apresurado y se dirigió al salón, donde supuso que lo encontraría.

Estaba en lo cierto, comprobó al verlo de pie y de cara a la ventana que daba al jardín de hierbas que su madre había cuidado con esmero hasta que cayó enferma. Él debió de oírla llegar porque Victoria notó que sus hombros se tensaban bajo la chaqueta, pero no se giró a mirarla.

—¿Adam?

—Siempre me pregunté cómo conseguías salir por aquí; a mí me resultaría imposible.

Victoria tardó un instante en comprender a qué se refería; pero cuando lo hizo no pudo evitar sonreír.

—Años de práctica y una complexión mucho más adecuada —respondió en tono de broma.

—Aunados a un sentido de la aventura bastante desarrollado, según recuerdo —mencionó él.

—Mi madre y Harriett preferían llamarlo temeridad.

Adam finalmente se volvió para mirarla a la cara con un brillo risueño en la mirada que no alcanzó a sus labios.

—Sí. También recuerdo eso —dijo él—. Pero supongo que ya lo has dejado en el pasado.

Victoria se encogió de hombros y se acercó a él sin dejar de observarlo. Como le ocurría desde su regreso, le resultó casi imposible adivinar lo que pensaba tan solo por su expresión; era demasiado bueno ocultando de ella lo que sentía. A diferencia de ella.

—Para ser honesta, no me he visto en la posición de descubrirlo, pero es posible que tengas razón. Algunas cosas deben quedarse en el pasado.

Él cabeceó, pensativo, pero no respondió de inmediato y Victoria lo miró incluso con mayor curiosidad.

—¿Has venido a hablar con mi padre? —preguntó ella entonces—. Porque tardará un poco más; ha tenido que quedarse en la iglesia.

Adam sacudió la cabeza en señal de negación incluso antes de que ella terminara de hablar e hizo un gesto para señalar el sofá junto a la chimenea.

—No. Quiero hablar contigo —dijo él—. No tomará mucho tiempo. ¿Nos sentamos?

Victoria frunció levemente el ceño, pero consiguió disimular su sorpresa y asintió al tiempo que ocupaba el asiento. Adam, sin embargo, no se sentó a su lado sino que optó por elegir una silla frente a ella.

—Tengo buenas noticias —anunció él—. O, al menos, creo que podrían serlo.

El gesto de Victoria se acentuó al oírlo. Tenía las manos cruzadas sobre la falda del vestido y la espalda levemente inclinada hacia él en un gesto de inconsciente expectación.

—No entiendo...

Adam buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre que sostuvo frente a ella.

—Escribí a un conocido en Londres acerca de tu problema —dijo él.

—¿Mi problema?

La confusión de Victoria no hacía más que crecer y debió de ser evidente en su semblante porque Adam la observó con algo parecido al arrepentimiento, lo que terminó por desconcertarla del todo.

—Lo siento. He hablado como si lo supieras y es posible que haya cometido un error —se disculpó él, y pasó a explicarse con voz grave—. Luego de hablar contigo del desacuerdo que tuviste con las mujeres del taller acerca de qué línea seguir, si continuar con los trabajos que han conseguido hasta ahora o aspirar a más, recordé a un amigo de mi padre que es dueño de fábricas en Manchester y que acaba de iniciar un nuevo negocio: almacenes como los que se ven en América, donde son tan populares. Según oí en mi última visita a la ciudad, no le va mal y aunque aún está lejos de conseguir lo que tiene en mente, creo que podría ser un contacto interesante para ti y las mujeres. Me permití escribirle para hablarle del trabajo que hacen ellas en el taller y, si bien no se comprometió a nada, dijo que estaría interesado en oír una propuesta siempre y cuando le convenzan las muestras que le hagan llegar. Al parecer piensa expandir el negocio con mayor atención al departamento de vestuario para damas y lo que estas mujeres hacen puede ser lo que está buscando. Es un hombre algo peculiar y siempre procura diferenciarse del resto, así que trabajar con un grupo de costureras de Devon que nadie conoce tal vez le resulte tentador. Desde luego, quizá me apresuré al escribirle sin antes consultarte al respecto y te ofrezco disculpas si piensas que me he extralimitado. Creí, sin embargo...

—¿Adam?

Él calló de golpe al oír la interrupción y le devolvió la mirada para encontrarse con su rostro emocionado. Victoria apenas podía contener el deseo de tomar su mano o, aún más, echarse a sus brazos y enterrar el rostro en su hombro. Fue un pensamiento irracional, pero por más que lo intentó no consiguió apartarlo de su mente y necesitó de toda su fuerza de voluntad para mantenerse firmemente sentada sobre el sillón sin mover un solo músculo.

—No debes disculparte —continuó ella una vez que consiguió encontrar la voz para hablar en un tono casi normal—. Por el contrario, te estoy muy agradecida. No hacía falta que te tomaras una molestia como esta...

—No ha sido una molestia —dijo él.

—Aun así, no has debido... —Victoria carraspeó y esbozó una mueca burlona al pensar en algo que no se le había ocurrido hasta entonces—. Supongo que continúas decidido a mantenerme entretenida.

Adam se encogió de hombros.

—No lo he hecho por eso —negó él.

Victoria sabía que quizá lo mejor fuera no insistir, que tal vez no estuviera lista para oír la respuesta que podría recibir, pero como era frecuente en ella, fue incapaz de contener su lengua.

—¿Entonces por qué?

Adam sonrió, y esta vez la sonrisa sí llegó a sus labios, pero estuvo lejos de parecer alegre.

—Sabes por qué —respondió él con sencillez.

Victoria se vio asintiendo sin ser consciente siquiera de lo que hacía. Desde luego que lo sabía. Lo hizo por ella, solo por ella. Como había hecho muchas veces antes. El deseo de tocarlo se hizo irresistible entonces y su mano empezó a temblar suavemente en un gesto reflejo; estaba a punto de extenderla y posarla sobre su brazo...

—Debo viajar a Londres en un par de días para atender algunos asuntos; es un viaje que he venido postergando por semanas, pero no puedo hacerlo más y creo que sería buena idea aprovecharlo para llevar las muestras que el señor Haggard ha solicitado. ¿Crees que podrán tenerlas listas para entonces? Quizá a las mujeres no les haga mucha gracia que les informes de esto con tan poca anticipación.

Victoria parpadeó para alejar esos pensamientos que solo la exponían al ridículo y asintió con rapidez.

—Desde luego que podremos; además, todas estarán muy emocionadas y agradecidas. Casi puedo imaginar sus gritos —dijo ella, sonriente.

—Muy bien.

Al ver que él hacía amago de ponerse de pie, Victoria se adelantó en el asiento y buscó su mirada.

—¿Adam? —lo llamó.

Él arqueó una ceja, atento, y ella habló nuevamente antes de que pudiera arrepentirse. Acababa de ocurrírsele algo importante y aunque sabía que posiblemente Adam no lo recibiría con mucho gusto, estaba decidida a salirse con la suya.

—Si no te importa, me gustaría ser yo quien lleve las muestras al caballero del que has hablado —anunció con voz serena—. Le prometí a Fanny y a las otras que velaría por su bien y esta es la oportunidad perfecta para hacerlo. Quiero hablar con tu amigo y contarle de su trabajo; es importante que sepa cuán importante es para ellas. Si tan solo te presentas con las muestras, por buenas que puedan ser, él no alcanzará a entender todo lo que en verdad implican y lo que significa para estas mujeres y sus hogares el que las acepte.

Adam la oyó en silencio y con semblante imperturbable; solo cuando ella terminó y lo contempló, expectante, lo vio cabecear lentamente.

—Está bien —dijo él.

Victoria no advirtió que había estado conteniendo el aliento en espera de una respuesta hasta que lo sintió escapar de sus pulmones con brusquedad.

—¿Permitirás que vaya contigo? —insistió ella para asegurarse de que la había entendido bien.

—Si eso es lo que deseas.

—Así es —se apresuró ella a decir, para luego continuar—: Desde luego, hablaré con Harriett para que se ocupe de los niños y si te parece bien le pediré a mi padre que se mantenga al pendiente de ellos por si hiciera falta; pero confío en que no será así. No sé durante cuánto tiempo piensas permanecer en Londres ocupándote de tus asuntos, pero creo que en mi caso bastará con un par de días para entrevistarme con tu amigo y luego regresar. Tú podrías volver luego...

—Volveré cuando tú lo hagas.

Adam la interrumpió con un ademán decidido y no le dejó espacio para discutir; Victoria

sabía que no tenía sentido hacerlo, de modo que asintió y lo observó en silencio cuando él se puso de pie y la contempló desde su altura.

—Haré los arreglos —dijo él—. Saldremos pasado mañana.

—De acuerdo.

La respuesta de Victoria surgió en un hilo de voz; de pronto consciente de lo que acababa de hacer y de las repercusiones que podría tener aquello en su vida. Sin embargo, era muy tarde para arrepentirse, y cuando vio a Adam dirigirse a la puerta luego de despedirse con una cabezada, se dijo que, de cualquier forma, no estaba segura de desear hacerlo.

El señor Sterling tomó con bastante tranquilidad el anuncio de su hija de que se ausentaría durante unos días para hacer ese viaje intempestivo. Pese a ello, no obstante, y para sorpresa de Victoria, quien siempre lo consideró un hombre poco apegado a las normas sociales, dejó en claro algunas indicaciones que, sin ser órdenes, resultaron demasiado insistentes como para ignorarlas. En primer lugar, sugirió con firmeza que ella y Adam debían hacer el viaje en conjunto con una acompañante aun cuando se tratara de una de las doncellas que servían en Blackmore Park, y que Victoria debía alojarse con un matrimonio amigo a quienes escribió de inmediato para poner en antecedentes; la opción de que se quedara en la casa que los Talbot poseían en Londres estaba fuera de toda discusión. Aunque un tanto divertida por las precauciones de su padre, a su parecer exageradas considerando la tensión latente entre ella y Adam, Victoria no puso ninguna pega y se ocupó de organizar el viaje sin detenerse a considerar demasiado esa clase de detalles.

Tal y como esperaba, Fanny y las otras mujeres tomaron las noticias con mucha alegría; incluso la primera de ellas empezó a dar saltos en medio del salón cuando Victoria las reunió para informarles de lo que estaba por hacer. La mujer ignoró lo avanzado de su embarazo y no se detuvo hasta que hubieron pasado varios minutos en que pudo dar rienda suelta a su alegría. Luego le contó a Victoria en privado que ello se debía a que, según su experiencia en Londres, sabía que de llegar a un acuerdo con el caballero amigo de Adam, una exposición como aquella, en una de las nuevas tiendas que causaban furor en la ciudad, podría suponer una gran diferencia en su proyecto. No se trataba solo del dinero, explicó, sino de los contactos que conseguirían, algo trascendental en un oficio como el suyo. Si a ese hombre le convencía su trabajo, cientos de mujeres podrían admirarlos y los pedidos se multiplicarían. Las otras mujeres no tendrían más alternativa que reconocer la mejoría y al fin podrían decir adiós a esos malos contratos para confeccionar camisas baratas.

Con la emoción bullendo al máximo, tanto ella como sus compañeras pusieron manos a la obra para tener listas las muestras que Victoria llevaría a Londres. Esta, en tanto, se ocupó de ultimar los detalles del viaje y de ayudarlas tanto como le fue posible en sus labores, al tiempo que procuraba no descuidar la atención a los niños. Harriett tomó la noticia de su ausencia con mayor tranquilidad de la que esperaba; Victoria había temido que se negara a ocuparse de los niños en su ausencia ya que era evidente que se encontraba muy cómoda de contar con su ayuda. Sin embargo, la niñera tan solo le deseó buena suerte e incluso se ofreció a ayudarla con su equipaje. Si Victoria había tenido alguna duda de las conveniencias del viaje luego de su impulsiva decisión, estas desaparecieron tan pronto como advirtió que todos a su alrededor parecían incluso más animados que ella misma con la idea. Incluso su padre indicó el día anterior a su marcha que estaría encantado de quedarse en Blackmore Park hasta su regreso por si surgía algo que requiriera de su ayuda.

De modo que, un tanto nerviosa, se preparó para la que sin duda sería toda una aventura. Nunca había estado en Londres y recordaba con claridad los sueños de su adolescencia en los que se imaginaba recorriendo la ciudad de cabo a rabo; luego, cuando conoció a Adam, pensó que llegado el momento lo haría a su lado. Las cosas, sin embargo, habían resultado distintas a lo esperado, pero ahora estaba a punto de cumplir un pequeño sueño, uno que quizá le haría mucho más feliz de no ser porque las circunstancias estaban muy lejos de lo que alguna vez imaginó.

No visitaría Londres con el muchacho al que alguna vez consideró su más querido amigo, alguien con quien siempre se sintió cómoda y a salvo de cualquier cosa que pudiera lastimarla. Ahora conocería la ciudad al lado de aquel hombre en el que se había convertido y a quien empezaba a conocer una vez más; la mayor diferencia se encontraba en que ahora estaba lejos de sentirse del todo segura en su presencia. Y aquella sensación no se debía tan solo a Adam sino también a sí misma.

Victoria y Adam partieron muy temprano el día señalado y mientras el carruaje se alejaba de la vicaría para dirigirse a la estación, ella se permitió observar el perfil del hombre sentado a su lado que se mostraba imperturbable y que apenas le dirigió un hosco saludo al abrirle la puerta en tanto los sirvientes se ocupaban de subir su equipaje al pescante.

Adam tenía la vista fija en la ventanilla y Victoria se sintió dividida entre hacer otro tanto y mirar hacia el otro lado asumiendo una actitud tan indiferente como la suya, o seguir a su corazón y decir lo que pensaba. Al final, decidió ser fiel a sí misma y carraspeó para llamar la atención de Adam, quien ladeó el rostro hacia ella para observarla con una ceja arqueada.

—He estado pensando... —empezó ella con voz insegura que se hizo un tanto más firme al continuar—: Me gustaría pedirte un favor.

Él no dijo nada; tan solo cabeceó como instándola a continuar y Victoria lo hizo con el mentón elevado y los ojos alternando de un punto sobre su hombro al ceño fruncido con que la miraba porque no se vio capaz de enfrentar del todo su mirada cuando supiera lo que iba a decir.

—Sé que ya has hecho mucho por mí al abogar ante tu amigo para que acepte dar una oportunidad al taller y consintiendo, además, con que haga este viaje contigo. Sé lo poco que te gusta la idea —continuó ella hablando con cierta rapidez—. Pero hay algo más que necesito de ti. Verás, no quiero que este viaje se convierta en una batalla constante ni en un intercambio de acusaciones. Tienes motivos para asumir esa actitud conmigo, no pretendo negarlo, pero ahora, en este momento... ¿crees que podrías dejar de lado lo que sientes por mí? ¿Podríamos ser solo Adam y Victoria por unos cuantos días? Luego... luego podrás volver a odiarme y prometo que no lo cuestionaré.

Victoria bajó la mirada al terminar de hablar; no solo porque se sintió un tanto tímida al haber sido capaz de poner en palabras algo que llevaba tanto tiempo dando vueltas en su mente, algo tan íntimo que en gran medida revelaba sus sentimientos más profundos, sino también por la forma en que Adam la miró al oírla. No había resentimiento en su rostro ni tampoco le dio la impresión de que desaprobaba ese raptó de sinceridad. Por el contrario, le sorprendió ver una expresión de entendimiento, un reflejo de lo que ella albergaba en su corazón. Por eso desvió la vista, porque no se creyó lo bastante fuerte para sostener una mirada que parecía cargar un peso tan similar al suyo.

—Comprendo lo que quieres decir, pero temo que no podré complacerte del todo.

Como le ocurría con frecuencia, Victoria debió echar por tierra sus intenciones tan pronto

como oyó su voz. ¿Cómo permanecer impassible a lo que para ella sonaba como un canto de sirena? ¿Podía acaso mantener su mirada alejada de su rostro cuando se dirigía a ella? De modo que, contra todo su sentido común, buscó sus ojos y lo sorprendió observándola con una sonrisa en la que, por más que lo intentó, no pudo hallar ni un ápice de burla, tan solo un leve rastro de amargura. Por lo demás, al menos por un instante, fue como si estuviera nuevamente frente al Adam que recordaba y al que tanto había echado de menos.

—Estoy de acuerdo en que no debemos hacer de este viaje una continua sucesión de reproches o entablar una discusión tras otra; no es eso lo que quiero y me alegra que pienses igual —dijo él con voz queda que se hizo un poco más grave al continuar—: Pero lo otro que dijiste... lo lamento, pero no puedo hacer a un lado lo que siento por ti.

Un gesto de tristeza asomó al rostro de Victoria al oír la última frase, pero no permitió que la impresión fuera demasiado evidente. En lugar de ello, apretó los labios y asintió con brusquedad, agradecida de que el rápido parpadeo la ayudara a reprimir las lágrimas que había estado a punto de derramar. Esa sí que hubiera sido una forma terrible de iniciar el viaje. De modo que aspiró con fuerza y forzó un gesto de comprensión al mirar a Adam y buscó las palabras con las que responder a una sentencia como aquella.

—Claro. Comprendo —dijo ella, sorprendida de lo normal que sonó su voz a sus oídos—. No sé en qué pensaba al pedirte algo como eso; ha sido muy desconsiderado de mi parte. Esperar que dejaras de odiarme tan solo porque te lo pida. He sido una tonta, perdóname.

Adam sostuvo su mirada y pareció tentado a decir algo, tal vez a rebatir sus palabras o tan solo a confirmar la conclusión a la que había llegado. De cualquier forma, Victoria no lo supo entonces porque él hizo un gesto de profundo cansancio y suspiró al tiempo que apoyaba la cabeza sobre el respaldar del asiento, rehuendo su mirada en el proceso, lo que fue casi un alivio para ella porque no se veía capaz de continuar fingiendo una ligereza que estaba muy lejos de sentir.

—¿Por qué no ves el paisaje, Victoria? Queda un largo camino a la estación y una vez allí todo será un caos hasta que el tren se ponga en marcha —dijo él al cabo de un momento sin mirarla—. Puedes dormir, si gustas; aún es temprano y te despertaré en cuanto llegemos.

Victoria no respondió; se contentó con asentir aun cuando sabía que era un gesto inútil porque él no la miraba, pero ya que no dijo una palabra supuso que Adam tomaría su silencio como tal.

Iba a ser un viaje muy largo, se dijo ella al apoyar la mejilla contra la ventanilla del carruaje y con la mirada puesta en los campos que iban dejando tras ellos. De pronto la idea de rogar a Adam que ordenara al cochero dar media vuelta no le pareció tan descabellada, pero había sido ella después de todo quien le pidió que le permitiera acompañarlo en ese viaje y arrepentirse a esas alturas sería un gesto de cobardía que no estaba dispuesta a permitirse. Tal vez no fuera tan valiente como era antes, pero aún no había llegado tan bajo. Lo que fuera a pasar, ocurriría de una forma u otra y nada de lo que hiciera podría evitarlo.

Pasado el mal trago que supusieron para ella las últimas palabras que intercambió con Adam, Victoria tuvo que reconocer que él hizo un gran esfuerzo por cumplir su promesa de que intentaría mantener un ambiente agradable entre ambos.

Tan pronto como llegaron a la estación, se ocupó de todo para que ella pudiera disfrutar del viaje sin sobresaltos. Había apartado un vagón tan solo para ellos y los sirvientes, quienes viajaron en un carruaje separado con el equipaje y que empezaron a revolotear para cumplir con sus deberes en el momento en que pusieron un pie en la estación. Agatha, la joven doncella que

servía a Victoria de acompañante, se encargó de que estuviera cómoda en el compartimento que ocuparía durante el viaje y aunque este no les tomaría más de seis horas, aproximadamente, la joven se mostró decidida a tomar todas las precauciones posibles para que no tuviera que preocuparse por nada.

Antes de que el tren se pusiera en camino, convencida de que sin duda Adam debía de haber escogido otro compartimento en el cual hacer el viaje para así evitar pasar más tiempo del necesario a su lado, se dispuso a tomar uno de los libros que había llevado con ella para entretenerse. Luego de rebuscar en el pequeño maletín que contenía sus objetos personales y que la doncella dejó a su alcance tan pronto como estuvo instalada, sacó un par de volúmenes pequeños, uno de ellos el libro de poemas con el que Adam la obsequió para el último cumpleaños que pasó en Inglaterra antes de marcharse. No había podido resistirse a meterlo en la maleta cuando lo tuvo entre las manos; le había acompañado durante tanto tiempo y su lectura era tan habitual para ella que las páginas se encontraban tan gastadas como la cubierta de cuero. Lo mismo que algunas miniaturas de su familia que incluyó entre su equipaje cuando viajó a Francia, aquel libro era parte de su tesoro, lo que consideraba más valioso en el mundo para ella.

Exhaló un hondo suspiro al rozar las letras en la cubierta con la punta de los dedos. Podía recitar todos y cada uno de los poemas que contenía tan solo con cerrar los ojos y dejarse envolver por el recuerdo. Lo hacía con frecuencia durante los primeros días luego de su partida; posiblemente fuera eso lo único que le permitió mantener la sensatez entonces. Repetía los versos una y otra vez cuando sentía que la nostalgia por su hogar y el pesar por su conducta para con Adam estaban a punto de derrumbarla. De alguna forma, aquel pequeño libro se había convertido en un lazo irrompible que la mantenía unida a su pasado.

Victoria dio un pequeño bote cuando el tren se puso en movimiento luego de hacer sonar el silbato y de que las ruedas bajo ella empezaran a moverse con un golpe sordo. Sobresaltada, dirigió la mirada a la ventanilla y observó el camino que se abría ante ellos; los rieles destellaban bajo el sol y pequeños grupos de personas se mantenían en el andén, ya fuera para despedir a los viajeros o para recibir a aquellos que llegarían luego. Era algo que a Victoria aún le costaba comprender; la capacidad del mundo para continuar moviéndose sin descanso aun cuando ella se encontrara estática y sumida en la pesadez de sus recuerdos.

Aún sostenía el volumen entre sus manos, pensativa, cuando la puerta del compartimento se abrió y Adam entró luego de comprobar que se encontraba allí. No alcanzó a esconder el libro, como habría hecho de haber contado con más tiempo; lo único que atinó a hacer fue posarlo sobre su regazo y darle vuelta con la esperanza de que Adam no lo reconociera. Fracaso estrepitosamente, claro. Lo supo al advertir la forma en que él la observó, llevando la mirada de sus manos a su rostro un tanto sonrosado como si acabara de ser pillada en falta. No dijo nada, sin embargo; ocupó el lugar frente a ella y estiró sus largas piernas frente al asiento de modo que sus pies enfundados en gruesas botas oscuras rozaron el ruedo de su falda.

—Acabo de hablar con el maquinista; dice que haremos el viaje con más rapidez de la acostumbrada porque acaban de hacer algunas mejoras en la locomotora —anunció él en un tono tranquilo—. Es posible que con eso nos ahorremos una hora o más.

Victoria carraspeó e hizo un gesto de asentimiento.

—Eso suena muy interesante. ¿Te permitió ver el mecanismo? —preguntó ella sin disimular su interés.

—Sí, es un hombre bastante agradable —dijo él—. Si lo deseas, no creo que ponga ninguna objeción a que lo hagas también tú.

Victoria lo observó con las cejas elevadas.

—¿De verdad? Porque me encantaría hacerlo; siempre he querido ver esa clase de mecanismo. Me encantan los trenes.

—Lo recuerdo. Fue por eso, supongo, que elegiste comprar uno para los niños; he notado que a veces parece disfrutarlo incluso más que ellos.

—Bueno, no tienes que ponerlo precisamente así —replicó ella sin poder contenerse y dejando sus reservas de lado—. Y, además, ¿a quién no le fascinaría algo como esto? Una máquina capaz de transportar a tantas personas a esta velocidad; es fascinante.

Adam esbozó una leve sonrisa al oír su tono entusiasta.

—Cuando te acostumbras a usarlas pierden algo de su encanto —acotó él.

—Cierto. Y eso es terrible —indicó ella sin vacilar—. Somos muy afortunados de contar con esta clase de adelantos, pero en lugar de apreciarlos como merecen damos por hecho su existencia. Algún día, cuando seamos capaces de volar como las aves, también pensaremos que es algo del todo natural y no el milagro que en verdad será.

En ese momento Adam dejó de fingir que no la encontraba tan divertida como ocurría y una suave risa brotó de su pecho al oír sus palabras.

—Cuando seamos capaces de volar como las aves —repitió él—. ¿En verdad crees que eso ocurrirá pronto?

Victoria le dirigió una mirada ceñuda sin ser consciente de que arqueaba el cuerpo hacia adelante para observarlo con mayor atención.

—¿Tú no? —preguntó ella a su vez con un gesto de escepticismo—. Eres demasiado listo para pensar lo contrario, Adam.

Él se encogió de hombros.

—Es posible que tengas razón —dijo él—. En aquello de que ocurrirá pronto, quiero decir, no en que sea listo...

—¿Desde luego que lo eres! —replicó Victoria sin poder reprimir la vehemencia en su voz.

—Supongo que debería agradecer eso.

La sonrisa de él le pareció tan sincera que Victoria se vio correspondiéndole casi sin reparar en que lo hacía.

—Es posible que así sea, pero no me enojaré si no lo haces. De cualquier forma, está claro que ambos pensamos lo mismo, pero eso solo nos lleva al mismo punto: los seres humanos damos tantas cosas por sentadas que muchas veces olvidamos lo valiosas que son en verdad.

Adam no respondió de inmediato y Victoria notó que sus ojos acerados brillaron con calidez al devolverle la mirada.

—No tengo cómo discutir eso —asintió él al cabo de un momento.

Ella comprendió entonces las implicaciones que podrían tener sus palabras y estuvo tentada a pegarse un pisotón a sí misma. Hacía solo un par de horas que le pidió que dejaran atrás sus diferencias, cuando menos por lo que durara su viaje, y allí estaba ella, haciendo comentarios que posiblemente solo trajeran a su mente malos recuerdos. Sin embargo, Adam no pareció enojado por lo que dijo; por el contrario, se veía tan tranquilo y despreocupado como se había mostrado desde que llegaron a la estación.



—¿Tienes hambre? —preguntó él de golpe, provocándole un pequeño sobresalto—. Porque si tu respuesta es no, tal vez podamos aprovechar que el viaje acaba de empezar para ir en busca del maquinista y pedirle que te muestre la locomotora. Estoy seguro de que le encantará oír todos los halagos que tienes para su máquina.

Victoria asintió sin vacilar y se incorporó como impulsada por un resorte tan pronto como oyó su propuesta. El movimiento fue tan brusco que estuvo a punto de tropezar y lo habría hecho si Adam no se hubiera apresurado a tomarla del brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio. Ella abrió la boca para darle las gracias, pero entonces reparó en que se encontraban muy cerca el uno del otro y que su mano aún la sostenía contra su pecho, en un gesto tan protector como demandante. Reprimiendo un escalofrío, sacudió la cabeza de un lado a otro y rehuyó su mirada.

—Espero superar esta torpeza antes de que alguien consiga inventar los viajes por el cielo o estaré en serios problemas —bromeó ella en tono apurado y soltándose del agarre con un movimiento medido.

Adam la observó sin abandonar el semblante sereno que había adoptado hasta entonces, pero no dijo nada. Tal vez pensara que un comentario tan idiota no merecía una respuesta, se dijo Victoria al verlo abrir la puerta del compartimento para ella y seguirlo por el corredor en dirección a donde debía de encontrarse la locomotora. Advirtió entonces que llevaba aún el libro firmemente sujeto contra su pecho y que era imposible que él no lo hubiera notado también. Con un suspiro, se encogió de hombros, decidida a imitar su actitud. ¿No había sido ella, después de todo, quien le pidió que actuaran con tanta normalidad como fuera posible? Bueno, allí estaba. Si Adam estaba dispuesto a intentarlo, lo único que cabía esperar era que ella lo hiciera también. Y pese a ello, no obstante, algo en su interior le dijo que esa aparente normalidad no era más que un espejismo que podría esfumarse en cualquier momento.

La señora Harrison era una buena amiga de los padres de Victoria y estuvo encantada de hospedarla cuando recibió la carta del señor Sterling en la que le informó de su inminente visita a Londres. La dama era viuda, pero vivía con su madre y tres de sus hijos, todos ellos jóvenes que se dedicaban a variados oficios desde que dejaron la escuela. Victoria apenas vio a alguno de ellos durante lo que duró su estancia, sin embargo, porque pasó casi cada minuto de su tiempo en compañía de Adam recorriendo la ciudad.

Él se mostró determinado a que aprovechara la visita para conocer tanto de Londres como le fuera posible y, a pesar de que Victoria intentó esbozar una débil protesta en un inicio al mencionar el hecho de que nada de aquello era nuevo para él, bastó con que Adam descartara sus argumentos con un gesto para que no dijera nada más al respecto y se entregara a disfrutar de todo ese tiempo pasado en su compañía.

Adam pasaba cada mañana muy temprano a recogerla a casa de la señora Harrison y, acompañados por la buena Agatha, quien era dueña de un tacto bastante desarrollado y mantenía siempre una cuidada distancia entre ellos, visitaban todas las atracciones que Victoria se moría por conocer. Recorrieron Hyde Park a pie de punta a punta hasta llegar a Kensington Gardens y ni siquiera el cansancio que le produjo semejante caminata la distrajo de la emoción que sintió al apreciar la belleza de esos jardines de los que tanto había oído hablar. Aquel día, Adam apenas transigió en tomar un pequeño refrigerio en una de las cafeterías que se encontraban cerca de la plaza antes de enrumbar hacia Trafalgar Square, aunque le bastó con ver el rostro levemente sonrosado de Victoria para que sugiriera hacer el resto del camino en un carruaje descubierto. No

le dijo a dónde pensaba ir a continuación, salvo que estaba seguro de que Victoria lo disfrutaría; de modo que cuando el vehículo finalmente llegó a su destino y descendió de él, tuvo que parpadear varias veces para convencerse de que no estaba soñando.

El edificio que albergaba la Galería Nacional destellaba ante ella, tan majestuoso y prometedor respecto a los muchos tesoros que albergaba que estuvo a punto de perder el aliento. Miró a Adam con un gran sonrisa dibujada en el rostro que no se molestó en esconder y sintió su corazón henchirse de emoción al encontrarse con su mirada. No había rastro de animadversión o indulgencia en él, ni siquiera el gesto hosco al que había empezado a acostumbrarse desde su regreso; tan solo sonreía, divertido por su reacción. Parecía ser solo... él. Adam. El mismo al que había echado tanto de menos y por quien había penado durante años. ¿Era posible que la máscara simplemente hubiera caído? ¿Que al fin hubiera decidido mostrarse con ella como realmente era?

—¿Victoria?

Adam varió el gesto despreocupado por uno de intriga al advertir que no se movía, sino que parecía decidida a permanecer allí de pie en la acera contemplándolo en lugar de prestar atención a la edificación frente a ellos. Victoria parpadeó y retiró la mirada, posándola en los grupos de personas que entraban a la Galería hablando entre ellos. Con un suspiro, esbozó una suave sonrisa y asintió.

—¿Entramos? —sugirió ella.

Adam entrecerró los ojos, como si estuviera pensando en hacer alguna pregunta, pero debió de decidir que no tenía sentido hacerlo; o tal vez ya tuviera una respuesta. Cualquiera que fuera el caso, cabeceó y le ofreció el brazo para subir la escalinata. Victoria vaciló solo un instante antes de posar una mano enguantada sobre la suya, un gesto reflejo de la actitud reservada que había procurado adoptar con él hasta entonces. Pero cuando lo tocó... cuando sintió el calor que despedía, incluso a través de la tela de la chaqueta, supo que no había nada que debiera temer o ningún reparo que erigir.

Estaba bien.

Ellos juntos en medio de la calle un día cualquiera; su cuerpo cerca del suyo; ese roce tan suave y discreto que tenía un efecto demoledor en su corazón... Sencillamente, estaba bien. Era allí donde debía estar.

Con esa certeza y una suave y misteriosa sonrisa danzando en los labios, ella se puso en camino y no dijo una sola palabra hasta que se encontraron en el interior de la galería. Mientras recorrían las salas, discutiendo acerca de las obras de arte dispuestas en ellas, Victoria se vio riendo como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo. Su corazón se sentía ligero y libre de una forma que apenas conseguía comprender; y cuando vio una vez más a Adam en tanto este intentaba leer un cartel frente a una pintura particularmente hermosa, admirando su distinguido perfil y el ceño apenas fruncido, se dijo que sí, había estado en lo cierto hacía un momento.

Era él. Siempre había sido él.

—Deja de golpear el suelo de esa forma; estás poniendo nervioso al pobre hombre.

Victoria no levantó el rostro de la alfombra que simulaba observar e hizo como si no hubiera oído el suave reproche de Adam; estaba demasiado ocupada intentando controlar sus propios nervios como para preocuparse por lo que pudiera pensar el joven que la miraba desde el otro lado de la estancia en la que Adam y ella se encontraban.

Hacía tan solo unos minutos que habían llegado a la oficina del señor Haggard y en cuanto

Adam entregó su tarjeta, el joven que los recibió, quien se presentó como el secretario privado del dueño del establecimiento, les pidió que esperaran tan solo un momento a que su jefe terminara de dar unas órdenes para poder así hablar sin interrupciones. La oficina se encontraba en el primer piso de un elegante edificio en Knightsbridge, una zona en la que se alzaban algunos almacenes, el más grande y fastuoso de ellos pertenecía precisamente al hombre al que habían ido a visitar. Adam y ella no dispusieron de tiempo para visitar las instalaciones, pero Victoria le hizo prometer que lo harían tan pronto como dejaran al señor Haggard sin importar cuál fuera el resultado de la reunión. Todo le pareció demasiado fascinante, incluso a lo lejos, como para no darle una mirada más de cerca; cierto que había visto lugares similares en París, la mayor parte de ellos mucho más modernos, pero aun así le parecieron demasiado interesantes como para dejar pasar un recorrido.

Ahora, sin embargo, se esforzó por hacer a un lado su curiosidad y mantuvo su mente enfocada en lo que había ido a hacer. El motivo de su viaje y las esperanzas de todas aquellas mujeres que esperaban en Devon y que habían confiado en ella. Sostuvo con mayor fuerza el paquete primorosamente envuelto que mantenía entre las manos y aspiró un par de veces para regular su respiración, diciéndose que no conseguiría nada dejándose vencer por el nerviosismo. Sus manos no parecían estar de acuerdo con ella, no obstante, porque notó que temblaban ligeramente al entrecocar sus dedos uno contra otro en un gesto que revelaba su inquietud.

Habría permanecido así de no ser porque Adam posó una de sus grandes manos sobre las suyas, rodeándolas con su calidez en un ademán sereno que pareció obrar magia sobre sus nervios alterados. A él no pareció importarle que no se encontraran a solas, aunque el joven secretario fue lo bastante discreto para mirar hacia otro lado cuando advirtió ese intercambio entre ambos. Adam incluso apretó suavemente sus manos por encima del paquete que sostenía como si la vida se le fuera en ello y agachó la cabeza hacia ella para hablar sobre su oído en un gesto tan familiar que le provocó un leve estremecimiento que no tuvo nada que ver con el nerviosismo que había sentido hasta entonces.

—Todo irá bien —dijo él en un cálido susurro contra la piel de su oído—. Me quedaré contigo.

Victoria solo atinó a asentir con un ademán un tanto torpe a modo de respuesta; no habría sido capaz de hacer nada más. Fue una suerte que en ese momento el joven carraspeara para llamar su atención y anunciar que el señor Haggard los vería de inmediato. Entonces se puso de pie con rapidez, seguida por Adam, que no pareció sorprendido por su reacción; tal vez la esperara o a lo mejor se sentía tan perturbado como ella. De cualquier forma, le procuró cierto amargo alivio entrar a la oficina principal, un lugar incluso más impersonal que la estancia que acababan de abandonar.

Adam le había hablado acerca del señor Haggard con mayor profundidad la tarde anterior, poco antes de que se separaran al terminar su paseo de aquel día, un largo recorrido por la Abadía de Westminster y Trafalgar Square que había culminado con un refrigerio en una elegante cafetería de Covent Garden. Adam mencionó entonces que era una lástima que no les diera el tiempo para asistir a alguna obra de teatro, pero comentó también, al descuido, que podrían hacerlo en el futuro. Aquella palabra continuó resonando en los oídos de Victoria incluso cuando se despidieron luego de que él la escoltara hasta el vestíbulo de la casa tras rechazar con amabilidad la invitación de la señora Harrison para quedarse a tomar el té.

Futuro.

Era sorprendente cómo una palabra tan pequeña y sencilla podía poseer un significado tan poderoso. Hasta entonces nunca se había permitido pensar demasiado en ella, pero ahora parecía haberse incrustado en su mente con furia dejando sobre ella una mezcla de temor y anhelo que no sabía cómo sobrellevar...

—Es indudable que se trata de piezas de gran calidad; el señor Talbot estaba en lo cierto en lo que mencionó en su carta.

Victoria parpadeó e hizo un gesto tímido poco habitual en ella al advertir que el señor Haggard la miraba con los ojos entrecerrados por encima de los espejuelos que llevaba casi sobre el puente de la nariz y que le conferían el aspecto de un duende particularmente astuto. El hombre apenas cabeceó al verla entrar, pero se mostró mucho más amistoso con Adam, por quien fue evidente que sentía verdadera estima. Luego de invitarlos a ocupar unos mullidos asientos frente al escritorio que él ocupaba con la comodidad de un rey acostumbrado a ejercer cierta autoridad sobre quienes los rodeaban, hizo algunas preguntas respecto a la salud de *sir* Richard y el estado de Blackmore Park. Cuando su curiosidad se vio satisfecha respecto a aquello, centró todo su interés en Victoria, quien se vio de pronto analizada por unos ojillos brillantes y alertas.

El señor Haggard apenas le hizo preguntas, tan solo extendió una mano para tomar el paquete que ella llevaba consigo y que se apresuró a tender sobre el escritorio. El hombre lo tomó con unas manos surcadas de arrugas y venas pronunciadas, pero sorprendentemente delicadas, que desarrollaron el alijo con el mismo cuidado que hubiera mostrado alguna de las mujeres en el taller.

Victoria aprovechó ese momento para estudiarlo con discreción y recordó que, según Adam, se trataba de un contemporáneo de su padre, aunque a ella no le habría extrañado saber que en realidad tenía una edad más cercana a la de su abuelo. Sin embargo, al observar la forma en que sus largos dedos recorrían cada puntada de las muestras que acababa de entregarle, y su mirada calculadora fija en la nada, se dijo que sin duda tenía una mente de lo más despierta.

Ahora, un tanto sobresaltada por haberse visto puesta en evidencia con la mente dividida entre su anfitrión y las horas pasadas con Adam, hizo un esfuerzo por recuperar el temple y parecer mucho más segura de lo que en verdad se sentía.

—Me alegra que le gusten —respondió ella en un tono sereno varias veces ensayado—. Y esa es solo una muestra de lo que podría recibir si hace una oferta. Las damas con las que colaboro son capaces de llevar a cabo cualquier tipo de encargo que haga para ellas.

El hombre cabeceó al oírla, pero no se vio aún del todo convencido. Usó uno de sus dedos para trazar un delicado bordado del trozo de tela que sostenía y se encogió de hombros en un gesto desganado.

—No lo sé —dijo, vacilante, una actitud que se contradecía con su gesto alerta—. Son muy atractivos y no dudo que puedan resultar interesantes para mi clientela; pero le seré sincero, señorita Sterling: no es nada extraordinario. Seguro que podría dar con algo similar aquí en Londres sin tener que arriesgarme a negociar con un grupo de mujeres a las que no he visto en mi vida y que están lo bastante lejos como para hacer difícil ir en su busca si me ocasionan algún problema.

Victoria no permitió que el desaliento la invadiera y mantuvo la sonrisa que tía Lucie le había enseñado que debía mostrar siempre en sus transacciones de negocios. Gentil, pero

prudente.

—Entiendo sus reservas, señor Haggard, son totalmente razonables, pero entiendo que usted es un hombre con larga experiencia en negocios. No creo que permita que un asunto menor lo inhiba de aprovechar una oportunidad como esta —dijo ella con voz serena.

El hombre dejó caer la tela que examinaba sobre el escritorio y le mostró las palmas abiertas con una curiosa sonrisa burlona danzando en los labios.

—Señorita, vea estas manos —dijo él con un tono acerado—. Verá que no pertenecen a un hombre que no esté acostumbrado al trabajo duro y todo lo que ello implica. Riesgos incluidos.

Victoria se forzó por mantener un semblante tan imperturbable como le fue posible, pero examinó las manos del caballero con interés. Sí. Sin duda estaba en lo cierto. Sus dedos levemente arqueados y las palmas callosas revelaban una vida de esfuerzos y, aunados al rostro curtido de su dueño, de una voluntad inquebrantable. No pudo reprimir entonces el impulso de mirar sobre su hombro a Adam, que había permanecido callado hasta entonces, pero que desde la silla que ocupaba a su lado parecía seguir su conversación con todos los sentidos en alerta; sus miradas se encontraron y hubiera podido jurar que él hizo un casi imperceptible gesto al entrecerrar los ojos como si la incitara a no decaer. ¿No era él un tanto parecido a ese señor Haggard que poseía la llave de un triunfo tan buscado por ella? Un hombre privilegiado que hubiera podido pasar buena parte de su vida sumido en la ociosidad viendo sus bienes crecer sin mover un dedo, pero que prefería involucrarse en cada aspecto de sus negocios sin importarle el esfuerzo que debiera hacer para conseguir lo que deseaba.

Tras esa curiosa comparación, que no le llevó más de un minuto, y alentada por su gesto, que tomó como un impulso, alzó el mentón y volvió su atención al señor Haggard. El hombre la observaba con mal disimulada impaciencia, pero tuvo la gentileza de esbozar una sonrisa casi beatífica que no la engañó ni un segundo.

—Señor Haggard, tengo entendido que es usted un hombre interesado en destacar entre el resto; imagino que es un rasgo natural considerando la fiera competencia a la que debe enfrentarse cada día —empezó ella, hablando con naturalidad y una dulzura engañosa—. He notado la proliferación de negocios como el suyo en la ciudad; es obvio que una iniciativa como la suya ha debido de inspirar a muchos otros.

El hombre hizo un gesto de desprecio al arrugar la ganchuda nariz.

—¡Charlatanes! —rumió él entre dientes—. Un montón de imitadores que no tienen idea de lo que hacen. Creen que porque tengo éxito ellos lo conseguirán también, pero no tienen idea de lo que he luchado para llegar hasta aquí.

Victoria se cuidó de decir que, según Adam le había contado, no era él el primero en iniciar esa línea de negocio. En lugar de ello, asintió como si se encontrara de acuerdo con sus palabras y lo comprendiera perfectamente.

—Claro, no dudo que esté en lo cierto; sin embargo, coincidirá conmigo es que se trata de algo incontrollable. La competencia siempre estará allí y, por cómo van las cosas, no me extrañaría que esta solo aumente según pase el tiempo —dijo ella, y continuó tras esperar el tenso asentimiento del hombre, quien encuadró los hombros y pareció oírla con mayor interés—. Entonces ¿no le parece que ahora más que nunca debe ocuparse de fortalecer ese rasgo suyo de destacar sobre los demás? Todos esos competidores importarán hermosos trabajos de otros lugares del mundo; como Francia, por ejemplo. Sé bastante de ese tema y según me contó el

administrador del taller que heredé de mi tía se le han hecho llegar todo tipo de pedidos desde Inglaterra.

—Pero no es eso lo que usted me ofrece —atajó el hombre—. No quiere venderme los diseños del taller de París sino los de estas mujeres de Devon...

—Porque ellas lo merecen —dijo ella a su vez en tono firme—. Ha podido verlo; su trabajo es extraordinario, aunque le cueste reconocerlo. Pero no se trata tan solo de eso, sino de que trabajando con ellas también podrá continuar con el estilo de trabajo que le ha dado tan buenos resultados. Marcará una diferencia de sus competidores, resaltará como ninguno de ellos. ¿Cuántos más de ellos ofrecerán el trabajo de un grupo de mujeres del interior de país? En tanto ellos venden diseños franceses usted colaborará con sus compatriotas y estoy segura de que su clientela lo apreciará enormemente. Será único.

El hombre acusó sus palabras con una brusca cabezada y empezó a oscilar sus hombros de lado a lado al tiempo que dejaba caer una mano sobre el escritorio, muy cerca de la tela que había dejado en él con tanto descuido hacía solo un par de minutos.

—Desde luego, comprenderé si pese a ello no se siente interesado; está en todo su derecho de negarse a tomar el riesgo y le estoy muy agradecida de haberme concedido la oportunidad de hablar con usted —continuó Victoria en tono indiferente y una mirada sagaz—. Tal vez usted no necesite llevar a cabo esta clase de negocios; se encuentra ya en un lugar en el que un riesgo como este es innecesario. Sus competidores, sin embargo...

Ella dejó la frase inacabada, pero quedó claro lo que deseaba implicar con ella y el señor Haggard se lo hizo saber al elevar el rostro y mirarla con una mezcla de enojo y seca aprobación.

—Una jugada muy lista, señorita, pero poco sutil —espetó él de mala gana—. Me queda claro lo que sugiere, no le quepa duda. Si no acepto su oferta irá con cualquier otro, eso es lo que intenta decir. Pero permita que le diga que no encontrará a nadie que pueda ofrecerle lo que yo.

—Eso no lo dudo —acotó ella sin alterarse—. Entonces, señor Haggard, ¿entiendo que hará una oferta?

El hombre frunció los labios y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Quizá.

Victoria parpadeó y contuvo su entusiasmo.

—¿Quizá? —repitió ella.

—Sí. No niego que es un bonito trabajo el que me ha traído y que no le falta razón en eso que dijo acerca de que me gusta diferenciarme de la competencia. Por cierto que me pregunto de dónde lo habrá sacado...

El señor Haggard dirigió una mirada ceñuda a Adam, pero este permaneció imperturbable, como si no se considerara destinatario de esa pulla, lo que sin duda había sido intención del hombre. Este, al no encontrar interés en su reproche, chasqueó la lengua y volvió su atención a Victoria, que esperaba con las manos unidas sobre el regazo.

—¿Qué me asegura que jugarán limpio, señorita Sterling? —preguntó él de golpe.

Victoria frunció el entrecejo al verse increpada de aquella forma; además de que el señor Haggard la señaló con un dedo nudoso al hacer la pregunta, por lo que se sintió como si se encontrara en el banquillo de un juzgado.

—¿A qué se refiere? —inquirió ella a su vez, confusa.

—Me refiero a que si acepto trabajar con usted me expongo a todo tipo de problemas —

indicó él sin suavizar su tono—. ¿Qué ocurre si incumplen con un pedido? ¿O tienen una demora que a mí puede costarme una fortuna? ¿O si...?

—Lo he entendido perfectamente, señor Haggard —lo interrumpió Victoria un poco enojada por la sugerencia, pero logró contener su fastidio al continuar—: Creo que su temor es razonable. Después de todo, apenas nos conoce, pero estoy dispuesta a darle mi palabra de que nada de ello ocurrirá.

El hombre bufó.

—¡Su palabra! —rumió entre dientes—. Seguro que después de ver a su tía encargarse del taller que mencionó ya debe de saber que en los negocios la palabra de una persona no vale tanto como se podría pensar.

Victoria notó un leve movimiento a su derecha y al mirar en dirección a Adam advirtió que él había abandonado su postura despreocupada y ahora se encontraba sentado muy erguido con las palmas de las manos apoyadas sobre las rodillas y la mirada fija en el rostro del hombre frente a ambos. No dijo nada, sin embargo, y Victoria agradeció que no interviniera; no cuando ella tenía una respuesta apropiada para ese caballero con tan poco tacto.

—La mía sí que vale —respondió ella en tono firme y sin variar el semblante decidido—. Puede confiar en mí, señor Haggard. Y si mi palabra no le parece suficiente, debe saber que cuento con los medios para asumir la responsabilidad de cualquier percance que pudiera surgir. Le aseguro que no se verá perjudicado en absoluto si acepta asociarse con nosotras; por el contrario, estoy segura de que eso solo nos beneficiará a todos.

Victoria esperó en silencio a que el hombre le devolviera la mirada. Este lo hizo al cabo de un momento tras mantenerse con el rostro ladeado como si pretendiera meditar sus palabras e incluso le pareció que musitaba algo para sí mismo, un tanto ausente. Cuando giró a mirarla, sin embargo, sus ojos le parecieron del todo concentrados y alertas.

—No sé si eso será suficiente...

—Tiene la palabra de la señorita Sterling de que afrontará la entera responsabilidad de la empresa. ¿Qué más puede necesitar?

La voz de Adam se elevó sobre ambos con cierta frialdad y Victoria dio un pequeño brinco en el asiento al oírlo. Había permanecido tan callado hasta entonces, incluso taciturno pese a su expresión despierta, que escucharlo ahora hablar con tal firmeza le provocó una leve conmoción.

Algo similar pareció ocurrir con el señor Haggard, porque lo observó con las cejas elevadas y una notoria expresión de desconcierto.

—Sabe cómo son estas cosas, Talbot; su abuelo es un hombre de negocios y su padre lo fue también a su modo. Debe reconocer que usted jamás podría llevar Blackmore Park de otra forma —dijo el hombre una vez que se repuso de la sorpresa—. No dudo de las buenas intenciones de la señorita Sterling, pero su palabra no es garantía suficiente...

—¿Y la de ambos? ¿La suya y la mía le parecerán suficientes? —Adam continuó con absoluta calma, pero fue evidente la leve inflexión burlona en su voz la enhebrar sus preguntas y aún más al continuar luego de dirigir a Victoria una rápida mirada—. Dice que desea hacer una oferta, pero tiene dudas acerca de la seguridad de la empresa. Muy bien. Tiene la palabra de la señorita Sterling y ahora también la mía de que no correrá un riesgo innecesario; ella y yo asumiremos la responsabilidad de cualquier problema que pueda surgir, aunque dudo que lleguemos a ese punto; soy testigo de la seriedad con que ella y las otras damas llevan este proyecto.

Su interlocutor hizo un gesto indeciso; el primero sincero que Victoria le veía desde su llegada y observó a Adam de reojo mordiendo el interior de su boca. No solo deseaba decir al hombre que ya habían tenido bastante de su actitud desconfiada, sino también enfrentar a Adam y preguntarle en qué estaba pensando al unir su nombre al suyo de aquella forma. ¿Por qué hacía eso? No tuvo tiempo para hacer una cosa o la otra, sin embargo, y tal vez fuera lo mejor, porque Adam continuó luego de dejar pasar un momento para que sus palabras calaran en el hombre.

—Señor Haggard, no tiene sentido perder más tiempo. La señorita Sterling ha sido muy elocuente y le ha dado muchas razones para que considere una buena y fructífera relación de negocios para ambos; ahora merece una respuesta —insistió él—. ¿Está o no dispuesto a intentarlo?

Victoria contuvo el impulso de girar a mirarlo; de haberlo hecho tal vez no habría podido resistirse a sonreírle y si él le sonreía de vuelta, si se mostraba tan cálido con ella como su voz indicaba, tal vez tampoco hubiera podido evitar el lanzarse a sus brazos. ¡Cuán débil e irreflexiva podía ser cuando de él se trataba!, se dijo en un instante de lucidez antes de verse obligada a volver su atención al señor Haggard al oírlo carraspear.

El hombre alternaba la mirada de uno al otro en un ademán calculador y entreabrió los labios para decir algo; un gesto que provocó que Victoria se inclinara hacia adelante, alerta a sus palabras. Y cuando el hombre empezó a hablar, apretó las manos una contra la otra y se preparó para oír lo que habría de significar el más grande de sus triunfos o el más descorazonador de sus fracasos.



## CAPÍTULO 10

—Por un momento pensé que no aceptaría. El señor Haggard puede ser un gran actor; estaba segura de que se negaría y me echaría de su oficina por mostrarme tan atrevida. Pero entonces sonrió y empezó a asentir. ¡Dios! Ni siquiera me pareció tan terrible cuando lo vi sonreír; sospecho que no es tan malo como le gusta aparentar. Pero no sé por qué digo todas estas cosas. Estuviste allí y viste lo mismo que yo; temo que no puedo dejar de decir incoherencias. ¡Oh, Adam! Estoy tan emocionada.

Victoria contuvo su palabrería tan solo para tomar aire y observó a Adam sin dejar de dar pequeños botes en el asiento cada tanto.

Acababan de abandonar la oficina del señor Haggard y, tras arrancarle la promesa de que organizaría todo para hacerles llegar un pedido lo antes posible luego de acordar algunos números, dieron un paseo por las instalaciones del almacén. Tal y como Victoria supuso que ocurriría, se sintió fascinada por cada uno de los departamentos que visitaron, en especial los dedicados a la ropa femenina. Por un instante se permitió cerrar los ojos e imaginar las prendas confeccionadas por las damas del taller exhibidas allí y no pudo contener un escalofrío de emoción. Tan solo consintió en marcharse cuando Adam le hizo ver que estaba por anochecer; de modo que el cielo se encontraba ya del todo copado por grandes nubes oscuras cuando subieron al carruaje que habría de conducirlos a casa de la señora Harrison.

—Puedo verlo —comentó él con una sonrisa divertida desde el asiento frente a ella—. Tu emoción es comprensible, acabas de obtener un gran triunfo.

Victoria asintió y su rostro adquirió un tinte solemne al mirarlo.

—También tú lo has conseguido —acotó ella y continuó en tono más serio al ver que él empezaba a negar con la cabeza—. Sabes que es verdad y estoy muy agradecida por tu ayuda; no lo habría logrado de no ser por ti. No sé en qué estabas pensando al empeñar tu palabra por nosotras, pero te prometo que no te defraudaremos.

—Lo hice porque lo mereces —respondió él con sencillez—. Todas lo hacen, claro, pero tú... comprenderás que no podía dejar que te fueras de aquí con las manos vacías luego de todo tu esfuerzo. No habría sido justo.

Victoria lo observó con los labios entreabiertos y, contrario a lo que le decía su mente, que lo mejor hubiera sido no hacer o decir nada, prefirió atender a los gritos de su corazón. Extendió una mano y la posó sobre la suya con suavidad. La piel de Adam, áspera y suave a la vez, dotada de esa calidez que permanecía latente en su memoria, se sintió como parte de sí misma.

—Sé que aún falta todo un día para que debamos volver a casa, pero quiero decirte que no recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté tanto de algo —dijo ella con voz ligeramente quebrada y esquivando su mirada con una timidez inesperada—. Gracias por esto. Y también por haber atendido a lo que te pedí antes de iniciar este viaje.

Ella pensó que Adam no diría nada porque se mantuvo en silencio durante lo que le pareció demasiado tiempo y estaba a punto de volver a su posición; pero sufrió un leve sobresalto al sentir la forma en que sostuvo entonces su mano, acunando sus dedos entre los suyos y usando uno de ellos para acariciar el interior de su muñeca. Fue una caricia tan ligera y al mismo tiempo tan

cargada de significado que le costó mantener la compostura y no lanzarse a sus brazos, lo primero que pasó por su mente. Él la tocaba con una emoción contenida en la que no encontró rastro del enojo que parecía dirigir a sí mismo hasta entonces cada vez que caía en la tentación de hacer evidente el deseo que sentía por ella.

—Victoria...

—No digas nada —lo interrumpió ella, aterrada de que pudiera decir algo que pudiera arruinar ese momento que pretendía guardar en su corazón como el más grande de sus tesoros—. Sigamos disfrutando de este paseo; parece como si fuera a empezar a llover en cualquier momento y temo que ya estamos cerca de casa de la señora Harrison. Por favor, Adam, no digas nada.

Él sostuvo su mirada y pareció dividido entre decir lo que tenía en mente y atender a su petición, pero al final pareció decantarse por lo segundo porque asintió con suavidad, pero no soltó su mano durante todo el tiempo que duró el resto del viaje y, cuando llegaron a su destino, la ayudó a bajar sosteniendo sus dedos con firmeza entre los suyos sin que pareciera importarle la impresión que podrían dar con ese gesto tan íntimo. Como Victoria advirtió, una leve llovizna había empezado a caer y no se toparon con nadie en la calzada mientras recorrían el breve camino que conducía a la casa de la señora Harrison.

Una vez allí, de pie ante la puerta de roble que estaba segura de que se abriría en cualquier momento cuando la doncella encargada se diera cuenta de su llegada, Victoria buscó el rostro de Adam entre las sombras y sostuvo su mirada con un gesto en el que pretendió decir todo aquello que no se atrevía a poner en palabras. Él pareció determinado a hacer otro tanto y, antes de soltarla al oír los pasos que se apresuraban a la puerta, se llevó su mano a los labios y la besó con un ardor tal que le temblaron las rodillas.

Fue una suerte para ella que la doncella llegara en ese preciso momento y, tras saludarles con una reverencia, los conminara a entrar para guarecerse de la lluvia. Adam rehusó su invitación y regresó el carruaje, pero Victoria no pudo moverse del umbral de la puerta hasta que lo vio subir al vehículo y perderse por el sendero encharcado. Apenas reparó en ello entonces, pero luego, al subir a su habitación con la excusa de cambiarse la ropa humedecida, advirtió que su corazón parecía estar a punto de estallar y tuvo que sentarse sobre su cama con una mano sobre él hasta que recuperó el ritmo habitual.

Era eso lo que Adam ocasionaba en ella; le bastaba con tocarla, con mirarla de la forma en que solo él podía hacerlo, para sumirla en ese estado. Cómo había podido dudar alguna vez de lo que sentía por él. Cómo no amarle con toda su alma.

Tal vez él no lo supiera nunca, e incluso si lo hiciera ello no conseguiría hacer que la perdonara por todo el sufrimiento que le había causado, pero era una verdad. Era *su* verdad. Y pese al tormento que significaba para ella, el reconocer sus sentimientos le procuró una tranquilidad que no sentía hacía mucho tiempo.

Victoria no volvió a ver a Adam hasta la tarde siguiente y su entrevista fue breve, apenas intercambiaron unas palabras para ultimar los detalles del viaje que los esperaba muy temprano a la mañana del día siguiente. La señora Harrison había protestado con ardor acerca de que apenas había podido disfrutar de la presencia de su invitada durante su estadía, de modo que no le quedó más alternativa que consentir en pasar buena parte del día a su lado y apenas recibir a Adam por unos minutos en la tarde. En honor a la verdad, la señora Harrison lo invitó a acompañarlas al menos durante la cena, pero él se rehusó con una excusa que resultó convincente para la dama,

pero no ocurrió lo mismo con Victoria. Sin embargo, no supo entonces si su negativa se debió a que no deseaba pasar más tiempo a su lado o, como le ocurría a ella, a que habría preferido que pudieran encontrarse a solas. De cualquier forma, no se atrevió a insistir por temor a hacer demasiado evidente su anhelo y no le quedó más alternativa que esperar al día siguiente para verlo una vez más.

Tal y como acordaron, él se presentó muy temprano en la mañana y Victoria lo esperaba con el equipaje listo y la buena Agatha alerta para subsanar cualquier descuido. Igual que hicieron en el viaje de ida, la doncella viajó con el resto de criados y los baúles en otro carruaje en tanto ellos ocupaban uno muy cómodo que los llevaría hasta la estación.

Aunque Victoria estaba ansiosa por iniciar una charla, no hubo forma de hilar algún tema frente al mutismo de Adam durante todo lo que llevó el camino hasta tomar el tren. Por alguna razón, él se mostró más taciturno de lo habitual y apenas le dirigió unas cuantas miradas tan discretas como las suyas; desde luego, se ocupó de que no sufriera una sola incomodidad durante todo el viaje, pero a Victoria le dolió lo que tomó como la continuación de una actitud que creía ya desterrada entre ambos. Su indiferencia la lastimaba, en especial porque no sabía a qué achacarla. ¿No habían acaso disfrutado de unos días maravillosos durante su estadía en Londres? ¿Fue todo tan solo un espejismo o una muestra de la misericordia de Adam al aceptar su pedido? Una compasión que acababa de agotarse, al parecer, se dijo ella con amargura al abandonar cualquier intento de entablar una conversación, harta de obtener tan solo monosílabos a sus comentarios hechos en un falso tono despreocupado.

En ese ambiente, para cuando llegaron a la estación ella se encontraba ansiosa por ocupar su vagón, enterrar la nariz en un libro y hacer como si Adam no existiera. En realidad, la idea era absurda; su presencia era un recordatorio constante de lo tonto que resultaba pensar algo como aquello, pero aun así se dijo que cuando menos debía intentarlo o el largo viaje en tren sería una tortura.

Tan pronto como llegaron al vagón que Adam reservara, sin embargo, en tanto ella ocupaba el asiento pegado a la ventanilla, él la sorprendió al optar por sentarse en el que se encontraba a su lado ignorando el de enfrente, contrario a lo que hizo en el viaje anterior. La calidez de su cuerpo y el tenue y familiar aroma que desprendía la aturdieron incluso antes de que se diera cuenta de lo que hacía y apenas atinó a mirarlo de reojo antes de volver su atención al libro que había sacado al azar de la pequeña maleta que Agatha le dejó a la mano. Solo entonces reparó en que, una vez más, su subconsciente la había traicionado. En sus prisas por fingir una indiferencia que estaba lejos de sentir había sacado el libro de poemas que Adam le obsequió y del que le costaba tanto desprenderse. Ahora él lo vería nuevamente, sin duda, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo sin ponerse aún más en evidencia, de modo que exhaló un suspiro apesadumbrado y procuró concentrarse en su contenido.

Apenas acababa de pasar del primer poema, lejos de conseguir disfrutar de las palabras que danzaban frente a sus ojos, cuando la voz de Adam resonó en sus oídos provocando que diera un pequeño brinco en el asiento debido al sobresalto.

—Lo vi en el escaparate de una librería cerca de Green Park. Tenía pensado mostrártela durante estos días, pero temo que nos ha faltado tiempo para ello —él habló con naturalidad e incluso sonrió de lado al notar su desconcierto, por lo que señaló el libro con una cabezada antes de continuar—. Me refiero al libro.

Victoria se vio asintiendo como una tonta, sin saber muy bien cómo había empezado esa suerte de conversación.

—En cuanto lo vi supe que debía comprarlo para ti; recordaba bien lo mucho que te gustaba Keats en aquel tiempo y me dije que sería un buen regalo de cumpleaños —continuó él en un tono similar y sin dejar de observarla—. Me alegra que lo conserves.

Al fin, Victoria pareció encontrar la voz para responderle y cuando lo hizo le costó creer que fuera capaz de hilvanar palabras que tuvieran algún sentido.

—No podría ser de otra forma —dijo ella, carraspeando suavemente al notar la aspereza en su voz que surgió más normal al continuar—: Aún me gusta Keats; quizá incluso más que entonces. Pero sobre todo lo conservo porque me lo diste tú. Ha sido lo único tuyo que me ha acompañado durante todo este tiempo.

Un pesado silencio recayó entre ambos ante su confesión y ella se preguntó si no habría ido demasiado lejos. Adam, sin embargo, tan solo cabeceó al oírla e hizo un amago como si pretendiera tocarla. Al final no lo hizo, pero mantuvo la cercanía de su cuerpo y la observó sin variar su misteriosa sonrisa.

—¿Recuerdas que solías leer para mí en el claro? —preguntó él al cabo de un momento como sumido en sus recuerdos.

Ella asintió y esbozó una mueca divertida.

—Claro que sí. —Victoria entrecerró los ojos—. Y tú a veces te dormías debido al aburrimiento.

—Nunca lo hice, no de verdad; pero era divertido hacerte enojar —reconoció él entonces—. Leías con tanta seriedad, parecía tan importante para ti, que jamás me habría atrevido a hacer nada que no fuera prestarte atención. Recuerdo un poema en particular, era mi favorito...

Victoria lo recordaba también; lo tenía claro y fresco en su mente, pero no se atrevió a decirlo. Fue Adam, en cambio, quien lo hizo recitando las palabras con su grave y clara voz, que de pronto pareció resonar en el pequeño compartimento transportándolos a un mundo distante y a la vez tan próximo, tan cargado de recuerdos, que sintió un aguijonazo en el pecho y unas acuciantes ganas de llorar.

¡Ten compasión, piedad, amor! ¡Amor, piedad!

Piadoso amor que no nos hace sufrir sin fin,  
amor de un solo pensamiento, que no divagas,  
que eres puro, sin máscaras, sin una mancha...

Adam calló de golpe y desvió la mirada. Victoria se vio entonces echando el cuerpo hacia un lado, buscando su cercanía al tiempo que extendía una mano para posarla sobre su antebrazo en un gesto inconsciente.

—...Permíteme tenerte entero... ¡Sé todo, todo mío! —concluyó ella a media voz.

Adam cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el respaldo en un gesto mitad desespero y mitad anhelo que a Victoria terminó por quebrarle el corazón; pero no pudo hacer nada que no fuera guardar silencio. Una vez más, fue él quien pasados unos minutos volvió a hablar, esta vez con una entonación reflexiva, como si llevara mucho tiempo pensando en aquello que deseaba decir.

—Siempre creí que ese poema era apropiado para nosotros. Para lo que sentía por ti —dijo él tras suspirar pesadamente—. Luego comprendí que estaba equivocado.

Victoria suspiró también y dejó caer su mano a un lado al tiempo que ladeaba el rostro para

desviar la mirada y apoyar la mejilla sobre el cristal de la ventana.

—No lo estabas —musitó ella en voz casi inaudible.

Si Adam la oyó o no, no lo supo entonces porque él no dijo nada. Ninguno lo hizo durante el resto del viaje en tren; ni siquiera cuando uno de los criados que viajaban con ellos se acercó para ofrecerles un refrigerio. Ambos se negaron, apenas despegando los labios para agradecer la oferta y sumirse nuevamente en ese mutismo compartido.

Por extraño que pudiera parecer, sin embargo, Victoria no encontró en absoluto hostil ese silencio. De alguna forma, fue como si ambos se hubieran puesto de acuerdo en que no había necesidad de palabras entre ellos; que podían ser capaces de compartir ese espacio a solas sintiéndose cómodos el uno con el otro pese a que existían aún muchas cosas que necesitaban decirse. Pero ese no era el momento. Si llegaría este tarde o temprano, ella no se atrevió a suponerlo; le temía tanto a ello como a la posibilidad de dejar morir dentro de sí todo lo que deseaba confesar.

Cuando arribaron a la estación para abordar el carruaje que esperaba por ellos para hacer el último tramo del viaje, era ya muy avanzado el día y el viento los golpeó como un remolino al hacer el transbordo. Adam la sostuvo del brazo hasta que se encontraron a buen resguardo en el vehículo y se ocupó de que estuviera bien cubierta por las mantas que la doncella dejó bajo el asiento para el caso de que se presentara una eventualidad como aquella. Victoria se arrebujó lo mejor que pudo en su abrigo, se caló el sombrero hasta las cejas, y miró por la ventanilla sintiendo un ramalazo de agradable consuelo al encontrarse una vez más con esos paisajes que le eran tan familiares.

Le costaba creer que alguna vez hubiera sentido la necesidad de abandonar todo aquello; tenía más que nunca la certeza de que ese era el único lugar en el mundo al que podría llamar alguna vez su hogar. Al observar con discreción al hombre sentado frente a ella que miraba hacia el exterior con el mismo ademán concentrado, se dijo además que era su presencia precisamente lo que fortalecía esa impresión. Hubiera podido encontrarse en cualquier otro rincón del universo y mientras él se hallara a su lado ella se sentiría a gusto. Donde debía estar.

Entrecerró los ojos y apoyó una de sus manos enguantadas en el cristal, pero no logró concentrarse del todo en lo que veía; cada tanto daba rápidas miradas a Adam para ver lo que hacía; pero él apenas parecía interesado en nada que no fuera mantenerse en ese obstinado silencio que empezaba a desesperarla. Si hasta entonces le había parecido que la falta de palabras no les afectaba en absoluto, ahora, con lo cerca que se encontraban de llegar a su destino, le habría gustado poder decirle algo o que al menos él lo hiciera. Cualquier cosa que reafirmara la sensación de aquel no había sido un viaje en vano para ambos. Que más allá del triunfo conseguido en lo que se refería al taller, había servido también para que ambos dejaran atrás al menos parte de sus reservas y recelos. Si habían sido capaces de actuar con naturalidad y de hablar del pasado durante los días transcurridos en Londres, ¿por qué no podían hacerlo ahora también? ¿Acaso el regresar a casa borraba de un plumazo todo lo anterior?

Victoria se vio obligada a abandonar sus reflexiones en cuanto el carruaje dio un traqueteo debido a los esfuerzos del cochero para avanzar pese a la niebla que había empezado a inundarlo todo. Los caballos relincharon al subir una hondonada con la carga a cuestas y tuvo que sujetarse de la banda de cuero adosada al asiento para no darse de bruces contra Adam, pero él fue un poco más rápido porque apenas acababa de pegar un leve quejido debido al sobresalto y ya la tenía

sujeta por el codo con firmeza. Sus miradas se encontraron entonces y Victoria se vio entreabriendo los labios debido al anhelo que la asaltó; anhelo por tocarlo, por rozar la línea de su barbilla y posar la yema de los dedos sobre su boca; delinear sus ojos y borrar cualquier rastro de dolor de su mirada. Apenas consiguió controlar el impulso de hacer nada de lo que le cruzó por la cabeza; en lugar de ello tuvo que echarse hacia atrás para poner cierta distancia entre ambos luego de musitar un agradecimiento forzado y dio un suspiro de alivio y decepción cuando Adam cabeceó con brusquedad y volvió a su lugar.

Pese a las inclemencias del clima, no tardaron demasiado en llegar a las afueras del poblado y Adam dio la orden al cochero de que se dirigieran a la vicaría en primer lugar para que Victoria pudiera ponerse a resguardo antes de ir a Blackmore Park. Fue eso lo que acordaron antes de empezar el viaje de regreso y le alegró que él lo recordara porque no le tentaba la idea de ir a la mansión en ese momento; en realidad, se sentía deseosa de ver nuevamente a su padre y pasar un momento a solas. Tenía tanto en lo que pensar que sentía que su cabeza corría el riesgo de estallar.

Los contornos del edificio se presentaron rápidamente entre ellos una vez que dejaron atrás el boscoso camino que conducía al claro y más allá a Blackmore Park. Apenas se veía algo a lo lejos y el carruaje tuvo que disminuir aún más la velocidad según avanzaban; debía de hacer un frío glacial en las afueras, de allí el humo de la chimenea que se distinguía a lo lejos surgiendo de lo alto de la casa, pero el interior del vehículo era bastante cálido. Victoria se ajustó los guantes, lista para dejar el carruaje tan pronto como este se detuviera, pero Adam la sorprendió al apoyar una mano sobre la suya antes de que hiciera amago de posarla sobre la manija de la portezuela y Victoria elevó el rostro hacia él, sobresaltada por su reacción al sentir su toque.

—Victoria...

La voz de Adam brotó de sus labios como un lamento arrancado desde lo más hondo de su pecho y ella tan solo atinó a mirarlo con los ojos muy abiertos en un gesto de desconcierto.

—Sé que no he sido el compañero más agradable estos días, pero quería decirte que he disfrutado de cada instante de ellos —él continuó frente a su estupor casi atropellándose con las palabras, como si necesitara decirlas o se atragantaría con ellas—. Por un momento fue...

—Como si nada hubiera pasado —completó ella una vez que consiguió encontrar la voz para hacerlo—. Pero la verdad es que no es así, ¿verdad? Lo sabes tan bien como yo. Han ocurrido demasiadas cosas entre ambos, hay tanto que deberíamos decirnos pero ninguno de nosotros se atreve a hacerlo.

Adam asintió.

—Lo sé —acordó él, apretando su mano en un gesto casi doloroso—. Pero tenemos...

Calló antes de terminar y Victoria vio un pesar tan profundo en su rostro, el mismo temor que debía de irradiar también ella, que ya no fue capaz de contenerse por más tiempo y apoyó la mano libre sobre su mejilla acunando su rostro en un gesto cargado de ternura.

—¡Oh, Adam! ¡Cuánto caos he traído siempre a tu vida! No soy más que una fuente de dolor para ti —musitó ella.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro y tomó esa mano también para llevársela a los labios. Victoria percibió el calor de su aliento incluso a través de la tela de sus guantes y apoyó los dedos sobre la suave piel.

—Hace mucho decidí que valías cualquier caos que pudieras traer a mi vida, Victoria; cualquier dolor es tolerable frente a la posibilidad de no verte más. No sabes la agonía...

Adam calló bruscamente y ambos tardaron un momento en comprender lo que había ocasionado ese nuevo silencio hasta que un golpeteo proveniente del exterior los obligó a volver a la realidad. Apenas se veía lo que ocurría fuera, pero el sonido de la lluvia que acababa de empezar a caer sumada a la niebla confería al lugar de un aire casi fantasmagórico, como proveniente de un mal sueño. El sonido se repitió y se separaron; Adam, aún algo confuso por la interrupción, desvió la mirada de su rostro y frunció el ceño a la vez que abría la portezuela para descubrir de qué se trataba.

Una figura cubierta por un grueso abrigo y portando un enorme paraguas sobre ella asomó en el interior del carruaje y por un instante Victoria se preguntó si no se trataría de su padre que salía a recibirlos porque el gesto fue demasiado familiar para achacárselo a un criado, pero le bastó con mirar con mayor atención para reconocer de quién se trataba y, cuando lo hizo, un jadeo de sorpresa escapó de sus labios.

No podía ser...

Henri la miraba desde su altura con una mano extendida ante ella y una gran sonrisa en los labios; pero Victoria tardó todo un minuto en reaccionar. Tuvo que parpadear varias veces para hacerlo, como si se encontrara en medio de un sueño o, por lo que sintió al ser del todo consciente de lo que ocurría y de las consecuencias que podría traer su presencia a su vida, de una pesadilla. Al fin, aún consternada, dirigió una mirada a Adam, pero verlo fue como encontrarse ante una estatua, una figura de semblante imperturbable y mirada helada que apenas le prestó atención, y mucho menos al hombre ante ellos que parecía correr el riesgo de ser llevado por el viento en su intento de mantener la portezuela abierta.

Victoria abrió la boca un par de veces, pero la cerró ante su imposibilidad de hilar una sola frase decente. En lugar de ello, tras ver una vez más a Adam y encontrarse nuevamente con sus ojos carentes de emoción, exhaló un hondo suspiro y tomó la mano que Henri le tendía para dejar el carruaje con cuidado de no empaparse más de lo necesario; un gesto innecesario. Apenas acababa de dar un paso sobre tierra firme y sintió los bajos de su vestido empapado.

—Querida, sostente bien de mi brazo —la voz de Henri le pareció muy lejana pese a que habló casi sobre su oído mientras la sujetaba con la mano que no llevaba el paraguas—. Qué reencuentro tan poco romántico el nuestro; te aseguro que no fue así como lo planeé. ¿Pero qué se puede hacer contra el clima inglés? Ven, tienes que entrar; tu padre se encuentra muy intranquilo.

Las palabras de Henri, aunque perfectamente claras y audibles pese al ventarrón sobre ellos, se le antojaron como surgidas en un idioma extraño y tuvo que concentrarse para comprenderlo. No dijo nada, sin embargo, sino que miró sobre su hombro para atisbar en dirección a la casa, donde advirtió una figura pegada a la ventana que daba al salón. Su padre los observaba haciendo grandes aspavientos para apurarlos a entrar.

Henri advirtió su movimiento y asintió al tiempo que procuraba tirar de ella.

—Vamos, Victoria, no podemos quedarnos aquí, te enfermarás —insistió él.

—Pero...

Henri no prestó atención a sus reparos sino que pareció como si apenas entonces cayera en la cuenta de que ella no había llegado sola y miró en dirección al carruaje desde donde Adam los observaba con gesto grave con la misma curiosidad que habría mostrado frente a una obra de teatro particularmente aburrida; pero a Victoria le bastó con mirarlo un segundo para desterrar esa falsa imagen de indiferencia. Él sabía quién era Henri pese a que en su apuro ni siquiera se

molestó en presentarse. Y se encontraba furioso. Aún peor, comprendió al encontrarse un instante con sus ojos ardientes debido a la rabia y la decepción: se sentía traicionado.

Victoria hubiera deseado decirle que se encontraba tan sorprendida como él, que no tenía idea de que algo como aquello fuera a ocurrir, pero Henri, que pareció indiferente al intercambio de miradas, la sostuvo contra él en un ademán protector y se dirigió a Adam con su voz bien modulada en un tono gentil aun cuando debiera casi gritar para hacerse oír.

—Señor Talbot, supongo —dijo él—. Lamento que no podamos presentarnos de forma correcta, pero temo que las circunstancias se nos han ido de las manos. Soy Henri Pascal. Gracias por cuidar de Victoria; ya el señor Sterling me ha puesto en antecedentes de los motivos de su viaje; me tranquiliza saber que ha estado usted con ella para evitar que se meta en problemas. Mi prometida es una dama de lo más audaz, pero a veces no mide los riesgos...

Henri exhibió una brillante sonrisa y dirigió una mirada indulgente a Victoria como si esperara que ella le celebrara la broma, pero se encontró con su gesto enojado; al mirar a Adam, además, advirtió que él tampoco pareció encontrarlo muy divertido, por lo que miró de uno a otro con gesto indeciso antes de dar un nuevo vistazo en dirección a la casa al tiempo que ahogaba un escalofrío.

—¡Qué clima espantoso! —rumió entre dientes antes de dirigirse nuevamente a Adam—. Estaré encantado de saludarlo como corresponde una vez que nos pongamos a buen resguardo, señor; ¿por qué no pasa un momento para que usted y Victoria nos pongan en antecedentes de sus gestiones? Tenemos un agradable fuego allí dentro y podemos arreglar que le sirvan un refrigerio antes de dirigirse a su casa; al señor Sterling le gustará saludarlo.

Victoria contuvo un gesto de desagrado al reparar en la forma en que Henri habló; no solo como si tuviera poder sobre ella sino también como si poseyera incluso más influencia que Adam en su círculo familiar. Tal vez él pensara que así era, pero eso a ella le sentó de una forma terrible. ¿Por qué actuaba Henri de una forma tan irracional después de las cartas que le envió? Decir algo al respecto en ese momento, sin embargo, habría estado mal en tantos sentidos que no se le ocurrió abrir la boca para enfrentarlo ante Adam; no solo lo hubiera humillado sino que también corría el riesgo de poner sus verdaderos sentimientos en evidencia.

—Gracias, pero debo ponerme en camino ahora; quiero ver a mis hijos y asegurarme de que se encuentran bien. No les gustan las tormentas. Veré que el carruaje con el equipaje se quede hasta que el clima mejore. Dele mis saludos al señor Sterling y dígame que pasaré a hablar con él luego.

A diferencia de Henri, Adam no tuvo necesidad de gritar para hacerse escuchar; su voz grave y enérgica resonó entre ellos incluso con mayor poder que uno de los truenos que empezó a oírse a los lejos. Victoria estuvo tentada a insistir y pedirle que se quedara porque le pareció que volver a Blackmore Park en esas circunstancias era un riesgo innecesario, pero le bastó con encontrarse con su mirada para saber que él no apreciaría el gesto.

Henri, sin embargo, pareció satisfecho con su respuesta pese a que Victoria advirtió que hizo un esfuerzo por parecer decepcionado ante la negativa. De inmediato, asintió en señal de despedida y tomó su brazo con mayor firmeza, redoblando sus esfuerzos para que fuera con él. Tras dar una última mirada tras su hombro en dirección al carruaje, advirtió que Adam cerraba la portezuela con un golpe seco y, luego de dar una cabezada hacia ellos en señal de despedida, daba un golpe al techo del vehículo para que este se pusiera en marcha. Ella no encontró las fuerzas



para mantenerse allí entonces, no mientras veía cómo él se alejaba sin dar una sola mirada atrás. Tan solo de pensar en lo que debía de pensar...

—Victoria, ten cuidado por dónde caminas, querida; vas a tropezar.

Solo al oír la voz de Henri comprendió que avanzaba dando tumbos sin prestar atención al camino enlodado frente a ella y agradeció que la lluvia que caía sobre su rostro se confundiera con las lágrimas que había empezado a derramar. Una vez dentro de la casa, se fundió en un largo abrazo con su padre, quien se apresuró a escarbar en su mirada como si sospechara lo que podría estar sintiendo, pero él no dijo una sola palabra en presencia de Adam y Victoria agradeció aquello tanto como el hecho de que empezara a parlotear para llenar el silencio que ella no sabía cómo romper. Solo deseaba quitarse la ropa mojada y tomar un baño caliente para quitarse parte del dolor que parecía haberse adueñado de su cuerpo. Se sentía sumida en un letargo extraño; como si acabara de despertar de un largo sueño que solo la hubiera dejado más exhausta de lo que se sentía antes de ponerse a dormir.

Henri, ajeno a sus pensamientos y en absoluto tan perceptivo como su padre, pareció agradecido con la charla y empezó a hablar acerca de su viaje y de cuán sorprendido se hallaba de que el clima fuera aún más álgido de lo que esperaba. De no ser por el señor Sterling, dijo, su estadía habría resultado incluso más tenebrosa. Y eso que apenas llevaba tres días allí, como expresó con una risotada al intentar graficar la que consideraba una gran muestra de amor. Después de todo, ¿no había sido para Victoria una deliciosa sorpresa hallarlo esperando a por ella cuando lo suponía al otro lado del océano?

Él hubiera continuado charlando de no ser porque el señor Sterling alzó la voz para insistir en que Victoria debía descansar y ella estuvo a punto de echarse a llorar de alivio al oírlo. Sin mirar directamente ni a uno ni a otro, balbuceó una despedida y se apresuró a dirigirse a su habitación. Solo una vez que se encontró dentro, con la puerta firmemente cerrada ante ella, se permitió dejar salir parte de su confusión al llevarse ambas manos a las mejillas y sacudir la cabeza de un lado a otro.

Necesitaba ver a Adam. Y pronto, se dijo tan pronto como logró salir de su estupor y quitarse la ropa mojada para abrigarse con una manta que encontró al pie de la chimenea y cuyo calor la ayudó a recuperar el buen sentido.

Al tiempo que miraba a través del cristal de la ventana para buscar entre las sombras en el exterior la figura de Blackmore Park, decidió, sin embargo, que primero ella y Henri debían sostener una importante conversación.

Victoria nunca podría estar lo bastante agradecida a su padre por sus constantes pruebas de apoyo y discreción. Tan pronto como ella se presentó de regreso en el salón, renunciando con ello al descanso que el señor Sterling había sugerido, el caballero se las arregló para mantener una conversación insustancial con Henri en tanto compartían un refrigerio que la cocinera había preparado para ellos y Victoria recuperaba fuerzas descansando cerca de la chimenea encendida sumida en un silencio ominoso.

Así se enteró de que la llegada de Henri también había sido una sorpresa para él y que no le quedó más alternativa que recibir a ese desconocido del que solo sabía algunas cosas gracias a su hija cuando se presentó ante la puerta de su casa para anunciar que llegaba para dar una sorpresa a su prometida. Aunque el señor Sterling tenía claro el estado de sus relaciones, o la ausencia de ellas, como Victoria se había encargado de informarle, no se le ocurrió hacer nada que no fuera

darle la bienvenida y ofrecerle su hospitalidad. Desde entonces, había pasado los últimos tres días haciéndole compañía y, aunque su padre no lo mencionó, Victoria supo sin asomo de dudas por la inflexión en su voz y la gravedad de su mirada, que no había quedado precisamente impresionado por su carácter.

Ella, desde luego, no podía culparlo. Su padre era un hombre de carácter demasiado reservado y profundo para encontrarse del todo a gusto con alguien de personalidad tan exuberante y seguro de sí mismo como Henri. Pese a ello, agradecía que él hiciera tamaño esfuerzo porque su huésped se sintiera a gusto en lo que esperaban su regreso y que se cuidara de hacer evidente su incomodidad. En realidad, supo ella tan solo con ver a ambos hombres charlando acerca de todo tipo de trivialidades, era una suerte que su padre fuera una persona tan considerada porque de no ser por él dudaba de que ella fuera capaz de contener la furia que latía en su interior. Solo el oírlos hablar consiguió calmar sus nervios y según iba menguando la lluvia advirtió que sus manos dejaban de temblar, su respiración cobraba mayor normalidad y no se sentía ya tan tentada a dar de gritos para expresar su frustración.

Sin embargo, tan pronto como el aguacero cesó con la misma brusquedad con que había empezado y solo quedaron los rastros del desastre a su paso, el señor Sterling le dirigió una discreta y calculadora mirada y se excusó diciendo que le parecía un buen momento para retomar sus labores, lo que les daría la intimidad que sin duda debían de necesitar para charlar. Después de todo, anunció luego de dar a su hija un suave apretón en el hombro antes de marcharse, sin duda había mucho acerca de lo que estarían ansiosos por hablar.

Una vez que se quedaron a solas, Victoria aspiró un par de veces antes de dirigirse a Henri, quien había abandonado la estudiada pose de despreocupación adoptada en compañía de su padre. No se acercó a ella, sin embargo, ni Victoria abandonó su agradable refugio al lado de la chimenea.

—Henri, ¿qué es lo que estás haciendo aquí?

La pregunta de Victoria surgió en un tono mucho más calmado de lo que esperó; en realidad, le sorprendió el matiz mezcla de impotencia y tristeza que captó en él. No había reparado aún en que esas fueran las emociones que más la dominaban.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —inquirió Henri a su vez tan pronto como consideró sus palabras—. Estoy aquí por ti, desde luego, para estar a tu lado. No puedes imaginar cuánto te he echado de menos.

—Pero... —Victoria hizo un gesto de desespero que consiguió disimular a duras penas al continuar—. Henri, te has presentado aquí como mi prometido cuando sabes que eso no es verdad. ¿Cómo has podido sostener semejante mentira frente a mi padre?

—No es una mentira. No de mi parte —replicó él en tono ofendido—. Me considero tu prometido.

—¡Pero no lo eres! Te lo expliqué en mi carta.

—Y yo respondí que no estaba de acuerdo...

—Pero eso no es algo que simplemente pudieras decidir sin considerar lo que yo deseo —lo interrumpió Victoria sintiendo su enojo renacer—. Te escribí nuevamente luego de tu negativa y lo único que hiciste fue ignorarme. Tengo todo el derecho a asumir que nuestro compromiso está roto; mi padre lo piensa...

Fue el turno de Henri para interrumpirla y lo hizo en un tonillo levemente sarcástico luego de

dirigirle una ácida mirada.

—Y supongo que el señor Talbot lo cree también, ¿cierto? —dijo él, continuando sin esperar una respuesta—. Eso explicaría que cometiera la imprudencia de hacer un viaje contigo sin pensar en lo que su comportamiento podría ocasionar. Quiero creer que de saber que te encuentras prometida conmigo hubiera mostrado un mayor respeto.

Victoria, que había dirigido la mirada al fuego para calmarse, giró bruscamente el rostro para mirarlo a los ojos con expresión furiosa.

—No estamos prometidos —repitió ella entre dientes—. Y no veo la necesidad de mencionar a Adam.

Henri golpeó el suelo con el tacón de su bota en un gesto que le recordó a los que acostumbraba a hacer Nicholas cuando se encontraba enojado.

—No estoy de acuerdo. Creo que es importante que se le mencione ya que has cometido una falta de lo más reprochable al actuar de la forma en que lo has hecho al viajar a solas con él —dijo él sin reparar en que su tono ascendía lo mismo que su enfado—. Me he sentido un tonto al tener que recibirlos como si nada ocurriera.

—No tienes ningún derecho...

—¡Tengo todo el derecho! —la interrumpió una vez más él pasando la palma de su mano sobre su rostro en un ademán desesperado—. Victoria, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué has cambiado de opinión de esta forma? Estábamos muy felices antes de que decidieras venir aquí.

Victoria exhaló un suspiro, compadeciéndose de él. ¿Qué culpa tenía Henri de lo que ocurría en su corazón? ¿Cómo podía él siquiera empezar a imaginar el remolino de emociones en que había vivido durante tanto tiempo? Ella nunca le habló de sus sentimientos por Adam o de los verdaderos motivos que la obligaron a abandonar Inglaterra. De saberlo, sin duda, su reacción hubiese sido muy distinta. Por ello, procuró ser más justa y se puso de pie como si el moverse le significara un gran esfuerzo; pero se acercó a él cuidando de mantener cierta distancia sin que ello impidiera que Henri fuera capaz de mirarla a los ojos y comprender la verdad en sus palabras.

—Nunca fuimos felices, y lo sabes tan bien como yo. Tú no me amas, Henri, de la misma forma que tampoco yo lo hago —dijo ella en tono amable, pero inflexible—. Siempre tuve dudas y si consentí en aceptar el compromiso fue por la insistencia de mi tía y la esperanza de que hacía lo correcto al casarme contigo. Eres un buen hombre y cuando me hiciste la propuesta lo abordaste con tanta claridad... aseguraste entonces que no me amabas y que no te importaba si yo tampoco lo hacía; dijiste que lo único que deseabas era vivir una cómoda vida en común que fuera conveniente para ambos. Nunca debí aceptar. Fui tonta e irreflexiva y lamento si eso te ha causado algún dolor; pero no estoy dispuesta a unir mi destino al de un hombre al que no amo.

Henri permaneció en silencio durante tanto tiempo una vez que terminó de hablar, que Victoria creyó que no diría nada y estaba a punto de dar un paso más hacia él para llamar su atención y pedirle que dijera cualquier cosa cuando él le devolvió una mirada llameante de decepción y la señaló con un dedo en un ademán acusador.

—Esto jamás hubiera ocurrido de haber oído mis consejos; venir a este horrible lugar solo te ha confundido. Es eso lo que pasa —dijo él, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. No sabes lo que dices.

—Sé perfectamente lo que digo, Henri; y también lo que siento —negó ella con un suspiro—. La verdad es que siempre lo he sabido, pero fue más fácil ignorarlo y hacer lo que era más

sencillo para mí. Es lo que siempre he hecho, pero he decidido que eso tiene que cambiar. No quiero huir más y nada de lo que digas podría hacerme cambiar de opinión.

—¿Ni siquiera si te dijera que estás equivocada al pensar que no te amo? —preguntó él con un gesto que revelaba que ya sospechaba la respuesta.

Victoria esbozó una suave sonrisa y se encogió de hombros.

—Ni siquiera por eso —indicó ella con amabilidad—. Lo siento, Henri.

El hombre cabeceó y se llevó una mano al cabello revuelto antes de mirarla una vez más. Sonreía, pero no había rastro de alegría en el gesto, solo una amarga resignación.

—También yo lo siento; no puedes imaginar cuánto. Sabía que corría el riesgo de perderte si volvías a este lugar; fue por eso por lo que intenté convencerte de lo contrario, pero veo que hay cosas contra las que no vale la pena luchar.

Victoria asintió e hizo amago de tocar su brazo, pero Henri dio un paso hacia atrás e hizo un ademán con una de sus elegantes manos para dar a entender que un gesto como aquel no sería bien recibido en ese momento.

—Espero que sepas perdonar que no pueda desearte felicidad —dijo él con una entonación burlona dirigida más a sí mismo que a ella.

—Desde luego, pero yo sí deseo que seas feliz —replicó ella con un afecto sincero en la voz—. En cuanto a mí, es posible que no sea algo que se encuentre a mi alcance nunca más, así que no debes preocuparte por no poder albergar buenos deseos al respecto.

Henri mostró una sonrisa sesgada y se encogió de hombros.

—Yo no estaría tan convencido de encontrarme en tu lugar, querida —dijo él—. Uno nunca puede estar seguro de lo que le depara el destino.

Victoria no respondió. No porque no creyera en la honestidad de sus palabras, sino porque no le encontró sentido a volcar sus esperanzas y anhelos en él. Hubiera sido demasiado injusto de su parte. En lugar de ello, sonrió y asintió en un gesto vago para dar a entender que agradecía cualquier atisbo de compasión que pudiera mostrar hacia ella, pero eso fue todo. Tras vacilar un instante, indecisa acerca de qué hacer a continuación, optó por abandonar el salón y dejarlo a solas. Él no se lo pidió, pero supuso que en un momento como aquel la soledad sería lo único que le conferiría algún tipo de consuelo.

Al pasar por el corredor que conducía a sus habitaciones se detuvo un momento frente a la puerta del despacho de su padre y apoyó la sien contra la madera sin atreverse a tocar. Le hubiera gustado hablar con él y contarle lo ocurrido; sabía que se sentiría mucho mejor de poder apoyar la cabeza en su hombro y poner en palabras lo que le atormentaba, pero algo en su interior le dijo que era algo que tendría que enfrentar sola. Eran las consecuencias de sus actos, después de todo, y hubiera sido una necia de no haber aprendido aún que el ocultarse y llorar no solucionaba nada.

Cuando se encontró nuevamente en su dormitorio, sin embargo, no pudo evitar que algunas lágrimas amargas cayeran por su rostro al recordar la charla con Henri y pensar en cómo debía de sentirse él en ese momento, pero no pudo concentrarse en ello durante mucho tiempo; había algo más que penaba en su corazón, el más grande escollo que aún le quedaba por derribar. Y estaba convencida de que sería un obstáculo mucho más difícil que todos lo que había enfrentado hasta entonces. En realidad, era bastante probable que fracasara y se diera de bruces contra él; pero no tenía opción. Lo que hubiera de ocurrir, ocurriría, pero había sido sincera con Henri al decir que no pensaba huir más.

Adam tendría que oírle le gustara o no. Su reacción a ello, sin embargo... no podía imaginar cuál sería, pero lo descubriría pronto.

Victoria nunca se había sentido tan nerviosa como la mañana siguiente cuando se presentó en Blackmore Park para hablar con Adam, pero se dio con la sorpresa de que él no se encontraba allí sino que, como le informó Morris, había salido a supervisar los trabajos en el campo muy temprano. Un tanto decepcionada y, también, sintiendo un ápice de alivio traidor, se dirigió a ver a los niños y a saludar a Harriett, a quienes aún no había visto desde su llegada. Nicholas y Sophie la recibieron con tanto entusiasmo que se sintió culpable de no haber pensado más tiempo en ellos en las últimas horas; parecía como si sus cinco sentidos estuvieran puestos en la que sería su charla con Adam, pero le bastó con ver a los niños para olvidarse un momento de aquello. Les mostró los regalos que compró en Londres para ellos e incluso Harriett pareció tan animada de verla, que no puso objeciones cuando la invitó a unirse a ellos para jugar sobre la alfombra con un nuevo modelo de una locomotora en miniatura que no se pudo resistir a adquirir.

La niñera le lanzaba algunas miradas inquietas de cuando en cuando, sin embargo, según advirtió; lo que la llevó a la conclusión de que tal vez estuviera enterada de la sorpresiva llegada de Henri y lo que aquello significaba para sus ya de por sí difíciles relaciones con su señor. Por suerte, Harriett la sorprendió una vez más mostrándose bastante más discreta de lo habitual; a lo sumo comentó, como quien habla del clima, que esperaba que el señor Talbot regresara más temprano de lo que tenía por costumbre ya que según había oído tenía una reunión acordada con unos de sus arrendatarios. Ello le dio a Victoria la seguridad de que no tendría que esperar hasta el día siguiente para hablar con él y al pensar en ello no supo si sentirse feliz o aterrada.

No tuvo demasiado tiempo para pensar en ello, sin embargo, porque los niños reclamaron su atención y, antes de que fuera consciente de ello, las horas empezaron a transcurrir una tras otra y solo aceptaron tomarse un respiro cuando Victoria notó que estaban a punto de desfallecer debido al cansancio. Apenas consiguió hacerlos tomar un refrigerio antes de que cayeran rendidos y ella aprovechó esa momentánea libertad para dirigirse al piso inferior y comprobar si Adam ya habría regresado.

No vio a Morris en el vestíbulo, como tenía por costumbre, tan solo un lacayo y un par de doncellas daban vueltas por allí enfrascados en sus labores y apenas le dirigieron algunos gestos de saludo antes de volver con lo suyo. Tras vacilar un instante, encaminó sus pasos hacia el estudio de Adam, convencida de que, de haber llegado, sin duda se encontraría allí.

Estaba en lo cierto, comprobó al oír unas voces provenientes del interior de la estancia. La puerta estaba entornada, pero no se atrevió a tocar por temor a interrumpir la que bien podría ser una reunión importante. De modo que decidió dar un pequeño rodeo para dirigirse a la biblioteca, que se encontraba a solo unos metros de distancia, y esperar allí en tanto daba una mirada a algunos libros que deseaba leer. Era una acción desesperada de buscar cualquier cosa que le ayudara a sobrellevar su inquietud en tanto esperaba poder hablar con Adam, pero no se le ocurrió otra cosa por hacer y de cualquier forma, si los libros no le conferían un poco de paz en un momento como aquel, nada lo haría.

Tal y como esperaba, le bastó con entrar a la gran biblioteca y perderse entre las estanterías para sentir cómo el acelerado latido de su corazón empezaba a disminuir y el sudor en sus manos dejaba lugar a una serena impaciencia. Tomó un volumen particularmente bonito con muchas ilustraciones y lo llevó con ella a una butaca bajo la ventana, abriéndolo sobre sus rodillas una

vez que estuvo cómodamente sentada. No hubiera podido concentrarse en una lectura demasiado sesuda en un momento como aquel, de modo que se volcó a apreciar los hermosos dibujos y la sencilla historia que el libro tenía para ella. Casi sin darse cuenta, como le había ocurrido tantas veces antes, se vio arrastrada a un mundo mágico de cuento de hadas que solo se forzó a abandonar cuando oyó unas voces que resonaron cercanas en el corredor. La reunión de Adam debía de haber terminado, comprendió al tiempo que dejaba el libro sobre una mesilla y corría a la ventana para seguir el eco de las voces que se alejaban en dirección a la puerta principal.

Un grupo de tres o cuatro hombres, que reconoció como agricultores asiduos asistentes a la parroquia de su padre, se alejaban por el camino a las afueras de la propiedad en tanto el mayordomo les hacía algunas señas de despedida. No había rastro de Adam, y se preguntó si él no se habría quedado hablando con alguno de ellos en el vestíbulo o, aún peor, si no habría tomado su caballo para dirigirse en otra dirección.

Victoria estaba tan enfrascada en sus pensamientos que no advirtió el sonido de la puerta al abrirse tras ella hasta que esta se cerró con un golpe sordo que le provocó un sobresalto. Asustada, dio un leve brinco y giró con lentitud para encontrarse con Adam, quien se había aproximado al centro de la habitación y la observaba con el ceño fruncido. No pareció sorprendido por su presencia, sin embargo, como si hubiera esperado encontrarla allí.

Un pesado silencio recayó entre ambos antes de que Victoria consiguiera sacudirse de su estupor y encontrara el valor para dirigirse a él haciendo acopio de todo su orgullo y así no revelar cuán angustiada se sentía o lo mucho que hubiera deseado acercarse a él y alisar con sus manos las líneas que surcaban su rostro. Si hasta entonces había supuesto que él se encontraría enojado, eso no era nada comparado con el rencor y la ira que vio en cada uno de sus rasgos. El odio que creía que sentía por ella le pareció más latente que nunca y se hubiera echado a llorar de no ser porque no era a eso a lo que había ido allí.

—Adam, hay algo acerca de lo que quiero hablar contigo —dijo ella, enderezando los hombros—. Lo que ocurrió ayer...

—No te molestes, Victoria, tengo una idea bastante clara de lo que ocurrió ayer.

Victoria suspiró y se llevó una mano al cabello en un gesto de frustración; no era nada que no esperara oír, desde luego.

—No, no la tienes —insistió ella procurando mantener la serenidad—. Piensas que te he mentado.

—¿Y no lo has hecho?

—No.

—Me cuesta creerte.

La helada calma en la voz de Adam solo contribuyó a alterarla.

—Desde luego que no me crees —masculló ella cruzándose de brazos en un gesto enojado—. ¿Por qué ibas a hacerlo?

Victoria hizo la pregunta de forma retórica sin disimular un tono sarcástico en sus palabras, pero Adam pareció tomársela en serio porque la observó con una ceja arqueada y una sonrisa burlona en los labios que le hizo bullir la sangre.

—Cierto. ¿Por qué? —repitió él—. De cualquier forma, no debes pensar que te juzgo; entiendo que te puse en una situación muy difícil al pedirte que rompieras tu compromiso. Obviamente, fue demasiado para ti; tenías que mentirme y para ser honesto no puedo decir que

esté sorprendido.

Victoria apretó los dientes y elevó el mentón en un gesto reflejo.

—No te mentí, Adam; de no haber aceptado tu condición no habría dudado en decírtelo —negó ella—. Henri lo sabía, pero no estaba de acuerdo con mi decisión y fue por eso que decidió venir a hablar conmigo.

Aun cuando dudaba que la creyera del todo, fue evidente que Adam tuvo al menos la deferencia de considerar su respuesta. Lo supo por la mirada calculadora que le dirigió entonces, como si pretendiera ver en su interior; las manos de Victoria, asentadas con fuerza contra su pecho, se humedecieron debido al nerviosismo que le provocó la profundidad de su mirada y la expectación por el veredicto al que pudiera llegar. Necesitaba que la creyera. Por mucho que le doliera, podría vivir si continuaba odiándola o despreciando su mera existencia, pero no toleraba la idea de que la creyera capaz de mentirle con semejante impunidad.

Cuando le pareció que el silencio entre ambos se tornaba insoportable y estaba a punto de hablar para pedirle que dijera de una vez lo que fuera que pensaba, él asintió suavemente y se encogió de hombros en un ademán despreocupado.

—Estás diciendo la verdad.

La sentencia resonó entre ambos en un callado eco y Victoria no supo si debía sentirse aliviada por ello u ofendida de que él sonara casi sorprendido de haber llegado a esa conclusión.

—No tengo por qué mentir, Adam, y sin importar lo que piensas de mí, debes reconocer que nunca he sentido ninguna satisfacción al engañarte —dijo ella.

Del pecho de Adam brotó una risa ronca al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro y la contemplaba con expresión burlona.

—No, seguro que no. Siempre se te han dado mejor las mentiras por omisión o las huidas —replicó él sin compasión—. Cualquiera cosa que te evite el enfrentarte a la verdad.

—Adam...

—Mucho debe de amarte el señor Pascal, por otra parte, para hacer semejante viaje tan solo para persuadirte de que reconsideres tu decisión —continuó él sin hacer amago de disculparse por la seca interrupción; en cambio, la miró con tal fijeza que Victoria se sintió obligada a bajar la vista—. ¿Lo harás?

Ella negó de inmediato y ahogó un suspiro, convencida de la importancia de la respuesta, pero sin atreverse a revelar demasiado de los motivos de la misma. ¿Qué podía decirle? ¿Que jamás estuvo segura de ese compromiso porque nunca consiguió olvidarlo y que la idea de unir su vida a otro hombre luego de haberlo visto nuevamente le parecía una locura?

—Nosotros... yo no quiero cambiar nada —dijo Victoria en un tono tenso y resuelta a no mirarlo a los ojos—. Es lo mejor para ambos.

—Apuesto lo que sea a que él no se encuentra de acuerdo.

—Henri lo entenderá con el tiempo —replicó ella—. Quizá ahora no pueda verlo, pero luego...

Una risa burlona resonó entre ambos y se vio obligada a apretar los puños contra el pecho para no caer en la tentación de levantar la mirada y encontrarse con lo que supo sin duda que sería una expresión cargada de mofa y reproche.

—Siempre has subestimado lo que tu abandono puede hacer a un hombre —sentenció él con frialdad.

—No he abandonado a Henri.

—No de la forma en que lo hiciste conmigo, claro; la verdad es que has mostrado cierta consideración con él, eso es innegable. Pero el efecto es el mismo. Siento lástima por el pobre diablo.

—Nunca quise...

—Pero lo hiciste.

Adam la interrumpió una vez más y Victoria advirtió que daba un paso hacia ella. Había procurado mantener cierta distancia entre ambos, pero al parecer ahora sentía la necesidad de acercarse y buscar su mirada aun cuando ella se resistía aún a ello.

—¿Es que nunca podrás perdonarme?

La pregunta de Victoria surgió en un hilo de voz que incluso a ella le resultó difícil de descifrar; pero fue evidente que Adam pudo hacerlo sin dificultad porque se dirigió a ella tras dar otro paso que lo situó tan cerca que pudo sentir el vaho de su aliento agitado contra su frente. No había advertido hasta entonces lo enfadado que se sentía; se había esmerado tanto por forzar una indiferencia tan falsa como su propia tranquilidad que ahora ese leve cambio le pareció tan palpable que casi podía sentir la ira brotando de sus poros.

—¿Perdonarte? —repitió él, y su voz resonó como un disparo—. ¿Qué tengo que perdonar, Victoria? ¿Tu abandono? ¿Tus mentiras? ¿Tu egoísmo? Quizá me hiciste un favor, después de todo; tal vez me lo merecía por confiar en ti, por soñar con un imposible.

—No digas eso...

—Yo te amaba y tú me destrozaste.

Era la primera vez, desde que volvían a verse, que Adam ponía sus sentimientos en palabras con esa honestidad y Victoria sintió que un sollozo subía por su garganta al oírlo. Había tanto dolor en su voz, tanto rencor acumulado; una pregunta latente para la que no tenía respuesta, como si le costara aún comprender cómo habían llegado a ese punto, que tardó todo un minuto en encontrar algo que decir.

—No merecías esto.

Le costó reconocer su voz en esa callada respuesta que ni siquiera procesó en su mente antes de que escapara de sus labios y precisamente por ello resonó como lo más sincero y real que había dicho en mucho tiempo. La respiración de Adam, ya por sí agitada, se incrementó por el impacto que debieron de obrar esas palabras en él; a pesar de no mirarlo a los ojos, lo supo por la forma en que su pecho se elevó y descendió ante sus ojos como si hiciera un esfuerzo por contenerse.

—No sé qué merecía...

—Todo. Merecías todo —continuó ella sin atinar a detenerse y atropellándose con las palabras porque supo que si no lo decía entonces no sería capaz de hacerlo luego—. Merecías ser amado profunda e irrevocablemente. Yo pude amarte de esa forma; pero preferí marcharme porque creí que hacía lo mejor para todos. Estaba equivocada y no he dejado de arrepentirme durante cada segundo en que estuve lejos. ¿No es eso suficiente penitencia?

La pregunta de Victoria surgió desesperada, casi como una súplica y se vio a sí misma haciendo a un lado sus temores y levantando la mirada para buscar el rostro de Adam, que le pareció tan torturado como debía de verse el suyo.

—¿Penitencia? Deja que te hable de la mía. —Alterado, la señaló con un dedo como si solo



así fuera capaz de canalizar algo de la furia que lo dominaba—. Me prometí que te olvidaría, pero no ha pasado un solo día en el que no pensara en ti y en el que no sintiera crecer un amor que debería estar ya muerto. Te he esperado como un tonto cuando todo me decía que era ridículo porque jamás me pediste que lo hiciera.

—No lo hiciste.

Adam parpadeó y la observó como si no hubiera sido capaz de entender sus palabras.

—¿Qué? —preguntó él.

Victoria sabía que lo mejor hubiera sido que callara, que no tenía derecho a decir lo que pasaba por su mente, pero algo la poseyó y se vio elevando el mentón en un gesto cargado de reproche. Era irracional y tal vez la prueba absoluta del egoísmo del que Adam la acusaba, pero era también lo que la había torturado por años y supo que si no lo decía todo ese rencor carcomería su interior hasta dejar tan solo una carcasa hueca y arrasada por el dolor.

—No esperaste —dijo ella con voz quebrada; no lo notó, pero gruesas lágrimas habían empezado a caer por sus mejillas—. Te casaste con Emma.

Adam entreabrió los labios y los cerró de golpe al comprender la raíz de ese reproche. Si Victoria creía que lo había visto enojado entonces, le bastó con encontrarse con su mirada para saber que eso no tenía ni punto de comparación con lo que él sintió en ese momento.

—No te atrevas a recriminarme eso —dijo él mordiendo las palabras con tanta fuerza que bien hubiera podido quebrarse los dientes por la emoción que tanto le costaba contener—. Ni siquiera lo pienses.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro y apretó las manos a los lados sin ser del todo consciente de lo cerca que estaba de provocar un estallido que podría destrozarlos a ambos para siempre. Su propio enfado; su frustración y la furia que sentía en gran parte dirigida a sí misma por sus propias decisiones la golpearon con tanta fuerza que no hubo forma de contenerse.

—Sé que no debió de ser una decisión sencilla para ti, imagino cuán difícil pudo resultar, pero no puedes negar que nadie te obligó a casarte con ella —espetó ella sin disimular el dolor en sus palabras—. Decidiste casarte con ella, que fuera la madre de tus hijos, amarla...

No pudo continuar porque Adam emitió un rugido que la obligó a callar, sorprendida por ese sonido que le recordó al lamento de un animal herido y furioso; una impresión que se redobló cuando la tomó por los hombros y la acercó a él con tal brusquedad que su pecho agitado terminó apretado contra el suyo y se encontró mirando directamente a sus ojos que parecían arder.

—¡No sabes nada! Supones. Imaginas. Puedes hacerte a una idea... un montón de palabras que diría cualquiera para disculparse por aquello que no puede entender —Adam habló en un tono sorprendentemente bajo, pero el efecto de sus palabras, el odio que despedía cada una de ellas, le provocó la sensación de que gritaba frente a su rostro—. Porque la verdad, Victoria, es que tú simplemente huiste y dejaste todo atrás. ¿Sufriste? Quizá, pero eso fue todo. No estuviste aquí para ver todo lo que pasó. No tienes idea de lo que sentí cuando regresé a buscarte y me enteré de que te habías marchado; fue como... creí que me habían arrancado el corazón y después de todo este tiempo aún me duele cuando lo recuerdo.

Victoria sintió el latido de su corazón resonando contra el suyo, pero no fue capaz de decir una sola palabra; solo atinó a observarlo con los labios entreabiertos y expresión consternada. Adam continuó entonces como si, lo mismo que ella, llevara años reprimiendo toda esa sarta de reproches acumulada en lo más hondo de su pecho y al fin se viera capaz de expulsar esos

demonios.

—Tus padres te echaban de menos, incluso Harriett no hacía otra cosa que hablar de ti. Cuando regresé a Oxford creí que podría olvidarlo todo de la misma forma en que parecías haber decidido hacerlo tú; pero entonces supe de la enfermedad de Emma y no pude permanecer indiferente. Tal vez fuera a ti a quien amara, pero siempre sentí un gran aprecio por tu familia. Creí que podría ayudarlos de alguna forma; luego me enteré de que no había nada que pudiera hacer y decidí que al menos podría hacer más sencilla la vida de tu hermana. Cuando ella me dijo lo que quería me pareció una locura, pero parecía ser tan importante para ella... en esa época la idea de casarme me daba más bien igual, no era algo que creía que fuera a hacer de cualquier forma. Si podía darle algún ápice de felicidad entonces estaba bien. Fui un tonto.

—Adam...

Victoria musitó su nombre, pero él no pareció oírla. Sus ojos, que siempre le habían parecido capaces de reflejar tantas emociones, en ese momento le dieron la impresión de encontrarse vacíos y sin vida; habría dado con gusto la mitad de la suya por borrar esa expresión atormentada de su rostro.

—No pude hacerla feliz. Y lo intenté con todas mis fuerzas, pero ella quería mucho más de lo que podía darle. Esperaba que la amara, ¿puedes imaginar algo más absurdo? ¿Cómo podría amar a otra mujer que no fueras tú? No podía entender que ella no fuera capaz de verlo; para mí estaba tan claro... Eso la enfurecía y la llenaba de una frustración que no sabía cómo aliviar. Apenas podía tocarla...

—No quiero oír eso.

Victoria hizo amago de liberarse de su agarre y en un raptó de desesperación casi infantil cubrir sus oídos para no escuchar algo que no sabía si sería capaz de tolerar; pero Adam no se lo permitió. La sostuvo con firmeza, sacudiéndola suavemente para forzarla a sostener su mirada.

—Lo lamento, pero tú preguntaste y ahora tendrás que oírlo —continuó él con una inflexión amarga en su voz—. Estuve casado con tu hermana durante casi dos años y puedo contar con los dedos de una mano las veces que me acosté con ella. La noche de bodas fue un martirio para ambos y no volví a tocarla por meses porque estaba aterrorizada. ¡Me tenía miedo! ¿Puedes imaginarlo? Yo me sentía culpable y estúpido porque ni siquiera había sido capaz de fingir algo parecido al amor. Me casé con ella para hacer su vida más feliz y lo único que hice al final fue incrementar su miseria porque pronto comprendió que nunca podría amarla. Lo intenté de nuevo y las cosas parecieron ir mejor, pero fue solo una ilusión. La última vez...

Él calló de golpe como si el recuerdo fuera demasiado doloroso; su voz se quebró y pareció a punto de echarse a llorar de la misma forma en que ella lo estaba haciendo, pero fue evidente que estaba decidido a decirlo todo y no dejar una sola palabra durmiendo por más tiempo en su interior.

—Tus padres acababan de llegar para cenar con nosotros y comentaron que habían recibido una carta tuya. Hablaron de cuán feliz parecías ser, de que había un pretendiente al que posiblemente aceptarás pronto —Adam continuó en un tono seco y colmado de culpa—. No debió importarme, pero lo hizo, y Emma lo supo. Luego vino a mí diciendo que no podía creer que aún siguiera amándote pese a todo, que serías siempre un obstáculo entre ambos porque era incapaz de pensar en otra mujer que no fueras tú. Que era por eso por lo que nunca había podido amarla, hacerla sentir una mujer de verdad. Creo que estaba furiosa y yo lo estaba también. Me reclamó

que la amara, como si eso fuera algo que pudiera exigirse. No entraré en detalles, pero esa fue la última vez que la toqué. Nunca me sentí tan despreciable como aquella noche; pensando en ti a cada segundo mientras ella... Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que el amor que sentí siempre por ti empezaba a convertirse en odio. Eso me hizo añicos y pienso que más que tu abandono es eso lo que jamás podré perdonarte. Destrozaste el amor que sentía por ti, Victoria, ¿cómo podría olvidar eso?

La voz de Adam se fue apagando hasta que sus últimas palabras, dichas en un tono quedo, resonaron entre ellos y no fue sino hasta entonces, frente a ese silencio atronador, que Victoria cayó en la cuenta de que tenía los ojos fuertemente cerrados. No tenía idea de en qué momento lo hizo, solo que debió de ser en tanto lo escuchaba, absorta y horrorizada a partes iguales por esa explosión de emociones que solo pudo enfrentar con un gesto como aquel. Como si no ver su rostro lo hiciera menos doloroso. Una mentira absoluta, comprendió al advertir que no había un solo rincón de su corazón que no punzara como si acabaran de acuchillarlo; una sensación que permaneció en ella incluso una vez que encontró las fuerzas para abrirlos y buscar el rostro de Adam.

Tuvo que carraspear un par de veces para hablar porque los primeros sonidos que emitió le sonaron al graznido de un cuervo.

—Adam...

Él hizo como si no la oyera pese a que parpadeó cuando su voz resonó en la estancia luego del silencio atronador que se había instalado entre ambos pasado su estallido. Dejó caer las manos a los lados, liberándola de su agarre, y dio un paso hacia atrás sin rehuir su mirada. Para la inmensa sorpresa de Victoria, no vio ya rastros de reproche o enojo en sus ojos, solo un profundo cansancio.

—Me preguntaste si la condición que te puse para que te quedaras aquí era una especie de venganza por lo que hiciste; te respondí entonces que no y no estaba mintiendo. Pero es verdad que tenía un fin oculto al exigirte algo como aquello y no se trataba solo del bienestar de los niños; no toleraba la idea de que estuvieras prometida a otro hombre, que alguien, aun cuando fuera a miles de millas de distancia, tuviera algún derecho sobre ti, que pudiera reclamarte que regresaras a él y te alejara nuevamente de mí. No podía soportarlo. Así que ya lo sabes; tal vez no actué llevado por la venganza, pero sí por la desesperación. No sé qué resulta más patético.

Victoria suspiró y extendió una mano para tocarlo, pero Adam hizo un casi imperceptible gesto al sacudir la cabeza de un lado a otro.

—Tal vez deberías meditar tu decisión respecto al compromiso, Victoria; quizá fuera lo mejor para ti. Pascal parece un buen hombre —dijo él en un tono sereno que desmentía su expresión alterada—. Hice mal al intentar regir en tu vida como si tuviera algún derecho para ello, y aún peor, usar el amor que sientes por mis hijos para conseguirlo. Te ruego que me perdones. Haz lo que consideres conveniente; no volveré a ponerte en una posición como esa.

Pese a que la primera reacción de Victoria fue dar de gritos para rogarle que dejara de decir esas cosas, que ella solo podía imaginar un futuro a su lado y que la única felicidad que conoció alguna vez solo la compartió con él, sintió que las palabras morían en su garganta al verlo suspirar y alejarse tras desviar la mirada como si el hacerlo le costara más de lo imaginable.

—Adam...

Cuando al fin encontró la voz para intentar detenerlo fue muy tarde porque él ya se había

marchado dejando tan solo tras él el eco de la puerta al cerrarse y Victoria no pudo hacer nada que no fuera envolverse con los brazos en un ademán protector como si fuera esa la única forma de darse a sí misma un poco de consuelo.

# CAPÍTULO 11

El señor Sterling no hizo un comentario respecto al estado de su hija al llegar a casa cuando estaba a punto de anochecer; tan solo observó su rostro pálido y los rastros de lágrimas que no había conseguido ocultar antes de anunciar, como si mencionara lo cálida que se presentaba la noche, que el señor Pascal se había despedido hacía unas cuantas horas para dirigirse a Londres, donde pensaba pasar unos días antes de retomar el viaje camino a Dover y así poder tomar un vapor que lo condujera de vuelta a Francia. Le entregó también una nota que dejó para ella, apenas unas cuantas líneas escritas en una cuartilla con letra apresurada que Victoria leyó cuando su padre se disculpó dejándola a solas para avisar en la cocina que podían servir la cena.

No había nada en la nota que ella no esperara encontrar; unos cuantos reproches seguidos de la oferta de ser perdonada y retomar sus planes, tal y como Henri expresó con su pragmatismo de siempre. Eso era todo. Ninguna otra mención a ese amor profundo que él había proclamado en otras ocasiones y Victoria agradeció esa honestidad porque lo contrario solo hubiera hecho las cosas más difíciles. No para ella, que tenía clara su respuesta, sino para él; y lo hubiera lamentado profundamente porque sin importar sus diferencias lo consideraba un buen amigo y lo último que deseaba era lastimarlo.

Henri cerraba la carta diciendo que esperaría un par de días a tener una respuesta y que, de no ser así, volvería a París para poner en orden los asuntos del taller que sin duda sería bien llevado por el señor Dubois en tanto ella encontraba a alguien más adecuado para hacerse cargo del negocio. Victoria se llevó una mano a la frente al tiempo que arrugaba el papel entre las manos y lo dejaba caer sobre una mesilla. No había nada que deseara o necesitara responder; tenía sus sentimientos más claros que nunca y confiaba en que, en el fondo, Henri lo supiera también.

Cuando su padre regresó no hizo mención a la nota que acababa de entregarle e hizo un esfuerzo para sentarse a la mesa y forzar una conversación tan animada como le fue posible. Lo que no pudo fue probar un solo bocado; su garganta se negó a tragar nada que no fuera unos sorbos de agua y el señor Sterling abandonó sus intenciones de animarla luego de advertir cuán difícil resultaba para ella continuar fingiendo. Retirarse al salón una vez terminada la cena fue un alivio para ella y en tanto su padre se esmeraba por avivar el fuego de la chimenea, Victoria se mantuvo de pie al lado de la ventana con la nariz pegada al cristal, atisbando entre las sombras para contemplar la silueta de Blackmore Park que se erigía a lo lejos.

—Supongo que no encontrarás muy atractiva la idea de jugar una partida de ajedrez.

Victoria miró sobre su hombro y sonrió a su padre, que la miraba con una ceja arqueada y expresión taciturna.

—¿Mañana? —sugirió ella.

El señor Sterling asintió y pareció que estaba dispuesto a marcharse, pero Victoria advirtió que llevaba su peso de un pie a otro sin atinar a moverse como si hubiera algo que deseara decir. Finalmente, carraspeó y dio una cabezada en dirección a la ventana tras hacer un gesto indeciso.

—Parece ser que Adam no se encuentra en su mejor momento tampoco; me topé con él esta mañana y se mostró más reservado de lo habitual —comentó el señor en tono pensativo—. Es extraño. Creí que el viaje a Londres sería bueno para ambos, a decir verdad, aunque ya sabes que

no termino de sentirme cómodo con la idea de que hicieran semejante incursión con tantas prisas... ¿será posible que la presencia del señor Pascal le afectara tanto como a ti?

Victoria apretó los labios y estuvo a punto de abrir la boca para negar esa afirmación, pero decidió que no tenía sentido hacerlo; su padre era una de las pocas personas en el mundo en quienes confiaba y quien conocía mejor que nadie la historia que Adam y ella habían compartido. De modo que cabeceó bruscamente, sin responder, y volvió su atención a la ventana.

Oyó un suspiro a su espalda y supuso que su padre debía de encontrar el tema tan agotador como ella, pero en lugar de hacer algún comentario compasivo, el señor la sorprendió al chasquear la lengua y retomar la plática con entonación preocupada.

—Ambos son muy obcecados. Siempre lo fueron —comentó él con cierto sabor a disgusto en la voz—. Pero temo que ahora lo están llevando demasiado lejos.

Victoria apretó los dientes en un gesto reflejo y giró para ver a su padre con los ojos muy abiertos. ¿Cómo podía decir algo como aquello? ¿No sabía acaso que cuando ella hizo ese viaje de regreso lo hizo con su amor más fuerte que nunca y sin negar nunca la inmensidad de sus errores? ¿Y eso era todo? ¿Había atravesado el océano y dejado atrás años de dolor para encontrarse en ese punto y quedarse tan solo con su corazón desgarrado? ¿La frustración de que no importaba lo que hiciera, la vida siempre le echaría en cara que no era su momento, que no era suficiente?

—No soy yo, padre...

El señor Sterling descartó sus objeciones con un gesto amable y ella pudo ver que no había ni rastro de condena en su expresión, solo una profunda ternura que le provocó el deseo de romper a llorar.

—Lo eres. Y lo es él también —insistió el caballero con ademán pesaroso—. Pero debo reconocer que en este momento es Adam quien actúa de una forma intransigente. Debes ponerte en su lugar, sin embargo; comprender su molestia, lo difícil que ha sido todo esto para él. Te he hablado ya acerca de eso y creí que lo habías entendido.

—Claro que lo hice; nunca he pretendido negar mis errores o lo mucho que lo lastimé con mis actos, pero él no parece comprender lo mucho que lo lamento. Se lo dije, le he explicado...

Victoria calló bruscamente porque no se atrevió a repetir lo que solo había conseguido poner en palabras para Adam. Era algo que les pertenecía a ambos, demasiado íntimo para compartirlo con su padre, por mucho que lo quisiera y confiara en él. De modo que exhaló un suspiro y rehuyó su mirada una vez más antes de continuar.

—Él sabe lo que creo —dijo ella—. Y aunque comprendo lo que siente, no puedo entender que se muestre tan testarudo. Ya te lo he dicho. A veces pienso que no lo conozco en absoluto y me cuesta reconocerlo.

Su tono surgió cargado de un profundo reproche, pero su padre no respondió de inmediato y, al buscar su rostro entre la penumbra de la estancia, tan solo iluminada por el fuego de la chimenea en medio de la oscuridad que había caído bruscamente, se sorprendió al atisbar la sombra de una sonrisa en sus labios, un gesto que se acentuó al hablar.

—¿Puede el abandono de una mujer afectar de tal forma a un hombre? ¿Es excusa suficiente la destrucción de sus ilusiones de joven enamorado para convertirse en un hombre dañado? —se preguntó él en tono pensativo, como si la pregunta estuviera dirigida a sí mismo, una impresión que se hizo más evidente al continuar—. No lo sé, Victoria. Soy una persona de iglesia; en teoría

no puedo concebir que alguien que no sea Dios pueda tener tanto poder sobre un hombre, pero en la práctica... He visto muchas cosas durante mi vida y pocas de ellas me han impresionado tanto como el amor que sentía Adam por ti. El amor que siente aún, debería decir, en todo caso, porque debes de haberte dado cuenta ya de que él nunca dejó de amarte.

Victoria sacudió la cabeza de un lado a otro antes incluso de saber que lo hacía; un gesto inconsciente llevado por su propia desesperación.

—Él me odia —indicó ella en tono amargo como si las palabras se le atoraran en la garganta y reconocerlo le provocara un profundo dolor—. Lo sé.

El señor Sterling emitió un sonido mezcla de bufido y de recriminación cariñosa.

—Tal vez eso fuera lo que él deseó hacer por mucho tiempo, pero no, no es verdad —dijo él—. Adam te ama tanto o más que entonces. Lo que le molesta, en todo caso, debe de ser precisamente su incapacidad de odiarte.

Con esa aplastante sentencia, que Victoria no supo si le otorgó mayor consuelo o pesar, su padre dio media vuelta y se marchó dejándola a solas con sus pensamientos.

Aquella noche Victoria dio vueltas sobre la cama hasta que se dio por vencida y abandonó sus intentos de dormir. No tenía sentido que continuara intentándolo porque podría pasar horas atormentada por sus pensamientos, decidió luego de emitir un bufido. Un tanto enojada consigo misma, se puso de pie, calzó sus pies en zapatillas y tomó una bata para dirigirse al despacho de su padre con la intención de tomar un libro que pudiera distraerla y, quizá, con un poco de suerte, la indujera al sueño. Sin embargo, al pasar por el salón, su vista se vio irremediamente atraída por la ventana debido al tenue brillo de la luna que se colaba por el cristal. La luz destellaba como no había visto antes y sus pies la llevaron hacia el lugar como atraída por un canto de sirena.

Cuando su padre la dejó al despedirse hacía tan solo unas horas, se mantuvo de pie en aquel rincón durante lo que le pareció mucho tiempo hasta que comprendió que permanecer allí y contemplar la silueta de la mansión pensando en lo que se encontraría haciendo Adam en aquel momento tan solo la hacía sentir peor. Ahora, sin embargo, al apoyar una palma abierta sobre el cristal y acercar el rostro con los ojos entrecerrados, oteando en la oscuridad, comprendió que no hacía nada que no debiera; que el hallarse allí buscando entre la bruma era en cierta forma parte de su destino. ¿No había acaso pasado lo que le parecía casi toda su vida pensando precisamente por el hombre que ahora echaba tanto en falta?

Un ligero movimiento en las afueras la obligó a parpadear, sorprendida frente a la posibilidad de que alguien hubiera cometido la imprudencia de internarse en la noche cuando ni siquiera el fuerte brillo de la luna permitía ver con total claridad. Creyó por un momento que podría tratarse de alguno de los animales que la cocinera mantenía en los corrales varios metros más allá de la casa y que habría escapado, pero le bastó con mirar más atentamente para saber que no era ese el caso. Y tampoco se trataba del muchacho que les ayudaba con las labores; él vivía con su madre en el pueblo y jamás se quedaba a dormir.

Intrigada y con un extraño presentimiento asentado en su corazón, se ajustó más el nudo de la bata y salió de la casa por la puerta principal. Sus pasos agitaron la hierba que crecía en el jardín por más que se conducía con suavidad y se abrazaba con las manos posadas sobre sus hombros para mantenerse abrigada al hacer contacto con el frío del exterior. No distinguió nada en un primer momento por más que aguzó la vista y estuvo a punto de regresar, pero el mismo llamado

que había sentido al acercarse a la ventana se hizo presente una vez más y, antes de ser consciente de lo que hacía, sus pies la impulsaron a seguir.

Acababa de avanzar un par de metros, con la vista siempre fija hacia adelante, cuando lo vio.

Debería de haberla sorprendido, se dijo ella entonces, pero la verdad era que en el fondo encontrarse con Adam en medio de la noche y en las afueras de su casa le pareció lo más natural del mundo. Se preguntó cuántas veces habría hecho él algo como aquello y ella jamás lo advirtió hasta esa noche.

Él se encontraba a lomos de su caballo y comprendió que fue el brillo del pelaje blanco del animal lo que llamó su atención en primer lugar. Sin vacilar, Victoria se dirigió hacia él barriendo las hojas caídas a sus pies con el bajo de su bata y sin importarle presentarse ante él con un aspecto tan descuidado. Llevaba el cabello suelto sobre la espalda y avanzaba con la mirada fija en su rostro.

Adam no se sobresaltó al verla; en tanto llegaba a su lado la observó como si la esperara de la misma forma en que lo hiciera ella. Era posible que lo asaltara el mismo extraño y misterioso presentimiento de que debían encontrarse una vez más, supuso Victoria con un pensamiento carente de sentido excepto para ambos.

Tan pronto como se encontró a su altura, ella levantó la mirada para observarlo con mayor atención y reparó en que llevaba solo el chaleco sobre la camisa blanca y que tenía esta arremangada hasta los codos. Su cabello revuelto y una levísima película de sudor sobre su frente le indicaron que debía de haber cabalgado con bastante ímpetu antes de llegar pero no lo mencionó porque en verdad no creyó que fuera importante; lo único que importaba en ese momento era que, como por arte magia, ahora él se encontraba a su lado.

Victoria dio un pequeño bote debido al sobresalto cuando Adam se inclinó sobre el caballo y, sosteniendo su mirada, extendió una mano ante ella en una muda invitación. Ella no vaciló y, por un instante, en tanto posaba su mano pálida sobre la suya, fascinada por el contraste de tamaño y delicadeza, se preguntó si no se encontraría perdida en una ilusión. Tal vez en realidad sí que había conseguido dormirse y en ese momento se hallaba tendida sobre su cama y sumida en un sueño del que, si estaba en lo cierto, no deseaba despertar.

Adam no permitió que se dejara llevar por una idea como aquella, sin embargo, porque la obligó a regresar a la realidad al izarla con un movimiento seguro para ayudarla a montar delante de él de modo que pudiera apoyar la espalda sobre su pecho en tanto se sostenía con cuidado de las crines del caballo que el arnés dejaba a su alcance.

No era la primera vez que montaban juntos; lo habían hecho con frecuencia cuando iniciaron su amistad, para horror de Harriett y reprobación de su madre, quien le dio más de un sermón cuando los vio en una posición tan comprometedor pese a que Victoria entonces se afanara en aclarar que no había nada reprochable en su comportamiento. En ese momento, no obstante, ella se dijo que si bien una acción como aquella carecía de cualquier rastro de malicia, nadie habría podido considerarla del todo inocente.

Adam la sostenía con una mano por la cintura justo debajo de su pecho y con la otra mantenía sujetas las riendas. Él tenía su cuerpo arqueado hacia adelante para ver el sendero ante ellos una vez que puso al caballo en marcha con un leve golpe del pie en sus flancos y aquella posición le permitía apoyar el mentón sobre su coronilla; era lo más cerca de un abrazo que habían estado desde aquella noche en que fue a seguirla a su habitación y en que estuvo a punto de demostrarle



lo mucho que lo amaba si él no la hubiera detenido.

Victoria no preguntó a dónde iban o en qué pensaba él al presentarse de aquella forma en su casa. ¿Qué más daba algo como eso? Estaba a su lado, se dijo cerrando los ojos y exhalando un suspiro que provocó un hilo de vaho que se perdió en la noche. El suave vaivén del caballo estuvo a punto de adormecerla, pero se mantuvo plenamente consciente y ajena al frío gracias al calor que irradiaba el cuerpo de Adam contra el suyo y a su propio ardor que sentía naciendo de lo más hondo de su pecho.

—No sé qué es lo que estoy haciendo —la voz de Adam fue apenas audible contra su cabello, pero Victoria pudo comprenderlo con claridad así como captar su tono angustiado—. Ni siquiera sabía que me dirigía a tu casa. Solo quería salir. Escapar. ¿Es esto lo que tú sentías? ¿Esta necesidad de alejarte de todo por miedo a no ser capaz de enfrentarlo?

Victoria no respondió y Adam tampoco dijo nada más hasta después de que hubo tirado de las riendas del caballo para disminuir su andar. Al abrir los ojos, intrigada por ver el lugar al que la había llevado, reconoció los linderos de Blackmore Park y el bosque que se perfilaba ante ellos. Una suave sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio el claro a unos cuantos metros, dominado por la fuente en la que habían pasado tanto tiempo.

Cuando el caballo se detuvo del todo, Adam se apresuró a desmontar y Victoria exhaló un leve suspiro de pesar debido al aguijonazo que sintió cuando perdió el contacto con su cuerpo, pero entonces él la tomó por la cintura con ambas manos y la ayudó a descender. Una vez que asentó sus pies sobre la hierba él no la soltó sino que la mantuvo apretada contra su pecho con los dedos afirmados sobre la curva de sus caderas.

—¿Te irás?

Adam formuló la pregunta con la mirada puesta en sus ojos y Victoria supo a qué se refería sin necesidad de pensarlo. Quería saber si había decidido seguir su consejo y pensaba regresar con Henri. Ella estuvo a punto de sonreír al cavilar en la contradicción de esa pregunta, pero en lugar de ello sacudió la cabeza de un lado a otro con un gesto serio y sostuvo su mirada con la intención de que él pudiera ver en ella que lo que decía era la absoluta verdad de su corazón.

—No —musitó ella—. Voy a quedarme.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué.

Adam exhaló un hondo suspiro que pareció retumbar en su pecho y agachó la cabeza para apoyar los labios sobre su frente en un beso ardiente que le provocó un estremecimiento.

—Te dije que tal vez fuera mejor que te marcharas —dijo él hablando sobre su piel.

Victoria negó en un gesto casi imperceptible y elevó una mano para posarla sobre su mejilla.

—Lo sé —dijo ella.

—No es lo que pienso en verdad.

—También lo sé.

Adam se alejó para mirarla a los ojos y rodeó su rostro con las manos apretando la suya en un gesto de desespero como si así pretendiera impedir que se marchara pese a que sus palabras le decían que eso era lo último que deseaba hacer.

—No podría perderte de nuevo —confesó él.

Victoria recorrió la piel de sus dedos en una caricia.

—Nunca lo hiciste.

—Amarte fue lo único que me hizo sentir vivo durante todos estos años —Adam continuó como si no la hubiera oído—. Amarte e intentar odiarte. Pero nunca pude hacerlo aun cuando lo intenté con todas mis fuerzas. No había día en que no me preguntara dónde estabas o lo que estarías haciendo; si me extrañarías siquiera una ínfima parte de lo que te extrañaba yo a ti. Me decía que eso no podía ser posible porque de haberlo hecho yo lo hubiera sabido... siempre he sabido todo de ti, Victoria; de alguna forma he podido sentirlo así como esta noche sentí que debía venir a ti. Que me esperabas.

Ella asintió una y otra vez sin rehuir su mirada.

—Te extrañaba. Todos los días, a cada minuto —dijo ella—. No ha habido nadie más cercano a mí que tú durante todo este tiempo.

—¿Incluso después de tantos años? ¿Aun cuando no me hayas visto desde que decidiste marcharte?

—Te he visto cada día en mis sueños —Victoria usó la mano libre para posarla sobre su propio corazón y Adam siguió su mirada—. Adam, te amo. Siempre lo he hecho, pero no pude verlo entonces. Creí que hacía lo correcto al marcharme aun cuando dejara mi corazón tras de mí. Me dije que cualquier atisbo de dolor que pudiera sentir valdría la pena si así ayudaba a Emma, pero no fue sino hasta que estuve lejos de ti que comprendí lo que acababa de hacer. Y aun así, no fui lo bastante fuerte o valiente para volver porque creí que nunca podrías perdonarme.

Adam tomó la mano que permanecía sujeta contra su rostro y la llevó a sus labios sin dejar de mirarla.

—¿Podríamos tener una oportunidad tú y yo? ¿Después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros? —Pareció como si él dirigiera esas preguntas al universo más que a ambos—. Nunca me he atrevido a pensarlo hasta ahora. Debes comprenderlo; era muy doloroso. Ha sido más sencillo aferrarme al rencor...

—A odiarme...

Adam sacudió la cabeza de un lado a otro en un gesto seguro, tan convencido que Victoria no tuvo dudas de que decía la verdad incluso antes de que hablara.

—Nunca he podido hacerlo. Te lo dije. Me esforcé, pero es imposible. No puedo odiar lo que más amo; cuando pienso en ello siento que todo en mi vida me llevó a conocerte y a enamorarme de cada aspecto de ti aun cuando sabía que era una locura amar a una chiquilla que no parecía sentir lo mismo por mí. —Por primera vez en mucho tiempo, Victoria vio un asomo del muchacho que había sido en la tibia sonrisa que esbozó al continuar—. Pero allí estaba. Amándote. Y lo he hecho cada día desde entonces.

Victoria sostuvo su mirada y exhaló un hondo suspiro antes de arrojarse a su pecho, rodeándolo con los brazos tan enérgicamente que pudo percibir el acelerado latido de su corazón contra el suyo.

—No quiero irme —dijo ella en un murmullo ahogado—. Ni ahora ni nunca.

En un primer momento pensó que Adam no la habría oído porque no dijo nada, pero entonces sintió una caricia de su mano en su cabello; retiraba unos mechones caídos sobre su frente con tanta suavidad que el simple gesto le provocó ganas de echarse a llorar. Que fuera capaz de mostrar tamaña delicadeza incluso en un momento como aquel le recordó una de las muchas razones por las que lo amaba. ¿Cómo había podido dudarle alguna vez? ¿Por qué no lo vio antes?

—No te irás.

Las palabras de Adam resonaron como una sentencia entre ambos y Victoria creyó detectar un atisbo de desafío en su voz, como si pretendiera retar a cualquier espectador invisible a que se atreviera a contradecirlo. Rendida ante sus sentimientos, consciente al fin de que él jamás había dejado de amarla a pesar de todo y que en ese momento, al menos por un instante que solo les pertenecía a ambos, nada ni nadie podría separarlos, se puso de puntillas y buscó sus labios en un gesto con el que pretendió despejar cualquier asomo de duda que aún pudiera albergar.

Adam vaciló tan solo un segundo antes de emitir un gemido y corresponderle, rodeando su cintura con las manos al tiempo que la atraía hacia sí para afirmarla contra su pecho. Su boca no le daba tregua y Victoria jadeó al sentirlo abandonar sus labios para besar su rostro con una pasión desbordaba que estuvo a punto de asustarla. En su anterior encuentro también había sido ella quien tomó la iniciativa, pero entonces, como ocurría ahora, lo hizo llevada por el impulso y sin saber lo que estaba en juego. En cierta forma, Adam había sido lo bastante sensato para detenerla aquella vez, pero ahora Victoria supo que él no lo haría nuevamente, que no había un camino de retorno y ella ni siquiera dudó al pensar en ello con el último resquicio de cordura que le quedaba. Lo quería. Lo deseaba. Y ocurriría.

Cuando Adam tiró de la bata para terminar de deshacerse de ella y poder acariciar la piel de su cuello y de sus brazos que el camión dejaba a la vista, Victoria musitó un asentimiento al tiempo que llevaba las manos a los botones de su chaleco para hacer otro tanto con esa prenda. Le siguió su camisa y no pudo contener un gemido al sentir el roce de su piel contra los dedos antes de cerrar los ojos e inclinarse hacia él para posar los labios a la altura de su corazón dejando un reguero de besos en aquel lugar. Quería decirle con ese gesto que lo amaba más allá de las palabras, que atesoraba el amor que siempre le había brindado y que quería permanecer a su lado por siempre. Ella no supo entonces si Adam fue capaz de entender el alcance de lo que ese gesto significaba para ella, pero algo debió de colarse incluso a través de la pasión que parecía dominarlo, porque lo oyó jadear contra su cabello, donde acababa de enterrar la cabeza para besar sus sienes, y la apretó aún con más fuerza entre sus brazos.

Él no tardó demasiado en liberarla del camión, una capa de tela delicada y bastante delgada que en ese momento, sin embargo, les pareció el más horrible de los obstáculos. Cuando la prenda cayó a sus pies, entre ellos, Adam dio un paso hacia atrás sin soltarla para observarla con tal intensidad que ella creyó que caería allí mismo sobre sus rodillas. No sintió vergüenza o temor por verse expuesta de aquella forma por primera vez en su vida; de alguna forma le pareció de lo más natural y lógico. ¿Quién más podría verla en esas condiciones que no fuera él? Aun así parte de ella no pudo evitar, al menos por un instante, ser consciente de todas esas imperfecciones que la torturaron en algún momento de su vida: de su cuerpo delgado carente de las formas que los hombres parecían encontrar tan atractivas; de su pecho pequeño y redondeado y sus ángulos quizá demasiado acentuados. Pero le bastó encontrarse con la mirada de Adam un instante para saber que él no veía nada de aquello, y que de hacerlo, debía de encontrarlo muy atractivo porque el brillo febril de sus ojos no le dejó ninguna duda. La deseaba tanto como ella a él.

Adam no solo se contentó con acariciarla con la mirada, fue más allá al unir sus manos a esa suerte de adoración y Victoria cerró los ojos, rendida, cuando él delineó su cuerpo con las yemas de los dedos en un recorrido delicado y concienzudo como si así pretendiera grabar a fuego en su mente cada resquicio de su piel. Ella también, tras dudar, extendió las manos para posarlas sobre sus hombros, descendiendo para acariciarlo a lo largo de su pecho con movimientos tímidos en un

inicio, pero que fueron cobrando en audacia según oía los suaves gemidos que él emitía en tanto la acercaba hacia sí para que sintiera la enormidad de su deseo.

Victoria cerró los ojos y sintió que sus piernas perdían cualquier resto de fortaleza; de no haber sido porque Adam la sostenía entre sus brazos se habría dado de bruces contra el suelo. Él la rodeó por la cintura y la llevó con él para caer a su lado muy lentamente con el lío formado por sus ropas como una suerte de lecho que, unido a la suavidad de la hierba que cubría el claro, le resultó tan cómodo como si se encontrara sobre una nube.

Al abrir los ojos, que había mantenido fuertemente cerrados en tanto caía, se encontró con la mirada de Adam fija en su rostro. Él se cernía sobre Victoria con los codos apoyados a cada lado de su cuerpo para no dejar caer su peso sobre ella y la veía como si le costara creer que fuera real; sus ojos brillaban y parecía determinado a grabar cada uno de sus rasgos para asegurarse de que no se trataba de una ilusión. Victoria extendió una mano para delinear su mejilla y él ladeó el rostro para apoyarla sobre su palma en un ademán de rendición. ¿Ante quién se rendía? ¿Ante sí mismo o también ante ella? No se atrevió a preguntárselo ni le importaba, como decidió al ver que dejaba caer la cabeza para recorrer la piel de su pecho con los labios arrancándole un gemido que le costó reconocer como suyo.

Luego, apenas fue consciente de lo que ocurría ni se permitió pensar en nada que no fueran las sensaciones que recorrieron su cuerpo en tanto Adam continuaba con sus caricias. Victoria echó la cabeza hacia atrás con los ojos entrecerrados y las manos caídas a los lados sin saber qué hacer que no fuera dejarse inundar por el placer; pero pasado el primer asalto fue capaz de recobrar parte del dominio de sí misma y usó sus dedos para recorrer la línea de la espalda de Adam, maravillada por el contraste que le significaron la dureza de sus músculos contra la suavidad de la piel que los cubría. Cuando él enterró la cabeza en el interior de sus muslos, sin embargo, dio un brinco y lo cogió por los cabellos, asaltada por la vergüenza, e intentó retirarlo, pero él la controló sosteniéndola por las caderas para mantenerla quieta. Entonces ella bajó los párpados y dejó de luchar, rendida por completo a su voluntad. Fue evidente que él tenía la suficiente experiencia para dar placer a una mujer, un pensamiento que, menos que despertar celos en su corazón, la llevó a entregarse con la seguridad de que era ella la única que era capaz de despertar una sensación similar en él. Lo supo en lo más hondo de su ser por la forma en que respiraba contra su piel y el temblor de las manos que ceñían su cintura; fue una certeza que no supo de dónde provenía ni hubiera podido explicar, pero era la verdad.

Adam recorrió el interior de sus muslos con la lengua y cuando comprendió que ella no intentaría retirarse unió sus manos a la exploración, provocándole un reguero de suspiros que no pudo ni quiso contener. El aire a su alrededor, frío hasta hacía un momento, ahora le pareció tan caliente como si se encontraran cerca de una hoguera; le costaba respirar con normalidad y lo único que la mantenía plenamente consciente era la necesidad de ir más allá, de obtener algo que no sabía cómo nombrar pero que consideraba suyo. Una sensación hasta entonces desconocida nació de su vientre recorriendo todo su cuerpo, desde la punta de sus pies hasta la coronilla y se revolvió entre los brazos de Adam, enrosándose como una anguila al tiempo que un jadeo tras otro escapaba de sus labios. Él buscó su boca, y no supo si lo hizo con el fin de acallar el ruido o por la necesidad de besarla, pero no le importó. Victoria correspondió sumida por una necesidad mayor a nada que hubiera conocido antes; acercó su cabeza a la suya como si pretendiera devorarlo de la misma forma en que parecía desearlo él. No reparó entonces en que Adam se

movía sobre ella para deshacerse de los pantalones o que se situaba entre sus muslos hasta que sintió su dureza contra su piel y la recorrió un escalofrío casi imperceptible debido al miedo y la expectación. La sensación no duró demasiado, de cualquier forma, porque él pareció advertir su nerviosismo y rodeó su rostro con las manos para obligarla a mirarlo en tanto se hundía en su interior.

Victoria sabía más bien poco acerca de las relaciones entre un hombre y una mujer. Aunque le gustaba ufanarse de que, viviendo en París en compañía de una mujer de mente libre como su tía, quien siempre práctica y segura de sí misma no encontraba sentido a exagerar los cuidados en la mente de una joven que, tarde o temprano tendría que descubrir esa clase de cosas por sí misma, la verdad era que su educación más bien estricta como hija de un clérigo y con una madre tan reservada, la había hecho cauta e incluso tímida en lo que a ello se refería.

Por eso, cuando posó sus ojos en el rostro de Adam y se encontró con los suyos, le costó mantener su mirada, pero él sostuvo su rostro como si fuera muy importante verla en ese momento. Sabía que habría dolor, pero no imaginó que resultara tan punzante o abrasador como el que sintió ante el primer embate, o que este se difuminaría con la rapidez con la que lo hizo una vez que Adam se mantuvo quieto en lo más profundo de su interior para que se acostumbrara a esa invasión. Sin embargo, una vez que la incomodidad menguó, Victoria elevó las caderas en un gesto instintivo, no muy segura de lo que hacía, pero sí de que lo necesitaba, y Adam correspondió a su gesto retirándose suavemente para volver a embestir una y otra vez en un ritmo pausado en un inicio que fue despertando un hormigueo en su interior y más rápido una vez que ella consiguió replicar su ritmo subiendo y bajando las caderas en una danza de encuentro. Iba hacia él para recibirlo y se alejaba con el fin de que se uniera nuevamente a ella hasta lo más recóndito; Adam gemía sobre su pecho y ella ahogaba los gritos que subían por su garganta enterrando el rostro contra su hombro con los ojos cerrados.

Victoria clavó las uñas en la espalda de Adam cuando sintió que su cuerpo estaba a punto de estallar y no fue capaz de ahogar del todo el grito que retumbó entre ambos reverberando a su alrededor al sentir un alivio extraño recorrer hasta la última partícula de su interior. Adam, en tanto, continuó moviéndose sobre ella cada vez más rápido hasta que lo sintió sacudirse en un raptó desesperado que solo cesó al embestirla por última vez y derramarse en su interior.

Después de aquello, Victoria tardó un momento en ser consciente del todo de lo que les rodeaba. Los sonidos a su alrededor fueron cobrando en intensidad hasta ahogar en parte el eco de sus respiraciones agitadas y el pozo de ausencia en que ambos se habían sumido. La realidad se filtró sobre ellos sin que pudieran hacer nada por detenerla, pero no permitió que borrara de ninguna forma el momento que acababan de compartir. En lugar de sentirse asaltada por la vergüenza ante la claridad de lo ocurrido, eligió rodear el cuerpo de Adam con los brazos cuando él hizo amago de retirarse y nada en su vida le sonó más hermoso que oír el eco de su risa sobre su oído cuando él besó su sien y sorbió con los labios parte del sudor que cubría su frente. Fue un gesto tan íntimo y cargado de tal significado que le costó contener el impulso de echarse a llorar, abrumada por la emoción. Aun así, él pareció decidido a no aplastarla con su peso porque la tomó por la cintura y rodó llevándola con él para que se apoyara sobre su pecho en tanto usaba la mano libre para cubrirla con su propia camisa, la única prenda que no había quedado bajo ellos en medio de su arrebato de pasión.

Victoria enroscó sus piernas con las suyas y suspiró, uniendo sus manos con fuerza al tiempo

que dejaba un reguero de besos sobre su pecho. El silencio se instauró entre ambos, pero no había nada de ominoso en él y no tenía rastros de aquel que habían compartido muchas veces hasta entonces desde su llegada. Era como si gran parte del muro que se había mantenido erigido entre ambos se hubiera ido desintegrando a sus pies casi sin notarlo; un derrumbe de penas, dolor y recriminaciones del que apenas quedaban partículas que tal vez aún permanecieran durante algún tiempo, pero que ella supo que terminarían por desaparecer tarde o temprano.

Fue Adam quien pareció despertar primero de esa suerte de letargo en que permanecieron sumidos por varios minutos al acariciar su mejilla con el dorso de una mano en un gesto cargado de ternura, pero al sentirla temblar debido al frío de la noche que empezaba a cobrar fuerza ante el calor que empezaba a abandonarlos, se incorporó suavemente para mirarla. Victoria, sin embargo, se mantuvo tendida y solo elevó el rostro para verlo a su vez con una sonrisa.

—Quédate conmigo un momento más —pidió ella.

—Hace frío.

—Ya lo sé.

Adam le devolvió la sonrisa al oír su respuesta.

—Te congelarás.

A Victoria no se le escapó que él pareciera más preocupado por su bienestar que por el propio; no era algo que le sorprendiera o que le resultara extraño. Comprendió que había sido una constante entre ambos desde que se conocieron, un rasgo que Adam no había perdido incluso en los momentos en que se esmeraba por demostrar lo contrario.

—No me importa —indicó ella al cabo de un momento—. Quiero estar un momento más contigo. Quiero hablar.

—¿Acerca de qué?

Victoria vaciló solo un instante antes de responder.

—De todo —dijo ella—. Si hay algo, cualquier cosa que no me hayas dicho aún, quiero pedirte que lo hagas ahora. No importa cuán doloroso pienses que pueda ser para mí, te ruego que no me ocultes nada. Háblame de lo que sientes, de lo que has callado, de todo aquello que habrías deseado decirme durante todos estos años si yo no me hubiera ido de tu lado.

Adam suspiró y el vaho de su aliento acarició su mejilla, pero a pesar del silencio en que se sumió entonces, Victoria supo que entendía lo importante que era su pedido. De alguna forma, al menos para ella y esperaba que lo fuera también para él, el rogarle que desnudara su corazón sin importar lo que fuera a decir era la prueba final de que estaban listos para dejar atrás todo lo que les había lastimado hasta entonces. Por eso esperó con el corazón apretado y el cuerpo rígido a que él respondiera, lo que hizo cuando creyó que preferiría callar una vez más.

—Tengo mucho por decir —confesó él al cabo de un momento.

Victoria sintió que un enorme alivio relajaba sus miembros y asintió al tiempo que se arrebujaba entre sus brazos en busca de calor.

—Y yo muchas ganas de oírte —replicó ella sin vacilar—. Y todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—¿Para siempre?

Fue él entonces quien reveló su inquietud al tensar los brazos que la rodeaban y buscar su mirada; pero Victoria lo tranquilizó de inmediato al mirarlo a los ojos y asentir en un ademán seguro.

—Siempre —respondió ella.

Entonces Adam empezó a hablar y a Victoria le recordó a aquella vez hacía muchos años, la última vez que se vieron antes de que ella decidiera marchar, cuando le hizo un pedido similar. En aquel entonces lo hizo con el fin de guardar en su memoria su voz y su recuerdo porque sospechaba que les esperaba un largo tiempo de separación, un periodo en que solo le quedaría recurrir a su memoria para mantenerlo vivo en su corazón y mantenerse también viva a sí misma; pero ahora, supo sin dudarle un segundo, lo hacía para de alguna forma lavar del todo las heridas que ella misma le había infligido y cuyo dolor la acompañó durante todo ese tiempo. Al compartir los recuerdos de Adam fue capaz de vivirlos también y rogó desde lo más profundo de su corazón porque ese acto bastara para sanarlos a ambos.

Tal y como ella acababa de decirle: para siempre.

Pasó casi una hora antes de que emprendieran el regreso a la vicaría y lo hicieron sumidos en un profundo silencio apenas roto por las palabras que Adam susurraba sobre su oído en tanto cabalgaban de la misma forma en que lo habían hecho hacía lo que les pareció una eternidad. Habían ocurrido tantas cosas entre ambos en ese periodo de tiempo más bien corto que a Victoria le pareció increíble que fuera la misma mujer que había sido hasta hacía tan solo unas horas. Cuando Adam la ayudó a descender del caballo a unos metros de la casa para evitar el ser vistos desde su interior, sostuvo sus dedos unos segundos como si la idea de dejar de tocarla le resultara insoportable. Al final, la soltó luego de llevar su mano a sus labios con una mirada cargada de promesas que Victoria guardó en su corazón para que le sirviera de consuelo hasta que volvieran a verse. En ese momento, no obstante, permaneció de pie en el camino observándolo reanudar el paso del caballo en dirección a Blackmore Park tras dirigirle una última mirada sobre su hombro.

No vio señales de vida al entrar a la casa, aliviada de no tener que dar explicaciones que no habría sabido de cualquier modo cómo hilvanar. Quizá su padre no la juzgara, o tal vez sí, pero cualquiera que fuera el caso era poco lo que le importaba en ese instante. ¿Cómo intentar siquiera poner en palabras lo que sentía, lo que la había llevado a dar ese paso que lo había cambiado todo? Si hasta entonces la había dominado el temor ante el pasado, ahora acababa de hacerle frente con todas sus fuerzas y un futuro que nunca se había atrevido a imaginar que se dibujaba ante ella.

Al cerrar la puerta de su dormitorio se sorprendió al ver su reflejo en el espejo. No había nada del semblante triste que se había acostumbrado a contemplar cada día; sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes irradiaban una absoluta felicidad. El cabello revuelto y la bata anudada con prisas para cubrir un cuerpo que no era el mismo que dejara esa misma habitación hacía solo unas horas le recordó lo que acababa de ocurrir y exhaló un suspiro de gozo antes de dejarse caer sobre la cama. El impacto le provocó un quejido de dolor por la sensibilidad que aún permanecía latente en su piel en los lugares en que Adam la había tocado, pero la sensación, en lugar de provocarle alguna molestia, la llevó a reír hasta que se vio en la necesidad de enterrar el rostro en la almohada para ahogar sus carcajadas. Eso sí que podría despertar a su padre, se dijo una vez que consiguió dominarse y pudo observar el techo de la habitación con expresión más serena.

¿Era posible que hubieran ocurrido tantas cosas en el tiempo que llevaba en casa desde su regreso? Su vida había dado un vuelco y no recordaba haber sentido su corazón sumido en una calma tal desde que era una niña. Se sintió invisible e intocable por el poder de su amor y la

certeza de que era correspondida.

No supo en qué momento cayó rendida por el cansancio, pudieron pasar horas o solo unos minutos, pero lo que sí tuvo claro fue que, por primera vez en mucho tiempo, no sufrió de ninguna pesadilla, tan solo la envolvió un sueño tranquilo y el vestigio de un recuerdo más poderoso que nunca.

Si el señor Sterling notó algo extraño en la conducta o en la apariencia de su hija la mañana siguiente en que se encontraron para compartir el desayuno antes de que cada uno se ocupara de sus obligaciones, se cuidó mucho de decirlo. Aún más, fue lo bastante discreto y respetuoso para hacer como que no advirtió su distracción o el hecho de que permaneciera más silenciosa de lo habitual en tanto lanzaba continuas miradas a la ventana del comedor desde donde se tenía una vista parcial de la mansión a lo lejos.

Victoria procuró que su impaciencia no fuera demasiado evidente, pero apenas consiguió contener un suspiro de alivio cuando su padre se despidió una vez terminado el desayuno para ir a su despacho y ella pudo dejar la casa y ponerse en camino a Blackmore Park.

Aunque todo en su interior le decía que no había nada que debiera temer, no pudo evitar que su nerviosismo le ganara la partida al hallarse ante las puertas de la propiedad, pero una vez allí elevó el mentón en un gesto orgulloso que pretendía dotarla de una seguridad que en verdad estaba lejos de sentir y atravesó las puertas sin vacilar.

Morris esperaba en el vestíbulo y le hizo un gesto de saludo casi amistoso; hacía semanas ya que el mayordomo parecía haber decidido que era lo bastante de fiar como para abandonar su hosca actitud de un inicio. Su animadversión por Harriett continuaba incólume, pero como a ella eso más que molestarle parecía divertirle, supuso que no era algo por lo que debiera preocuparse.

No vio señales de Adam y no se atrevió a buscarlo en su despacho; pero no permitió que aquello la alterara. Al llegar a la habitación de los niños, procuró que su semblante no delatara su nerviosismo y se forzó por parecer animada, lo que en realidad no le resultó demasiado difícil porque tanto Nicholas como Sophie se encontraban más agitados de lo habitual. Luego de que el primero superara su enfermedad, parecía decidido a recuperar el tiempo perdido, si un niño de su edad podía ser consciente de algo como aquello, y su hermana se mostraba feliz de seguirle el juego sin que ninguno diera muestras de ningún tipo de cansancio, significaba que todo iba bien.

A pesar de mantenerse concentrada por completo en sus atenciones a los niños, participando en sus juegos y atenta a cualquier cosa que pudieran necesitar, a Victoria no se le escapó que cada tanto Harriett le lanzaba miradas curiosas como si hubiera algo en ella que la desconcertara pero no se atreviera a hacer preguntas. Un hecho que Victoria agradeció desde el fondo de su corazón porque no habría podido tolerar su indiscreción en ese momento.

Llevaba un par de horas en la habitación, una vez más como muchas antes que esa, desparramada sobre la alfombra con tan pocas muestras de dignidad que su padre habría arqueado una ceja, cuando Nicholas le hizo una pregunta referida a los trenes reales en los que ella les estaba contando que había viajado más de una vez. Como siempre, los gemelos, y en especial él, se encontraban fascinados por la idea de hacer un viaje similar; de modo que Victoria se esmeraba por describir con todo detalle cada una de las particularidades de esa aventura. Sus preguntas, precisamente por provenir de niños tan pequeños, resultaban cada vez más difíciles de responder con claridad, así que los lapsos de silencio entre aquellas y una respuesta razonable con frecuencia se hacían un tanto largos.



Nicholas quería saber si era posible que un caballo pudiera vencer en velocidad a un tren y Victoria no estaba del todo segura. En un principio, la lógica decía que no, claro, después de todo una máquina arrastrada por una locomotora debía de ser mucho más veloz, pero ella había visto caballos realmente rápidos en tanto que más de una vez le había sorprendido la lentitud con que eran tirados algunos vagones. Tal vez en realidad fuera un asunto relativo...

Nada convencida y segura de que deseaba dar una respuesta apropiada, se llevó las manos a los ojos en un gesto reflejo y empezó a golpear la alfombra con el tacón de sus botas en tanto intentaba hacerse una idea de qué era lo mejor a decir en un caso como aquel cuando la voccita de Sophie llegó a sus ojos preguntándole a su vez qué era lo que hacía. Victoria acababa de dejar caer sus manos, dispuesta a disculparse por un gesto tan extraño, cuando una voz desde el dintel de la puerta respondió por ella en un tono divertido y familiar que le provocó un súbito hormigueo en todo el cuerpo.

—Está pensando —la explicación de Adam surgió tan natural que su hija lo observó con los ojos muy abiertos en señal de interés—. Estoy seguro de que tendrá una idea brillante cuando haya dado con la respuesta correcta.

Victoria abrió los ojos con lentitud y buscó su mirada por encima del rostro de la niña, que se había apresurado a correr hacia él, tanto por la alegría de verlo como en espera de una ilustración aún más detallada de la extraña conducta de su tía. Aunque Adam prestó atención a la niña, mostrándose muy atento con ella en tanto revolvía sus cabellos y respondía a sus dudas con seriedad en un tono sereno, Victoria advirtió que no apartaba la mirada de su rostro y fue ella quien tuvo que hacer un esfuerzo por mirar hacia otro lado o la delataría el rubor de sus mejillas y el temblor de sus manos. Harriett, siempre alerta frente a cualquier cosa fuera de lo normal, miraba de uno a otro con una enigmática sonrisa danzando en su rostro regordete y fue quien sugirió que a los niños les vendría bien tomar una siesta antes del almuerzo.

Victoria habría podido abrazarla debido a la profunda gratitud que sintió en ese momento hacia ella, pero apenas atinó a dirigirle una mirada de aprecio antes de asentir y ponerse de pie con cuidado de mantener sus ojos lejos de la figura de Adam. Él no se mostró tan reservado como ella, sin embargo, porque apenas acababa de dar un paso trastabillante para recuperar el equilibrio luego de permanecer tanto tiempo sobre la alfombra cuando vio su mano extendida ante ella. Tras vacilar un instante, la tomó con suavidad y reprimió el estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza al sentir nuevamente el roce de su piel contra la suya. Él apretó los dedos entre los suyos y no la soltó ni siquiera cuando Victoria esbozó una tibia sonrisa agradecida. Aún más, la tomó con la mano libre para posarla sobre su brazo luego de hacer un gesto con el que la invitaba a seguirlo fuera de la habitación y a Victoria no le quedó más alternativa que asentir luego de despedirse de los niños.

Una vez fuera, anduvieron el breve corredor en silencio, acompañados tan solo por el sonido de sus respiraciones y el eco de sus pasos sobre la alfombra. Adam no se detuvo hasta que se encontraron en la galería de los retratos y Victoria, que permanecía sujeta a su brazo en tanto su mano reposaba sobre la suya en un ademán tan cálido como posesivo, lo miró de reojo sin atreverse aún a decir o hacer nada que no fuera amoldar sus pasos a los suyos. Cuando Adam se detuvo de golpe frente al retrato de su padre, sin embargo, tardó un instante en detenerse también, sorprendida de que él la hubiera llevado hasta allí. Al observarlo con curiosidad en un intento de dilucidar en su expresión qué era lo que sentía, se encontró con su semblante sereno y la mirada un

tanto extraviada, como si parte de él se encontrara muy lejos de allí.

—Siempre lamenté que él no pudiera conocerte. O mi madre. Les habrías gustado.

Las palabras de Adam resonaron en el corredor vacío y Victoria comprendió de inmediato a qué se refería aun cuando él parecía seguir una línea de pensamientos al que ella no tenía acceso. Daba igual. Siempre había logrado adivinar lo que pensaba; o al menos lo había hecho por mucho tiempo antes de que se separaran. Al volver, se topó con un hombre que había erigido un muro impenetrable entre ambos, pero esa pared había caído ya y ahora podía nuevamente ver a través de él con la misma claridad que esperaba que Adam pudiera verla a ella también.

—Estoy segura de que ellos también me habrían gustado mucho —respondió ella al cabo de un momento.

Adam asintió suavemente para dar a entender que la había oído, pero no volvió a hablar hasta que pasaron un par de minutos en los que ambos se sumieron en una pensativa contemplación de todo lo que les rodeaba. Los rostros de decenas de personas, la mayoría de ellas a las que jamás conocieron o que no formaban parte ya de su mundo, los observaban desde su lugar en los muros. Cuando Victoria sintió que el silencio se alargaba demasiado y creyó que debía decir algo, lo que fuera para volver a ese tiempo suyo del que parecían haberse apartado, Adam la sorprendió al abandonar su contemplación de la pared ante ellos y girar bruscamente para observarla con expresión despierta que desmentía ese aire de ensoñación que adoptara hasta entonces.

—Victoria —empezó él—, ¿recuerdas lo que te dije hace tanto tiempo cuando te hablé de que pensaba quedarme aquí y no asistir a Oxford? ¿Que deseaba estar siempre cerca de ti y que la idea de separarnos me parecía insoportable?

Ella entreabrió los labios, un tanto sorprendida de que sacara ese tema precisamente en aquel momento, pero asintió. Claro que lo recordaba. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Entonces no tenía idea de lo que decía en verdad. Me refiero a que no podía imaginar una vida en la que tú no estuvieras conmigo o en la que viniera a Devon y no te encontrara esperando por mí. Sabía que debía de ser terrible, pero no podía imaginar cuánto. —Adam buscó su mirada y la mano que sostenía la suya apretó con más fuerza hasta que sus nudillos se pusieron blancos por la emoción contenida—. Ahora lo sé y no creo que pueda pasar nuevamente por algo como eso. Victoria, no sobreviviría a perderte una vez más. Sé que dijiste que deseabas quedarte y no dudo que fueras sincera al asegurarlo, pero necesito que lo pienses seriamente y me respondas con la verdad. No te culparé, y mucho menos sería capaz de odiarte; ya te habrás dado cuenta de que eso es imposible, pero no quiero vivir una mentira o un sueño del que despertaré una vez más para toparme con que tú ya no desees quedarte.

Victoria comprendió entonces el alcance de sus palabras, la duda que latía en su mirada. Asintió sin ser muy consciente de lo que hacía y dio un paso más hacia él pese a que en realidad no podían encontrarse más juntos de lo que estaban ya. Sin vacilar, posó una mano sobre su mejilla y lo miró a los ojos.

—Cuando decidí marcharme, escribí una carta a mi tía para pedirle que permitiera que me quedara con ella en París y ella respondió al poco tiempo diciendo que estaría encantada de recibirme —dijo ella en tono sencillo con expresión pensativa, como si recordara claramente ese hecho y lo que significó en su vida—. Entre otras cosas, ella dijo que si tenía alguna duda no debía pensarlo demasiado y que lo mejor sería que hiciera el viaje lo antes posible. No lo pensé entonces, pero con el tiempo comprendí a qué se refería con exactitud.

Ante la mirada extrañada de Adam, Victoria carraspeó e hizo un gesto indeciso.

—Dudé, Adam. Ella tenía razón en eso —explicó ella—. En aquel tiempo no era consciente del amor que sentía por ti; de haberlo hecho no habría dudado jamás. Por mucho que quisiera a Emma, nunca te hubiera dejado. Lo descubrí demasiado tarde. Es como lo que tú acabas de decir. No somos capaces de saber lo que es perder lo que amamos hasta que nos vemos obligados a ello. Lo sé ahora. Y te aseguro que tampoco podría sobrevivir a perderte de nuevo. Quiero quedarme porque tú estás aquí; si te encontraras en cualquier otro lugar en el mundo entonces querría ir allí también solo para estar a tu lado. Te necesito en mi vida de la misma forma en que espero que tú me necesites en la tuya y aun cuando entiendo que dudes de mis sentimientos, te ruego que confíes en mí una vez más porque yo no lo hago. Jamás he estado segura de nada en mi vida como lo estoy de lo mucho que te amo.

Una vez que terminó de hacer esa apasionada declaración, un tanto cohibida de haber desnudado su corazón de aquella forma sin estar segura de la respuesta que obtendría, Victoria dejó caer la mano que había mantenido hasta entonces en el rostro de Adam y exhaló un hondo suspiro al tiempo que cruzaba los brazos contra su pecho en un gesto que revelaba su inquietud. No lo miraba porque temía lo que habría de encontrar en su mirada, demasiado asustada de la reacción de Adam a su confesión. Acababa de decirle que no estaba segura de haberlo amado tal y como él lo hacía con ella cuando se marchó. ¿Por qué confiaría en que lo hacía ahora? Incluso lo ocurrido entre ambos la noche anterior podría ser considerado una locura del momento al lado de la incertidumbre que podría provocarle su indecisión.

Victoria tenía la cabeza gacha y se mordía el labio inferior debido al nerviosismo, por lo que tardó un instante en advertir que Adam había extendido una mano morena para tomarla por la muñeca y hacer una suave presión sobre ella, de modo que no le quedó más alternativa que levantar el rostro y buscar su mirada con el corazón oprimido.

—Debí buscarte —musitó él en un hilo de voz.

Victoria parpadeó sin comprender a qué se refería y Adam se inclinó hacia ella para apoyar la frente contra la suya y continuar en un tono similar con los labios casi pegados sobre los suyos.

—Cuando te fuiste. Debí ir a por ti. Convencerte de que cometías un error, que te necesitaba como nadie más podría necesitarte aquí o en ningún otro lugar en el mundo—indicó él casi con violencia—. Pero el dolor... ahora sé que era mi orgullo. No podía concebir que no lo supieras; nunca me detuve a pensar que tuvieras derecho a albergar dudas o a desear algo más para tu vida. Creí que mi amor era suficiente...

—Lo era. Lo es. —Victoria esbozó una suave sonrisa—. Lo sé ahora. ¿Podrías perdonarme por tardar tanto tiempo en descubrirlo? ¿Tenemos aún una oportunidad?

—Siempre la tuvimos —respondió él sin vacilar—. Lo que siento por ti, Victoria; lo que sé ahora que sientes tú también por mí... Un amor como el nuestro no puede quedar en el olvido. Jamás. Tenemos que vivirlo.

Ella asintió. Sentía la esperanza renacer en lo más hondo de su pecho, una emoción que le impedía hablar, pero supo que no había necesidad de que dijera nada. Estaba en la mirada de Adam y en su propio corazón. Cualquier palabra, lo que fuera que deseara decir, podría esperar; en ese momento tan solo fue capaz de cerrar los ojos y dejarse envolver entre sus brazos. Por primera vez en mucho tiempo, quizá como nunca antes en su vida, sintió que se encontraba en donde pertenecía. No en un lugar o huyendo de algo, sino al lado de la única persona en el mundo

a quien consideraba su hogar. Alguien con quien, como había dicho a Adam, deseaba quedarse por siempre.

# EPÍLOGO

Victoria había oído con frecuencia aquello de que el tiempo pasa muy rápido cuando se es feliz, pero no comprendió el alcance de esa frase hasta mucho después, cuando el paso de las semanas y los meses se sucedió con tanta velocidad que le pareció como si apenas hubieran pasado unos días desde que empezó lo que luego habría de considerar el inicio de su nueva vida. Una con la que jamás se permitió soñar con libertad, de allí quizá que el verla ocurrir frente a sus ojos le provocó en un inicio un tremendo desconcierto que con el tiempo se convirtió en la certeza de que era tan solo el resultado natural de vivir sin reservas el amor que durante tanto tiempo había mantenido recluido en su interior.

Si en algún momento albergó cualquier atisbo de duda respecto a qué debía hacer una vez que ella y Adam decidieron unir sus vidas al fin, él se encargó de despejarlas sin dejar ningún margen para la incertidumbre. Habían esperado ya demasiado para andarse con recelos o temores, dijo, y su tiempo era demasiado precioso para hacer cualquier cosa que no fuera buscar su felicidad. De modo que Victoria no puso ninguna objeción cuando él tomó las riendas de su destino con la misma seguridad con la que lo habría hecho un huracán irrumpiendo en sus vidas. La diferencia era que Adam no destruía sino que creaba, y ella nunca se sintió más feliz que entregándose a ese desenfreno con la certeza de que cada paso que dieran lo harían juntos.

El señor Sterling no se mostró en absoluto sorprendido cuando se presentaron ante él para anunciar su compromiso o cuando Adam insistió en que no deseaba esperar demasiado para organizar una boda. Ya él y Victoria habían hablado al respecto y estaban de acuerdo en que, si bien una ceremonia apropiada era necesaria, ninguno tenía mayor interés en que esta fuera particularmente fastuosa. Les bastaba con una discreta reunión para cumplir con la formalidad al lado de sus seres queridos, que eran más bien pocos. El señor Sterling se ofreció a presidir el servicio tan pronto como se recuperó del asombro que le produjo un anuncio tan esperado pero no por ello menos intempestivo, y tanto Victoria como Adam no pudieron sentirse más agradecidos por la tácita aprobación y el apoyo que supieron que recibirían de él.

En cuanto a las otras personas que los conocían... para desconcierto de Victoria, su decisión despertó poca sorpresa en ellos. Harriett estaba encantada y se lo hizo saber de inmediato. Aunque ella no lo dijo entonces, tal beneplácito significó mucho para Victoria. La niñera había sido como una segunda madre desde que tenía uso de memoria, y aunque ella jamás se consideró su favorita, respetaba y valoraba su opinión, además de que le gustaba pensar que en cierta forma esa aprobación era la misma que habría mostrado su propia madre de encontrarse con vida. Los niños, aunque pequeños para comprender la noticia en toda su dimensión, parecieron felices ante la novedad de que ella, que se había convertido en una figura tan importante para ambos, pasara a convertirse en algo más y que permanecería a su lado de forma permanente. Victoria no lo comentó entonces, pero se hizo la promesa de que si bien quizá no podría considerarse a sí misma como una madre para ellos porque tenía la intención de enseñarles a atesorar el recuerdo de la que no habían conocido, haría lo mejor que pudiera por amarlos de forma incondicional durante cada día de sus vidas.

Según Adam, su abuelo recibió la noticia con el mismo interés amable pero poco sensible al

que él ya estaba acostumbrado. Sin embargo, *sir* Richard anunció que esperaba poder asistir a la boda y que sería una ocasión magnífica para despedirse del todo de Devon ya que había decidido residir en Bath a perpetuidad, algo que no sorprendió a nadie.

En cuanto a los demás; tanto los trabajadores de Blackmore Park como las personas que vivían en las cercanías y que los conocían desde hacía tanto tiempo, tomaron la novedad con bastante más alegría de lo que Victoria hubiera podido imaginar. Al ver su desconcierto, Adam repitió las palabras que ya había dicho con frecuencia antes: que ella no era capaz de entender del todo el efecto que tenía en quienes la rodeaban. Pese a su ausencia de tantos años, bastó con verla nuevamente entre ellos para que esas personas que habían admirado sus actos en silencio ahora se mostraran encantados de saberla convertida en la señora de la propiedad y futura lady Talbot. Su relación con las mujeres del taller, quienes la consideraban una pieza fundamental en el éxito que cosecharon desde el inicio de su asociación bajo su guía, no se cansaban de alabar su ayuda y decían a quienes estuvieran dispuestos a oírlas que era el señor Talbot quien debía de considerarse afortunado por haber conseguido que ella aceptara formar una familia a su lado.

Para cimentar su promesa de que no sentía ninguna inquietud por abandonar Inglaterra en un buen periodo de tiempo, Victoria decidió hacer los arreglos para que el señor Dubois asumiera oficialmente las riendas de sus negocios en París y que delegara algunas de sus funciones en las mujeres y François para que con el tiempo fueran capaces de llevar la empresa por ellos mismos. No lo mencionó entonces en las cartas que intercambiaron, pero estaba decidida a que, más adelante, si ellos daban muestras de interés y capacidad para aquello, pensaba ofrecerles formar parte de una sociedad que les proveería a ellos de mejores ingresos y a ella de mayor libertad.

Al final, cuando todos sus asuntos estuvieron resueltos y se encontró a las puertas de la boda, lista para iniciar un nuevo capítulo de su vida, comprendió que aún había algo que debía hacer. Una cosa que necesitaba enfrentar a solas, por lo que no habló a nadie de ello, ni siquiera a Adam.

Una mañana particularmente nublada y más fría de lo usual, se dirigió con pasos lentos y medidos a la iglesia del poblado en que su padre acostumbraba a officiar sus servicios. Una vez allí, sin embargo, se detuvo un momento ante la puerta que había atravesado tantas veces desde que tenía memoria y dio un nuevo rodeo para internarse en el terreno tras ella, donde se encontraba el cementerio que albergaba a las personas que habían formado parte de la comunidad. No había vuelto por allí desde la visita que hizo pocos días después de su llegada, pero no le sorprendió ver que nada había cambiado desde entonces. Las lápidas de su hermana y su madre permanecían bien cuidadas y con flores frescas ante ellas.

Sin vacilar, Victoria se sentó sobre la hierba recién cortada y dejó caer las manos sobre su regazo en tanto observaba las inscripciones sumida en un silencio pensativo que tan solo rompió unos minutos después al dirigirse al trozo de mármol que representaba el lugar en que descansaba su hermana.

Durante años, muy en el fondo y para su profundo pesar, Victoria había visto crecer el resentimiento que le provocó el haber cedido al pedido de Emma y marcharse para dejar a su alcance la posibilidad de concretar su sueño al casarse con Adam. Sabía que no era un sentimiento del todo justo, que aun cuando su hermana hubiera podido haber cometido un error entonces, también ella había tenido una gran cuota de culpa al acceder a aquello. Al final, aquella decisión solo las hizo miserables a ambas y también a Adam, que no tenía mayor responsabilidad en todo ese asunto.

Ahora, sin embargo, en tanto Victoria musitaba unas cuantas palabras, algunos regaños afectuosos con la misma entonación en tono de chanza que habría usado de encontrarse su hermana frente a ella, su expresión fue asumiendo una intensidad que delataba lo mucho que la había amado y cuánto lamentaba la forma en que se habían dado las cosas para todos. La nostalgia tiñó sus palabras según continuaba; pasó de contarle los acontecimientos de las últimas semanas a decirle el paso que estaba a punto de dar. Creyó importante asegurarle que sus hijos jamás dejarían de recibir el amor que merecían y que estaba decidida a ser tan buena para ellos como estaba segura de que ella lo habría sido. Le habló del profundo amor que sentía por Adam y como este solo se había incrementado con el paso del tiempo; pidió perdón por sus errores pero no excusó su accionar y mucho menos la felicidad que sentía en ese momento.

Para Victoria, aquel monólogo no fue solo una forma de poner en palabras todo lo que habría deseado compartir con Emma de haberse encontrado ella presente, sino también el último acto de la reconciliaba con su pasado. Al final, posó una mano sobre la losa y cerró los ojos un instante para conjurar el rostro sonriente de su hermana tal y como permanecía en su memoria. La vio como muchas veces antes, sentado en su sillón favorito de la vicaría con un bordado en el regazo en tanto le dirigía una mueca benevolente luego de saberla castigada por alguna de sus correrías. Hubo mucho amor entre ellas, concluyó Victoria con un suspiro luego de llevarse una mano al corazón y comprobar, aliviada, que este latía con regularidad y sin rastro de inquietud. Por primera vez, en lo que a su relación con Emma se refería, sentía que había hecho lo correcto por difícil que hubiera sido y que, de alguna forma, ella la había oído y comprendió lo que sentía. Estaba en paz.

Luego de ponerse de pie dio una última mirada al lugar y se dirigió al sendero que conducía a la salida. Acababa de cruzar la verja e iniciar el descenso para encaminarse a la casa de su padre cuando distinguió una figura que avanzaba en su dirección. Lo reconoció de inmediato y fue a su encuentro sin notar del todo que sus pies se movieron incluso más rápido que sus pensamientos.

Adam llegó primero a su lado y le dirigió una mirada inquisitiva tras mirar el lugar del que parecía provenir, pero Victoria no dijo nada al respecto; no le encontró sentido a explicar esa visita o compartir lo que había dicho y hecho. Sabía que nadie podría entenderla, excepto él, claro, pero aun así deseaba guardar ese momento en lo profundo de su corazón; el último recuerdo compartido con su hermana, algo tan solo de ambas y a lo que recurriría cada vez que deseara pensar en ella. De modo que tan solo sacudió suavemente la cabeza en un gesto que supo que él podría comprender y enlazó un brazo con el suyo apoyando la cabeza sobre su hombro.

No necesitó hacer más.

Adam pareció entender con claridad lo que un gesto como ese deseaba expresar y no hizo ninguna pregunta; en lugar de ello tomó su mano y se la llevó a los labios antes de reanudar el camino de regreso a Blackmore Park. Victoria estuvo a punto de decir que ella pensaba dirigirse a la vicaría, pero descartó la idea con rapidez; vería a su padre aquella noche durante la cena que habían organizado para iniciar las celebraciones de la boda.

Mientras ella y Adam recorrían los lugares que habían formado parte de sus vidas desde su primer encuentro: los terrenos a su alrededor, el bosque, el claro que les sirvió tantas veces de lugar de confidencias y que había sido también testigo del momento más hermoso compartido que ella podía recordar, Victoria se dijo que más allá de los años que permanecieron separados o los

errores que ambos pudieron cometer, podían considerarse afortunados porque, tal y como dijo Adam, un amor como el suyo no era algo que se diera con frecuencia y merecía ser vivido sin reservas. Ella estaba dispuesta a hacerlo, y al echar un vistazo a Adam supo que él debía de encontrarse pensando en algo similar porque lo sorprendió mirándola con una suave sonrisa y un brillo en los ojos que le pareció tan cargado de significado como la más solemne de las promesas.

Comprendió entonces que se había equivocado al pensar que su historia había llegado a su final; lo que terminó fue ese periodo de dolor que ambos tuvieron que vivir y que tanto les costó superar. Pero su historia de verdad, la vida que habían decidido forjar juntos, esa en realidad acababa de empezar.

**FIN**



# Agradecimientos

Escribir esta novela fue toda una aventura para mí, una experiencia maravillosa que no me ha traído más que alegrías. La historia de Victoria y Adam es un ejemplo de lo que el amor y la fe en las nuevas oportunidades pueden lograr y me siento muy agradecida de haber podido recorrer este camino a su lado.

Quiero agradecer a mis queridas amigas del Club Leo Romántica Perú, compañeras de sueños, aventuras y alegrías. Verónica, Victoria, Lulu, Anita. Conquistaremos el mundo, chicas.

A tía Gladys por esas largas charlas por teléfono que me han sostenido cada día.

A Milagros, por saber estar.

A Helena, Ara y Carolina, gracias por ser.

A mi adorada Andrea Vásquez; mi muy admirada Elizabeth Bowman; mis buenas amigas Raquel Campos, Anabel Reyes, Lourdes Cambon, María Border, Dama Payton, Julianne May, por haberme acompañado en esta ya larga aventura y por continuar a mi lado luego de tanto tiempo. Su amistad es una bendición.

A todas y cada una de las personas que, de una forma u otra, forman parte de mi vida y me honran con su cariño y confianza.

A los miembros de Kiwi, muchas gracias por esta oportunidad; por confiar en mí y en esta historia.

A ti, querido lector. Sin ti este libro no existiría.